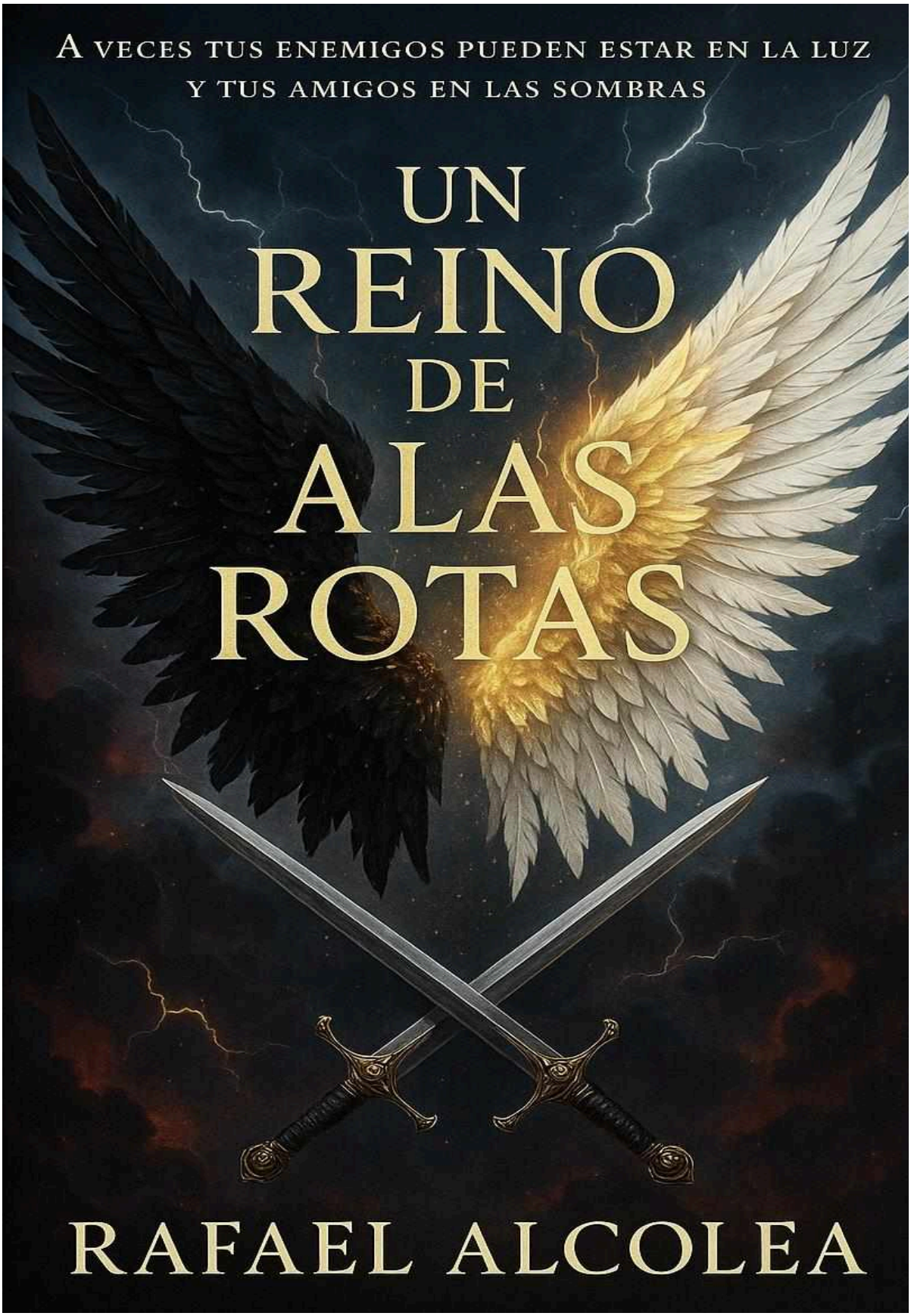
A VECES TUS ENEMIGOS PUEDEN ESTAR EN LA LUZ
Y TUS AMIGOS EN LAS SOMBRAS

UN REINO DE ALAS ROTAS



RAFAEL ALCOLEA


A VECES TUS ENEMIGOS PUEDEN ESTAR EN LA LUZ
Y TUS AMIGOS EN LAS SOMBRAS
UN
REINO
DE
ALAS
ROTAS
RAFAEL ALCOLEA

UN REINO

DE

ALAS

ROTAS

RAFAEL ALCOLEA

TÍTULO: UN REINO DE ALAS ROTAS

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© RAFAEL ALCOLEA

Obra registrada en el registro de la propiedad intelectual de España.

ÍNDICE

1. ALGO MÁS
2. No soy yo
3. PUNTO MUERTO
4. ¿Estoy viva?
5. Transitium
6. Incertidumbre
7. REVELACIÓN
8. ENTRENAMIENTO
9. PERDIDO
10. ENCUENTRO
11. LAS CRÓNICAS DEL FIN DEL MUNDO.
12. LA BIBLIOTECA.
13. LA NOCHE
14. En mi habitación
15. DIABERUM
16. BONDAD
17. ASTUCIA
18. PUDOR
19. MALDAD
20. LUCHA
21. DESCANSO
22. CONOCIMIENTO
23. RESISTENCIA
24. MIEDO
25. PODER
26. EL BANQUETE
27. ROZANDO EL CIELO

28. INQUISITIO
29. FINALE
30. LA IMPENETRABLE
31. DESCENTIO

Para aquellos que siempre encuentran refugio
en la lectura y que siguen creyendo en ángeles,
dragones, elfos o vampiros... aquí tenemos nuestro reino,
donde sentirnos héroes, villanos o lo que nos dé la gana
y alejarnos, leyendo, del mundanal ruido.

1. ALGO MÁS

"Solo se cambia de lo imposible a lo verdadero cuando entraña un sacrificio y estás predestinado para conseguirlo. La roca solo se vuelve diamante si las fuerzas de la naturaleza ejercen su poder sobre ella, de lo contrario, solo será una piedra más que puedes encontrar en el camino".

–Crónicas del Fin del Mundo, Vol. 1–

Daniel

No sabría cómo explicar en pocas palabras qué pasó por mi mente la primera vez que los vi. Sentí que todo mi mundo y los pilares de mi apacible vida se desmoronaban en un solo instante. Experimenté cómo el terror más letal y primitivo se apoderaba de todo mi ser. Fui incapaz de emitir sonido o ejecutar movimiento alguno. Ni llegué a sentir el áspero tacto de mi garganta seca al tratar de deglutir algo de saliva para siquiera poder gritar.

Me siento como una insignificante polilla que contempla aterrada cómo se acerca la araña y no encuentra la manera de zafarse de su asesina. Durante esos segundos, planteo tantas preguntas imposibles de responder a mi cerebro que se colapsa y no me permite reaccionar durante unos instantes cruciales delante de aquella terrible imagen que entra por todos mis sentidos, seccionando mi razonamiento y achicharrando los pulsos eléctricos que tratan de pasar de una neurona a otra bloqueando las uniones sinápticas para impedir que mi cuerpo pueda reaccionar. Paralizado, aterrado y sin poder plantar cara se me ocurre que tal vez esté soñando. Entonces, la dantesca y aterradora abominación que se aproximaba en mitad de la penumbra nocturna de la casa me hace sentir que aquello está ocurriendo realmente. No hay tiempo que perder, sin embargo, mi cuerpo no colabora. Necesito moverme, huir de ahí, como fuese… o no viviré para contarlo.

El descomunal ruido que proviene de estrellar los platos y los cristales a su paso retumba en mis oídos indicándome que, en absoluto, estoy soñando. Mi cerebro sigue bloqueándome ante la presencia de algo que no puedo explicar usando la lógica y la razón. Durante un breve instante, incluso llego a sentir algo de asombro por lo que significa tener ante mí la confirmación de las sospechas que siempre he tenido desde pequeño: no estamos solos. Todos, grandes, pequeños, viejos, jóvenes, elucubramos alguna vez con la pregunta: ¿y si hubiese algo más que esta plana vida humana? Siempre he creído que debe haber algo más. El ser humano alberga en lo más profundo de su ser una inequívoca pregunta eterna acerca de quién o cómo fuimos creados, a dónde vamos, el porqué de nuestra existencia. Todos los hombres alguna vez al contemplar la perfección del planeta, hemos pensado que es imposible que miles de millones de casualidades hayan conformado nuestro planeta tal y como es, que debe existir algo más… esa noche me dejó muy claro que existe algo más…

El suelo tiembla con mayor intensidad conforme se acercan a mí. Caminan a trompicones por un angosto pasillo demasiado estrecho para unas bestias de semejante envergadura. Puedo vislumbrar sus miradas acechantes tratando de localizarme en la oscuridad. Siento que por algún motivo me buscan a mí, a nadie más. Una vez me localizan, se aproximan con grandes zancadas, virando hacia donde estoy en vez de tratar de esconderse al ser descubiertos. No tienen miedo de mí. Soy insignificante. Son implacables y vienen a atraparme.

Comienzo a oler un aroma enrarecido, pestilente y sulfúrico que proviene del final del pasillo, lo cual quiere decir que mi cuerpo comienza a abandonar el estado de letargo producido por el pánico. Acto seguido, noto un tremendo retortijón en la boca del estómago, casi puedo saborear la adrenalina que me hace reaccionar. El ritmo de mi corazón aumenta frenético bombeando sangre a mis piernas y mis brazos. La respiración comienza a acelerarse súbitamente. Está claro que mi presión arterial está aumentando, haciéndome

reaccionar ante el peligro inminente que me amenaza. Comprendo que es en este instante o nunca. Así que, con una fuerza sobrehumana, consigo saltar a la primera habitación que encuentro a mi derecha y, como puedo, cierro la puerta mientras caigo sobre el costado derecho.

El primer instante dentro de la otra habitación crea una falsa ilusión en mí. Los ruidos anteriormente espeluznantes, quedan tímidamente apagados tras la robusta puerta de madera de pino californiano. Miro a mi alrededor para ver en qué estancia me encuentro y así poder buscar algo que me sirva para defenderme. Si voy a morir, tengo que pelear hasta el final y tratar de salvar la vida a cualquier precio. Esta no es la clase de muerte que alguna vez pudiera haber imaginado si es que alguna vez lo he hecho…

Tardo unos instantes en reconocer en lugar en el que me encuentro: el despacho de mi padre. Comprendo enseguida que en esta habitación hay pocas cosas con las que defenderse. A no ser que utilice un abrecartas o el teclado del ordenador para atacar a esas cosas, no creo que haya nada aprovechable para usar como arma. Entonces, al estar rodeado por todas sus cosas, caigo en la cuenta…

«¿Dónde diablos está mi padre?».

Estoy seguro de que debe haberse despertado en mitad de semejante estruendo, a pesar de dormir con sus tapones… entonces siento un escalofrío al pensar que tal vez será mejor que permanezca dentro de la seguridad de su dormitorio porque si intenta averiguar qué está ocurriendo se podría en grave peligro.

Sumido en mis pensamientos, no me percato de que algo se me aproxima sigilosamente por la espalda. Sin tiempo de reacción, noto una mano firme que me tira hacia atrás. Caigo de espaldas junto a una trampilla que conduce a lo que parece una especie de refugio o sótano dentro de mi propia casa que desconozco. Algo vuelve a tirarme arrastrándome sin delicadeza escaleras abajo. Caigo

golpeándome en la cabeza con varios toscos escalones y chocando contra el polvoriento suelo del sótano. Antes de poder incorporarme, escucho como la trampilla sobre mi cabeza se cierra, ahogando mi entrecortada respiración en la pastosa oscuridad.

Casi no puedo moverme del dolor que siento en el hombro y el cuello. Balbuceo algo en la oscuridad, pero me manda callar. Y aunque no pronuncia palabra alguna, sé sin lugar a dudas que esa persona que se encuentra allí escondida en medio de la negrura del subsuelo, es mi padre.

Intento preguntarle dónde diablos estamos y si sabe algo de lo que está pasando, pero reservo las pocas fuerzas que me quedan tras el chute de adrenalina. Me tapa la boca con la mano y sé que no debo contrariar las indicaciones de mi padre. Nuestras vidas penden de un hilo y entiendo que debemos permanecer quietos y en absoluto silencio. Al instante, escuchamos que la puerta de su despacho estallaba sobre nuestras cabezas como si una carga explosiva la hubiese detonado. El techo encima de nosotros retumba y cruje estrepitosamente. Esos seres están justo encima de nosotros buscándonos. Aliviado por un instante, pienso que, al menos, no estoy loco y que mi padre también está siendo testigo de este sinsentido.

Escuchamos como si uno de esas criaturas olisquease por todas partes hasta que se detiene delante la zona de la trampilla que oculta nuestro escondite. Mi respiración se acelera tratando de enmascarar el galopante sonido de mi corazón, el cuál parece hacer temblar el habitáculo en el que estamos escondidos. Entonces empiezan a golpear la trampilla. Debe ser maciza y resistente porque la puerta de la habitación no ha resistido ni a la primera de sus embestidas y esta ya aguanta dos envites.

—Quédate tras de mí —ordena mi padre con firmeza.

—¿Qué está pasando, papá? —balbuceo, incorporándome del suelo arenoso.

—¡SHHH!

Parece como si esas criaturas nos hubiesen escuchado porque sus golpes y empujones aumentan en intensidad hasta que la trampilla cede. Escucho como bajan las escaleras de un solo salto, con tal agilidad, que lo siguiente que oigo son sus cuerpos cerca de donde nos encontramos. De repente, una cegadora luz blanca inunda la habitación permitiéndome, tan sólo por un segundo, ver los espantosos rostros de esas criaturas.

Son una mezcla demoníaca de bestia y ser humano. Su color rojizo es sobrenatural. Nada en la naturaleza tendría un rojo tan brillante y anormal. Sus bocas están plagadas de afilados colmillos serrados en algunas partes. Sus orejas son grandes y puntiagudas. Hasta sus ojos son de un color verde espeluznante, tan brillantes, que no se pueden mirar fijamente. Siento por un instante que esos ojos son capaces de penetrar cualquier resquicio de mi cuerpo o mi mente.

Mi padre agarra algo con fuerza. Alza su mano intimidándolos, al menos, por unos instantes.

—Entréganoslo —gruñe uno de esos seres de manera casi ininteligible.

—¡JAMÁS! —grita mi padre con firmeza, zarandeando el objeto que emite una luz cegadora, controlando las dos espantosas criaturas que empiezan a moverse con rapidez de un lado a otro del habitáculo para ver por dónde pueden lanzar su ataque mortal. Nos acechan como dos animales salvajes dispuestos a devorarnos.

—Dales lo que sea —murmuro, como puedo.

—Hazle caso al chico, dánoslo, es lo mejor para todos. Sabes que no hay escapatoria para ninguno de los dos. De esa manera, nadie saldrá lastimado. —Se burla aquel engendro, que parece ser el que lleva la voz cantante. Es algo más corpulento y tiene las garras y los colmillos más gruesos y curvados.

—¡Jamás! —Vuelve a repetir papá–. Marchaos de aquí, pronto vendrán en nuestra ayuda, sabéis que esto es la señal para que vengan… —advierte, señalando al objeto luminoso—. Sabéis que si os descubren acabarán con vosotros. No podéis estar aquí.

La voz de mi padre suena poco convincente, al menos para mí que conozco cuando está lanzando un farol. Siempre usa ese tono algo más grave e impostado cuando trata de imponerme un castigo. Hacer de padre y madre no se le ha dado tan mal. Hemos colaborado los dos. Yo no le he dado problemas y él no ha tenido que ejercer demasiado de poli malo.

—No querrás que le suceda lo mismo que a su madre, ¿verdad? —advierte la otra bestia, intentando acercarse a mí por el lado derecho, pero tiene que frenar y retroceder ante la intensidad del brillo que emite el objeto que mi padre le acerca. Siento un escalofrío que me hiela cuando lo escucho mencionar a mi madre.

«¿De qué conocía esa criatura a mi madre? ¿Tuvo algo que ver con su muerte…?».

Durante poco más de tres minutos, este es el ritual que se repite ante mis ojos. Las amenazadoras criaturas se acercan y retroceden y vuelven a interpelarle para que le entreguen algo, que debe ser muy valioso para que mi padre nos exponga así durante tanto tiempo.

—Padre, dales lo que te piden o acabarán con nosotros —insisto.

—Daniel no puedo —responde mi padre sin ni siquiera mirarme. Parece muy preocupado, por primera vez en mi vida veo que no es capaz de controlar la situación. Su aplomo y talante sereno han desaparecido.

–¿Por qué? —pregunto ignorante.

–Porque ellos te quieren a ti —sentencia.

En ese instante en que mi padre gira su rostro un poco para mirarme, las criaturas aprovechan para atacarlo los dos a la vez. El

primero le arranca el brazo derecho que sujetaba el objeto de un golpe certero y fugaz. El otro se encarama sobre su cuerpo haciéndolo caer de espaldas. Acto seguido, sin que yo pueda reaccionar, le arranca la yugular y todos los músculos del cuello de un solo mordisco. La sangre comienza a brotar compulsivamente hacia fuera, cayendo al suelo como una manguera sin control.

Un millón de sensaciones repulsivas y encolerizadas empiezan a brotar desde lo más profundo de mi ser en ese preciso instante. Sin embargo, jamás podré explicar o razonar lo que pasa segundos después.

Dentro de mí, noto cómo el miedo y el bloqueo a causa del pánico voraz por esas criaturas se transforma en un odio visceral, una ira desmedida y una sed de venganza descomunal por la muerte de mi padre. Mi cerebro no se detiene a pensar en que no puedo hacer nada contra esas bestias sobrehumanas, ni en que no tengo arma alguna para defenderme o infringirles la más leve herida. El objeto que tanto temor les infunde está debajo de las escaleras, demasiado lejos para siquiera rozarlo. Sin embargo, mi cabeza no se detiene a pensar en las consecuencias o posibilidades de salir victorioso en un enfrentamiento directo contra esas alimañas. Son dos contra uno, gigantes, descomunales, unas bestias dignas de la peor pesadilla de un niño… sin embargo, empiezo a sentir un calor creciente en mi pecho como la lava que hierve debajo del cráter de un volcán instantes antes de erupcionar. Y al igual que la lava, este calor busca su camino por cualquier resquicio en la corteza del cráter, así me siento yo durante no más de dos o tres segundos: a punto de estallar.

Los miro y los veo sonreír ligeramente al ver que ya soy suyo, que estoy a su merced… Mientras se aproximan a cámara lenta percibo una sed infinita de sangre en sus ojos que solo puedo explicar con una palabra: ODIO. No lo entiendo, pero tampoco me paro a pensarlo. Aquí es donde voy a morir. Levanto los puños para plantarles cara y siento que mi pecho va a salir ardiendo del calor acumulado. Miro hacia abajo y de mi pecho sale una luz de color

azul intenso y eléctrico que inunda el sótano. Las fieras se detienen cegadas por el resplandor hasta que comienzo a ver cómo la piel rojiza y rugosa empieza a retraerse, a separarse de sus cuerpos. Se vuelve de un color marrón negruzco hasta que sus cuerpos producen una combustión interna que provoca unas enormes llamaradas que salen de sus ojos, sus bocas y hasta de las extremidades. Al instante, junto al cuerpo de mi padre, sólo hay dos montones de humeantes cenizas y grasa que desprenden un pestilente olor a bicho muerto carbonizado que envuelve el lugar, aturdiendo mi cabeza. Lo siguiente que siento es que caigo de bruces y escucho el crujir de los huesos de mi cara contra el tosco suelo.

He perdido el conocimiento y estoy tirado en el suelo, sin fuerzas ni en el cuerpo ni en el alma al ver el cadáver de mi padre tirado a unos palmos de donde estoy yo. Trato de alargar el brazo para tocarlo por última vez, pero no puedo moverme. Mi cuerpo no me responde. Miro a su lado y sonrío levemente ante la última visión que tengo de las criaturas achicharradas desde el suelo, gracias a la penumbra que arroja el objeto mágico que portaba mi padre y que está en algún lugar cerca de las escaleras. Al menos he podido vengarlo. No sé cómo ni porqué, pero ha merecido la pena. Todo se queda en silencio y en penumbra. Los párpados me pesan tanto que cierro los ojos. Tan solo escucho el latido desacompasado y débil de mi corazón. Como si de una nana mortal se tratase. El suave y pausado ritmo melancólico de la vida que se rinde ante su inequívoco final es lo único que me acompaña hasta que todo se queda en silencio.

Al cabo de no sé cuánto tiempo, dos figuras descienden por las mismas escaleras que han sido testigos de la barbarie que ha acontecido hace unos minutos.

—¡No puedo creerlo! Lo han encontrado —anuncia una voz clara y confiada al alumbrar hacia los cuerpos— Saduj estaba en lo cierto… debían haberlo trasladado a la Impenetrable hacía mucho tiempo… Sin embargo, el cabezota de su padre se negaba… ahí lo tienes, tieso como un palo. Decía que él podría protegerlo y esconderlo

hasta que fuese lo suficientemente mayor para tomar su propia decisión. ¿Acaso no había sido testigo de lo que su hijo era capaz…?

—¿Dónde está el chico? —Pregunta la otra voz menos grave, pero más madura y perspicaz— ¡No puede ser, mira esto... los demonios están muertos!

—¿No creerás que ha sido el muchacho? Eso es imposible. Aún era humano… ni siquiera él podría hacerlo sin entrenamiento y sin desarrollar su poder.... ¿Acabar con dos demonios rojos él sólo? ¡No puede ser! Es demasiado… no puedo creerlo. Pero, ¿quién coño es este muchacho? –pregunta a su compañero mientras le da un puntapié a uno de los montones de ceniza que acaba desmoronándose– Ahora no eres tan valiente, ¿eh? Pedazo de mierda. –le grita al montón de cenizas.

La otra figura se acerca hasta uno de los cuerpos.

–¿Está vivo?

—No estoy seguro… Tenemos que llevárnoslo enseguida, pronto vendrán más a buscarlo, este lugar será muy peligroso. Todos los esfuerzos por ocultarlo y por protegerlo, la desaparición de su madre, la muerte de su padre, todo habrá sido en vano si no nos damos prisa. Tenemos que largarnos de aquí.

—Además, si muere, hay que llevarlo al Transitium.

–¿Para el Diaberum?

–¡Exacto! Es su última oportunidad. No podemos perder a uno con su potencial… ¡Hay que largarse! Se están acercando, lo presiento. Mucho me temo que la batalla que tantas décadas hemos temido y evitado ha empezado. Hay que llevárselo a Saduj. Él sabrá qué hacer con el chico. ¡Arish, coge el litium! ¡No hay muchos últimamente y lo necesitaremos por si vienen más! —Sugiere la voz que se encarga de recoger mi cuerpo inerte del suelo.

No sé si es un sueño, si estoy dormido o muerto, pero lo último que percibo es una enorme explosión a mis espaldas que hace vibrar todo mi cuerpo, aún dentro de mi estado de inconsciencia. La casa salta por los aires, al igual que toda mi vida. Entonces, tengo la vaga impresión de elevarnos del suelo de una manera suave y veloz. Aunque tal vez sea solo una sensación de los últimos impulsos nerviosos de una mente que se está apagando o realmente estemos volando… Después, solo hay oscuridad.

2. No soy yo

«La muerte es un proceso continuo, no es el final de nada. Esta puede iluminar una vida nueva que jamás deberá ser contemplada más allá de los ojos humanos».

Diarios de la Impenetrable.

Kassandra

Todos creemos que cuando morimos se acabó, punto y final. Al menos, eso es lo que siempre nos han dicho o hemos visto a nuestro alrededor. Sin embargo, esto no es así...

Yo morí, pero al poco regresé a la vida. Dejé de ser yo. Bueno, era yo de nuevo, pero algo en mí había cambiado…

Ese lunes comienza como otro lunes de mierda más.

Me levanto a las 5:30, me ducho con agua fría porque la caldera no funciona desde el martes pasado, pero ni tengo una mísera libra extra para arreglarla ni tiempo para que vengan a repararla. Tendría que pedirme un día libre para esperar al fontanero, y eso no me lo puedo permitir. Si yo faltase un solo día del trabajo sería un caos en la casa de los Smith.

Me echo encima la primera ropa medio decente que pillo, me coloco bien el piercing de la nariz y cepillo mi pelo bicolor azul eléctrico y negro. Me voy comiendo un bagel medio duro mientras corro para pillar el metro a las 6:15. Necesito llegar a Notting Hill antes de las siete. Hora en que el juez Sir Charles Smith sale para

trabajar y su "adorable" mujer arpía se escabulle para hacer sus gestiones en la inmobiliaria en la que trabaja. Sospecho que esa mujer no es muy buena madre; no entra a trabajar hasta las nueve, pero prefiere dejarme sola con los tres diablillos que tiene por hijos para que yo me encargue de lidiar con ellos en el desayuno, vestirlos, que suele ser una odisea y los lleve al colegio.

Trabajo como niñera a tiempo parcial, aunque, en realidad, hecho más horas en esa casa que en la mía propia. La oferta de trabajo comenzó como "cuidadora" ocasional de los niños, encargada de jugar con ellos y estar en casa por si algún día los padres no podían regresar del trabajo a tiempo o surgía algún imprevisto o cena de trabajo… todo mentiras. Esa mujer lo tenía todo bien pensado. Desde los primeros días, Susan Smith fue añadiendo tareas a mi interminable lista de deberes en su hogar. Hasta tener que hacerlo prácticamente todo: desde hacer la compra, limpiar el váter, hacer disfraces o preparar la cena para sus amigos durante el fin de semana. Se suponía que tendría libre los sábados y domingos, pero casi siempre los trabajo por unas libras extra que tengo que recordarles haber trabajado cada fin de mes cuando me racanean al pagarme.

«¿Por qué son tan rácanos los ricos?». Precisamente por eso, porque apuran cada centavo y tratan de exprimirte al máximo por el mínimo dinero; capitalismo puro.

Acelero el paso porque no puedo permitirme perder el único empleo que me ha durado más de tres meses. Tuve que dejar los estudios a los dieciséis y buscarme la vida. Mi perezosa y enfermiza madre jamás tuvo mucha cabeza. Tal vez, la que a mí me ha sobrado siempre para sacar a la familia adelante: mi madre, yo y nuestra gatita Katia. De mi padre poco sabemos o poco me ha contado mi madre; ella se pasa el día viendo la tele, las novelas y los realities, cualquier cosa que pueda hacer desde el sofá. Mami cobra una pequeña pensión por ser madre soltera y por sus enfermedades: fibromialgia y depresión severa. A veces no tiene ganas de nada ni de arreglarse ni salir a la calle y tiene fuertes dolores, lo sé, pero

tampoco tiene mucha voluntad por hacer nada en casa; no se apiada de mí cuando ve que no puedo con mi alma al llegar exhausta tras haber trabajado durante más de doce horas en casa de los Smith; la condenada, encima, no me deja ni respirar. Parece que acumula todas las cosas que se le ocurren para pedirme en el tiempo que estoy fuera de casa.

Así que, cuando ocurrió lo que ocurrió, tampoco es que me diese mucha pena desaparecer del mapa. Mi vida era totalmente prescindible para la sociedad y yo tampoco la disfrutaba mucho, la verdad. Cuando descansaba algún domingo, en los que le decía a mi madre que estaba trabajando para que me dejase respirar, me iba a algún parque de Londres o al zoo para pasar el tiempo con los animales, aunque muchas veces me quedaba frita en ese Starbucks cerca de la casa de los Smith. Allí veía pasar a la gente bien arreglada y sonriendo dentro de sus cochazos importados y disfrutando con sus amigos y familiares.

Me gusta sentarme ahí con mi móvil, y hacerles fotografías sin que se den cuenta. Tal vez eso es lo único que echaré de menos: no poder hacer fotos. La fotografía para mí es como detener el tiempo y el espacio en unas cuantas pulgadas; algo mágico y emocionante. A menudo tengo que borrar fotos porque no me caben en la memoria de mi maltrecho y antiguo móvil.

Como iba diciendo, ese día iba tarde, no quería que me regañasen de nuevo. Para más inri, tuve que bajarme una parada antes de Notting Hill por culpa de unas malditas obras de mantenimiento en la estación. A las siete menos diez corría por la calle como una condenada cuando comenzó a llover más fuerte. De repente, vi un hermoso sauce llorón en una de mis casas favoritas en Notting Hill, esa con los tejados altos y la familia feliz de tres miembros que desayunaba todos los días alrededor de una gran mesa de madera junto a los ventanales de la casa. Los veía a diario cuando iba y volvía de casa de los Smith. Sin embargo, esa mañana tuve que detenerme, a pesar de ir muy muy tarde, para hacerle una foto al árbol bajo la lluvia. Las gotas parecían descender como

pequeñas cascadas por cada una de sus ramas y las luces tenues y cálidas de las ventanas detrás, proporcionaban la postal ideal. En el encuadre de la foto de la casa salía un poste de la luz, así que sin darme cuenta me adentré en la carretera para evitar que saliese en la foto, con la mala fortuna de que un despistado conductor, somnoliento y con poca visibilidad por la lluvia, me arrolló con el coche, lanzándome por los aires. Sentí un tremendo dolor en el costado y noté que flotaba. Mientras caía, aún me dio tiempo de ver la casa y deseé estar allí dentro, riendo con aquella familia donde todos parecían querer a los demás. Allí podría haber sido tan feliz. Seguro que esos padres me habrían pagado un buen curso de fotografía y contaría con el mejor equipo para hacer fotos hasta con un dron. Me encantan los videos hechos con drones. Entonces, choqué contra algo y todo se apagó.

3. PUNTO MUERTO

«Los candidatos del Diaberum deben ser elegidos por las diferentes facciones por sus capacidades o por su sangre y permanecer en el Transitium hasta que consigan sus alas o mueran definitivamente».

Normas para el Diaberum. (Sala roja de la Biblioteca del Transitium).

Daniel.

«¡Papá!» —Un grito ahogado me devuelve a la vida. Sin poder moverme, escucho voces y susurros desconocidos a mi alrededor que trastean mi cuerpo sin que este oponga resistencia alguna a lo que me estén haciendo. Cierro los ojos, aunque no sé siquiera si los abrí en algún momento… de todos modos, sólo quiero dormir y olvidarlo todo.

Nada más cerrar los ojos, me adentro en un difuso sueño en el que aparece mi madre. Sigo siendo un niño de ocho años. Lo adivino porque, aunque no me veo, si la contemplo a ella y su apariencia es igual a como la última vez que la vi con vida. Me sonríe y yo la miro feliz. Una agradable sensación cálida recorre mi cuerpo al sentirla cerca. Empiezo a saltar contento de charco en charco a su lado, mientras trato de no zafarme de su mano, que me da seguridad y confianza. Durante trece años jamás he podido recordar lo que pasó ese día tras la esquina de la tienda de ultramarinos con el letrero verde fluorescente. Mi mente simplemente lo borró. A pesar de haber revivido en mi mente ese día cientos de veces durante los últimos años, mi mente parecía bloqueada en ese punto.

Pienso en que tal vez el reciente shock traumático producido por el ataque de esas criaturas y la pérdida de mi padre puedan haber

producido un desbloqueo de alguna zona de mi cerebro que me permita, por fin, llegar hasta el momento en que siempre me he despertado y poder averiguar, al fin, lo que realmente le sucedió a mi madre. Sé que la mente humana es muy sabia. De acuerdo con los doctores que me vieron tras su misteriosa desaparición, mi mente creó una especie de nube densa como mecanismo de defensa que me ha impedido recordar lo sucedido.

Vuelvo a perderme en la oscuridad de mis sueños. Sigo sin ser dueño de mi cuerpo o mi mente. Intento mover algún miembro, pero nada parece estar vivo. Siento que estoy consciente y por eso me alarma sobremanera el hecho de no poder moverme durante estos primeros momentos de semiinconsciencia. Agudizo el oído y solo puedo escuchar los sonidos de las máquinas que monitorean mis constantes vitales. También oigo algunas palabras sueltas de conversaciones que entran y salen, el rumor de puertas y ventanas al abrir y cerrar. No sé cuánto tiempo duran estos breves periodos de consciencia o cuánto tiempo paso dormitando o inconsciente. No soy capaz de saber si estoy en coma, vivo o... muerto. Con el paso de lo que supuse que son días, voy permaneciendo más tiempo consciente. Empiezo a percibir cosas a través de mis sentidos. El olor del café recién servido, la brisa fresca al abrir una ventana, el sonido de carreras en el piso inferior y un sinfín de sensaciones que me hacen sentir mejor cada día. Sin embargo, estos pequeños avances en mi maltrecha situación me hacen recordar los fatídicos últimos momentos junto a mi padre y esas criaturas que lo han matado. Entonces, me altero y noto como las lágrimas inundan las cuencas de mis ojos, hasta que resbalan por mis sienes sin que yo sea capaz de moverme para secarlas. Escucho, entonces, cómo la máquina a la que estoy conectado es silenciada por alguna persona. Después, una familiar sensación fría y sedante comienza a recorrer mi cuerpo a través de mis venas, hasta que vuelvo a olvidarlo todo y me duermo.

No sé cuándo, los recuerdos vuelven a invadir mi mente. Ahora sueño con mi casa cuando yo era aún pequeño. A media mañana estoy jugando en mi habitación con los indios y soldados sobre mi

cama. Recuerdo que ese día mi madre había ido a buscarme al colegio una hora antes. El director de la escuela la había avisado de manera urgente. Mi madre me miró durante todo el camino con una mirada mezcla de culpabilidad y preocupación, como si lo que había pasado en clase hubiese sido culpa suya. No me regañó en ningún momento. Trataba de no mirarme directamente a los ojos, para que yo no me percatase de que estaba a punto de llorar. Cosa que me extrañó ya que mamá siempre se mostraba muy fuerte ante mí y rara vez la había visto derramar alguna lágrima. En cuanto llegamos a casa, mi madre me envió con disimulo a mi habitación y me pidió que cerrase la puerta. Al instante, escuché la voz urgente de mi padre entrando en casa. Oí cómo mi madre se derrumbaba y empezaba a llorar. Quise salir a su encuentro para preguntarle qué le ocurría, por qué lloraba sino era culpa suya, sino mía.

Me preocupaba que estuviese triste por el incidente del colegio. Tal vez, después de eso… mi madre empezó a sospechar que algo dentro de mí no era normal…

Todo ocurrió cuando estábamos en clase de Matemáticas con la señorita Lucy. Yo estaba peleándome con Thomas, mi compañero de pupitre, cuando algo distrajo mi mirada por la ventana; fue algo fugaz, casi inapreciable, pero pude verlo. Me pareció que algo extraño estaba merodeando debajo de la ventana. La profesora me vio distraído y me ordenó salir a la pizarra. Una vez resolví con gran facilidad las operaciones que ella había garabateado, me di la vuelta y allí estaba eso de nuevo, colándose por la ventana. Aquel ser pequeño y horripilante con forma de...

Siento cómo me duele la cabeza al tratar de recordar, sin embargo, continuo adentrándome en mis recuerdos.

...con forma de...

«¡Diablillo!» ¡Eso era! Por fin lo había visto en mis recuerdos.

Había conseguido recordarlo después de tantos años… era como si el estado en que me había dejado el enfrentamiento con esos

seres me hubiese desbloqueado la parte de mi mente donde se encontraban los recuerdos macabros e inexplicables de mi niñez.

Tras colarse por una rendija de la ventana, ese bicho intentaba introducirse dentro de mi mochila. Desconozco con qué propósito. Entonces, sin saber cómo, sentí un enorme calor dentro de mi cuerpo. Este se liberó por las manos en forma de una gran llamarada azul que recorrió toda la habitación para alcanzar a esa sabandija. Lo siguiente que recuerdo es la cara de la enfermera reanimándome y las voces y gritos de todos los chicos del colegio desalojando el edificio. Por suerte, los extintores del pasillo hicieron su cometido y en unos instantes el fuego estaba apagado.

Jamás les conté a mis padres lo que había visto ese día en clase o cómo conseguí acabar con ese ser y, de paso, con mi mochila. Ellos tampoco me preguntaron nada sobre qué había sucedido realmente. Tan solo me echaron una buena reprimenda acerca del fuego, los incendios y lo que era convertirse en un pirómano.

Ahora lamento no haberle dicho nada a mis padres en ese momento porque tal vez podría haber evitado todo lo que les pasó después...

Intento adentrarme de nuevo en mis recuerdos aprovechando mi estado de adormecimiento, pero la cabeza me va a explotar. Un penetrante dolor en la parte trasera del cráneo que me atraviesa hasta las encías y hace que abandone la idea. No obstante, finalmente, con gran esfuerzo, logro ver un poco más de lo que pudo pasar aquel fatídico día en que perdí a mi madre.

Mi madre me llevaba por la calle cogido de la mano. Estábamos muy contentos porque me había prometido ir al cine a ver la última película de dibujos animados. Recuerdo que llevaba el pelo suelto y la brisa del viento mecía armónicamente sus cabellos castaños. Siempre fue una mujer muy guapa, mi padre era un hombre muy afortunado.

Su sonrisa cómplice se agranda ante alguno de mis ocurrentes comentarios acerca de un abusón de clase que no me cae bien. Miro hacia el suelo para dar un puntapié a una piedrecita que se encuentra en nuestro camino. Por un instante, pierdo la piedra de vista. Justo cuando logro alcanzarla de nuevo, siento un fuerte tirón del brazo por el que me sujeta mi madre. Extrañado, miro a los lados, pero no atisbo peligro alguno. Así que no entiendo por qué mi madre ha tirado de mí tan bruscamente. Observo su rostro desencajado por el miedo y, cuando me dispongo a ver qué le ha producido semejante pavor, me esconde como puede dentro de su abrigo. Doblamos la esquina deprisa. Agazapado bajo el suave paño verde del abrigo materno, solamente puedo sentir unos pasos que se aproximan cada vez más rápido. No puedo ver nada, pero entiendo, enseguida, que alguien nos sigue. Continuamos calle abajo y escucho un coche en la distancia que se aproxima hacia nosotros a gran velocidad. Mi madre se detiene como si no supiera hacia dónde girar. Estamos rodeados por el hombre y el vehículo que corre hacia nosotros. Noto cómo el cuerpo de mi madre se pone rígido junto al mío debajo del abrigo y desprende mucho calor. Entonces, escucho una puerta que se abre y de un solo movimiento me saca de debajo de su abrigo y me lanza dentro de un portal.

–¡Quédate dentro! Pase lo que pase… ¡no salgas! ¡Te quiero!

La puerta se cierra rápidamente hasta dejarme oculto en la húmeda oscuridad del lugar. Sin embargo, antes de que la puerta se cierre, puedo ver cómo mi madre extiende sus brazos y una luz cegadora lo envuelve todo antes de que un todoterreno borre la visión de mi madre y la puerta termine de cerrarse de golpe. Escucho un estruendo enorme y los cristales de la puerta de forja saltan por los aires. Me tapo los oídos y empiezo a llorar acurrucado debajo de las escaleras del portal. Mi madre me ha dicho que no salga y tengo que hacerle caso, pero ese lugar da mucho miedo y no sé qué ha sucedido fuera.

Cuando pasan unos minutos y el humo empieza a colarse por debajo de la puerta del portal, los vecinos del edificio comienzan a

bajar en tropel para ver qué ha sucedido. Salgo de mi escondite y cuando una mujer abre la puerta, salgo tras de ella y observo atónito el dantesco espectáculo. Un todoterreno se ha empotrado contra un escaparate de una tienda abandonada, justo al lado del portal, donde hace unos instantes había estado mi madre. Grito y chillo queriendo acercarme peligrosamente al incendio del local que lo arrasa todo con voracidad. Entonces, un hombre mayor me detiene y me sujeta de la mano para que no llegue a quemarme las manos. El señor se queda a mi lado hasta que la policía aparece y me preguntan por qué estoy solo. Cuando vuelvo a mirarlo ya no está. Se aleja caminando vestido todo de negro y al doblar la esquina me sonríe ligeramente, pero no es su sonrisa lo que llama mi atención. Son sus ojos. Unos ojos rojos y brillantes igualitos a los de las criaturas que han asesinado a mi padre. Entonces, me vuelvo a despertar.

Me falta el aire. La claridad cegadora de la habitación que penetra mis párpados por primera vez después de tanto tiempo aumenta el dolor que siento en las sienes. Comienzo a temblar y mi cuerpo se revuelve para salir de su letargo. Es como si el recuerdo de mi madre me hubiese ayudado a salir de aquella terrible situación en la que me había sumido desde que aquellos seres fuesen directos a acabar conmigo. De pronto, me encuentro rodeado por muchas sombras. No consigo enfocar bien al abrir los ojos. Mi vista no me permite saber dónde estoy ni quiénes son los bultos que se mueven a mi alrededor. La confusión y el pánico se empiezan a apoderar de mí; provocándome una mayor rigidez en todo el cuerpo.

«¿Y si estas personas que me rodean son mis captores y no mis salvadores como creo? ¿Puedo confiar en ellos?» —pienso.

—Parece que se está despertando —dice una voz femenina a mi derecha. Suena aliviada al comprobar mi nuevo estado.

—No lo agobiéis, debemos dejarle espacio, Kate. Comprueba las constantes y verifica su temperatura. —Insta una voz masculina más madura.

—Todo parece normal, aunque su pulso se está acelerando por momentos, deberíamos dormirlo de nuevo.

—No tienes nada que temer, estás a salvo. Por suerte Radgüll y Arish llegaron a tiempo y pudieron ayudarte a escapar. Llevas muerto una semana… Nos hacemos cargo del fuerte shock que te produjo la pérdida de tu padre. Todos aquí estamos consternados. Sin embargo, ya estás dónde debías haber venido hace mucho tiempo. También comprendo que no has tenido tiempo de hacerte a la idea de su pérdida ni has podido llorar su muerte. Ahora nos vamos a marchar para que descanses y te relajes. Confía en nosotros. Ahora, por fin, estás a salvo. De esta manera podrás poner tus pensamientos en orden para cuando volvamos a hablar. Estás entre amigos. Supongo que tendrás muchas preguntas en tu cabeza en estos momentos, pero ahora no es momento de atormentarte o agobiarte con respuestas que tal vez no estés preparado para escuchar. A su debido momento, todas serán respondidas —dice el hombre con voz tranquila y serena—. Sólo decirte que yo era amigo de tus padres.

Cierra la puerta tras de sí, empujando fuera a todas las figuras de alrededor.

De nuevo, una inamovible paz externa rodeaba mi locura interna. Mi cerebro no puede procesar tantas preguntas a la vez, ni siquiera puede ordenar a mis músculos que se muevan para salir pitando de aquí. Debería marcharme, pero no puedo siquiera defenderme. Mi resignación llega al cabo de varios intentos fallidos por moverme. No puedo siquiera levantar un dedo. Estoy totalmente agotado.

«¿Y si esta gente me está medicando para que no me mueva? ¿Y si me van a tener de esta manera hasta que les cuente lo que sé de esas criaturas? ¿Y si quieren estudiarme o utilizarme como conejillo de indias?

Intento abrir de nuevo los ojos para ver qué es lo que me están suministrando por el suero. Tal vez podría reconocer el nombre del

calmante o tranquilizante que me están dando. De lograr identificarlo, podría arrancármelo del suero. No logro comprender que, si me quieren retener, no me hayan amarrado a la cama por si intento escaparme...

Vuelvo a intentarlo y al principio, no veo casi nada, pero después, mis ojos se van acostumbrando a la luz, que por otra parte es tenue y suave como la luz del atardecer. Al cabo de un rato, comienzo a ver mejor. Mi mano derecha es lo primero que veo. Descansa pálida y apacible sobre los pliegues de las características sábanas níveas de hospital.

Cuando vuelvo mi cuello para ver qué es ese "bip" que lleva días martilleando mi cerebro, descubro la amplitud y majestuosidad del aposento. Las gigantescas paredes están franqueadas por escayolas doradas en la parte de arriba y tapizadas hasta el suelo con una especie de papel estampado en terciopelo del mismo color dorado y ocre hasta llegar a descansar en el noble suelo de madera de roble que discurre como un cálido soporte para todo lo que en él se pose. El mobiliario clásico y sobrio contrasta con la moderna parafernalia que rodea la cama en la que me encuentro. El lecho está rodeado por cuatro columnas de madera en dosel que terminan en un techo de tela color verde botella que combina con las fastuosas cortinas aterciopeladas, salpicadas con miles de bordados de época que ocultan casi por completo los enormes ventanales de la habitación.

Entonces, vuelven a atormentarme los últimos momentos vividos junto a mi padre.

«Pobre hombre», —pienso entre sollozos.

«¿Qué o quiénes eran esas alimañas que lo habían asesinado y destrozado de aquella manera tan atroz y brutal delante de mis propios ojos? ¿Cómo era posible que mi padre estuviera alerta para protegerme? ¿Qué era aquel objeto que tanto respeto les impuso? ¿Cómo había podido sobrevivir ante semejante amenaza? ¿Los que están conmigo, son amigos o enemigos?

Voy a volverme loco de tanto pensar…

Todas las preguntas y temores más primitivos que cualquiera de nosotros podemos hacernos en algún momento de lucidez mental acerca de dónde venimos, a dónde vamos, si existe un Dios, si sólo somos marionetas a merced de otras inteligencias superiores... Todo pasa por mi mente.

Tal es mi estado de inconsciencia que una tranquilizadora idea se posa en mis pensamientos.

«¿Y si estoy soñando, ahogándome cada vez más en las profundidades de una terrible pesadilla? ¿Y si estoy en coma y no puedo volver a despertarme y estoy creando esta situación en mi interior? ¿Y si todo es fruto de mi grandilocuente imaginación? ¿Y si en realidad estoy muerto como les acabo de oír decir?».

Me quedo bloqueado por un momento al pensar que todo esto seguramente no existe, que tal vez, mi padre vive y todos los inexplicables acontecimientos que rodean su muerte y mi amargo letargo han sido sólo una horrible pesadilla. Cierro los ojos con todas mis fuerzas y deseo salir de esta palaciega habitación con todas mis ganas para volver a mi familiar habitación azul en casa, donde se supone que debo estar durmiendo ahora. Aprieto los ojos con todas mis fuerzas para que toda esta locura desaparezca cuando los abra de nuevo. Siento la humedad de las lágrimas agolparse en mis ojos hasta que se desbordan y las primeras gotas ruedan por mis mejillas.

Cuando vuelvo a abrirlos están llenos de lágrimas y esperanza. Todo a mi alrededor está muy oscuro y en silencio. El corazón me da un vuelco y, por un instante, lo suficientemente largo para que mi cerebro mande la orden de segregar más adrenalina; pienso que mi deseo se ha cumplido y que todo ha sido un mal sueño. La ilusión perdura hasta que el martilleante e incansablemente odiado sonido de las máquinas aplasta y retuerce mi esperanza de que todo sea mentira.

Grito de desesperación tan fuerte como puedo durante no sé cuánto tiempo, hasta que empiezo a notar un sabor salado en la boca y siento como si las cuerdas vocales de mi garganta se hubiesen partido; como si de las cuerdas rotas de una guitarra se tratase. Mi garganta se ha desgarrado por semejante esfuerzo inhumano. No me da tiempo a sufrir más dolor, porque vuelvo a desmayarme y a rendirme en los densos, fríos y oscuros brazos del dios del sueño, Morfeo.

«¿Estoy ya muerto? ¿Estoy delirando, agotando mis últimos instantes de existencia?»

Una cosa está clara… de seguir así por mucho tiempo, seguro que dejaré de existir, por lo menos, en el reino de los cuerdos.

4. ¿Estoy viva?

«A veces la realidad es un velo superfluo y efímero que oculta la verdad de las cosas. Existen planos de realidad que se ocultan por el bien de la humanidad para que no se vea sumida en una anarquía y locura que la lleve a su desaparición. Nosotros nos encargamos de que este velo jamás caiga de los ojos de los humanos… ya que entonces podrían comenzar a vernos; con todas las consecuencias que podría acarrear… entender la verdad acerca de dónde vienes y el por qué de tu existencia puede ser fatídico si siempre has sido prescindible».

Cuaderno de anotaciones de los escribas de Las Crónicas del Fin del Mundo. (Cámara Secreta de LA IMPENETRABLE).

Kassandra

Siento frío. No puedo moverme. Quiero tragar, pero no puedo. No sé dónde estoy. Tal vez sea un hospital o quizás estoy tirada en la carretera esperando que llegue la ambulancia mientras me muero. Lo primero en lo que pienso es en mi madre, aunque, tal vez, no se merezca que mi último pensamiento sea para ella.

«¿Qué será de ella si yo desaparezco?» —pienso más en ella como en una mascota que dejas abandonada, a su suerte, que como en una madre.

Ella siempre ha basado nuestra relación en la dependencia de mí, en el hecho de que me trajo al mundo y por eso tengo que estar eternamente agradecida. Jamás me ha comprendido o me ha preguntado cómo me siento. Si estoy cansada o si los demás se portan bien conmigo. Tan solo se preocupa por ella misma, sus cosas y en conseguir aquello que quiere para ella. Es frustrante tener a una madre tan egoísta. Una persona que jamás me ha facilitado la vida o ha hecho algo por mí; al menos desde que tengo

uso de razón. Esto siempre me había llevado a la conclusión de que cuando llegase el momento, no tendría hijos. Tampoco tengo otra familia conocida que no sea mi madre, así que no puedo compararla con otras figuras familiares que pueda imitar. Si algo tengo claro es que no quiero repetir lo que ella ha hecho conmigo.

Trato de mover alguno de mis miembros, aunque sigo sin sentir nada. Abro los ojos. Sé que los tengo abiertos, pero tan solo veo oscuridad. Un velo negro e impenetrable que me impide poder ver nada. Comienzo a asustarme, a agitarme, quiero salir de este letargo. Me siento atrapada como en una especie de noche infinita que me impide moverme. Quiero gritar que estoy viva, que estoy aquí, que no me den por perdida...

—¿Qué opinas? —Pienso que está demasiado agitada...

—No sé, ni idea. Tú eres la sanadora.

—Y tú eres un vampiro curandero, Elissio — resopla Samira.

—Bueno, está bien. Tienes razón, no es normal, no han pasado ni veinticuatro horas. Debería estar… ¿inmóvil?

—Cuando un humano muere y es traído al Transitium tarda al menos un día en empezar a moverse. Esta chica parece diferente... —Samira observa su ficha durante unos instantes y arquea una ceja —, ya lo entiendo todo. Mira quién es su padre...

El viejo vampiro observa el nombre del padre de Kassandra y se lleva las manos a la boca para ocultar su asombro. No puede creerlo.

—¡Alucinante! No sabía ni que él tuviera descendencia... entonces, esta chica será uno de los de abajo, ¿no? ¿La mandamos ya, directamente?

—¡Quieto! Pero qué dices, ¡insensato! Los orígenes no condenan a nadie a tener o no alas o a cuál será su color. ¡No tengas prejuicios! Parece mentira... ¿ya has olvidado de dónde vienes tú, Elissio?

—Usted disculpe, su ilustrísima. —La mira y sonríe.

Intento gritarles que estoy escuchándolos, que estoy aquí y no estoy muerta. No entiendo por qué dicen semejantes sandeces... de muerte, orígenes o alas…

«No estoy muerta, ¡joder!»

Trato de moverme una y otra vez. Un calor interno comienza a reverberar dentro de mí.

—¡Tranquila, preciosa! Estás a salvo. No seas impaciente. Todo camino sigue su curso. No te precipites y descansa. Vas a necesitar esa energía pronto —me susurra al oído, —Ponle un poco de elápidium... un poco solo. No te pases. A esta chica no podemos perderla...

—¿Por quién me tomas? —Pregunta con el semblante más serio.

—Elissio, no me provoques o volverás a tu penosa vida en la tierra, mendigando sangre a los humanos por las esquinas.

Siento que vuelvo a dormirme. Mi conciencia se desvanece en la negra nebulosa que me rodea. Tal vez ahora sí que esté realmente muerta. Sin embargo, no me importa, empiezo a notar una paz y un descanso indescriptibles. Descansar por fin ... no sé cuánto hace que no tengo una sensación tan placentera o si alguna vez la he tenido.

Desconozco cuánto he permanecido en la oscuridad, pero cuando vuelvo a tomar conciencia, siento que puedo moverme. Abro los ojos, pero la claridad me ciega. Me duelen tanto los ojos que tengo que cerrarlos con rapidez. Muevo un brazo y puedo tocar mi pierna derecha. Sonrío de emoción.

«¡Estoy viva!».

Trato de incorporarme, pero estoy demasiado cansada para hacer el esfuerzo. Entonces, me concentro en tratar de abrir los ojos poco a poco. La habitación es blanca, aséptica. Estoy tumbada en lo que

parece una cama de hospital, sin embargo, la ventana se parece a la de una casa normal. Las paredes y el armario del fondo, junto a la ventana, también son blancos. No puedo ver qué hay detrás de las cortinas. Solo hay claridad. Una luz que me ciega y que hace que tenga que cerrar los ojos ya que me lagrimean.

Estoy llorando y sé que en gran parte es por la potente luz, pero en otra es porque estoy viva. Respiro despacio antes de que la máquina que toma mi tensión empiece a pitar y las enfermeras que escuché antes vengan corriendo. Me apresuro a mover los dedos de los pies debajo de las sábanas blancas. Veo movimiento debajo de la tela. Sonrío. Después del accidente, parece que podré caminar.

Poco a poco mis ojos comienzan a tolerar más la luz. Siento que puedo empezar a moverme y comienzo a incorporarme. No tengo muchas fuerzas, pero las suficientes para intentarlo. Necesito asomarme a la ventana y averiguar dónde estoy. Necesito mi móvil y mis cosas. Mi madre y los Smith deben estar preocupados, aunque probablemente ya sepan lo de mi accidente. Las malas noticias, vuelan.

Veo de reojo el armario, pero está muy lejos. Así que, cuando consigo levantarme de la cama, tambaleándome, me apoyo en una mesita de noche metálica que hay junto a la mesa. Me desconecto algunos cables, pero la máquina no suena. Camino con el portasueros hacia la ventana. No serán más de tres metros, pero al quinto paso, noto que me estoy cansando como si hubiese recorrido toda Oxford Street en hora punta. Para llegar a la ventana debo sobrepasar el espejo. Estoy a punto de pasarlo sin mirar, cuando caigo en la cuenta de que necesito verme, saber qué me ha pasado. Entonces me miro. Mi cara está hinchada y amoratada por la frente, las mejillas y la nariz forman una masa deforme debido a la hinchazón. Tengo el pelo pegajoso y de color marrón. Me giro para verme por detrás. Entonces, contemplo un enorme agujero en mi cráneo que está aplastado por detrás.

Siento ganas de vomitar y me mareo al verlo. No es posible caminar con semejante herida en la cabeza. Debería haber perdido tanta sangre que habría sido imposible operarme. Máxime, cuando aún tengo la herida abierta, como si ni siquiera se hubieran preocupado por cerrarla porque ya era demasiado tarde para salvarme...

Eso significa que… «¿He muerto?».

Entonces, «¿Cómo es posible que me esté viendo aquí y ahora?».

Las piernas me fallan y siento que me caigo al suelo. En ese instante, alguien llega y me agarra, justo a tiempo para evitar darme de bruces contra el suelo.

—¡Ey, ey! ¿Qué haces levantada? ¡Madre mía, qué energía tienes! ¡Samira! Tienes que venir a ver esto. Esta chica ya está casi recuperada. Debemos prepararla para comenzar el entrenamiento. En unos días es el Diaberum.

—¿Cómo es posible? Le suministré algo más de la cantidad estándar de elápidium... Sí, está despierta, tienes razón. Es hora de prepararla y, sobre todo, de darle una buena explicación.

5. Transitium

"Ese lugar al que nadie quiere ir porque se encuentra a medio camino del bien y del mal, al que algunos llaman el limbo o purgatorio… donde no se sabe si estás vivo o muerto o simplemente soñando. Ese lugar en realidad es el Transitium y está controlado por Alas rotas."

Epístolas de los Arcángeles.

Daniel

Me despierto próximo al amanecer puesto que los primeros y asalmonados rayos del sol acarician las tupidas cortinas tras los cristales. No hago ningún movimiento, sólo abro los ojos. Entonces, le veo. Allí, postrado junto a la chimenea apagada de la habitación, meditabundo y absorto en sus pensamientos como una sombra más de aquella enorme habitación. Podría confundirse con la sombra gris de la majestuosa cama, pero aquella figura está tan alerta como el depredador que vigila a su presa momentos antes de morir. Nada más verlo, me percato de que hay algo extraño en él. Bajo esa percha y fortaleza varoniles de hombre normal, siento que su extrema perfección en la realización de sus casi inapreciables movimientos y la gracia con que repasa los surcos del suelo no es del todo natural. Su mente vuela a miles de años luz buscando algo que le reconforte más que vigilar a un pobre tullido, no es del todo normal. Ese semblante, su postura, su perfección… todo me indica que este sujeto no es humano. Para mis adentros me digo que estoy paranoico. Entonces, con un veloz movimiento desaparece; confirmando mis sospechas. Lo he perdido de vista. La sombra se ha fundido en la oscuridad. Miro al ventanal y allí está de nuevo. Como

si ni siquiera se hubiese movido. Después, me mira directamente penetrándome con su desconcertante mirada.

«¡Maldición!», —pienso.

Cierro los ojos súbitamente, esperando que nuestras miradas no se hayan cruzado. Pero ya es demasiado tarde. Cuando entreabro mínimamente los ojos de nuevo para comprobar si aún sigue repasando la solería al lado del ventanal, ya está junto a mí; encima de la almohada, casi rozando mi rostro. Me sobresalto al verle tan cerca, sobre todo porque ni siquiera le he escuchado moverse y, porque a menos que sea más veloz que la luz, no ha tenido tiempo humano de llegar hasta mi cama.

Apenas si puedo moverme debido a mi estado de debilidad. Calculo que deben haber más de diez metros entre nosotros. Nadie, por lo menos un humano, podría haber recorrido esa distancia sin haber tardado al menos unos segundos y haber hecho crujir el suelo de madera bajo sus zapatos en un par de ocasiones. Desconozco qué puede querer ese ser de mí, pero estoy seguro de que podría hacerme desaparecer sin que ni siquiera hubiese tenido tiempo de poder defenderme.

—Veo que te has despertado— dice con su voz grave y penetrante. Acerca su cincelada cara a la mía—. Estábamos todos muy preocupados por ti. Sobretodo anteanoche, cuando gritabas y tenías esas horribles pesadillas.

—¿Quién eres? —le interrumpo. No me gusta hablar con alguien sin conocer, al menos, su nombre—. ¿Dónde estoy? ADEMÁS, No sé si me puedo fiar de ti...

—Veo que no pierdes el tiempo y que vas directo al grano. Pero no debo ser yo quien haga las presentaciones. Llamaré a Saduj y él será quien podrá aclarar tus dudas —asevera, saliendo de la habitación como un relámpago—. Mandaré a alguien con algo de comida, supongo que tendrás hambre.

Al oír sus últimas palabras, noto como si alguien me hubiese vaciado todo el estómago y en su lugar hubiese puesto un enorme pozo vacío. Una repentina hambruna se apodera de mí.

No me ha dado tiempo de verle salir de la habitación. Pienso en lo veloz que es o en lo lentos que son mis sentidos aún aletargados por los sedantes o la medicación que me han estado inyectando a través del suero. Intento incorporarme, pero las fuerzas aún no me responden. Mientras me peleo con mi propio cuerpo y mi mente para llegar a un acuerdo, ese extraño hombre vuelve con una doctora y otras dos personas más.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta la voz que ya he escuchado anteriormente. Parece ser el cabecilla o jefe de todo aquello ya que todos aguardaban su turno de palabra cuando él hablaba. Además, su porte y semblante rezuman poder y respeto—. Soy Saduj Droweurt. En primer lugar, quisiera decirte que estás a salvo, entre amigos, por el momento no necesitas saber más. Cuando estés recuperado, hablaremos con más calma y responderemos a todas las preguntas que en estos momentos inundan tu mente. Ahora sólo debes pensar en descansar y recuperarte. La doctora Kate ha estado cuidándote estos últimos días; desde que Radgüll y Arish te trajeron. En pocos días estarás recuperado, pero es primordial que empieces a comer para recuperar fuerzas; las necesitarás.

En ese preciso instante, una chica ataviada con una túnica blanca de mangas anchas y largas entra en la habitación con una bandeja plateada. Coloca el recipiente en una mesita auxiliar, destapa la bandeja y los aromas culinarios más intensos y formidables que he olido en años se cuelan por mi nariz hasta llegar a mi estómago, que ruge ante las vísperas de semejante placer primario: comer.

—Soy la doctora Kate, tienes que empezar a comer. Debes estar listo para tu entrenamiento. No te preocupes si ahora no tienes muchas fuerzas. Es normal estar así después de regresar... Has estado algún tiempo inmóvil y los músculos se han atrofiado. En

cuanto repongas fuerzas con esta dieta especial, verás como empiezas a coordinar tus movimientos. Te vamos a dejar con la enfermera. Ella te ayudará a comer. Si sientes náuseas, mareos o necesitas cualquier otra cosa, no dudes en llamarme. Es del todo comprensible que al principio no toleres ningún alimento. Va contra natura, pero después, superadas las náuseas iniciales, todo irá rodado —dice la doctora, sonriendo amablemente. Comprueba los niveles del suero, apaga una de las maquinitas a mis espaldas e indica a Saduj y a mi siniestro vigilante que la acompañen.

La enfermera no tiene cara de muchos amigos. Su almidonada túnica es representativa de su carácter. Apenas me daba tiempo para respirar entre una y otra cucharada de sopa. Parece una mujer gruñona, dispuesta a cumplir su cometido con la mayor celeridad posible e irse a continuar con alguno de sus incontables quehaceres. Cuando termina de darme el pescado cocido, decido romper el hielo e intentar sacarle alguna información para averiguar dónde me encuentro.

—Disculpe, ¿podría hacerle una pregunta? —Pregunto a bote pronto y con un hilo de voz, esperando una respuesta que no llega.

—Perdone, sería tan amable de decirme dónde me encuentro. —Vuelvo a esperar y, después de un incómodo minuto en silencio, me responde.

—Aunque no debería decírselo —aclara—, su actual situación, de la que soy conocedora, me entristece sumamente, por eso le voy a decir un par de cosas, en contra de mis principios profesionales. Se encuentra en el Transitium... un limbo entre los de arriba y la tierra. Exactamente en una fortaleza construida hace miles de años para albergar a todos aquellos candidatos a pasar el Inquisitio, la gran prueba... La única manera de llegar aquí es siendo un elegido... —baja el tono de su voz —y si quiere saber más cosas, pregúntele a Saduj, que es quien está al mando. Él es el indicado para hacerlo, no yo.

Aproxima la cuchara repleta de algo blanco parecido al yogur a mi boca sin permitirme responderle.

—No entiendo. ¿Me está tomando el pelo? ¿Pero, cómo...? —Empiezo a preguntar, sin embargo, alguien entra en la habitación y opto por callarme para no comprometer a la señora.

—¡Hola Mary-Ann! ¿Sabes dónde se encuentra Saduj? Le estoy buscando por toda el Transitium y no doy con él. —dice una joven descarada que se asoma detrás de la puerta.

«¿Qué habría pasado si me estuviesen lavando o estuviese vistiéndome? ¿Esa chica no sabe llamar a la puerta?».

La enfermera niega con la cabeza.

–¡Ahh hola! Tú debes ser de los nuevos, todos hablan de ti. —Me mira de arriba abajo–, después de todo no es para tanto, pensaba que eras más fuerte —dice dirigiéndose a mí—. Espero que te recuperes pronto y podamos verte fuera de estas cuatro paredes. A ver si eres tan temible como dicen... Estaría bien que nos enseñases algunos de esos trucos que les hiciste a los demonios rojos. Tuviste que liberar un gran poder para que se te parase el corazón… bueno, ¡nos vemos! —dice cerrando la puerta de un portazo tras de sí, dejándome ver sus castaños cabellos deslizarse rápidamente antes de ser atrapados por la velocidad de la puerta al cerrarse.

Estoy alucinando. Sabe de mi existencia. Ha dicho que yo he hecho algo contra unos ¿demonios rojos? Estoy seguro de que ha dicho eso... y también, que se me había parado el corazón… Estoy perplejo.

—Guapa, ¿eh? —Me guiña cómplice Mary-Ann, la enfermera—. Todos están locos con Amy desde que llegó, es el alma de este lugar. Todos beben los vientos por ella y no me extraña, es tan guapa, alegre y especial que te dan ganas de adoptarla. Una lástima que en dos semanas ella participe en el Inquisitio como tú y la perderemos de vista de uno u otro modo... espero que ambos paséis

el entrenamiento y las pruebas. Por cierto, ¡Haríais buena pareja! —Sonríe tapándose la boca. Sin duda, el punto débil de su seria personalidad son los cotilleos.

—Ajá —es mi única respuesta. Estoy alucinado con tanta información. Me empieza a doler la cabeza de nuevo. Necesito que alguien en su sano juicio me explique en qué especie de manicomio me han encerrado...

—Joven, permíteme decirte que está usted pálido como si hubiese visto un fantasma, tienes que descansar —comenta retirando y ordenando cosas a diestro y siniestro en el dormitorio, hasta que ha dejado la habitación en el mismo orden exacto en que la recuerdo la primera vez que me desperté.

Una vez la puerta se cierra, el sosiego y la calma vuelven a rodearme. Pienso de nuevo en lo que ha sucedido. Innumerables las hipótesis que se agolpan en mi cabeza. Necesito respuestas de inmediato o voy a volverme loco.

Busco algo con lo que poder comunicarme con el exterior: un teléfono, una campana, cuerda o algo para llamar. Tras unos infructuosos minutos de búsqueda, decido gritar y empiezo a vociferar pidiendo ayuda. Al instante, alguien o algo entra en la habitación y todo empieza a hacerse borroso. Noto que mi conciencia se desvanece. Después, otra vez más: oscuridad.

6. Incertidumbre

«Algunos no superan el despertar. Piensan que no somos reales o que sus mentes han desvariado hasta sumirlos en una negrura cercana a la locura. Estos candidatos no pueden participar en el Diaberum; deben ser eliminados de inmediato».

Primer tratado de los Alas rotas corporaneos.

KASSANDRA

–Quiero hablar con mi madre –Les pido de manera directa.

–Enseguida vendrá alguien de arriba y podrá explicártelo todo –trata de calmarte–, me dice la mujer mientras intenta acceder a mi suero para inyectarme algo.

–¡Ni se le ocurra tocarlo! –le amenazo–, no quiero que me pongan más drogas. Solo quiero saber cómo es posible que aún siga viva teniendo un agujero abierto en la cabeza del tamaño de una pelota de tenis.

–Discúlpenos... querida...

-–Kassandra, la chica se llama Kassandra. –Se apresura a decirle el hombre que ha estado cuidándome a otro mucho más alto, más fuerte y de rostro cincelado parecido al de una estatua griega de las que exponen en el Museo Británico de Londres.

–Querida Kassandra –se sienta en mi cama y me coge la mano antes de que pueda reaccionar para retirarla. Mi nombre es Kraus y voy a explicarte lo que te ha sucedido. Antes de nada, debes relajarte. Estás a salvo...

–Eso ya me lo han dicho demasiadas veces... quiero saber qué ha pasado en el accidente, ¡quiero ver a mi madre!

De repente, escucho la voz de ese hombre, pero dentro de mi mente. Le miro y estoy segura de que no está moviendo los labios.

«Debes tranquilizarte. Si das muchos problemas no podrás participar en las pruebas para poder salir de este ponzoñoso lugar. Hazme caso, confía en mí o no vivirás para contarlo. Aquí no van a darte una tercera oportunidad. Voy a explicártelo todo y por muy inverosímil que parezca, te doy mi palabra de que no te estoy engañando. Asiente si has comprendido lo que he dicho».

Incrédula, prefiero seguirle la corriente y asiento. Me incorporo en la cama para acomodarme y escucharle. Siento unas incontrolables ganas de llevarme la mano a la cabeza y tocar mi herida, pero Kraus me hace una señal con los ojos para que me abstenga.

–¡Ni se te ocurra, querida Kassandra! Enseguida vendrán los corporaneos y te arreglarán eso... ¡No entiendo porqué no se les adecenta a estas criaturas antes de que despierten... siempre es la misma historia! –Les regaña a los otros dos–, si sois tan amables, me gustaría hablar con Kassandra a solas. Aprovechad e id a buscar un hechicero corporaneo; avisad a Ladslo, por favor. Solo me fio de él para realizar este trabajo. No te preocupes, querida, quedarás como nueva –asegura mientras se vuelve hacia mí sonriendo ampliamente y despachando a los demás con la mirada.

Le miro de manera inquisitoria reprochándole que aún no me haya contado nada. Sin embargo, Kraus no abre la boca hasta que nos hemos quedado completamente solos.

–Como te iba diciendo, no debes preocuparte por esa u otras heridas. Tampoco debes machacarte pensando en lo que has dejado atrás... Esto es mucho mejor. No te preocupes, volverás a ver a tu madre... claro que, probablemente, ella a ti no te verá porque tú ya tendrás tus alas... bueno, eso si las consigues y no te conviertes en uno de estos odiosos seres mediocres del Transitium: vampiros,

hechiceros, sirenas, hombres lobo, nigromantes, telequinésicos... en fin, una feria de parias, burdos imitadores de nuestra raza superior.

–¿Qué eres tú? –pregunto directamente, a punto de decirle que realmente me parece un loco por hablar así.

–¿Yo? –pregunta y sonríe con una sonrisilla estridente. Se levanta y, para mi enorme sorpresa, despliega unas enormes alas negras y brillantes detrás de su espalda–. Yo soy un poderoso Alas negras, como podrás comprobar.

Me echo hacia atrás. No puedo creer lo que están viendo mis ojos. Me tapo la boca porque no concibo lo que estoy viendo realmente. Me quedo hipnotizada por el movimiento grácil de sus alas al moverse de un lado a otro. Kraus se acerca y agita las alas cerca de mí.

–¿Quieres tocarlas? Sé que a todos os fascinan la primera vez que las veis.

Estoy muda por la impresión. No sé qué decir. Siento algo de miedo, aunque la curiosidad me puede. Trato de descubrir dónde está el engaño, si es un disfraz y si ese tipo es solo un charlatán. Sin embargo, no veo trampa por ningún lado. Es de esas cosas que no crees hasta que las contemplas en persona. Ni siquiera puedo moverme. Tan solo dejo salir un tímido: No.

–¿Me crees ahora?

Mi cabeza va a mil por hora.

–Continúa, bueno, mejor, empieza…

–De acuerdo, querida. Lo primero, tengo que darte una mala noticia: estás muerta. –Abro los ojos de par en par, boquiabierta–, pero no estás muerta del todo porque te han traído aquí. Por...

Coge mi historial médico, le echa un vistazo y sonríe.

–Tú padre, estás aquí por tu padre. Él es uno de los nuestros, un Alas negras... bastante poderoso, por cierto. Espero entrenarte bien, por la cuenta que me trae; no quiero tener problemas. Él es la razón por la que estás en el Transitium. Por tus venas corre sangre de Alas negras; así que lo más probable es que seas uno de los nuestros, pero eso ya se verá. Nunca es seguro.

–Espera, espera... ¿Me estás diciendo que soy una especie de... bicho raro con alas como las tuyas? ¿Un... ángel?

–¡Qué antigua eres! Ese nombre ya no se lleva. Los términos demonios y ángeles hace muchos lustros que dejaron de utilizarse. Ahora somos Alas blancas y Alas negras. Bueno, también están los que se encargan de este lugar, los Alas rotas. Pobrecitos, pero ellos no son tan especiales como nosotros…

–¿Me estás diciendo que mi padre era una especie de ángel negro? Esta si que es buena –murmuro entre dientes–, me parece que aquí estáis bastante pirados. Mi madre me ha contado que mi padre es un joven que conoció una noche en un concierto en Londres y después no volvió a verlo más. Ni siquiera yo lo conozco.

–Y... por eso, según tú, ¿un Alas negras no puede ser tu padre? Te informo que tanto los Alas blancas como los Alas negras bajamos y subimos a la tierra cuando nos viene en gana. Bueno, siempre que tenemos alguna misión, claro.

–Mi madre jamás me contó semejante historia. ¡Esto son sandeces! Os habéis equivocado conmigo; ¡Quiero volver a mi casa, quiero recuperar mi vida! ¡Sacadme de este puto manicomio!

–¡Vaya modales, jovencita! Cada vez que abres la boca, más seguro estoy de que eres hija de tu padre. Además, tu madre no tenía qué saber que el chulazo, porque tu padre es un chulazo de tomo y lomo, con el que se acostó hace unos años, era un Alas negras. Los humanos no se enteran de nada… se les borra la memoria para que sigan disfrutando de su ignorancia y sus rencillas. Verás, normalmente no solemos mezclarnos con ... humanos –indica

con cara de asco–. Sin embargo, a veces, como parte de algún plan para llevar a cabo una misión, un enamoramiento, una fuerza superior o simplemente un calentón, estas cosas pasan. Daños colaterales, lo llaman.

No puedo creerlo. Seguro que estoy soñando y este tipo es parte de la peor pesadilla que he tenido en mi vida.

Sin mediar palabra, alargo el brazo y le arranco una pluma del ala derecha. Da un estridente grito y me devuelve una bofetada que me cruza la cara. Tal es la fuerza, que me vuelve la cara y se me saltan las lágrimas.

–Pero, ¿qué coño haces? ¿Estás loca? No tienes ni idea de lo que duele eso... muchísimo.

–Lo... siento. Solo quería comprobar si eras real o estaba soñando. Me has arreado una buena bofetada…

–Por la marca de los dedos de mi mano en tu mejilla, supongo que ya creerás que soy real, ¿verdad? Tienes suerte de que no te haya arrancado la cabeza.

Asiento, acariciando con mi mano la parte del rostro, que me bombea.

–Escúchame atentamente: necesito que te recuperes cuanto antes. Confío en que mañana ya tendrás fuerzas para comer abajo y entrenar para superar las pruebas previas al Inquisitio; ahí averiguaremos de qué pasta estás hecha. Alister me ayudará con tu entrenamiento. Él será tu tutor. Yo simplemente supervisaré su trabajo y tus avances. Te advierto que Alister impresiona la primera vez que los ves, pero no deseamos ninguna distracción en tu entrenamiento porque te encapriches con él. De lo contrario, te pondré a trabajar con el inútil Alas rotas que te asignen. Kassandra, tengo muchas esperanzas puestas en ti...

– Esperanzas de ¿qué...?

–Todo a su tiempo, pequeña fierecilla, todo a su tiempo. Todo lo que necesitas saber por ahora, ya te lo he contado. Mañana comenzarás tu entrenamiento.

Llaman a la puerta y un elegante señor de edad avanzada entra en la estancia.

–¿Es esta la chica? –pregunta atusándose su bigote largo y puntiagudo por los lados.

–Ladslo, pasa. Te presento a Kassandra. Kassandra, este es Ladslo, el mejor hechicero corporaneo de todo el Transitium. Estimado amigo, te pido que hagas un trabajo excelente con ella. Mira, ves la herida tan fea que se le ha quedado... no podrá superar ninguna de las pruebas de esta guisa.

–No te preocupes. Haré un trabajo impecable. Jamás se notará que tuvo una herida tan aparatosa en la cabeza. Me esmeraré. Te doy mi palabra; más aún sabiendo que es hija de quien es.

Lo miro inquisitivamente porque necesito respuestas acerca de ese padre al que todos conocen y del que yo no he tenido conocimiento durante los veinte años de mi existencia. De haberlo sabido, no habría pasado tantas dificultades cuidando de mi madre yo sola, le habría pedido que nos hubiese echado una mano.

–Relájate –vuelvo a escuchar en mi mente.

Al segundo, Ladslo y yo estamos solos en la habitación. Estoy tumbada sobre la cama y mi cabeza está entre sus manos.

–Respira profundamente. Escucharás cómo cruje algo, pero después estarás como nueva.

CRACK.

El dolor y la horrible sensación de que algo cruje dentro de tu cabeza como si alguien te hubiese separado el cerebro de la corteza del cráneo hacen que me desmaye.

Despierto no sé cuándo. Observo que es de día. Lo primero que hago es tocarme la cabeza y solo palpo una superficie esférica poblada de sedosos cabellos. Doy un salto de la cama. Me encuentro sorprendentemente ágil. Me miro al espejo y no puedo creer lo que veo: mi cabeza está intacta e incluso mi pelo está algo más largo, fuerte y vigoroso. Me acerco para ver mi cuero cabelludo y comprobar cuántos puntos tengo. Debo tener una cicatriz irregular y del tamaño de una carretera de montaña. Miro y remiro, pero no veo señal alguna de la herida. Vuelvo a alejarme y contemplo cómo mis brazos y piernas no tienen señal alguna de los arañazos contra el asfalto producidos por el accidente.

«¡Esto es la leche! ¿Qué coño han hecho estos pirados conmigo?».

Entonces, la puerta se abre de par en par y un joven alto, moreno, de complexión fuerte y con los ojos color miel más atrayentes que he visto en mi vida entra sin siquiera llamar. Siento un impulso en mi interior que me hace incorporarme instintivamente al verlo.

–¡Ey! –Le grito cuando reacciono, estoy en ropa interior.

–No te preocupes, mujer, no voy a asustarme por ver tu cuerpecito medio desnudo. No sería el primero que veo –sonríe para sí, con la sonrisa más pícara y sexy que he visto últimamente–. Aquí puedes ir olvidándote del pudor... precisamente una de las pruebas que tendrás que superar es: PUDOR… Por cierto, ¿Sabes luchar? –Pregunta arrojándome una especie de mono ajustado azul sobre la cama.

–¡Eh! ¿Te puedes dar la vuelta? Si es que quieres que me ponga eso.

Resopla y comienza a revolotear por la habitación mientras me pongo el mono. Lo escucho cerca y trato de cambiarme rápido. No soy una chica vergonzosa, pero admito que su imponente físico me intimida y hace que me sienta algo insegura a su lado.

–¿Sabes luchar? –rompe el silencio y disimula estar mirando por la ventana. Te lo pregunto porque hay una prueba de lucha en el Diaberum y si no sabes pelear, pues otra prueba que habrás perdido...

–Sí, sé luchar. –Protesto subiendo una de las muchas cremalleras que tiene el traje–. Tengo alguna idea de defensa personal... He tenido que arreglármelas sola desde que era muy pequeña en las calles de Londres. Mi mejor amigo me enseñó cuando éramos unos mocosos. Él iba a clases de karate. Yo le acompañaba y miraba desde fuera por una ventana, hasta que un día el profesor me sorprendió espiándolos. Trató de echarme de allí, pero yo le esquivé y le hice una llave. No lo derribé pues mi técnica era nefasta, sin embargo, Le debió de sorprender tanto que decidió darme clases gratis.

–Esos conocimientos nos vendrán muy bien, lo apunto en tu ficha. Por cierto, mi nombre es Alister y soy un pandemonio...

–Perdona, ¿eres un qué...?

–Un Alas negras cambiaformas. No esperarías que te asignasen a un demonio rojo. Estamos de acuerdo en que son los mejores guerreros dentro de los Alas negras, pero son unos animales insensibles que carecen de todas las demás habilidades para formarte: astucia, inteligencia, saber estar... Además, el alto comisionado del Transitium nos acusaría de favorecerte; nos acusarían de no haber imparcialidad entre secciones. Eso provocaría que fueses expulsada del Diaberum...

Alister percibe mi cara de perplejidad. Se da cuenta de que no sigo su verborrea.

–Verás. Te explico. Por ahora, es primordial superar las nueve pruebas previas al Inquisitio. Ahí se revelará tu verdadera naturaleza. Habrá pruebas de fuerza, astucia, bondad, maldad... así hasta nueve. Debes superar al menos siete de ellas. Así que nos enfocaremos en las que mejor se te den, por ejemplo, la lucha y

descartaremos una o dos. La mayoría de los candidatos suelen pasar cuatro, pero si fallan más de las permitidas están muertos. Es decir, volverán a morir; como deberíais estar.

–Pero, entonces, esto ¿qué es? ¿Una segunda oportunidad o algo por el estilo?

–Llámalo como tú quieras, pero esto no tiene nada que ver con lo que has hecho durante tu vida o si te lo mereces o no. Esto tiene que ver con tus antepasados. Si llevas sangre angelical o demoníaca en tus venas. A veces, la cantidad de pureza no es suficiente y es por eso que existen los Alas rotas, son los candidatos que aún habiendo superado el Diaberum, no consiguen sus alas "completas" en el Inquisitio. Eso no debe preocuparte ahora mismo. Tengo entendido que tu sangre es pura… –Me observa de arriba abajo como si pudiese desnudarme con la mirada y tal vez atravesar el traje que llevo puesto. Dudo si en realidad puede hacerlo por su sonrisita–. Por lo que veo ya estás lista, así que vamos. Tienes que conocer al resto de candidatos de este Diaberum. Solo faltáis otro joven y tú. El resto lleva ya aquí unos días estudiando, entrenando y preparándose. Así que tú partes con desventaja. Como no sabemos la cantidad de Alas negras o blancas que van a... desaparecer cada año, no sabemos cuántos necesitan ser sustituidos. Así que esto es imprevisible. Jamás se sabe cuándo se organizará el siguiente Diaberum. Además, si los posibles candidatos humanos a conseguir sus alas fallecen cuando no hay ningún Diaberum a la vista, pues... simplemente se mueren y ya está. Un gran potencial desaprovechado. Por suerte, estás aquí y tienes al mejor entrenador posible, –dice arqueando la ceja. Su sonrisa es perfecta. El brillo sobrenatural de sus ojos miel anaranjados lo hace aún más atractivo. La seguridad de sus movimientos y la fuerza de sus brazos al empujarme fuera de la habitación provoca que me sacuda un escalofrío–, pero ojo, de momento solo soy tu instructor, así que intenta evitar enamorarte de mí. Es tu próxima vida la que está en juego...

–¡Creído!

–¿Disculpa? No serías la primera candidata que pierde las pruebas por no atender a mis consejos y enamorarse perdidamente de mí.

–Descuida, eso no va a pasar conmigo. Yo no soy así.

Comienzo a caminar por un largo pasillo que conduce hacia el exterior. Escucho su sonrisilla detrás. Pienso en que ha perdido todo el atractivo físico que tenía por culpa de sus comentarios de cretino engreído. Estoy segura de que conmigo no va a aumentar su lista de admiradoras. Camino más deprisa hasta que salgo fuera y una potente luz me ciega.

7. REVELACIÓN

«Queda prohibido bajo castigo de muerte eterna el revelar a un humano la existencia de cualquiera de las criaturas que aparecen descritas en los tratados sobre seres superiores».

Segundo tomo sobre criaturas celestiales e infernales. (Biblioteca de La Impenetrable).

Daniel

Súbitamente el tacto almidonado y terso del abrigo de mi madre vuelve a rodearme. De nuevo vuelvo a medir poco más de un metro y me encuentro bajo el refugio de mi progenitora en la misma escena del sueño que se repite una y otra vez desde el día en que mi madre desapareció de mi vida.

«¿Hasta cuándo va a perseguirme ese recuerdo?» –pienso angustiado.

De niño me contaron que era un mecanismo de defensa por estrés post-traumático, pero no logro acordarme de lo que pasó realmente aquel día con mi madre. Según me contaron mi padre y todos mis familiares, un coche fuera de control se salió de la

carretera llevándose por delante a mi madre; la cual fue masacrada contra una pared de un local cercano. El coche había explosionado arrasando con todos los locales comerciales del pequeño edificio. Por lo visto, el estruendo y las enormes llamaradas del vehículo camuflaron los impotentes alaridos de mi madre pidiendo auxilio.

No sé por qué, pero nunca he estado muy conforme con la versión oficial de aquellos hechos. A pesar de no recordar nada, algo dentro de mí me empujaba a pensar que no era posible que el ser más querido en mi vida hubiese acabado sus días así, no lo merecía. Además, está ese hombre… esa figura misteriosa que logré recordar tras la última pesadilla.

Casi media docena de psicólogos intentaron hacerme entrar en razón. Finalmente, les seguí la corriente. Pero todo había sido pura fachada para que me dejasen en paz. Sabía que había algo más, pero mi mente no me había dejado acceder a esos recuerdos, al menos, hasta el día de hoy.

Continúo soñando y mi madre frena el paso en seco, noto cómo su brazo me empuja hacía atrás tratando de ocultarme tras de sí. A su vez, intenta empujarme contra la pared, como si quisiera meterme dentro de cualquier resquicio del edificio.

De nuevo, trato de zafarme de su abrazo, pero mi madre ejerce una fuerza tremenda, así que finalmente desisto. Mi madre saluda como un autómata a un hombre, como si le conociese de algo o tal vez parece como si esperara resignada el encuentro, como si ya fuese demasiado tarde para esquivarlo y se viese obligada a saludarlo. Sus palabras son bastante secas y comedidas. Al instante, yo ya estoy más concentrado en patear alguna piedrecita junto al bordillo del portal que en ver a quién saluda mi madre. Incluso ahora, en mi sueño, todo pasa muy deprisa.

Sin embargo, esta vez descubro algo nuevo. Cuando llevamos un minuto allí, sin saber de dónde, me vuelvo y puedo ver un vehículo oscuro que se aproxima a toda velocidad. Se dirige directamente hacia mí. El conductor del coche parece decidido a envestirnos, pero una fuerza inexplicable me empuja dentro de un portal cercano. Después, cuando me estoy levantando medio atontado del suelo, preguntando por mi madre en medio de la oscuridad, salgo a la calle. Mientras veo arder el coche justo al lado de donde habíamos estado, comprendo lo que mi madre ha hecho. Me ha salvado la vida. De repente, por el rabillo del ojo, empiezo a entrever en medio del destrozo, el humo, la polvareda y la gente que empieza a agolparse en los alrededores para ver

qué ha pasado, a ese hombre alejándose del lugar con un cuerpo inerte en sus brazos. Me fijo mejor, aunque no soy capaz de distinguir a la persona que lleva en brazos. Estoy seguro de que es el mismo hombre al que mi madre ha saludado hace unos instantes. Entonces, creo poder ver entre las embravecidas llamas y el denso humo que me rodean un brazo que cuelga del cuerpo que porta el hombre. Ese brazo tiene una pulsera que brilla en la distancia igualita a la de mi madre.

Sin embargo, antes de poder averiguar algo más, me despierto.

—¡Buenos días! —Exclama la melodiosa voz del Profesor Saduj Droweurt—. ¿Cómo te encuentras? Me han comentado que estabas algo agobiado por tu situación. Antes de que comencemos con las preguntas, me gustaría que supieses cuánto lamentamos la muerte de tu padre.

—Lo dudo mucho, yo soy el único de aquí que lo conocía y lo lamenta—. Le interrumpo, tratando de incorporarme en la cama, para tener una postura a su altura.

—Te equivocas del todo. Thomas ha sido uno de mis mejores amigos externos a la Impenetrable. Lo

traté durante más de veinte años. Además, también conocí mucho más a tu madre.

Todos los reproches y desconfianzas que me inspira su sereno semblante se tambalean ante una sola palabra: "madre". Solo me queda tragar saliva y disponerme a escuchar lo que ese pulcro hombre con voz serena y ropajes impecables tiene que contarme.

—No sé por dónde empezar sin que creas que estoy loco o sin que corramos el riesgo de que tú también te vuelvas loco cuando acabe de hablar. Intenta no interrumpirme. Hay tantas cosas que contarte, que hoy empezaremos con un breve resumen de tu situación y por qué eres tan importante para nosotros.

—Necesito saber algunos datos para comprobar, si como usted dice, era tan amigo de mis padres. Si esto es así, debería poder responderme a unas preguntas.

—Por supuesto —responde rápidamente el profesor con una amplia sonrisa—. Es normal que tomes tus precauciones, yo en tu situación también lo haría. De ahora en adelante deberás ser muy cauto y precavido o de lo contrario no vivirás para contarlo.

Lo cierto es que tan sólo llevamos hablando un par de minutos y mi percepción inicial del hombre va cambiando por segundos. Presiento, sin saber por qué, que puedo confiar en él y que su preocupación por mí es sincera y rara vez me equivoco en cuanto a primeras impresiones sobre las personas. Mis amigos siempre se jactan de mi sensibilidad para detectar a las personas tóxicas.

—Dígame, por ejemplo, el nombre completo de mis padres, dónde estudiaron, en cuántos lugares hemos vivido, si tengo más hermanos, etc.

—Tu madre se llamaba Sarah Chiaroscuro, trabajaba en la universidad de Medicina. Era una mujer muy atractiva que amaba a su esposo e hijo por encima de todo. Su prometedor futuro en la universidad se vio sesgado un otoñal día del mes de octubre, cuando tú apenas rondabas los siete años. Ese día un conductor borracho y a toda velocidad, se llevó por delante su vida y casi también la de su hijo pequeño. Menos mal que tú pudiste escapar de la colisión y no sufriste el mismo fatal destino que tu madre. — Arqueó las cejas comprobando mi estado —. Las llamas del vehículo devoraron rápidamente todo el escaparate contra el que se estrelló; incendiando el local en cuestión de segundos. La intensidad del incendio fue tal que los cadáveres del

conductor y de tu madre jamás fueron encontrados debido a las elevadas temperaturas del fuego.

—Estás seguro que el cuerpo no apareció, ¿verdad?... —pregunté angustiado, acercándome más a él—. Precisamente estos días he estado soñando con ese momento y me resulta inquietante que tú me lo recuerdes precisamente instantes después de haberlo recordado. ¿Me grabáis mientras duermo? ¿He hablado en voz alta?

—¿Insinúas que te espiamos? —Deja la pregunta en el aire y pone cara de incredulidad—. Aunque creas que ella sigue viva, créeme, hicimos todas las comprobaciones y no hubo rastro de su cuerpo, pero es imposible que sobreviviese, ni siquiera ella podría... Tu padre se llamaba Thomas Crescent, era un arquitecto de estilo contemporáneo. Sus edificios han adquirido cierto prestigio en la última década... Berlín, Londres, Nueva York… y otras muchas ciudades repartidas por el mundo.

—Todo eso está muy bien, pero cualquiera con internet y Wikipedia podría averiguar esa información —. Vuelvo a echarme hacia atrás mostrando mi desinterés. —Deberías contarme algo nuevo, algo que demuestre que mi padre confiaba en usted y que le conocía.

—Algo como, por ejemplo, déjame ver...—Se acercó lentamente a mi lado y me susurró al oído. —El hecho de que tu padre estuviera escribiendo una especie de diario desde que cumpliste los nueve meses, en el que registraba las proezas que su hijito realizaba a tan temprana edad. Esas mismas habilidades por las que cientos de veces pensaron en mandarte a la Impenetrable; aunque el Ascentio nunca fue un lugar para niños...

Se me hiela la sangre.

«¿Cómo diablos sabe de la existencia de ese diario? Yo mismo lo encontré un día por pura casualidad en su despacho…»

Un día mientras rebuscaba en los cajones de la mesita de mi padre, buscando la cajita donde guardaba sus caramelos favoritos, encontré un libro de tapa negra, encuadernado en piel y letras doradas. Lo abrí por la primera página y pude leer:

"Hoy por fin confirmo mis sospechas, Daniel no es del todo normal, como suponíamos. Esta noche mientras su madre estaba de viaje para dar una conferencia en Boston, Daniel ha empezado a hablar en su cuna; aunque tiene nueve meses y hay niños muy precoces, aún es muy pronto para aprender su lengua materna, el inglés. Pero lo que me preocupa

no es eso. Lo preocupante, hasta petrificarse, es que el niño hablaba una mezcla de varias lenguas; he podido reconocer algunas palabras sueltas del latín, arameo y hebreo, pero no las entiendo en absoluto. Su madre sigue sin hacerme caso y cada vez que le insinúo algo acerca de su comportamiento, me cambia de tema y me toma por loco. La conozco y sé que me oculta algo..."

—¿Confías ahora un poco más en mí? ¿No es cierto lo que te estoy diciendo? — pregunta— no podré ayudarte si no confías en mí.

—Estoy... bastante confuso. Mi vida se ha desmoronado y aún no sé ni por qué. —confieso desesperado.

—Debes tener algo más de paciencia Daniel, el mundo no se construyó en siete días, aunque muchos se empeñen en contarlo así. Te lo puedo asegurar. ¿Por dónde querrías que empiece? —Para cuando finaliza sus palabras, ya se ha sentado en una esquina de mi cama. No sé por qué, pero dejo de verlo como una amenaza. Ha demostrado que conocía a mi padre. Me inspira confianza, a pesar de que la idea de tener un extraño hablándome de esos temas, no me hace mucha gracia.

—Me gustaría saber qué eran las criaturas que atacaron a mi padre— pregunto directamente.

—Buena pregunta, de todas las que podía imaginar, esa es la única que implica contarlo todo de golpe, mucho me temía que esto no iba a ser fácil. ¿Estás seguro que deseas conocer la verdad? —Pregunta.

—Sí, sí, por supuesto. Llevo días preguntándome y respondiéndome esa pregunta un millón de veces; de veras necesito saber qué ocurrió. Necesito saber la verdad de una vez por todas.

—Yo también lo creo. No tenemos mucho tiempo para prepararte y contarte con detenimiento todos los fenómenos extraordinarios que te rodean. Como pudiste comprobar, aquellas criaturas no eran lo que se puede decir humanas… —se detiene un instante para tragar saliva e impostar más seriedad a su voz, evitando parecer ridículo ante lo que me quiere decir —: Daniel debes saber que las dos criaturas que entraron en tu casa y que acabaron con la vida de tu padre eran una especie de demonios.

8. ENTRENAMIENTO

«El entrenamiento puede matarlos. Sacrificar a tan valiosos candidatos y dejarlos perecer en las pruebas del Diaberum es como desperdiciar la sangre de los futuros alas vertiéndola sobre el suelo para que se seque justo antes del Inquisitio; sin embargo, no hay más remedio».

Instrucciones de acogida de los Alas Rotas.

Kassandra

Mis ojos tardan en acostumbrarse a la claridad del exterior. Cuando lo hacen, puedo comprobar que hay más personas vistiendo el mismo traje azul que llevo yo. Están agrupadas en torno a diferentes plataformas, mesas o pequeños habitáculos transparentes en los que parecen observar algunas pantallas. Dentro de esas circunferencias, algunos de ellos ríen, otros lloran y hasta los hay que ocultan los rostros detrás de sus manos, aterrorizados...

—Ven, Kassandra. Eso que ves allí son los cubículos. Allí podremos entrenar las diferentes pruebas... puedes comprobar que algunas de ellas son transparentes, pero hay otras que son opacas; esas son para entrenar pruebas de astucia, maldad o miedo.

—¿Cuántas pruebas dijiste que existían en el Diaberum? —pregunto. Empiezo a resignarme y dejarme llevar por esta locura. Si la única manera que existe de salir de este lugar es superar esas disparatadas pruebas, lo haré. Tengo que volver a recuperar mi vida anterior, como sea—. Son demasiados nombres y conceptos nuevos. Trato de retener el máximo de ellos—. Ve despacio porque creo que la cabeza me va a estallar.

—Normal, pequeña... hace poco te faltaba media cabeza... no te preocupes. En un par de días, te habrás familiarizado con todo. Te recuerdo las pruebas: la primera es BONDAD. Tendrás que demostrar que eres capaz de sentir empatía y caridad hacia los demás. Vamos, que eres un ser con buen corazón.

—¿Y... los demonios? ¿Cómo lo hacen para superar esa prueba?

—No nos llamamos demonios... Somos Alas negras. Tan solo unos pocos, como los guerreros demoníacos, los demonios rojos, reciben ese apelativo.

—Necesito algo de tiempo para poder familiarizarme con todo esto…

—De acuerdo, no te preocupes, yo sigo... pues los Alas negras normalmente no superamos esa prueba. Al igual que los Alas blancas no superan la cuarta prueba. Bueno, prosigo con las demás: la segunda prueba es ASTUCIA; obvio que tienes que ser astuta. Aquí se mide tu inteligencia. La tercera es PUDOR —me mira de arriba abajo y sonríe—, aquí creo que no tendrás problemas... bueno, ya veremos. Tal vez seas más recatada de lo que pareces. La cuarta, como ya te dije, es la prueba de MALDAD. Con tu genética paternal no tendrás problema en superarla. La quinta es LUCHA, que, aunque ya me has dicho que peleas bien, tendremos que entrenar y será una de las primeras que vamos a practicar. ¿Sabes usar armas? Espada, arco y flechas, hacha, cuchillos, dagas...

—Te dije que practico artes marciales, no que sea una puñetera maestra ninja. No obstante, si me das una navaja o un cuchillo podría hacerte bastante daño, te lo aseguro, —sonrío.

—Perfecto. Una chica dura, me encanta… La sexta es CONOCIMIENTO. Es parecida a la astucia, pero esta vez no se examina la capacidad de salir de algún problema sino tu razonamiento y tu memoria. La séptima es RESISTENCIA. Te expondrán a una situación física límite como aguantar debajo del

agua, estar expuesta al fuego, desnuda en mitad de la nieve... cualquier prueba extrema para evaluar tu resistencia.

—Veo que el Diaberum es algo sencillo y muy agradable, —comento de manera irónica.

Sonríe y continúa caminando hacia lo que parece una zona de lucha en mitad de la nada. A parte de las zonas de entrenamiento y el suelo, todo es muy blanco y neutro… Parecemos estar rodeados por una enorme esfera blanca. En esta zona no hay cielo, no hay plantas, no hay rocas... nada.

—Nadie dijo que otra vida no costase... La octava prueba es MIEDO. Normalmente, todos los candidatos pierden esta prueba porque les hacen enfrentarse a sus peores temores y miedos. Te harán numerosas preguntas antes de hacer esta prueba y ten por seguro que, de detectar algún miedo irracional o fobia, lo utilizarán contra ti.

Sin querer, pienso en las cucarachas. Me dan un asco y miedo atroz.

—Así que las cucarachas...

—Pero... ¡deja de meterte en mi mente!

—Es que es tan fácil hacerlo... aún no sabes cómo bloquearlo y no puedo resistir la tentación. Sin embargo, te enseñaré. Mientras tanto, ten mucho cuidado con lo que piensas y a dónde miras... —sonríe pícaro señalando su entrepierna.

—Eres... demasiado intenso para mí —respondo exasperada.

—La última prueba, antes del Inquisitio, es PODER. Aquí descubrirás cuánto poder tienes encerrado dentro de ti... me refiero a la magia que hay en tu interior. Pueden utilizar catalizadores mágicos. Una vez ingerido, descubriremos si hay algo de magia dentro de ti.

—Esa parece fácil, ¿no?

—Bueno, todo lo fácil que podría ser morir envenenada por una de esas fórmulas mágicas si es que finalmente no tienes nada de magia dentro de ti. Incluso los Alas rotas tienen magia. Dependiendo de la cantidad de magia que fluya en su interior serán hechiceros, nigromantes, brujas, sirenas... etc. Si al final resulta que no tienes nada de magia. Habremos desaprovechado todo el Diaberum y te habrás quedado a las puertas del Inquisitio.

—¡Qué alentador me parece todo esto!

—No te preocupes. Si no superas más de dos pruebas, en la tercera que no superes, no despertarás nunca más. Y esto habrá sido una mala pesadilla post mortem. Es decir, no volverás a sentir ni ver nada. *Finito*, *caput*, muerta.

Trago saliva e intento no agobiarme. Quiero parecer más segura de lo que realmente estoy cuando llegamos a un grupo de cuatro jóvenes que están peleando en un tatami.

—¡Hola a todos! Esta es Kassandra. Ha llegado un poco más tarde y me gustaría que entrenaseis con ella. Tenemos que recuperar el tiempo perdido.

—¿Cómo la pones con nosotros? Somos la élite —dice un chico alto, fuerte, con la cabeza rapada y una gran cicatriz en la mejilla.

—Por eso mismo, Rick. Quiero ver de qué es capaz mi chiquitina.

Los miro con ganas de partirle la cara a los dos. Al de la cicatriz en la mejilla y a Alister. No puede haber nadie en el mundo más chulo y creído que este tipo.

—Por mí que se una. Por aquí somos menos chicas. Mi nombre es Isabella, puedes llamarme Bella—, anuncia la única mujer del grupo, me tiende la mano y me ayuda a subir a esa especie de zona de lucha flotante.

—Encantada.

—Cuando Bella te patee el culo, no estarás tan contenta de haberla conocido. Es muy buena luchando, aunque tenga carita de no haber roto un plato. Yo soy Thor... ya lo sé, como el de las películas de Marvel, pero en realidad, mis padres quisieron ponerme Aitor; solo que la mujer del registro de mi pueblo era un poco sorda... así que apuntó "Thor", como el dios nórdico—, sonrío ante la historia. Entonces, se presenta el último chico que los acompaña.

—Yo soy Ben.

No añade nada más. Parece un chico algo siniestro. Tiene el rostro demasiado blanco. Varios piercings en la nariz, cejas e incluso uno clavado en el carrillo. Las orejas están dilatadas y el flequillo negro y liso le oculta uno de sus ojos negros. Da escalofríos mirarlo fijamente. Es de esas personas inquietantes que nunca puedes adivinar ni sus pensamientos ni cómo van a reaccionar.

—Pelearéis con el cuerpo. Nada de armas en el primer combate y… Esta vez, quiero juego limpio...

Encima del tatami somos cinco personas, demasiadas para un combate, pienso. En artes marciales normalmente se lucha contra un solo oponente. Aquí tendré que estar alerta en cuatro flancos diferentes. Adopto la postura de defensa, pego mi espalda a uno de los laterales del cuadrilátero. Al principio, todos fijan su mirada en mí, pero después parecen cederle el honor de pelear conmigo a Bella. Esperan su turno, en caso de que yo consiga derrotarla. Parecen relajados. Una pequeña manada de lobos hambrientos jugueteando con su comida.

Bella se aproxima hacia mí despacio, masca el ambiente y parece leer mi mente cuando al embestirme por primera vez, me desplazo lateralmente para que caiga fuera del tatami sin tocarla.

—Chica lista, pero eres muy lenta en tus movimientos; no pienses, actúa. Anticípate y evita que podamos leer tus

movimientos. Entonces, me propina un derechazo que me hace doblarme de dolor. Ni siquiera la he visto venir. Los demás ríen mientras ella vuelve a lanzarme otro ataque como si fuese un resorte elástico que quiere volver a la misma posición. La veo por el rabillo del ojo cuando me estoy recuperando del golpe. Me agacho y me escabullo rodando, entonces me lanza una patada al aire. Le sorprende no impactar contra mi cuerpo, pero no pierde el equilibrio. Si esa patada me hubiese alcanzado, ya estaría fuera del cuadrilátero, probablemente con varios dientes rotos. Actúo rápido y alargo mis piernas para darle una patada en la pierna. La alcanzo y consigo hacerle una llave de karate para derribarla. Me pongo encima de ella y cuando ya tengo oportunidad de golpearla, me freno en seco. Estoy acostumbrada a luchar. Sin embargo, en las artes marciales hay unas reglas muy estrictas. Después de derribar al contrincante no te ensañas con él a golpes; serías descalificado. Bella aprovecha ese segundo de bloqueo mental para arrearme un cabezazo con toda su frente y zafarse de mí. Caigo hacia atrás. Todo me da vueltas. Siento como la sangre se agolpa en mi frente y empieza a hincharse por los vasos sanguíneos destrozados por el golpe. Comienzo a ver borroso. Además, aún no me encuentro del todo recuperada de lo de mi cabeza...

—¡Bella! ¡Déjala! ¡Pobrecita! Es tu nueva amiga —grita el tal Rick, burlándose.

De repente, siento unas ganas irrefrenables de partirle la cara a ese idiota. Me levanto a trompicones, pero me levanto.

—¡No necesito la caridad de nadie! —Les grito.

Bella se gira sorprendida y sonríe.

—No te preocupes, Kassi, es tu primer día. Alguno de estos no podía ni tenerse en pie cuando salieron de aquí. Además, creo que fue Thor quien estuvo llorando un buen rato en una esquina...

Odio, odio muchísimo que me llamen "Kassi" ... es algo superior a mí. Así que sus palabras amables consiguen todo lo contrario y me

enfado aún más. Noto un bulto encima de la ceja. Miro hacia arriba y me llevo la mano a la frente. Pareceré un unicornio por el bulto que me ha salido. Me miro la mano: SANGRE.

De fondo, escucho las risas de los chicos y el tono condescendiente de Bella. Puede que quiera ayudarme, no lo sé, pero va de sobrada. Un ardor interno se apodera de mí. De un salto estoy situada justo al lado de Bella. Consigo apartarla de mi camino de un empujón. No sé si es muy fuerte o no, pero consigo mi objetivo: apartarla. Escucho cómo su cuerpo cae de lado a bastante distancia de dónde me encuentro. Sin mediar palabra, llego hasta los chicos. Rápidamente se ponen a la defensiva. Al primero que ataco es a Thor, el que se encuentra más cerca. Intenta golpearme, pero lo esquivo. Esta vez, no hay dudas, no hay piedad. Levanto la pierna derecha y le propino una patada tan fuerte en la mandíbula que escucho crujir sus huesos. Dos dientes salen disparados de su boca y escupe sangre. Cae hacia atrás. No tengo tiempo de reaccionar ante lo que le he hecho porque ya tengo a Rick detrás para golpearme. Me agacho justo cuando se abalanza sobre mí. No se lo espera, resbala y aprovecho su inestabilidad para darle una serie de puñetazos seguidos en el pecho. Descargo toda mi ira sobre él. Ahora no tiene la cara de engreído y estúpido de hace unos instantes. Está sorprendido y asustado. No lo pienso, sigo golpeándole sin parar hasta que alguien me detiene por detrás. Siento un brazo fuerte y poderoso que me agarra el hombro y en mi mente se cuela su voz que me dice:

–¡Déjalo, detente, es suficiente, lo vas a matar!

Mis puños se van deteniendo hasta que finalmente se paran como si fuesen parte de un mecanismo autómata que se ha accionado por sí solo y se ha detenido al escuchar la voz de Alister. Rick cae bocabajo con la respiración entrecortada. Tiene muy mala pinta, escupe una gran cantidad de sangre oscura por la boca y la nariz. Temo haberle reventado por dentro y haber destrozado varios órganos de manera irreparable. Me giro, en cierto modo avergonzada y me encuentro con la mirada de Alister. No es de

reprobación, tampoco de vergüenza. Todo lo contrario. Su mirada es de orgullo y satisfacción.

—Ya sé, de qué lado ponerme en el próximo entrenamiento —sentencia Ben desde una esquina sin moverse. El único que ha sobrevivido sin un rasguño. Miro atrás y los demás yacen en el suelo doloridos.

—Cre... creo que lo he matado... —me lamento.

Alister sonríe.

—Pequeña, no te preocupes —me consuela posando su mano sobre el hombro. Siento una corriente eléctrica como si esa mano ardiese, pero a la vez, no quiero que la aparte de allí. Es indudable el magnetismo de Alister en las distancias cortas—, se recuperará. ¿Olvidas que ya no podéis morir? Sentirás dolor, tardarás más o menos en recuperarte... pero no hay nada que los sanadores y los hechiceros corporaneos no puedan hacer para curaros. Bueno, creo que cortarle la cabeza a alguien es irreversible...

Siento algo de alivio al escucharlo. No sé qué me ha pasado. Algo en mi interior se ha apoderado de mí. Esa furia, esa rabia desmedida no es propia de mí. Recobro el aliento mientras nos alejamos del tatami. No miro atrás porque sé que, tal vez, a excepción de Ben, me he ganado tres enemigos nuevos.

—Supongo que ahora me odian...

—No. Ahora te respetan. Pronto se correrá la voz...

—Eso, tú dame ánimos.

—Kassandra, ¡mírame! Esto no es una competición de unos contra otros... es un viaje para encontrarte a ti misma. Debes superar unas pruebas. En la mayoría, te enfrentarás tú sola a los obstáculos y dificultades. No importa si tú hoy das una paliza o mañana te la dan. Lo que realmente importa es tu preparación para cuando tengas que enfrentarte al Diaberum. ¡Ya está! Céntrate en aprender todo lo que

puedas. En conocerte a ti misma. Supera tus límites, vence a tus miedos...

Mientras caminamos hacia otro edificio me siento observada. Noto un escalofrío en el cuerpo que me hace mirar en la distancia. Detrás de todos esos cubículos veo algo. En la inmensidad borrosa que nos rodea, a lo lejos, me parece distinguir una figura traslúcida y vibrante que enseguida desaparece.

—¿Lo has sentido?

—¿El qué? —pregunto desconcertada.

—A él.

—¿A quién?

—A tu padre, estaba cerca a pesar de estar prohibido ha venido a observarte.

9. PERDIDO

«Los demonios son seres maléficos que vagan entre lo cotidiano tratando de pasar desapercibidos. Solo cuando descubren el resquicio de un alma débil son capaces de acceder al siguiente plano y sembrar el caos para distraer de su verdadero propósito».

Daemonium, Archivos prohibidos, Descentio.

Daniel

—¿Demonios? —grité asombrado. Repetir la palabra en voz alta no hacía sino aumentar la incredulidad de lo que acababa de decir.

—En efecto, demonios. Bueno, Alas negras... así es como se hacen llamar ahora. Los que te buscaban no eran unos demonios cualesquiera. Esos dos eran dos demonios rojos, guerreros…—se detiene para comprobar mi semblante, debe verlo serio porque continúa sin preguntarme nada—. Aunque parezca que ahora mismo estoy diciendo estupideces y te encuentres perdido, comprendo que los cimientos de vida y tu mente se desvanecen ante algo que tu cerebro no es capaz de explicar, como ya hizo anteriormente cuando aquella noche tus músculos, tendones, miembros, órganos, y en definitiva todo tu ser no pudo reaccionar y se paralizó ante esos seres; si recapacitas, poco a poco entrarás en razón y verás que todo lo que digo es cierto, más allá de que tenga más o menos lógica. Debes deshacerte de tu razonamiento lógico y abstracto para entender, sin volverte loco, lo que te estoy contando.

—Suponiendo que lo que dices es real, tendré que plantearme todas las creencias de mi vida—aclaro—, no es tan fácil...

—¡Vamos Daniel! Tú ya eres consciente de que aquello que viste en tu casa no era normal; del mismo modo que estás totalmente seguro que no eres un joven como los demás. Una persona cualquiera no habría derrotado a esos dos guerreros demoníacos por sí solo.

Siempre he sabido que algo extraño pasa conmigo, pero no he querido descubrirlo o asumirlo nunca. Siempre he estado ocultando las cosas extrañas que me pasaban; no por miedo personal, sino por miedo a causar dolor a los seres que más he querido en este mundo: mis padres. Este hombre tiene razón. Si quiero averiguar qué o quién soy, debo sincerarme. Desde que mi madre faltó, mi padre se volvió mucho más protector, así que me aseguré de no hacer demostración alguna de mis "cualidades" en público.

—Bueno... yo... Desde que era pequeño, alrededor de los cuatro años —puntualizo y trago saliva pues es la primera vez que admito delante de un desconocido algo de lo que he sentido todo este tiempo — he notado cosas que otros no sentían a mi alrededor...

—¿A qué te refieres, exactamente?— Me interrumpe.

—Me refiero a que con una corta edad era capaz de intuir qué personas eran buenas o malas solo con mirarlas a la cara, podía hablar la mayoría de las lenguas muertas del planeta, podía mover pequeños objetos sólo con pensarlo, en ocasiones había visto criaturas extrañas como aquel día en clase, también sabía leer la mente de algunas personas que me rodeaban. No sé porqué no me ocurre con todos —me acerco a la impoluta mesita auxiliar que se encuentra encajonada entre la cama y la máquina que me insufla vida y me quita muerte a cada pitido, para beber un poco de agua de una botella. Siento el líquido que hidrata mis cuerdas vocales demasiado tirantes por lo que estoy contándole al profesor— también he sido capaz de saltar mucho más alto que mis compañeros en educación física y mis heridas siempre han sanado con bastante mayor rapidez que al resto de los que me rodeaban. Recuerdo una vez que me caí de la bicicleta en el porche de unos

amigos y me destrocé la cara. Cuando la madre de mi amigo me vio al día siguiente, no daba crédito, las heridas casi habían sanado.

—Entonces estarás de acuerdo conmigo en que lo que viste eran Alas negras —apuntilla el profesor, analizando mi rostro con cierta curiosidad científica.

—¡Sí! —Admito dubitativamente. Sin terminar de creérmelo lanzo una pregunta—: ¿Existen muchos más de esos seres o eran sólo esas dos criaturas?

—Jajajá —se le escapa una pequeña risa—. Estimado Daniel, esos son sólo dos pobres esbirros creados para la lucha y la guerra. Los llamados diablos rojos, por su color rojizo y negruzco característico, son solo una subespecie de Alas negras. Pero... Hay otras especies inferiores y superiores en el Descentio.

—¿Quieres decir que existen más seres como esos y de otras clases? —Pregunto perplejo ante la revelación—. ¿Cuántos tipos de criaturas Alas negras existen? Y aún más importante ¿Cuáles son los que viven entre nosotros, profesor?

—Verás, antes de explicarte la clasificación exhaustiva de los entes del mal. Permíteme que te cuente el origen de todo esto y por qué nos encontramos en un punto crítico de toda nuestra existencia. Debes saber que esas cualidades especiales las heredaste de tu madre. Por eso estás aquí aunque hayas muerto, de momento. Yo, al igual que tu madre, soy un Alas blancas, y espero que cuando superes el Diaberum, tú también lo seas.

—¿Quieres decir que mi madre era un ángel?

—Por así decirlo, sí.

—¿Y yo también voy a serlo?

—Aún queda mucho para eso. Primero debes ponerte fuerte, recuperarte, entrenar y superar todas las pruebas de Diaberum y finalmente si en la prueba final, el Inquisitio, tu sangre revela que

eres un Alas blancas, lo serás. Pero no adelantemos acontecimientos y vayamos poco a poco. Aunque sin demorarnos mucho más pues ya vamos tarde, Daniel. El resto de los candidatos ya llevan unos días entrenando por aquí en el Transitio. ¿Estás preparado para asumir tu destino?

No sé qué contestar, la cabeza me da vueltas y me duele, sin embargo, las palabras de ese hombre me parecen sinceras. Confío en mi instinto para creer en ciertas personas y dejo escapar un tímido: —¡Sí!

10. ENCUENTRO

«Todos los Alas rotas, en especial las brujas más sabias y los hechiceros más antiguos, saben que las sombras provienen de la Luz, por eso, hay que permanecer cerca de ella, por si alguna sombra nueva se escapa».

Antología de tratados de los Alas rotas, Biblioteca del Transitium.

Kassandra

Entramos a una especie de comedor. La verdad, no siento nada de hambre. Alister observa mi cara de asco cuando miro la comida empaquetada en una especie de bandejas blancas. Todo parece lo mismo. Una especie de puré de diferentes colores.

—Tienes que comer, princesa…

Lo miro con cara de pocos amigos por lo de "princesa", pero el aspecto de la comida llama mi atención.

—Pero, ¿eso es comestible?

Sonríe y me indica dónde coger una bandeja.

—Enseguida vuelvo. Tengo que hablar con Kraus. Está en la zona reservada para los Alas negras.

Observo que la comida que ellos comen en ese salón parece más suculenta y variada.

—¿No puedo comer allí? Aquella comida tiene mejor pinta. Aunque también me vale que me trajeras algo de allí –señalo las vitrinas con comida real.

—No, no puedes. De hecho, yo tampoco podré comer porque tendré que estar contigo explicándote todas las cosas. Los

candidatos del Diaberum deben comer en este salón y esta comida. ¡Lo siento!

—Pero...

—No te preocupes, vuelvo enseguida y te ayudo a elegir lo más apetecible dentro de esa amalgama de purés de colores —sonríe arrebatadoramente.

Veo cómo Alister se aleja y empiezo a sentirme insegura. Debo admitir que está tremendo. Su cuerpo que parece moldeado en el gimnasio se mueve con grácil soltura por el salón. Su porte es altivo y decidido, algo que normalmente no me atrae, pero que en él me gusta sin saber por qué. Parece tener un magnetismo invisible que te envuelve cuando está cerca, pero va desapareciendo a medida que se aleja de ti. No sé si será una especie de magnetismo mágico o algo que desprende de forma natural. Se atusa el flequillo negro y largo antes de llegar hasta Kraus. Cuando se encuentran, Alister inclina levemente la cabeza en lo que parece una muestra de pleitesía.

Me doy la vuelta y busco los platos que tengan la comida menos asquerosa. Selecciono los cubiertos: una cuchara de palo y un plato de madera. —Para tener tantos medios... no se han esforzado demasiado en el comedor—, pienso. Antes de elegir la comida, me preocupo mucho más por seleccionar un lugar en el que sentarme para comer. Parece que los comensales tienen ya sus grupos y están charlando animadamente con sus mentores. No me queda otra que ser la desplazada, acabo de llegar a este lugar de raritos y aquí soy el nuevo bicho raro.

—¿Qué tal la chica?

—Tenías que haberla visto luchando... les ha dado una paliza a todos. Es muy buena. Esa prueba está superada. Tiene un par...

—Habrá salido al padre.

—Por cierto, creo que lo he visto merodeando por el campo de entrenamiento. No sé cómo se ha atrevido. Si lo descubren… no

quiero ni imaginarlo… estaría quebrantando todos los acuerdos y tratados de paz; estoy seguro de que este Diaberum habría sido el último en mucho tiempo. Incluso podría ser la excusa que muchos buscan para que empiece la temida guerra…

—Lo sé. No ha podido resistirse, el muy...

—¡Shhh! No sabes hasta dónde llega su poder… Él sabe perfectamente que va contra las normas... un Alas negras tan superior no puede jamás entrar en el Transitium; es como si entrásemos en el Ascentium. ¿Me imaginas a mí en medio de alguno de los patios de entrenamiento de La Impenetrable...?

—Por suerte, ningún Alas rotas ha detectado su presencia... habría sido difícil de explicar. Él sabe muy bien cubrirse las espaldas. Su magia es poderosísima y no es fácil de detectar. Sin embargo, aquí hay protecciones mágicas y podrían haber saltado en cualquier instante.

—¿Se ha marchado ya?

—Sí, pero no te aseguro que vuelva. Le puede la curiosidad. A él no le va eso de seguir las normas. Ya sabes…

—Ya, pero la curiosidad mató al gato. ¿Por qué no fue a verla durante todos estos años que estuvo entre los humanos?

—Creo que ni siquiera él sabía que tenía una hija. ¿Crees que se habría quedado de brazos cruzados de haberlo sabido? Tener una heredera… aunque sea mestiza…

—No... tienes razón habría ido a por ella. Sin embargo, ahora no le queda más remedio que esperar a que esto acabe.

—Ya no puede moldearla a su manera; demasiado tarde. Tiene que esperar como si fuese una más. Él sabe que ella es importante por eso de las profecías… pero, ¿Imaginas que fuese un Alas blancas? Esa sería buena…

—¡No creerás que es la elegida...!

—Yo no creo nada. Tampoco quiero perder mis alas ni tú las tuyas, así que guarda silencio y no te separes de ella. ¡Ah! Y déjate de enamoramientos innecesarios que te conozco. Recuerda que esa chica es intocable. Además, si es la elegida de la profecía, la llave que unifique todos los reinos bajo uno solo… es mejor que te alejes de ella en cualquier sentido romántico. Siempre has querido estar en el círculo más cercano del Señor oscuro, pero ese no es el camino; te lo aseguro. ¡Bórrala de tu mente o él te matará! —Le advierte Kraus mirándolo fijamente. Sus ojos se vuelven un poco más rojizos para manifestarle que sus amenazas van en serio.

—Por supuesto que la dejaré en paz, solo soy su mentor… —sonríe maliciosamente mientras se da la vuelta buscando a su nuevo entretenimiento. Solo que esta vez no piensa dejar que sea algo pasajero. Puede sentir el poder más basto debajo de la piel de esa criatura. Sabe que Kassandra es diferente… la compañera que estaba esperando…

Camino por la hilera junto a las neveras donde está expuesta la comida y, de repente, choco con alguien.

—Disculpa, no te había visto, —Sonrío a un chico muy alto, justo a mi lado.

—Perdóname, tú. Estoy algo perdido. Soy nuevo y... bueno, en realidad, estoy muy desubicado.

—¡Ya somos dos! ¿Has llegado hace poco?

—Sí. No sé exactamente cuándo porque este sitio es muy extraño, pero sí, es la primera vez que vengo al comedor. Perdona, mi nombre es Daniel.

—Yo soy Kassandra.

—Encantado, Kassandra —sonríe amable.

El muchacho me mira de arriba abajo. Tiene el pelo castaño y algo revuelto. Parece tanto o más perdido que yo misma. Me fijo en sus ojos azules increíblemente claros. Parece un gato. Sin embargo, está moreno y es muy alto, odiosamente alto. Debe medir más de

un metro noventa... al menos. Es guapo, pero no es excesivamente perfecto como Alister. Sin embargo, es muy atractivo. Su belleza es más natural, no está tan hinchado por sesiones interminables de gimnasio, aunque se distinguen músculos debajo de su atuendo. Tiene algo que me atrae, una especie de energía que no logro explicar, pero que en pocos segundos me hace sentir a gusto a su lado. ¡Dan ganas de achucharlo!

—¿Qué has cogido? —Le pregunto señalando su bandeja.

—No tengo ni idea... Creo que es una especie de puré de patatas.

—¿Azul? —Sonrío divertida al ver su cara de perplejidad.

—Pues ahora que lo dices... esto tiene un color raro, ¿verdad?

—Como todo aquí...

—Oye, una pregunta, ¿cómo has llegado hasta este lugar? Porque si te cuento mi historia, no la vas a creer.

Me asombro ante su pregunta porque yo misma estaba a punto de preguntárselo, solo que no me atrevía a hacerlo hasta haber entablado más conversación con él. Bajo la voz y le respondo.

—Creo que he muerto... bueno, eso es lo que me han dicho. Tuve un accidente y creo que esos tipos me han curado. ¿Y tú?

Daniel abre mucho los ojos, no por sorpresa, sino porque se siente identificado.

—Yo también... pero a mí me atacaron —susurra, aún más bajo— unos demonios rojos... no quiero que pienses que estoy loco, aún no lo creo yo mismo. Pienso que estamos en una situación parecida y por eso me atrevo a confiar en ti.

—¡Obvio que estamos en la misma situación! Puedes confiar en mí. Además, somos los últimos en llegar a este lugar. Supuestamente nos han curado… creo que hay que seguirles el rollo a estos tipos. A mí me han llenado la cabeza con historias de Alas rotas, negras, blancas... y no sé qué rollos más de este lugar. Solo sé que tengo que pasar unas pruebas para las que nos van a

preparar si queremos salir de aquí. Después, iré a ver a mi madre y seguiré con mi vida. Paso de estos tipos y sus mierdas.

—A mí también me han contado cosas increíbles... pero creo que, en mi caso, mi familia está metida en esto… es decir, que mis padres han podido ser uno de ellos.

—Mi supuesto padre también… No he visto a ese tipo en mi vida y ahora me dicen que es uno de los jefecillos de un bando... increíble. No quiero ni conocerlo. Si es tan importante… ¿por qué no vino a ayudarme a mi madre y a mí cuando lo necesitábamos?

—Nos están mirando.

—¿Quiénes?

—Aquellos dos.

Alister y Kraus nos miran fijamente. Alister ya se ha separado de él y se dirige hacia nosotros con cara de pocos amigos.

—Creo que nos van a separar. Ese tipo que se acerca como si fuese el puto sheriff del lugar es Alister, mi mentor o entrenador, así que… Daniel, encantada de conocerte. Seguiremos hablando durante las pruebas cuando te vea. Es un alivio haber encontrado a alguien "normal" en medio de toda esta paranoia.

—¿No sabéis que no podéis hablar sin que vuestros mentores estén delante? —Escupe Alister, que mira fijamente a los ojos color cielo de Daniel. Los observo por un instante y me parece ver una especie de dibujo en su iris, pero no logro identificarlo a esta distancia. Tal vez… necesitaría estar más cerca para comprobarlo, bastante más cerca…Sonrío para mis adentros.

—No —respondemos al unísono.

—Estábamos hablando de la porquería de comida que nos habéis puesto... ¿Aquí no hay hamburguesas o pizza como en un lugar normal?

—No —responde más seco de lo habitual—. Esa comida tiene todo lo que necesitáis ahora mismo para seguir con vuestro

entrenamiento. Kassandra, ven conmigo y elige algo de aquella parte. Es un poco más sabroso.

Me agarra del brazo con disimulo y me separa de Daniel. Cosa que no me gusta y que estoy dispuesto a protestar más adelante. Encima, cuando estamos a poca distancia me regaña.

—¿Qué coño haces hablando con el protegido de Saduj?

—Te repito que hemos hablado de la comida. No era una conspiración de fuerzas ocultas ni nada por el estilo… y te me relajas, guapito… no seas paranoico. Además, no me gusta que me hables así.

—¡Pues no puedes hablar con él a solas! —Me grita—, si se enteran podrían penalizaros a los dos...

—¿Quién es ese tal Saduj y por qué iba a enfadarse?

—Saduj es el jefe de los Alas blancas por aquí... ese chico es su protegido. Del mismo modo que tú eres la nuestra...

—Eso, ¿qué coño quiere decir?

—Que él probablemente será un Alas blancas y tú una Alas negras...

—¿Y...?

—Y... nada. Que cuando acabe vuestra formación no podréis volver a ser amiguitos... porque entonces, seréis enemigos irreconciliables. Así que es mejor que ni os habléis. Imagínate que un día tuvieras que luchar contra él para salvar tu vida o los de tu sección...

Sonrío y le ignoro. Creo que este tipo ha visto demasiado *Señor de los Anillos.* Agarro lo primero que pillo de la estantería de comida. Veo a Daniel en la distancia hablando con su entrenador y otros chicos en una mesa muy larga. Disimula, pero me sonríe en la distancia. Le devuelvo la sonrisa.

Alister ha hecho lo único que no debía hacer: prohibirme algo.

Pienso hablarle a ese chico en cuanto pueda. Y si es el único dispuesto a ayudarme a escapar de aquí, mejor que mejor... No sé si seré capaz de aguantar el entrenamiento y todas esas estúpidas pruebas. Debe haber algún modo de salir de aquí al igual que lo hubo para llegar hasta esta especie de cárcel de lunáticos. Voy a averiguar cómo hacerlo, y cuando lo haga, me fugaré.

11. LAS CRÓNICAS DEL FIN DEL MUNDO.

«Nos enfrentamos a una guerra eterna que jamás se puede ganar, pero que siempre deberemos librar para no dejar el mundo a merced del mal. Las Crónicas del Fin de Mundo son la mejor barrera para ralentizar el avance de las fuerzas de la oscuridad».

Arcángel Raziel.

Daniel

Saduj ni siquiera se levanta de su asiento cuando el pomo de la puerta de su despacho comienza a girar lentamente ante mi atónita mirada. Saduj sonríe levemente.

—Yo también sé hacer algunas cosillas Daniel, no sólo tú eres capaz de realizar ciertas hazañas. Toma asiento. Es mejor que lo que voy a contarte ahora no sea escuchado por personas malintencionadas o inapropiadas.

Solo asiento con la cabeza, cada vez menos cosas me asombraban de este lugar.

—Las Crónicas del Fin del Mundo son unos volúmenes escritos en los orígenes de nuestra existencia por los escribas de los señores que gobernaban en los diferentes planos del mundo y escritos en un rarísimo y agotado material: el Tinium. Este escaso material de la tierra es capaz de cortar a un Alas negras por la mitad o sesgar las alas a Alas blancas. Según estos escritos primigenios, desde los comienzos de nuestro mundo había cuatro clanes: Los ángeles, los demonios, los espíritus y los humanos. Todos formaban parte de una misma materia original que se había transformado en una forma u otra. Estos clanes estaban en lucha constante hasta el punto que

nuestro mundo peligró. Así que los jefes de los cuatro clanes se reunieron para establecer una tregua, redactar un compromiso de paz por parte de los cuatro. Esa paz se redactó en las hojas de tinium del último volumen de *las Crónicas del Fin del Mundo*. En sus volúmenes se contaban todas las hazañas, batallas y vivencias de los clanes hasta el momento de la paz. Se decidió entonces dividir el libro en cuatro partes. La parte firmada con tinta de las entrañas de Satanás sería custodiada por los Alas blancas como reconocimiento del señor de las sombras a respetar y velar por que el pacto perdurase. La parte firmada con sangre humana sería guardada por los Alas negras como compromiso por parte de los hombres a bajar al infierno si rompían su palabra. La parte firmada con lágrimas de los arcángeles estaría vigilada por los espíritus que la esconderían eternamente entre las sombras, evitando así que fuese encontrada. Finalmente, la parte firmada con el alma errante del jefe de los espíritus sería consignada a los humanos, para evitar que los espíritus invadieran su mundo para poseer a los hombres cuando lo deseasen. Esta división se llevó a cabo para que ningún clan pudiese romper la tregua y declarase la guerra de nuevo. Durante miles de años esto ha permanecido inamovible, aunque no han cesado los intentos por parte del clan de los Alas negras y de los espíritus, incluso de los hombres más avariciosos por aumentar su poder y boicotear la paz. Estos intentos de sabotaje dieron lugar a una nueva sección formada por una serie de especies inferiores: los Alas rotas. Con todos ellos: Vampiros, licántropos, brujos, hadas, zombis… se llegó a un acuerdo de paz entregándoles un reino: el Transitio, un lugar donde podrían refugiarse y que sería respetado como los otros reinos: El Reino de las Sombras gobernado por los espíritus, la Tierra que habitan los humanos, el Descentio que es el reino de los Alas Negras y el Ascentio, el reino desde el que yo vengo y que es el hogar de los Alas Blancas.

—Pero... ¿Me estás diciendo, en serio, que todas esas criaturas existen? No puedo creerlo. He estado tan ciego...

—Por supuesto que sí existen; es más, de no haber llegado a una paz con los Alas rotas, los Alas negras y los espíritus podrían

habernos diezmado; sin embargo, esas criaturas, en principio desalmadas y engendradas por el mal, demostraron tener más principios y sentido del honor cuando les fue explicado quienes querían terminar con el equilibrio entre todos los mundos. No obstante, desde hace unos siglos, los Alas negras quieren provocar que estalle la guerra de nuevo. El comportamiento tan descarado de esos demonios es lo que nos preocupa. El ir a por ti y tu padre rompe todos los acuerdos anteriormente firmados. Los Alas negras siguen queriendo el apoyo de los Alas rotas. Por esa razón, se creó el Diaberum aquí en el Transitium. Estas pruebas y el ritual del Inquisitio asegura el equilibrio al crearse nuevos miembros de cada facción. Por medio de este, se trata de igualar las fuerzas y el número de Alas rotas, blancas o negras. De lo contrario, los Alas negras crearían hordas y hordas de demonios para dominar todos los mundos.

—¿Dónde está ese libro tan importante? —Pregunto.

—Verás Daniel. La paz de estos milenios ha beneficiado a todos las facciones menos a los espíritus y los Alas negras. Así que quieren acabar con esta situación hegemónica y han anunciado en numerosas ocasiones su intención de reunir las cuatro partes del volumen de las crónicas para volver a la lucha. Por otra parte, el clan de los Alas blancas al ver que la paz reina y lo felices que son los humanos, prefieren renunciar a doblegar a los otros clanes y dominar el mundo, dejando las cosas como están hasta el momento.

—¿Y qué es lo que ocurre con los espíritus? ¿Qué quieren ellos?

—Últimamente, parte de esta facción está apoyando la iniciativa de los demonios, pero saben que son el clan más débil, pues necesitan a los ángeles para su salvación y a los humanos para su materialización en la tierra. Así que no se atreven a dar un paso en falso.

—Entonces... si no se reúnen las cuatro partes del libro, no comenzaría la guerra, ¿no? ¿Cuál es el problema, entonces? Sólo hay que esconderlas muy bien.

—A priori eso debería funcionar. El tratado de paz dice que deben reunirse las partes firmadas por los cuatro clanes para romper la paz. Además, al estar firmado por todos los clanes y protegido por una magia muy poderosa. Sin embargo, los Alas negras han encontrado un atajo para acabar, por fin, con la paz que tanto odian. Esos indeseables han decidido reunir las cuatro partes de las crónicas por ellos mismos, a escondidas como las ratas rastreras que son. Puesto que nada se dice en las Crónicas del Fin del Mundo acerca de que las cuatro partes deban ser presentadas por separado y entregadas por cada miembro de los clanes. Los Alas negras están acechando y averiguando dónde pueden estar escondidas las otras partes del libro que no poseen para que, una vez reunidas, puedan declarar la guerra a los otros clanes partiendo con ventaja en la lucha. No descansarán hasta someternos a los demás clanes como esclavos suyos, destruyendo nuestros mundos y haciendo desaparecer a todos los que no les sigan.

—Pero, supongo que esa tarea no será nada fácil, sino estaríamos perdidos— añado.

—Estás en lo cierto. Cada clan ha escondido su parte en lugares inhóspitos y secretos. Seres muy fuertes y objetos mágicos de cada clan los protegen para evitar que los otros se apoderen de ellos. Para nuestra mala suerte, la primera parte del libro y por la que se debe empezar para romper la tregua, es la parte firmada por los espíritus; y esa parte es la que está en manos de...

—¡Los Alas negras! —Susurro sobresaltado—, ¿y cuál es la segunda parte?

—La parte firmada con el llanto de Dios, que está en poder de los Alas blancas, escondida en algún rincón de la Impenetrable, un santuario celestial protegido. Los arcángeles han sido capaces de esconderla y protegerla. Pero eso no será así eternamente. En los últimos años han caído cuatro de los siete guerreros arcángeles. Sólo quedan tres que puedan defender la parte que custodian los ángeles. La última parte es la de los hombres, pero ellos son el clan más débil ante el mal. Por lo tanto, los Alas negras están buscando

la tercera y la cuarta parte del libro, escondida en el reino de los humanos y protegida también por los Alas blancas. Los Alas negras han conseguido reunir medio libro; su parte y la parte de los espíritus. Los espíritus se las entregaron seducidos por las falsas promesas de dejarles conquistar los demás reinos a su lado. Solo quedan dos partes, si logran reunir las cuatro partes, el principio del fin estaría muy cerca y una terrible batalla de consecuencias universales se desencadenaría. Pero, aunque fuesen capaces de vencernos y reunir las cuatro partes, existe otro impedimento para que puedan unirlas.

— ¿Cuál? —pregunto esperanzado.

—Todavía queda una esperanza para evitar que las cuatro partes se unan sin el consentimiento de los demás. Esa unión deberá llevarse a cabo por un ser tan grandioso y poderoso como para doblegar las cuatro fuerzas internas de cada parte del libro. El libro es capaz de destruir a aquel ser que pertenezca a un solo clan y trate de unir las partes del libro. Debe unirse con el consentimiento de los cuatro clanes o de un ser que reúna partes de los cuatro clanes en su interior. Esta criatura todavía no existe y esperemos que no la veamos nunca, pero según cuentan los libros de los profetas del cataclismo, esa criatura llegará y seremos testigos de ello los que respiremos en esta era actual en la que vivimos.

—¿Quieres decir que existe un ser más poderoso que los cuatro clanes? Entonces estamos perdidos...

—No, no. Todavía no existe. Por suerte… Pero en los escritos de los profetas de las Crónicas del Fin del Mundo también se narra una historia sobre la creación fortuita de ese ser que reunirá la fuerza y el poder de los cuatro clanes en sí mismo y que será capaz de las mayores hazañas o las mayores atrocidades jamás conocidas en la historia. Todo ello, está claro, dependiendo del bando al que decida apoyar… si decide aliarse con el bien o el mal. Pero todo eso está por llegar...

—No pensaba que todo esto pudiese existir—, pregunto agobiado. ¿Mis padres tienen algo que ver con todo esto?

—No, Daniel, no te preocupes, no son responsables de nada. Todos estamos involucrados en el destino de nuestros mundos. No es una cuestión de ellos o nosotros. Todos podemos escribir nuestra pequeña línea en la historia del destino.

—Entonces, ¿Qué soy yo? ¿A qué clan pertenezco? Soy humano en apariencia, pero está claro que mis poderes no pertenecen a los humanos —pregunto nervioso el cansancio al seguir la historia narrada por el profesor.

—Pienso que todavía es demasiado pronto para decírtelo, todo a su tiempo Daniel. Tienes que entrenarte y pasar el Diaberum; si eres un Alas blancas como tu madre o no, se revelará al final, en el Inquisitio.

Suspiro y me dejo caer en el sillón frente a Saduj. Todo esto me supera y empieza a dolerme la cabeza de nuevo.

—Verás, como te he contado, algunos Alas blancas han sido enviados para proteger la parte del libro que está en poder de los hombres. Por seguridad, ni nosotros sabemos dónde pueden estar custodiándola. Sin embargo, creemos que han desaparecido puesto que el resto de los seres celestiales ya no sienten su escena.

—¿Cuál es su escena? —Saduj suspira a punto de perder su infinita paciencia, parece arrepentirse de explicarme mucho más porque a cada nueva cosa que me cuenta, surgen muchas más dudas.

—Daniel, la escena de un Alas blancas es su aura, su energía su esencia o como queramos llamarlo. Como iba diciendo —prosigue con mirada recriminatoria, harto de mis interrupciones— los Alas blancas enviados son los guerreros más valientes y preparados dentro de nuestra facción. Sin embargo, no son detectados, ni ellos ni sus Teblos. Los Teblos, se apresura a explicarme antes de que

intente abrir la boca de nuevo, son los objetos mágicos que cada Alas Blanca desarrolla durante el primer año de entrenamiento en la Impenetrable y que solo se manifiesta cuando verdaderamente es necesario para la batalla. Por tanto, pensamos que estos Alas blancas podrían haber sido eliminados por los Alas negras. Después de lo sucedido contigo y con tu padre, parece lógico pensar que los Alas negras están pensando en hacerse con las cuatro partes de las crónicas para comenzar una terrible guerra de nuevo. Estamos seguros de que los Alas negras están cazando uno a uno a todos aquellos enemigos que pueden plantear una seria amenaza en su empeño por unir las páginas de tinium del volumen de las crónicas del fin del mundo. Tu madre era una poderosa Alas blancas, tras su desaparición, habrán rastreado tu existencia y por eso han llegado hasta ti. Temerán que el poder de tu madre haya podido pasar a ti. Es por eso que debes superar cuanto antes el Diaberum y pasar el Inquisitio; hasta que no tengas tus alas estás indefenso. Como humano eras un ser prescindible y desechable más. Por eso, todos insistimos en que tu padre debía haberte entregado hace años... en la Impenetrable habrías estado seguro. Ahora tienes que superar la criba como uno más.

—Sé por qué mi padre actuó de esa manera… tras la pérdida de mi madre yo era lo único que le quedaba. Tal vez él sospechó que yo podía ser como mi madre y por eso no quiso perderme.

—Seguramente… Creo en tu potencial porque sin transformarte, sin tus alas, has sido capaz de aniquilar a dos demonios rojos tú sólo. Seguramente, algo parecido a un Teblos te protegió, pero ni siquiera pudiste darte cuenta que había estado allí todo este tiempo. Probablemente seas el candidato más poderoso en este Diaberum. Pasarlo es un trámite más. Pero hay que pasarlo. Deberás mezclarte con los demás candidatos y aprender de ellos y con ellos; a parte de lo que Radgüll, que será tu mentor y yo mismo, tu protector, te enseñemos.

—Pero, ¿cuántos Alas blancas quedan vivos para proteger el mundo? —Pregunto levantándome incómodo de mi asiento.

—Haces demasiadas preguntas. Ya te serán respondidas durante tu entrenamiento cuando consigas tus alas. Ahora vete a descansar, mañana empieza lo duro.

12. LA BIBLIOTECA.

«La verdadera sabiduría no se encuentra en los libros, nos llega a cada uno cuando descubrimos lo poco que sabemos de la vida , del mundo que nos rodea y de nosotros mismos.»

Dicho popular de los hermanos bibliotecarios en la Gran Biblioteca del Transitium.

Kassandra

Empezamos el día entrenando algunas pruebas de ingenio en una especie de biblioteca antigua. Los volúmenes forran las altísimas estanterías, pero los lomos de los libros no tienen ningún título escrito en ellos. Solo cuando alguno de los Alas rotas, los bibliotecarios del lugar ataviados con túnicas blancas, tocan los libros, los títulos de estos aparecen en sus lomos. Intento adivinar alguno de los títulos en las estanterías desde la mesa en la que Kraus me instruye sobre cómo desarrollar algunas habilidades de ingenio para las pruebas de ASTUCIA o CONOCIMIENTO. No para de hablar y, a pesar de ser muy convincente y conseguir hacer que me centre en sus consejos y enseñanzas, no puedo evitar desconectar y mirar por encima de su hombro a otros participantes. No sé por qué, pero tengo ganas de volver a ver al chico que conocí en la cafetería. Es probablemente la única persona del mundo que sabe por lo que estoy pasando. Recuerdo sus últimas palabras y parece que tenemos una especie de conexión.

–Céntrate. ¿Qué te pasa? –pregunta Kraus exasperado. No sé qué pretendes... eres la última que ha llegado aquí… y, aunque sepas pelear y tengas ciertas habilidades para sobrevivir... eso no es suficiente para superar todas las pruebas... señorita, ¡céntrese! O

tendré que abandonarla a su suerte. Aunque después tenga que dar muchas explicaciones a mis superiores.

–Lo siento. Esto es superaburrido.

–¿Se te ha olvidado que solo puedes fallar dos pruebas? No habrá más oportunidades. Este es tu último tren, lo tomas o lo dejas, jovencita.

–De acuerdo. Tienes razón... ¡Oye, una pregunta! ¿De aquí, cómo se sale?

Kraus gruñe y me enseña sus afilados incisivos. Su dentadura blanca y perfecta reluce a la luz de las velas que hay sobre la mesa.

–Con los pies por delante...

–¿Cómo?

–¡Muerta! Nadie puede escapar del Transitium sin sus alas.

–¿Qué ocurre con los Alas rotas? Ellos no tienen alas, supongo que podrán bajar a la tierra. Por lo que me habéis contado, los brujos, vampiros, licántropos, pueden campear libremente entre los humanos.

–Ellos tienen un salvoconducto... es decir, pueden atravesar las puertas del Transitium para entrar y salir. ¡Este es su reino! ¿No estarás pensando en fugarte…? No sobrevivirías…

–No, no, para nada –miento– es solo curiosidad.

–Pues la curiosidad mató al gato, ¿sabes?

Entonces, las puertas de la majestuosa biblioteca se abren sin hacer ruido. Aquí parece como si todo el mundo flotase en vez de caminar. Entonces, aparecen varias figuras en la puerta. Entorno los ojos para verlo mejor y descubro que es él. No recuerdo su nombre al principio... lo tengo en la punta de la lengua y al fin lo recuerdo: ¡Daniel! Eso es... Lo veo caminar con soltura, pero camina obediente un paso por detrás de quienes le acompañan. Es alto, y por primera

vez reparo en su complexión fuerte y atlética. Recuerdo que tiene los ojos azules más impresionantes que he visto en mi vida.

–¿Quiénes son esos? –le pregunto a Kraus.

–La competencia...

Muestro cara de extrañeza, pidiéndole más información con mis gestos. Debemos hablar en voz muy baja porque todo el mundo parece estar concentrado, trabajando en grupitos apiñados en torno a grandes mesas de madera antigua y oscura.

–Creo que Alister te dejó claro que ese chaval estaba fuera de tu alcance. Es un ¡Chiaroscuro!

–Fue muy simpático... no veo por qué no puedo entablar amistad con él. Se supone que cuantos más apoyos consiga aquí dentro, más posibilidades tendré para entrenar mejor y superar más pruebas con éxito.

–Es un Chiaroscuro...

–Pero todavía es un candidato, ¿no? Es como yo, entonces…

–Al contrario, *monamour*, su apellido es Chiaroscuro. Su madre era una poderosa Alas blancas, pero se enamoró de un humano y… desapareció... supongo que ese chico será un Nefilim...

–¿Un qué? ¡Puedes dejar de usar nombrecitos raros cada cuatro palabras...!

–Un Nefilim es un Alas blancas de rango inferior porque su sangre se ha mezclado con humanos... pero, en cualquier caso, será un alas blancas, lo lleva en el ADN. Estoy casi seguro.

–¿Y por eso no debo juntarme con él...? ¿Y si yo también soy un Alas blancas?

Kraus deja escapar una risotada chillona, todos alrededor le lanzan miradas recriminándolo. Él se tapa la boca y se apresura a pedir perdón por señas.

–Un Alas blancas... dice. Estoy tan seguro de que serás uno de los nuestros, como que me llamo Kraus del Averno. Tú también lo llevas tatuado en el ADN, preciosa. Sois como el agua y el aceite, como el fuego y el hielo... sois seres que no deben mezclarse... seréis enemigos irreconciliables.

–¿Puedo ir al baño? Con tanta charla me han dado ganas de mear...

–Cuida tus modales, Kassy.

Lo fulmino con la mirada por llamarme así; solo los que me quieren o yo quiero, pueden referirse a mí usando este diminutivo. No espero a que me dé su permiso para ir al baño.

Me dirijo hacia la salida, pero justo antes de salir por la puerta, me desvío y me escondo detrás de unas de las infinitas estanterías de la derecha. Retiro alguno de los volúmenes pesados para observar a Daniel. Esta con dos tipos. Uno de ellos parece ser el tal Saduj ese. El jefazo de los Alas blancas de por aquí y el otro...

«¡Ostras, es un vampiro!». Observo sus colmillos, su piel nívea, algunas venas color verdoso se vislumbran debajo de esa blanca, casi transparente piel, desde la distancia. Nadie lo mira. Está claro que es un Alas rotas y está en su territorio, pero ese tipo en una calle de Londres llamaría la atención rápido. Además, sus ojos son increíblemente refulgentes...

Llevo unos instantes observándolo y, como si hubiese presentido mi presencia, mira hacia donde me encuentro. Trato de hacerme la distraída hojeando un libro, pero cuando trato de abrirlo, no se abre. No tengo acceso... Así que hago un poco el ridículo. Daniel, al verme, sonríe. También se excusa con sus acompañantes y se dirige hacia las estanterías donde me encuentro. Sin que me dé tiempo a salir de allí corriendo hacia los servicios.

«¡Ups, Pillada!»

–Buenas, ¿Qué, leyendo un rato? –Pregunta y señala al volumen cerrado a cal y canto.

Sonrío y, sin saber por qué, me pongo colorada.

–Vale, de acuerdo, me has pillado. Te estaba espiando. Es que estaba tan aburrida del peñazo de mi mentor... te he visto entrar y he pensado que teníamos una conversación pendiente... ¿Cómo nos vamos a escapar de aquí?

–Sonríe.

–¿Siempre vas tan a saco?

Asiento con la cabeza.

–Soy bastante directa... la verdad.

–Pues siento decirte que hay pocas posibilidades de salir aquí... con vida al menos. Tienen unas fuertes medidas de seguridad. Además, creo que debemos resignarnos a participar en estas pruebas. Hacerlas lo mejor posible y cuando podamos volver a la civilización, salir corriendo y dejar a esta gente tan rara tirada.

–¿En serio? ¡No me jodas! ¿No hay otra manera de salir de aquí? ¿Ya te has resignado?

–No es eso, tal vez exista otra manera de salir o escaparnos... Quizás sobornando a un Alas rotas y obligándole a que nos pase por la puerta principal o yo qué sé… Lo que sí está claro es que las pruebas empiezan pronto, tal vez mañana mismo. He notado que todos los demás candidatos están más nerviosos y mis preparadores van a contrarreloj enseñándome cosas. Después de la biblioteca, tengo que seguir entrenando resistencia y después, lucha. Más tarde van a someterme a diferentes pruebas para controlar mis miedos, mi pudor... En fin, esto es un no parar...

–Pero si solo llevamos aquí un par de días... ¡No es justo! Los demás llevan más tiempo preparándose.

–Precisamente por eso tenemos que concentrarnos y aprovechar bien nuestras enseñanzas. ¿Qué te parece si esta noche te veo junto al tatami que hay al lado de los pabellones del este? Ese donde luchaste tan bien...

–De acuerdo.

–Así podremos compartir información y trucos para superar las pruebas. Deberíamos aliarnos o se nos comerán por sopas.

–Espera un momento, ¿cómo sabes que estuve luchando allí?

–Y... ¿quién no? Si eres famosa, les diste una paliza a esos engreídos...

–Tú... ¿No estarás ligando conmigo? –Pregunto pícara.

Daniel se pone rojo de vergüenza.

–Yo, yo –tartamudea– para nada...

–¡Es broma, hombre! No eres mi tipo… aquí solo somos aliados.

Lo miro de arriba abajo y sonrío ante lo que veo mientras me alejo.

–O tal vez sí –susurro antes de darme la vuelta. No sé ni por qué lo he dicho. Me va a explotar la cara de vergüenza y eso que suelo ser bastante desenvuelta.

Daniel sonríe divertido ante mi ocurrencia. Debe pensar que estoy loca, pero al sonreír se le ilumina la cara y pienso que tiene el rostro más atractivo que he visto jamás en un chico.

13. LA NOCHE

«Ese momento en el que todo aquello que acecha y quiere tomar forma porque la luz ha desaparecido es la noche. Debemos evitar que la noche eterna se extienda por siempre y aquello que debe estar oculto se manifieste y pueda llegar a controlarnos.»

Crónicas del Fin del Mundo, volumen 2, Reino de las Sombras.

Daniel

A media noche, cuando no se escucha moverse un alma ni dentro ni fuera de los pabellones, Kassandra y yo nos vamos escurriendo como dos sombras nocturnas entre los edificios hasta llegar a un tatami, un lugar difícil de distinguir en medio de la penumbra.

Siento la adrenalina de lo prohibido recorriendo mis venas, pero aquí, caminando junto a ella, no me parece tan mal estar saltándonos las normas. Está claro que ambos estamos en la misma situación... hemos muerto y nos han traído aquí para sabe Dios qué cosas. Se supone que por algo que tenemos gracias a nuestras familias y a las pruebas que realicemos revelarán si somos dignos de esas "cualidades" que dicen debemos tener. En realidad, los dos estamos muy desubicados. No sabemos qué va a pasar con nuestras vidas de ahora en adelante y necesitamos conversar con alguien en nuestra misma situación. Además, Kassandra me parece una chica divertidísima y… muy atractiva.

Cuando llegamos al tatami, nos agachamos y nos sentamos en el suelo. Está duro y frío, pero no podemos subirnos encima de él pues alguien podría vernos.

–¡Madre mía! Se nos va a quedar el culto helado –indica Kassandra que tira de mí y me sienta a su lado de un tirón. ¿Has traído algo de comida?

–¿Perdona?

–Que si has pillado algo de comida que no sea la bazofia esa de colores que nos sirven en el comedor. Me muero de hambre... daría mi brazo derecho por comerme ahora mismo una pizza... ¡Dios qué ganas de hincarle el diente a algo comestible!

–Lo siento, no llevo nada encima–, arqueo la ceja y apoyo la espalda en la base del tatami.

–Esos tipos se comen la comida buena... y a nosotros nos dejan ese mejunje multicolor que es una mezcla de puré de patatas con sabor a toallitas del váter.

–¿Sabes a qué saben las toallitas del ...? –Sonrío.

–¡NO! Pero me lo imagino... debe saber muy parecido a esa comida. Si es tan buena para prepararnos para las pruebas, ¿por qué diablos no se las comen ellos también?

–Bueno, creo que no tenemos mucho tiempo, así que deberíamos empezar a compartir impresiones.

–Para el carro, bro. Ni siquiera me vas a contar algo de ti mismo... Quiero saber más cosas sobre ti. No podemos empezar a compartir secretos si no tenemos cierta confianza… entre nosotros, ¿no crees?

–Está bien. ¿Qué quieres saber? –le pregunto distraído con su rostro. Mis ojos se están acostumbrando rápidamente a la oscuridad... tal vez ese mejunje que llaman comida sí que tiene algo especial.

–Háblame de ti. ¿Qué haces en tu vida normal? Tus padres, hermanos, dónde vives... lo típico.

La miro extrañado y sonrío.

–Aunque decías que esto no era una cita ... a mí me lo parece un poco, ¿no?

–¡Tú flipas! Más quisieras, guapito... anda, cuéntame algo sobre ti y déjate de rollos.

–Pues hay, bueno, había poco que contar. Yo creía ser un chico normal...

–Toma, y yo... una chica del montón, pero ahora resulta que no, que mi padre, al que no he visto en toda mi vida, es un tipo raro del que todos estos hablan...

La miro y sonrío porque no sabe estar callada.

–Vale, perdón, era tu turno, continúa.

–Mi madre desapareció cuando yo tenía ocho años. No recuerdo bien qué ocurrió, pero sé que ella jamás me abandonaría. Tampoco creo que esté muerta... nunca encontraron su cuerpo. Además, desde niño tengo una horrible pesadilla recurrente con lo que pasó ese día. Nunca he descubierto nada nuevo, sin embargo, desde que llegué aquí, parece que el sueño ha empezado a avanzar.

Kassandra se muerde el labio porque está deseosa de poder preguntar y comentar mil cosas. Sin embargo, agacha la mirada antes de que yo continúe.

–Estudio arquitectura, quiero ser arquitecto como mi padre. Él era Thomas Crescent, un arquitecto bastante conocido. Él... murió por salvarme de unos demonios rojos. Te juro que si pudiera volvería a morir por destrozar a esos cabrones, lo haría una y mil veces, aunque no existiese todo esto.

–Lo siento de veras. ¿Los mataste?

–Sí, eso me dijeron los que me encontraron. Los escuché decir que debí desintegrarlos con alguna especie de poder o algo así. Lo oí como en sueños porque estuve inconsciente un buen tiempo después del ataque. Por lo visto, mi padre era normal si es que se le puede llamar así a todos nosotros, los humanos y mi madre era una supuesta Alas blancas... Aún no me creo mucho todo esto, pero estoy empezando a resignarme que tal vez hay otra realidad más de la que nos han contado durante toda nuestra vida.

–Entonces, seguramente tú serás un Alas blancas cuando superes el Diaberum y el Inquisitio...

–Bueno, se supone, aunque dicen que no tiene por qué ser así. Puede revelarse cualquier cosa, tu verdadera naturaleza es la que aparecerá.

–¿Imaginas que somos uno de esos Alas rotas? Me encantaría ser una mujer lobo, ¡aauuuuuu! –Aúlla.

–¡Qué loca estás! ¡Cómo puedes bromear con esto...!

–Pues claro que bromeo. Tú seguramente seas uno de esos Alas blancas inmaculados defensores del bien... pero yo –hace una pausa para hablar y tragar saliva–, yo seguramente sea uno de esos demonios que llaman Alas negras.

Abro los ojos demasiado para disimular mi sorpresa.

–Por lo visto, mi padre, ese que no he conocido y ha pasado de nosotras durante toda mi vida, es uno de ellos. Por eso me entrenan los Alas negras.

–Vaya putada, lo siento... no pensaba que fueras...

–Lo mismo me ocurre a mí. No he sido una santa, pero durante toda mi vida he ayudado a los demás, he colaborado con asociaciones del barrio, he cuidado de mi madre enferma... vamos, que no he sido una mala persona. No me lo merezco, pero bueno, ya se verá si consigo superar las nueve pruebas y al final soy un Alas

negras o rotas o lo que sea. La verdad es que tengo que superar las pruebas y después ya veré qué hago con mi vida. Lo primero que haré cuando pueda salir de aquí es ir a ver a mi madre. Es muy capulla, pero es la única familia que tengo. Así que pongámonos manos a la obra y hablemos de lo que hemos podido averiguar.

–No tienes porqué preocuparte. Tal vez, como tú dices, tu naturaleza es ser una buena persona, independientemente de quien sea tu padre. Los hijos no somos los culpables de los actos de nuestros padres. De todas formas, tienes razón, aún falta mucho para eso. Hay que superar las pruebas.

–Además, ¿cómo sabemos que los Alas negras son los malos...?

La miro sorprendido y dejo escapar una sonrisa de incredulidad.

–Quiero decir que a cada facción les dirá a los suyos que los malos son los otros y viceversa. Pero, ¿quiénes son realmente los malos de la película...?

–Te recuerdo que a mi padre lo asesinaron dos demonios...

–Bueno, sí, vale, tal vez tengas razón... Un poco malos sí que son, pero me refiero a que no todos tienen que ser malos. Todos los humanos no son malos, ni todas las personas que crecen en un ambiente hostil y de maldad se vuelven asesinos sanguinarios... creo que aún estamos muy verdes y no sabemos nada de lo que aquí se cuece... no te preocupes, aunque yo me vuelva una chica mala, te prometo que no voy a pegarte muy fuerte...

Sonrío y sin querer nuestras manos se rozan. Noto una especie de sacudida eléctrica que aviva mi corazón. La miro y los dos nos apresuramos a retirar la mano.

–¡Menudo calambrazo! ¡Chico, eres eléctrico o qué!

Sonrío ruborizado porque he tenido una visión muy extraña. Me he visto junto a Kassandra, besándola en una especie de habitación. Parecíamos estar a gusto y… estábamos desnudos.

–Bueno, cuéntame cosas de las pruebas que te hayan dicho tus mentores.

–De acuerdo. Empiezo yo, pero después lo harás tú o te lanzaré al tatami que tenemos detrás.

Cuando empieza a hablar, escuchamos un ruido que se acerca lentamente. Me giro y miro por encima del tatami. Parece ser un Alas rotas que está en su turno de guardia. Si nos descubre aquí, podrían descalificarnos, lo que quiere decir que... moriríamos.

–¡Ven, sígueme! Conozco un lugar donde podríamos escondernos y hablar con más tranquilidad. – Susurra Kassandra.

Se levanta y tira de mi brazo. Comenzamos a reptar andando en cuclillas hacia los edificios. Cuando por fin parece que nos hemos alejado lo suficiente, le pregunto hacia dónde vamos.

–A mi habitación, obvio. Es ese edificio de ahí –señala y me anima a correr detrás de ella.

Cuando llegamos dentro, enciende la luz. Compruebo que la estancia me es familiar... es el mismo lugar de la visión que acabo de tener. Solo que aún no la estoy besando, ni estamos desnudos… Trato de ocultar mi vergüenza y aparto la mirada cuando me invita a sentarme en su cama. Trago saliva y me siento a su lado.

14. En mi habitación

«El ser humano tiene algo que las demás criaturas sobrenaturales envidian: la pasión, el deseo, la carne… amar y sentirse amados es un regalo que los hombres poseen y del que no son conscientes por más que todas las demás criaturas se lo recuerden cada vez que bajan o suben para sentirse vivos en mitad del fulgor de una noche apasionada entre las sábanas».

Copia de los Manuscritos Perdidos del Reino de las Sombras.

Kassandra

Entramos en la habitación acalorados por la carrera y la adrenalina por no ser descubiertos. Tal vez, traerlo aquí es lo más arriesgado que hemos hecho desde que estamos en el Transitium. Lo miro y sonrío ante mi osadía y descaro. Acaba de bromear con que si esto era una primera cita y yo lo traigo directamente a mi habitación. Vale, admitamos que soy algo descarada, pero no sé qué me pasa con este chico que no tengo pudor con él. Parece como si lo conociese de toda la vida...

–¡Por los pelos! –Exhala nada más cerrar la puerta–. ¿Tienes idea de lo que podría pasarnos si nos descubren aquí? Bueno, si me pillan a mí… al fin y al cabo esta es tu habitación, no la mía.

–No te preocupes. Para marcharte puedes salir por el balcón. Tan solo es una tercera planta… –Lo miro divertida.

Me mira asombrado y sonríe. ¡Madre mía! Puede alguien derretirte las córneas con solo una sonrisa... es insoportablemente sensual... No sé qué me pasa, pero creo que me gusta de verdad.

Me digo a mí misma que debo centrarme y averiguar lo que pueda de las pruebas, sin embargo, no puedo dejar de sentir esas mariposas revoloteando dentro cada vez que me desnuda el alma con su mirada glacial.

–Ven, siéntate aquí, en mi cama... pero no te imagines cosas raras, que esto ¡NO ES UNA CITA! Cuéntame lo que hayas podido averiguar de las pruebas en las que se supone que eres mejor.

–Vale, pero después me contarás lo que tú sepas. ¿De acuerdo? –Pregunta, desconfiado.

–¿Todavía no confías en mí? Perdona, estás en mi habitación, en mi cama, en medio de la noche… ¿No existe mayor prueba de sinceridad que abrirte mi pequeño mundo?

–Bueno, visto así... Verás, te cuento. En la primera prueba, BONDAD, se supone que aquellos que estén predestinados a convertirse en Alas blancas tendrán cierta ventaja. Se supone que son personas bondadosas y, bueno, les sale por naturaleza ayudar a los demás. En resumen, en esta prueba harán que nos enfrentemos a una situación en la que debamos anteponer los demás al propio beneficio, por disparatado que parezca la prueba que nos propongan. Hay que tener cuidado porque intentarán engañarnos al menor descuido.

–Ok, lo pillo. Entonces es lo contrario a la cuarta prueba: MALDAD. Esta podría ser más "fácil" para nosotros, los que puede que seamos Alas negras, porque se supone que tenemos menos escrúpulos y somos más egoístas. Según me contaron mis mentores, en esta prueba deberás olvidarte de los demás y tratar de salirte con la tuya a toda costa, incluso matando o robando. Debes hacer cualquier mezquindad por salvarte tú. Así que activa tu lado de *fuck boy* y olvídate del *good boy* que llevas por bandera todo el rato.

–De acuerdo. Pero… yo también puedo ser malote… –Sonríe y siento un hormigueo en mi bajo vientre.

–¡Anda ya! Si tienes una cara de bueno que no puedes con ella. Serías el típico novio que todas las madres querrían para sus hijitas y lo sabes...

–Vale, tienes razón, pero no soy siempre bueno... a veces, puedo enfadarme y ser desagradable... como todo el mundo.

Sin querer, baja la mirada hasta mis pechos, después a la cama y termina mordiéndose el labio.

«¡STOP! ¿Qué ha pasado?».

Me pongo colorada. Y aunque no soy de las que se achantan ante una insinuación sexual de un bombón como Daniel, no puedo controlar el calor que me sube de abajo. Daniel se acomoda un poco en la cama y se echa para atrás. Sin percatarse de ello, se le sube un poco la camiseta y puedo ver un poco de sus oblicuos antes de colocársela bien de nuevo.

–En la segunda prueba, ASTUCIA, deberás ser astuto, evidentemente, pero mis mentores me han aconsejado que busque siempre la solución más enrevesada, no la primera y más fácil que nos presentan al principio. De hacerlo, caeremos en la trampa. Solo quieren demostrar que no somos los suficientemente astutos como para saber que eso es un cebo. Así que Daniel, recuerda no precipitarte... Esa prueba no me preocupa en especial, sin embargo, la prueba de CONOCIMIENTO me preocupa un poco más. ¿Sabes en qué consiste esa prueba realmente? –Pregunto, dejándome caer a su lado, pero no tan cerca como para darle a entender que podría pasar algo entre nosotros.

–Pues lo evidente, que tratarán de saber el conocimiento que tenemos de todo. Sin embargo, me han dicho que si nos dan tres opciones en las preguntas y tengo dudas, la segunda opción suele ser la correcta. Así que siempre que dudes, elige la segunda respuesta. Eso no quiere decir que vayas a elegir siempre la misma. Solo úsalo como comodín para aquellas preguntas que no sepas. Yo espero que no nos pregunten muchas cosas sobre los Alas blancas,

los Alas negras y todo este mundo que desconozco. La historia de las facciones, las Crónicas del Fin del Mundo y todo eso es sobre lo que yo estoy estudiando más, aunque no tenemos casi tiempo, la verdad. Somos los grandes perjudicados...

–Buen consejo, gracias. Yo también estoy pegada, no tengo ni idea de dónde estamos, ni qué somos ni qué seremos. Pero trataré de pedirle a mis mentores que me den toda la información posible sobre esta nueva realidad.

–A mí me preocupa muchísimo la prueba de MIEDO, porque sé que nos van a hacer enfrentarnos a nuestros peores miedos. Por cierto, ¿Cuál es tu mayor miedo?

–Obvio que no te lo voy a decir, no soy tan tonta, si te lo dijese cualquiera podría escucharlo y utilizarlo en mi contra. Pero sí, tienes razón, es una putada. Yo creo que es una de las pruebas que nadie supera; al fin y al cabo, son tus miedos y enfrentarse a ellos de golpe no puede ser fácil.

–Tienes toda la razón. Yo intentaré esconder mis mayores miedos en lo más profundo de mí para que no puedan averiguarlo. No suelo ser miedica, no obstante, siempre hay cosas que pueden darte miedo.

–Créeme, a estas alturas ya lo sabrán todo de nosotros. Intentaremos ocultarlo, pero estoy segura que estos capullos harán todo lo posible para que nos caguemos de miedo. A mí por ejemplo me arreglaron la cabeza, ¿quién te dice a ti que no me repasaron el cerebro antes de operarme?

–Puedes darlo por seguro. Yo también he pasado bastante tiempo en manos de los Alas rotas. Estoy seguro que nos habrán echado un vistazo por dentro, podemos esperarnos cualquier cosa.

Sin querer, rozo su brazo al moverme en la cama. Siento otro calambrazo que me hace saltar a un lado. Daniel también se

sobresalta. Nos miramos asombrados y algo temblorosos. Empezamos a reírnos sin control.

–¡Dios qué bestia! ¿Tú también lo has sentido?

–¡Digo! Hasta me escuece el brazo –Daniel se levanta la manga, descubriéndose el antebrazo para rascarse. Me quedo mirándolo hipnotizada. Me devuelve la mirada y sonríe de una manera pilla y socarrona cuando me sorprende observando su cuerpo embelesado.

–¡Estás que saltan chispas!

–Tú también, no disimules...

«¿Se me está insinuando?»

–No calientes el ambiente que no sé lo qué me pasa desde que estoy en este lugar...

–Yo también tengo las hormonas revolucionadas, ¿Crees que tiene algo que ver con que hemos "vuelto del otro lado"?

–Pues, ahora que lo dices, podría ser.

Nos miramos con una intensidad casi magnética y, sin saber cómo, acabo a su lado. Antes de que pueda reaccionar, mi boca está sobre la suya y siento sus labios firmes y cálidos comiendo de los míos. Siento una voracidad sexual ajena a mí que me hace saltar a horcajadas sobre Daniel. Él, lejos de rechazarme o sorprenderse, me recibe con una vigorosa alegría que siento bastante rápida y abultada debajo de mí. Nos abrazamos y besamos con el ansia del hambriento y del sediento. Buscándonos como si hubiésemos estado perdidos y hubiésemos encontrado la brújula que necesitábamos para que nuestras vidas cobrasen sentido.

Casi le arranco la camiseta, aunque en el último momento de forcejeo, Daniel consigue sacársela sin romperla. Mi camiseta vuela por los aires y mis pechos quedan al aire, turgentes, firmes y deseosos de que las manos de Daniel los rodeen. Siento el tacto de

sus grandes manos cálidas y perfectas rodeándolos. El tacto contra mis pezones hace que dé un respingo de placer. No puedo contenerme y le muerdo el labio. Se retrae y me mira con los ojos bien abiertos. Le he hecho daño porque tiene un poco de sangre en la boca. Lejos de darme asco o sentir aversión por esto, me excito aún más. A él tampoco parece importarle y se agarra con más firmeza a mis tetas.

Nuestras lenguas son como dos vagones de una montaña rusa que aceleran y giran sobre las vías con una descontrolada y frenética velocidad tratando de rodearse en giros imposibles y vertiginosos. Estamos a cien. No sé si dar un paso más. Mi cuerpo me pide continuar, pero no sé si Daniel estará de acuerdo. Me mira fijamente tratando de leer mi mente. Me repasa de arriba abajo como si acabase de descubrirme. Me levanta en el aire sin esfuerzo y me sube encima de sus caderas. Nos besamos de pie y parece que no hubiese nadie más en todo el universo. Nuestros cuerpos reclaman el del otro y siento una sed de su boca como la del sediento en medio de un oasis tras caminar varios días por el desierto. Sujeto su cabeza con mis manos y entremeto mis dedos en su pelo. Lo llevo lentamente hasta donde quiero que me bese... en medio de mis pechos...

–¿Has oído eso...? –Pregunta de repente, separando su cálida boca de mi cuerpo.

Estoy tan ensimismada que no me he percatado de nada. Casi siento la tentación de empujarle más abajo cuando escucho el leve crujir de un paso cerca de la puerta de mi habitación. Sin duda, hay alguien detrás escudriñando lo que pasa dentro. Me señala con el dedo para que me calle y no me mueva. Empieza a separarse lentamente y camina por la habitación buscando su ropa.

«¡Vaya coitus interruptus!» –Pienso.

–¿Cuántas plantas dijiste que había? ¿Tres? Escaparé por el balcón, espero no matarme... –susurra en mi oído. Sus labios rozan

la piel de mi oreja y vuelvo a sentir el mismo escalofrío de antes, solo que ahora no dejo escapar ningún grito por razones obvias.

¡TOC TOC!

Llaman a la puerta. Tardo unos segundos en responder, mientras le doy tiempo a Daniel para que, al menos, llegue al balcón. Por suerte, recuerdo que hay una celosía y una enredadera bastante fuerte que le ayudará a descender. Confío en que al estar en forma, no se matará. Me lamento por no haber podido despedirnos, pero ahora toca disimular. Nuestro futuro está en juego.

¡TOC TOC TOC!

–¡Kassandra! ¿Estás ahí? Si no respondes echaré la puerta abajo –vocifera Alister al otro lado.

–¡Voy, voy! –grito poniendo voz de estar medio dormida.

–¿Por qué tenías la puerta cerrada? ¿Hay alguien más contigo? –Olfatea el ambiente arrollándome cuando entra dentro de golpe sin darme tiempo a apartarme de su camino.

Alister recorre la habitación con la mirada, pero se detiene al verme medio desnuda, mientras trato de taparme con la sábana. Escucho cómo Daniel rodea la baranda del balcón y salta sobre la celosía que le ayudará a bajar hasta el suelo. Estará descendiendo por la celosía de la planta trepadora que hay junto a la pared de mi habitación. Debo entretener a Alister para que no se asome al balcón y lo descubra. Puedo apostar una mano a que este cretino disfrutaría denunciando a un futuro Alas blancas para que no pueda superar las pruebas y así eliminar a un enemigo. Daniel está a su merced así que debo impedir que salga fuera y lo descubra también cuando esté abandonando el edificio.

–¿Qué miras? ¿Tú duermes con ropa? –pregunto desafiante. Mirándolo de arriba abajo, como si lo desnudase con la mirada.

–Eso no es relevante ahora... tú estás muy acalorada, ¿no? –Me señala, acercándose–, aquí huele a... ¿sexo...?

–«¡Mierda! Nos ha pillado con el carrito de los helados.»

Desconozco si los Alas negras tienen buen olfato o no, pero es obvio que el ambiente de mi habitación está algo cargado.

–A ver... ¿qué pasa...? ¿Una no puede liberar tensión y satisfacerse a sí misma...? –Le indico, sacando mi mano derecha debajo de las sábanas y plantándole mis dedos índice y corazón delante de la cara.

Alister se ruboriza, pero lo disimula. Por primera vez no parece tan sobrado ni tan machito. Se queda sin palabras ante mi franqueza. Supongo que no estará acostumbrado a que una chica le diga abiertamente que se masturba...

–Bueno, eh... no sé, claro, puedes hacer lo que quieras, es tu habitación, normal, ¿no? Eh... pero no sé… Pensaba que estabas con alguien más.

Cuando calculo que Daniel ya ha debido llegar al suelo, le invito a revisar mi cuarto.

–¿Quieres echar una miradita al baño... o tal vez asomarte al balcón?

–No creo que haga falta... ¡Olvídalo! Ahora, eso sí, si quieres puedo ayudarte con lo que estuviese haciendo... –Sugiere socarrón.

–No, gracias. Deberías marcharte, no creo que a nadie le haga gracia que un Alas negras esté a estas horas en la habitación de una candidata... es solo una apreciación... Imagina que mañana me levanto y les cuento a todos que me has forzado... bueno, que lo has intentado porque sabes que no me quedaría quietecita…

–Ya veo cuál es tu juego, Kassandra. Ten cuidado y no vayas de listilla. Por esta vez me tragaré tu historia, pero recuerda que estaré

cerca, vigilándote; al fin y al cabo, soy tu mentor, es mi cometido. Como metas la pata una sola vez... te aseguro que ni el padre más poderoso del mundo te librará de volver de donde viniste... y la muerte no es algo que entre en los planes de nadie. Aún no tienes tus alas y eres demasiado vulnerable. Todavía eres tan debilucha como cualquier humano... no tientes a la suerte. ¡Buenas noches!

–¡Buenas noches para ti también! –Mascullo entrando en el baño y cerrando la puerta de un portazo.

Cuando cierra la puerta del dormitorio, espero unos segundos para resoplar y respirar aliviada.

«¡Ufff qué cerca!».

Después, me dirijo hasta el balcón y me asomo para ver si puedo ver a Daniel. No hay ni rastro de él. Entonces, vislumbro una sombra junto a la esquina. Cuando sale a la luz de la luna, descubro que es él. Sonríe al verme y se da la vuelta corriendo hacia su pabellón.

Cierro el balcón y me meto en la cama. Empiezo a recordar los besos y caricias de Daniel. Me parece estar alucinando por la manera tan extraordinaria en que nuestros cuerpos han conectado. De no ser por Alister, a estas horas estaríamos ya durmiendo desnudos y abrazados bajo las sábanas. Me sonrojo al recordarlo y pienso:

«Y… ahora, ¿Cómo hago yo ahora para relajarme y dormirme?».

15. DIABERUM

«Las pruebas del Diaberum fueron diseñadas para elegir a los mejores entre los mejores. La debilidad, el miedo, serán penalizados; en cambio, el valor, la astucia y la inteligencia serán recompensados y se espera de los futuros Alas que posean todas estas cualidades».

Normas para el Diaberum. Sala roja, Biblioteca del Transitium.

Daniel

«Ha estado cerca... por los pelos, pero qué ha sido eso que he hecho cuando estaba en lo alto de la celosía, ¿he desaparecido?».

Ha sido como si hubiese podido proyectarme hasta la esquina del edificio. Lo he pensado y acto seguido he aparecido allí. No sé si lo he hecho con mi mente o con una inhumana rapidez. Lo que está claro es que lo he hecho. De lo contrario, me hubiesen pillado. Simplemente me he desplazado hasta allí y no recuerdo haber recorrido el camino. Además, está esa sensación de vértigo, de mareo en la boca del estómago. Casi he sentido náuseas al poner los pies en la tierra. Si es una especie de habilidad o poder estoy seguro de que me vendrá muy bien para las pruebas…

No sé si contárselo a Radgüll... por si él supiese algo al respecto y pudiese practicarlo antes de las pruebas. Sin embargo, lo pienso mejor y decido que debo guardarme el secreto. Tal vez, si esta especie de habilidad es revelada, podrían descalificarme... guardaré el secreto.

Camino apresurándome hasta mi edificio. Sé que si me descubren estoy perdido... Confío en que Kassandra estará bien. Algún vigilante nocturno que hacía la ronda en su edificio habrá llamado al ver que la luz todavía estaba encendida. Estoy seguro de que nadie ha podido verme. Sin embargo, aún estoy en peligro. No debería andar por aquí a estas horas. Si logro llegar a la zona de entrenamientos, puedo hacerles creer que no podía dormir y que necesitaba despejarme haciendo algo de ejercicio.

Nos han dejado claro que no podemos entrenar o estudiar fuera del tiempo establecido para que todos tengamos las mismas oportunidades. Sin embargo, puedo apelar a la compasión del Alas rotas que me encuentre porque todos saben que Kassandra y yo llevamos varios días de retraso con respecto a los otros candidatos.

De repente, siento una sombra que se acerca por el camino junto a los tatamis de entrenamiento. Parece un hechicero o brujo porque lleva la típica casaca oscura con capucha. Esos Alas rotas son los más impredecibles. Tienen poderes que pueden utilizar de manera diferente. Algunos pueden teletransportarse, sanar a los heridos, paralizarte el corazón, desaparecer, crear fuego, dominar el agua, el viento... me fascinan sus poderes. Tal vez la manifestación del poder de teletransportación que acabo de experimentar se deba a que tal vez yo mismo acabe siendo un Alas rotas.

La figura comienza a acercarse hacia el lugar donde me encuentro. Trato de relajarme para evitar que pueda percibir mi respiración o el latido de mi corazón. Los mortificadores son los peores. Pueden detenerte el latido del corazón o detectarlo incluso a cientos de metros de distancia. Vuelvo a mirar por encima del tronco tras el que me escondo. La figura continúa caminando hacia donde me encuentro, pero justo cuando voy a darme la vuelta, desaparece delante de mis narices. Corro hacia el lado contrario para huir de allí. Entonces, cuando me dispongo a salir corriendo, algo me agarra por detrás.

–¿Qué haces aquí? –Masculla una voz familiar que me agarra poderosamente por los hombros.

–¡Radgüll! Pero ¿Qué…?

–¡Vámonos de aquí, insensato! ¿Acaso no sabes que si te descubren aquí estás muerto?

Corremos sin demora hacia mi habitación y cuando cierra la puerta, se quita la capucha y me interroga.

–¿Qué diablos estabas haciendo fuera a estas horas?

–Salí a dar una vuelta. Estaba agobiado... necesitaba despejarme, no pensar en nada.

–No me mientas, Daniel. Aún hueles a ella... ¿Te olvidas de que soy un vampiro?

Trago saliva y guardo silencio. Me ha descubierto.

–¿Quién es? ¿Cómo se llama?

Guardo silencio. No pienso abrir la boca. No quiero que Kassandra pueda tener el mínimo problema por mi culpa. Empiezo a notar una especie de punzada en la cabeza, como cuando empiezas a tener migrañas. Sé lo que significa, he leído sobre ello en la biblioteca... Radgüll está intentando entrar en mi mente. Pienso rápidamente en una pared de ladrillos. La imagino construyéndose rápidamente frente a mí. Dejo la mente en blanco para que no pueda acceder a mis pensamientos. Lo veo concentrado hasta que levanta las cejas y deja de intentarlo.

–Chico listo, ¿quién te ha enseñado a hacer eso?

–Aprendo rápido, aunque no lo creas...

–Ya veo. Bueno, ¿no piensas decirme quién es? No debes fiarte de nadie. No sabes si tus amigos aquí dentro, serán tus enemigos en el futuro. La última prueba es impredecible. Nadie sabe cuál será el

resultado. He visto a miembros de linajes centenarios de Alas blancas convertirse en Alas rotas o incluso peor, en Alas negras. Familias destrozadas por culpa de esa maldita tradición. Así que, aunque creas que puedes confiar en alguien aparte de nosotros, estás muy equivocado. Esto es a vida o muerte, por si lo olvidabas.

Guardo silencio.

–Espero que tu amiguita sea tan fiel a ti como tú a ella. Debo recordarte que en el Diaberum no hay amigos. Todos contra todos. Cuantos menos lo superen mejor.

Empiezo a dudar de mí mismo. No sé si he hecho bien en contarle todo lo que sé a Kassandra. Sin embargo, recuerdo lo que hemos vivido hace un rato y despejo cualquier duda de mi mente. Empiezo a ser consciente de que todo mi cuerpo huele a ella: mis manos, mi boca, el cuello... No sé qué nos ha ocurrido hace un rato... ha sido una pasada. Jamás me había ocurrido eso con nadie. Ha sido algo sensorial, increíble; un acto físico e irracional. Tal vez lo haya provocado los nervios, el estrés o la adrenalina al saber que esto puede empezar en cualquier momento... quién sabe, tal vez sean nuestros últimos días u horas con vida.

–Sabes que no tengo a nadie verdad... mi madre desapareció, probablemente murió aquel día pasto de las llamas, aunque no encontrasen su cadáver... Mi padre ha muerto delante de mí hace unos días... yo mismo fallecí, según me habéis contado... ¿Puedes dejarme al menos salir a dar una vuelta y divertirme un poco?

Radgüll se queda pensativo un instante. Debe estar mascando lo que acabo de decirle porque su semblante se relaja. No sé qué edad tiene. Estoy seguro de que debe tener varios cientos de años y debe haber visto muchas cosas a lo largo de las décadas. Sin embargo, mi historia de huérfano desesperado debe haber conmovido en cierta manera porque acaba relajándose.

–Debes descansar. Prométeme que no habrá más escapadas nocturnas. Se rumorea que mañana será el gran día. El Diaberum

podría empezar mañana mismo.

–¿Mañana, tan pronto? –Pregunto desubicado–. Sabía que empezaría pronto, pero no mañana mismo.

–Por eso debes descansar, por si acaso es mañana. No des más vueltas, Romeo… ¡Hasta mañana! –gruñe mientras se marcha.

–¡Buenas noches! –Le escucho alejarse de la puerta, pero estoy seguro de que montará guardia en algún lugar cerca durante un buen rato para cerciorarse de que no vuelvo a escaparme de la habitación.

Duermo apaciblemente y de repente, suenan unos estruendos ensordecedores, parece un gigantesco gong. Me incorporo en mi cama desubicado y sobresaltado. Después, escucho unos cañonazos. Me levanto y corro hasta la ventana. Contemplo cómo una especie de nubes de polvo de diferentes colores se esparcen por el cielo. Cuando toman forma en el cielo puede leerse en diferentes colores:

COMIENZA EL DIABERUM

Corro hacia el armario y me coloco el traje elástico que nos han dado para las pruebas. No es fácil ponérselo. Se escucha por la megafonía del pasillo que todos los candidatos deben acudir de inmediato al campo de pruebas. Oigo una cuenta atrás de tres minutos. Corro como si me fuese la vida en ello y, tal vez, sea así ya que, de no presentarnos en la hora indicada, no podremos participar. Aquellos que queden fuera... es mejor no pensarlo.

Llego asfixiado hasta la entrada del campo de pruebas. Algunos parecen medio adormilados, pero otros, en cambio, están alerta y emocionados. Cuento por encima y veo que solo hay una veintena de candidatos. Por suerte, mi edificio es el que está más cerca, así que no he tardado en llegar. Trato de encontrar a Kassandra con la mirada, pero no la veo. Siguen llegando candidatos a cuenta gotas. Delante de mí observo un marcador cuyos números descienden cada vez que alguien llega y entra en la zona.

–¿Qué es eso? –Le pregunto a un Alas rotas que está custodiando la entrada.

–El contador de candidatos, solo pueden participar cincuenta.

–Nadie nos dijo eso... –protesto y deja ver su colmillo tras una media sonrisa divertida.

Empiezo a preocuparme. Supongo que Kassandra habrá escuchado las señales, las sirenas y los cañonazos que retumbaban por todas partes. Sigo contando. Miro el marcador y apenas quedan nueve candidatos de margen para llegar a cero. Se me van a salir los ojos de las órbitas mirando en dirección hacia su edificio. Siete, seis, cinco... Quiero salir corriendo e ir a buscarla cuando me encuentro con la mirada inquisitiva de Saduj que está entre los organizadores de las pruebas. Parece adivinar lo que me dispongo a hacer porque mueve ligeramente la cabeza en señal de negación.

Dos personas más se cuelan por la esquina contraria...

«¡Madre mía! Se va a quedar fuera».

Sin pensarlo, empiezo a correr fuera. Sin embargo, no acabo de salirme de la zona de recuento cuando la veo entrar tranquilamente en el círculo con otra chica. Nada más he salido, el número cero no sube al marcador. Dejando una plaza libre, la que acabo de perder. Entonces, veo como un muchacho se aproxima corriendo desde un lateral. Todos sus amigos le animan y vitorean para que acelere. Giro sobre mis talones y sin querer me tropiezo por querer virar antes de tiempo. La inercia al correr fuera de la zona del Diaberum me hace imposible girar sobre mí mismo de inmediato. Desde el suelo contemplo cómo el chico se aproxima más y más. Tan solo le separan unos metros para conseguir la última plaza y hacer que yo me quede fuera y… muera. Pienso en teletransportarme, pero no sé cómo hacerlo. Supongo que me sale solo. Trato de visualizarme en el mismo lugar que estaba antes de salir en busca de Kassandra, a riesgo de que todos descubran mi secreto, pero no lo consigo.

Maldigo en voz alta haberlo intentado y haber perdido unos segundos vitales.

«¿Es el fin? Todo esto para nada... ¿Jamás sabré qué hay después del Diaberum? ¿Quién mató a mi padre? ¿Habría sido Kassandra el amor de mi vida?»

Entonces, algo tira de mí y me da la fuerza necesaria para poder arrancar a correr y entrar dentro. Miro el marcador y pone cero. Suena una sirena y unos barrotes metálicos salen del suelo, rodeando todo el perímetro del diaberum. Ya no podrá entrar ni salir nadie. El muchacho que se ha quedado a las puertas de poder entrar, grita y da golpes sobre los barrotes hasta hacerse sangre. Unos Alas rotas vienen a por él y a por los demás rezagados... Su destino es incierto para mí, pero tiene mala pinta. No entiendo por qué hacen esta selección de última hora. Supongo que no querrán tener perezosos entre sus filas.

–¡Babyface, por poco la lías gorda! –resopla Kassandra a mi lado– ¿A qué estás jugando? ¡Podrías haberte quedado fuera!

–¡Iba a buscarte..! Creía que no lo conseguirías...

–¿E ibas a jugarte tu puesto por mí? –Suspira, mirando a los demás candidatos de al lado– ¿no es adorable? ¡Eres un amor! –Se acerca y se pone de puntillas para darme un beso delante de todos. Sus labios tocan mi mejilla y siento que me abrasan cuando el resto de candidatos clavan sus ojos en nosotros.

–Bienvenidos a todos –dice una voz por megafonía– soy el doctor Saduj y deseo que completéis las nueve pruebas antes del Inquisitio con éxito. Después os convertiréis en uno de nosotros. Cada candidato deberá ir con su clan, independientemente de su procedencia. Una negativa a ir con la facción que os corresponda es la muerte. Del mismo modo, aquellos candidatos que no superen más de dos de las nueve pruebas también serán eliminados. Es decir, solo se os permite fallar en dos de las nueve pruebas. La primera prueba será BONDAD. Una vez superéis la prueba,

esperaréis en la zona de recogida antes de empezar la siguiente prueba. Si algún candidato se demora demasiado en una prueba, se le considerará como perdedor en la prueba y, en algunos casos, podría incluso ser eliminado por completo del Diaberum. ¡Muy buena suerte a todos! ¡Que comience el Diaberum!

Todos los candidatos levantan sus brazos emocionados y miro a Kassandra. Ella salta y sonríe a otros candidatos y se vuelve para guiñarme un ojo. Siento miedo y respeto por lo desconocido, por lo que nos habrán preparado, sin embargo, miro su rostro y me tranquilizo.

16. BONDAD

«La bondad es el tesoro de los seres bien construidos que colaboran en la felicidad del otro disminuyendo su satisfacción personal. Esto los eleva por encima de los demás sin pretenderlo».

Tratados de los escribas blancos, La Impenetrable.

Kassandra

Los cincuenta candidatos estamos expectantes a que la primera prueba dé comienzo. Daniel está a mi lado. Sonríe y parece bastante tranquilo, aunque por dentro estará hecho un flan, como yo, como todos. Nadie supera la treintena de edad. Para la mayoría todo esto es nuevo e inexplicable. Ya sabemos que a los seres humanos nos acojona lo desconocido. Sin embargo, todos tratan de disimularlo.

Esta no es la mejor prueba para mí, así que dejo a Daniel que pase primero cuando las puertas blancas que acogen a cada nuevo candidato dentro la zona de pruebas se abren. Me sonríe y me guiña el ojo antes de pasar. La puerta se cierra y desaparece. Desde el otro lado no se escucha nada, así que dentro debe estar insonorizado. Llega mi turno y cuando la puerta se abre, solo puedo contemplar la oscuridad dentro. Entro y la luz se apaga. Una voz me pide que dé un paso al frente y entonces siento que mi pie no encuentra suelo sobre el que apoyarse y me precipito hacia el vacío. Grito con todas mis fuerzas mientras caigo porque creo que aquí acaba la prueba, el Diaberum y todo lo demás. Tal vez todo lo que he vivido los últimos días ha sido una elaborada mentira, una broma macabra cuyo único fin era acabar con todos nosotros. Entonces, una tenue luz se ilumina sobre mi cabeza y me acompaña durante el

descenso. Una especie de tobogán interminable y oscuro que conduce hasta el interior de algún lugar profundo y angosto. Huele raro. Una mezcla entre tierra mojada y a queso rancio. Desciendo unos instantes más hasta que caigo en algo tierno y bastante mullido que huele a ropa limpia. La luz se enciende y descubro una especie de prado verde con unos árboles al fondo. Me levanto de lo que parece unos pufs blanditos del mismo color de la hierba. Tan camuflados que cuando doy un paso hacia delante y vuelvo a mirar atrás es como si hubiesen desaparecido. Tan solo puedo distinguir su silueta si me fijo muy bien. Miro hacia arriba y a bastantes metros de altura hay una especie de agujero negro oculto en techo que simula el cielo. Está muy bien hecho, pero se nota que no es real. Parece una especie de holograma o pantalla gigantesca. Tengo ganas de tirar algo contra el cielo y descubrir su mentira. No cabe duda, no existe un cielo debajo de tierra. Es ilógico...

Camino por el verde prado de hierba artificial. Toco las plantas con las palmas de mis manos. Las hojas son demasiado ásperas y demasiado perfectas para ser reales, todas son iguales. Recuerdo que esta prueba es BONDAD, pero no tengo ni idea de lo que me aguarda en un lugar tan bucólico.

«Se trata de ser buena...» –me digo a mí misma. Así que camino con sumo cuidado con miedo a estropear algo o a pisar las plantas y romperlas, aunque sean falsas.

Las rozo con mis manos y algunas plantas empiezan a florecer. Realmente es mágico y está muy bien conseguido... Ahora que lo pienso, tal vez sea magia de verdad... todo parece tan real que dan ganas de tirarse en medio del prado y empezar a dar vueltas por el mullido suelo verde y olvidarte de todo. Sigo caminando porque una flecha amarilla se ilumina en el suelo cuando no sé hacia donde continuar. Hay una un sendero conducente hacia una zona de árboles viejos y secos. Entonces, lo escucho. Un grito, una especie de sonido apremiante y lejano. Me acerco y distingo que es el balido de un corderillo blanco atrapado en una de las raíces de los olivos centenarios. El animal tiene la patita ensangrentada y grita de puro

dolor y sufrimiento. Trato de liberar su patita, pero no tengo fuerzas suficientes. La raíz parece cobrar vida propia y apretarse más. Se cierne sobre la frágil pata del animal y la estrangula. El cordero sigue balando de pura angustia. Intento buscar algo alrededor para ayudarle, pero no encuentro nada. Tan solo veo la hierba que ahora está paralizada, como expectante ante lo que va a suceder. De repente, siento que algo me agarra del pie y me aprieta. Miro hacia abajo y veo que es otra asquerosa raíz. Retiro el pie rápido, pero no lo suficiente. Mi piel escuece como si la raíz estuviese impregnara de alguna sustancia urticante. La raíz se restriega contra mi piel como si de un guante de ortigas se tratase. Mi piel empieza a hervir y unas pompas rellenas de líquido empiezan a surgir alrededor de mi tobillo. Entonces, la fuerza de la raíz que me agarra por la otra pierna e intenta sujetarme de uno de los brazos también, me tira al suelo. No puedo levantarme. Busco algo a lo que agarrarme, pero no hay nada. Las raíces me arrastran hacia lo que parece un acantilado. El barranco está cada vez más y más cerca. El animal, asustado, chilla despavorido cuando me alejo. Le pego con todas mis fuerzas a las toscas raíces, pero solo consigo que se enrosquen aún más en mi pierna y hacerme sangre en los nudillos. Desesperada, miro al cielo y me quedo petrificada con lo que veo en la distancia: Un gigantesco animal se aproxima sigiloso, pero rápido. Parece un lobo negro gigantesco.

Un descomunal lobo aparece por el otro extremo. El animal es negro como la noche, impresionante y majestuoso. Su pelaje es de un color negro profundo, que varía en su tonalidad dependiendo de la luz que incide sobre él. Su cabeza es grande con las orejas muy puntiagudas. Distingo que a una de ellas le falta un pedazo. Tal vez, de alguna lucha con otro rival. ¿Aún más grande? No quiero ni imaginarlo. Sus patas son fuertes y musculosas, estoy segura de que le permitirán correr a velocidades impresionantes y saltar grandes distancias. La bestia parece tan sorprendida de habernos encontrado aquí como yo de haberlo visto aparecer. Si esto es una broma, no me hace gracia.

«¿Qué queréis matarme en la primera prueba?»

El corazón me va a mil. Siento mis latidos en la garganta. Las raíces, como si hubiesen detectado la presencia del lobo, aceleran su atracción hacia el barranco. Parece que aquí nadie es bondadoso y todos quieren merendarme. Grito y grito con todas mis fuerzas y golpeo a diestro y siniestro hasta que me araño las manos y los brazos contra el suelo tratando de asirme a algún lugar. Entonces, cuando ya faltan escasos metros para morir despeñada, observo una especie de machete clavado en una de las raíces de otro árbol cercano. Debo arrastrarme hacia allí y cogerlo. Juraría que eso no estaba ahí hace unos instantes, pero me imagino que las pruebas van a ser así: llevarnos al límite entre la vida y la muerte. Solo los mejores conseguirían sus alas...

Me arrastro balanceándome hacia las raíces donde está el machete clavado. Si me estiro lo suficiente puedo conseguirlo, pero las raíces tiran de mí con fuerza y no me dan tregua. Decido no ofrecer tanta resistencia por si las raíces se confían y dejan de tirar de mí con tanta fuerza. De repente, escucho un aullido ensordecedor y veo cómo el lobo comienza a enfilar hacia donde me encuentro. Mi plan surte efecto y las raíces se relajan, liberándome el pie un poco. Aprovecho este descuido para tratar de zafarme y conseguir llegar con la punta de los dedos hasta el otro tronco. Nada más sentir las raíces que me escurro entre sus garras, comienzan a buscar mi pie, asiéndolo de nuevo. Chillo de puro dolor, pero esta vez sonrío satisfecha. Me doy la vuelta sobre mí misma y agarro la raíz que me está abrasando el tobillo. Tengo el machete en la mano. Le doy un par de machetazos a la raíz y me libera. No parecen tan valientes ante la afilada hoja del machete. Quiere volver a agarrarme del brazo, pero, empiezo a cortar todas y cada una de las raíces que se me acercan como si estuviera en una especie de trance. Comienzo a correr hacia donde se encuentra el corderillo, pero el lobo galopa a gran velocidad hacia donde nos encontramos. Al lado contrario, aparece una puerta roja que empieza a abrirse. Calculo la distancia y la velocidad del animal. Desde mi posición, tal vez llegaría a tiempo

hasta el cordero para liberarlo de las raíces, pero no podría correr de nuevo hasta aquí con el animal a cuestas y salir por la puerta roja antes de que el lobo nos devore.

No me apetece morir y sentir esas aniquiladoras y terribles fauces agarrándome y zarandeándome por los aires hasta partirme el cuello. No me fío de esta gente así que corro con todas mis fuerzas hacia la salida de la puerta roja.

«¡Corre! Si te atrapan en la primera prueba, estarás perdida».

Se que la prueba es BONDAD, pero es superior a mí. Mi instinto de supervivencia es mayor que las ganas de salvar al animal.

«Debo ser fiel a mí misma. Si esto es lo que me pide el cuerpo, debo hacerlo de esta manera».

Al fin consigo llegar hasta la puerta roja, la atravieso y se cierra detrás de mí. Me quedo a oscuras jadeando hasta que una luz blanca y potente se enciende sobre mí.

" HA FINALIZADO LA PRIMERA PRUEBA"

Escucho decir a una voz metálica que resuena encima de mi cabeza por los altavoces. Sonrío satisfecha. Me seco el sudor y observo mi tobillo hinchado y magullado. Lo toco y me escuece.

«Esto es más real de lo que me esperaba» –Me digo a mí misma–, menos mal que no he esperado a sentir las dentelladas del lobo sobre mi carne.

De repente, una enorme cruz roja se ilumina sobre mi cabeza.

"NO HA SUPERADO LA PRUEBA DE BONDAD. CONTINÚE"

Sigo caminando y abro otra puerta. Salgo a una especie de terreno baldío y tengo que cerrar los ojos a causa de la cegadora luz natural. Cuando mis ojos se acostumbran a la luz exterior. Observo a otros participantes a mi alrededor. Las puertas se abren y cierran en

fila conforme los candidatos terminan la prueba. Entonces, le veo. Daniel está a unos cincuenta metros de mí. Me ve y sonríe satisfecho enseñando un corderillo blanco entre sus brazos. Tiene unos feos zarpazos en el mono, y arañazos y magulladuras en el rostro y un brazo que tiene al descubierto. Yo le sonrío, pero le enseño mis brazos vacíos. Él pone cara de circunstancias tratando de quitarle hierro al asunto. Sin embargo, empiezo a sentir un dolor en la boca del estómago que me agarra y me aprieta por la ansiedad de saber que he cometido mi primer error. Solo puedo cometer otro más. Al tercero... perdería la vida, de nuevo.

17. ASTUCIA

«A lo largo de los tiempos, los Alas negras se han valido de su astucia para lograr que su voluntad prevalezca sobre la de las demás criaturas por medio de un ardid, artimañas o la sutileza. El arte de la astucia, por tanto, se enseña en los Alas negras durante su entrenamiento».

Normas de la Academia Oscura, Descentio.

Daniel

Miro a Kassandra mientras le entrego el animal que he salvado a uno de los Alas rotas que están recogiendo los animales tras la primera prueba. La miro un poco triste porque no ha superado la prueba. Ella me devuelve la mirada algo molesta. Reconoce que ha caído en la trampa, pero aprieta la mandíbula y mira la frente. Delante de mí una puerta se ilumina y una palabra aparece en ella: ASTUCIA. Empieza la segunda prueba.

Recuerdo las palabras de Kassandra en mi cabeza: "...busca siempre la solución más enrevesada, no la primera solución que nos presentan al principio. De hacerlo, caeremos en la trampa. Solo quieren demostrar que no somos los suficientemente astutos como para saber que eso era un cebo. Así que, Daniel, recuerda no precipitarte..."

Sé que esta prueba no se le puede resistir a una chica que ha sobrevivido por las calles de Londres desde que era una renacuaja. Doy por hecho que la pasará. Repaso mentalmente sus consejos hasta que la puerta se abre. Miro de reojo hacia donde se encuentra

Kassandra y ya no está. Ha desaparecido. La ha empezado antes que yo, decidida a no perderla en esta ocasión. Doy un salto y me introduzco en la segunda prueba.

Nada más pasar la puerta, todo se oscurece. Me he adentrado en lo que parece una especie de cueva lúgubre y abandonada. Tengo que apartar las telas de araña hasta llegar a una antorcha al fondo de una pequeña estancia que parece excavada en la misma piedra. Me restriego las manos en mi traje para deshacerme de la pegajosa tela de araña y trato en no pensar en las arañas que puedo haberme traído conmigo al apartarla. Las arañas no son precisamente mi insecto favorito. Trato de alumbrar con la antorcha un poco más allá por donde discurre un sinuoso camino, pero tal es la oscuridad del lugar, que la tímida luz de la antorcha apenas si puede iluminar unos pasos por delante de mí. Parece que me dirijo hacia las mismísimas fauces de la muerte.

Tras caminar unos metros donde solo veo unos cuantos palmos más allá de donde piso, continúo por el camino que discurre entre unas paredes de roca húmedas e infinitas. Tengo que rozar mi cuerpo con la roca para poder continuar. Me restriego por una sustancia viscosa y maloliente que imagino es agua putrefacta y no son los excrementos de alguna criatura que aguarde en la oscuridad de la gruta. De repente, tengo la sensación de haberme equivocado de camino. Me detengo y dudo, pero enseguida se ilumina una flecha blanca en el suelo indicándome que continúe hacia delante. Por fin, el camino se despeja hasta una increíble sala cuajada de estalactitas y festoneadas por amatistas gigantes de origen magmático con fulgurantes brillos morados proporcionados por las soluciones ricas en óxido de hierro. Entonces, descubro que en el centro de la sala hay una gran mesa. Me aproximo con sumo cuidado y descubro que encima de esta hay una trampa. Examino la trampa. Parece una especie de círculo de piedra con puntiagudos pinchos como sables que apuntan directamente hacia la mesa, dispuestos a ensartar a cualquiera que se ponga debajo. Tal vez

haya una manera de activarla o bloquearla porque parece que hay una especie de palancas al lado de la mesa.

Estoy convencido de que este es el juego de astucia de la prueba. Me aproximo con cuidado a la mesa y, tras colocarme justo debajo de esa trampa mortal, descubro que sobre la tabla hay tres cajas cerradas. Escritas sobre un pergamino clavado en la mesa aparecen las reglas de lo que parece el verdadero juego de astucia, relegando la trampa mortal a un segundo plano.

«Dentro de estas tres cajas, sendas llaves encontrarás, mas para salir de esta cueva, solo la verdadera deberás adivinar».

Miro las cajas con cuidado. Las examino meticulosamente y descubro que cada una tiene un dibujo en la tapadera. La primera caja tiene el dibujo de una luna; la segunda tiene la imagen de un sol y la tercera tiene una serpiente grabada en la madera. A priori no se me ocurre qué pueden representar, sin embargo, estoy seguro de que ese es el verdadero acertijo: adivinar cuál es la caja que contiene la llave verdadera.

Supongo que la trampa que cuelga sobre mi cabeza y se bambolea con las corrientes de la cueva, será solo para intimidar y presionar a los participantes... y estoy de acuerdo en que consigue su cometido. Acojona bastante. Sin embargo, no creo que en caso de equivocarme la dejen caer sobre mí para matarme... eso no tendría mucho sentido… De ser así, moriría en la segunda prueba. No obstante, solo por si acaso, cuando me decida por una de las tres, saltaré a un lado por si me equivoco, al menos para no morir ensartado y aplastado por los pinchos.

Dedico varios minutos a reflexionar acerca de los tres dibujos. Son fácilmente reconocibles y no sé por qué, me parecen tremendamente familiares. No logro relacionarlos con nada. Me parecen tan comunes que podrían significar cientos de cosas. Entonces, tras mucho pensarlo, me viene a la mente ese antiguo cuento que mi padre me contaba cuando era bastante pequeño

sobre la serpiente y el sol en el que ambos competían para ver quién podía trepar más alto a un árbol. Recuerdo que el sol era quien había ganado esa apuesta porque obviamente podía llegar más alto que la serpiente. Eso me deja una caja, la de la luna. La miro detenidamente y empiezo a relacionar a la luna con la noche, que es lo contrario al sol y cuando las serpientes están más activas porque salen a cazar aprovechando el cobijo de la oscuridad, pero logran guiarse por la luz de la luna. Siguiendo este razonamiento, pienso que es la caja de la luna donde debe encontrarse la llave verdadera para salir de esta trampa y resolver el acertijo.

Sin embargo, comienzo a dudar porque pienso que el sol es el elemento más importante de los tres. Todo gira en torno al sol. Tras unos minutos dudando entre la caja de la luna y la del sol y habiendo estado varias veces a punto de coger la caja del sol, lo veo claro. Como un rayo de clarividencia, la solución más adecuada se desvela ante mis ojos: ¡la caja que debe contener la llave verdadera es la de la serpiente!

La serpiente es un animal al que le gusta esconderse y vivir en cuevas como en la que me encuentro. Además, es un animal muy astuto que puede camuflarse muy bien y esperar pacientemente en las sombras hasta poder atacar animales mucho más grandes que ella. Por lo tanto, si esta es una prueba de ASTUCIA, la serpiente parece la caja más adecuada. Al fin y al cabo, el sol y la luna son astros y no piensan, así que no pueden tener astucia; por muy poderosos e inalcanzables que parezcan, no son astutos.

Así que rápidamente agarro la caja de la serpiente y me arrojo al suelo rodando hacia un lado. Cierro los ojos y me tapo los oídos esperando escuchar un gran estruendo sobre mi cabeza, sin embargo, el silencio lo inunda todo. Un camino excavado en la roca aparece donde antes no había nada. Debe de ser la salida. Descubro una puerta de metal con una cerradura. Llevo conmigo la caja de la serpiente y cruzo los dedos para haber resuelto bien el acertijo. Abro la caja y dentro aparece una llave de color verde con una especie de serpientes enroscadas para forma su empuñadura. La introduzco y la

giro. Entonces, la claridad, al igual que en la prueba de BONDAD, lo inunda todo.

Me toco el cuerpo para ver si sigo de una sola pieza. Mis ojos se acostumbran y puedo leer encima de mi cabeza:

"HA SUPERADO LA PRUEBA DE ASTUCIA, CONTINÚE".

Creo que soy el primero en superarla porque no hay nadie todavía junto a las otras puertas. Suerte que seguí los consejos de Kassandra y no me dejé llevar por la solución más fácil.

–Veo que has superado la prueba –dice una voz familiar detrás de mí. Kassandra me sonríe saliendo de una puerta cercana.

–¿Y tú? –Le pregunto con cierta preocupación.

–¿Escuchas los gritos?

Mis oídos se acostumbran al ruido exterior y escucho las voces lejanas de algunos participantes en las puertas contiguas.

–Pero... eso es gente sufriendo… se supone que no podían hacernos daño hasta que fallemos tres pruebas, ¿no?... ¿Tú también la has pasado?

Kassandra asiente.

–La serpiente siempre ha sido uno de mis animales favoritos... tal vez la elegí por eso… yo ya me imaginaba que estos cabrones pueden hacernos lo que les dé la gana. No te fíes de eso de las tres pruebas… yo creo que todo el daño que sufras en el transcurso de la prueba ocurre de manera real. Así que si te cortan un brazo… dalo por perdido.

–Me parece del todo injusto. No es lo que nos habían contado…

Unos segundos más tarde, Kassandra señala a una muchacha que sale de la puerta de al lado. Tiene toda la cara magullada y la pierna

le sangra. El neopreno de goma ha desaparecido por completo de su cuerpo.

–¡Ves! Parece que les da igual nuestra salud o integridad física... solo llegarán al Inquisitio los mejores... o los que sobrevivan. No sé si te has dado cuenta de que lo importante no es solo superarlas, sino también llegar de una pieza.

Comprobamos que la mayoría de los participantes salen magullados, heridos o... algunos directamente no salen. Esta prueba "Astucia" que, a priori, parecía algo relacionado con la inteligencia y por lo tanto, algo pacífico, se ha convertido en la prueba más sanguinaria, hasta el momento…

18. PUDOR

«Guarda tu pudor, desboca tu locura… que te trataré con dulzura aunque haré que parezca una tortura».

Anónimo.

Kassandra

Todo se queda a oscuras de nuevo y comienza la tercera prueba. Poco a poco mi vista se acostumbra a la escasa luz y vislumbro la silueta de una puerta. Al principio, dudo si abrirla o no, pero al no haber nada más no me queda otra opción que aventurarme. A cada nueva prueba que supero me hace ser más desconfiada. Respiro profundamente y me adentro en la oscuridad que se abre ante mí, más negra aún que la sala en la que me encuentro. Mis ojos consiguen adaptarse a la oscuridad y empiezo a distinguir la figura de un imponente edificio cerca: un castillo, parece. No tengo ni idea de cómo han podido meter un castillo aquí dentro. Pienso que debe tratarse de algún tipo de ilusión es muy real. Cuando me acerco, el castillo aparece imponente ante mí. Parezco una pequeña hormiguita frente a sus muros de piedra antigua que rezumaban siglos de historia y misterio. Me adentro incauta a través de la puerta principal como si una fuerza invisible me empujase a seguir adelante. Con cada paso que doy por los pasillos solamente iluminados con antorchas, puedo sentir la presión de la prueba como una pesada losa sobre mis hombros. Llevo caminando un buen rato y aún no sé qué me tienen preparado.

Finalmente, llego a la gran sala del trono. Parece que será aquí donde tendrá lugar el desafío de la prueba porque no observo ninguna salida. Entonces, siento que alguien me observa y veo una figura que me mira atentamente sentada en un trono. Su cuerpo desnudo apenas se vislumbraba por las danzantes sombras que arrojan las antorchas del lugar; sin embargo, se intuye su

musculatura bien desarrollada y un cuerpo definido entre las sombras. Al principio, tengo mis dudas, pero después lo reconozco. Es Alister.

Su figura imponente contra las sombras danzantes, sus ojos ardientes fijos en mí con una intensidad que me hacen temblar las rodillas, y el deseo que se respira en el ambiente me hacen sentir desnuda. Entonces, me miro y descubro que estoy totalmente en cueros. Siento el impulso de taparme los senos y mi sexo, sin embargo, no lo hago, apesar de que no sea plato de buen gusto estar desnuda delante de él; precisamente él. Aunque no lo admito, sé que en el fondo también le deseo. Recuerdo que la prueba consiste en el pudor, y por mucho que sienta en estos momentos… debo contenerme. Dejo los brazos laxos a los lados de mi cuerpo y me muestro como he venido al mundo. No quiero ser eliminada de la prueba. De todos modos, Alister no tiene manera alguna de averiguar si lo considero atractivo o no. El truco está en saber disimular.

–Kassandra, –murmura con una sonrisa pecaminosa. Su voz resuena en la vastedad de la sala. –He estado esperando este momento desde la primera vez que te vi.

Se relame y parece introducir una mano en su entrepierna. No quiero mirar abajo porque si lo hago, tal vez perdería la prueba. Hemos venido a jugar… así que jugaremos…

Me mantengo firme y continúo avanzando hacia él. Conforme voy subiendo los escalones mi corazón late con fuerza en el pecho. No puedo disimular que un cuerpo como el de Alister me atrae; es una atracción física y química que a cualquiera con un par de ojos en la cara atraería. El cabrón es sencillamente perfecto. De repente, siento unas irrefrenables ganas de deslizar mis dedos por su cincelado abdomen. Quiero sentir que sus hombros me envuelven y arañar su espalda hasta hacerlo gemir de placer...

–No caeré en tus redes, Alister –le aseguro con un tono de voz firme para autoconvencerme.

Mi voz resuena con más determinación de la que en realidad tengo, así que a duras penas logro disimular mi nerviosismo.

El Alas negras sonríe y se acerca lentamente hasta mí. Mientras baja los escalones del trono extiende sus alas de ébano majestuosamente desde su espalda, las curva como para rodearme con ellas y envolverme.

–No me digas que has llegado hasta aquí y vamos a desperdiciar estos cuerpos –me mira de arriba abajo y se sonríe de medio lado mientras toca mi barbilla y deja caer su mano hasta su sexo. En este lugar estamos solos, tú y yo, nadie más. Jamás se enterarán de lo que pase aquí. Déjate llevar por la pasión, sé que lo estás deseando… puedo oler como tu cuerpo desprende ese olor previo al sexo salvaje… Yo jamás lo contaré y sé que tú tampoco. ¿No deseas sentir el poder del deseo prohibido? Sabes que te atraigo y tarde o temprano sucumbirás a tu origen oscuro… Olvídate de él, ese niñato no puede satisfacerte… Confía en mí, jamás te delataría. Además, estoy seguro de que cuando lo pruebes, querrás repetirlo más veces, y sé que si te traiciono… te perdería para siempre y, créeme, es algo a lo que no estoy dispuesto.

Retrocedo un paso para que su cuerpo desnudo no llegue a rozar mi piel. Está cerca, muy cerca, irresistiblemente cerca. Puedo sentir el calor del deseo que emana de Alister. Sé que cada fibra de su ser ansía poseerme y que el mío desea entregarse a esta oscura seducción; sin embargo, pienso en Daniel y sé que no puedo permitirme ceder… Sin querer, lo observo completamente desnudo. Trato de apartar la vista enseguida, pero no puedo. Su cuerpo es digno de contemplar, tanto, que empiezo a sentir un hormigueo interior que me delata. Nuestros ojos se encuentran y él sonríe.

–Parece que te gusta lo que ves... No te cortes… Todo esto es tuyo… No quiero compartirlo con nadie más que no seas tú.

–Lo siento, Alister, tengo que superar estas pruebas y no puedo perder el tiempo aquí, contigo… por muy tentadora que sea tu propuesta… –Aseguro con la mayor valentía que puedo, teniendo a un hombre completamente desnudo tan imponente delante de mí. No soy de piedra, aunque delante de él intento aparentar indiferencia. Lo observo de reojo y ardo en deseos por perderme en su cuerpo, pero sé que si empiezo a tocarlo no podré parar.

El Alas negras gruñe de frustración. Me mira y sus ojos, lejos de rechazarme u odiarme, me miran con una mezcla de admiración y desafío.

–Sabes perfectamente que esto no es real, así que podemos dejarnos llevar. Nadie podrá juzgarte… Solo debes dejarme que te ayude a dar rienda suelta a tus fantasías. Aquello que nos prohíben fuera, aquí podremos hacerlo. Ahora solo somos dos cuerpos, nada más.

Con un gesto elegante, Alister se acerca como una sombra más de la gran sala, tanto que nuestros cuerpos desnudos llegan a tocarse. Me veo sorprendida por mis propios pensamientos eróticos y pasionales. Hago un esfuerzo inhumano por mantener mi determinación de resistir la tentación, que es muy, pero que muy fuerte. El atractivo Alas negras se acerca para besarme. Noto su calor, y el olor embriagador de su cuerpo, además de su sudor por el calor que nos rodea. Tengo que cerrar los ojos. No quiero besarlo, pero llego a sentir el calor de sus labios rozando los míos. Entonces, de repente, todo se ilumina y aparezco en el campo de pruebas. Ciega por la claridad, solo escucho los aplausos de aquellos que esperan al otro lado de la prueba. De repente, caigo en la cuenta de que debo seguir totalmente desnuda. Me apresuro a taparme los pechos, pero cuando me miro, estoy vestida. Respiro, aliviada, pero húmeda. He superado la prueba.

Daniel

Cuando comienza la prueba de pudor estoy realmente nervioso. Me sudan las manos y me siento tan inseguro como un cubito de hielo sobre el ardiente asfalto de una carretera del desierto. Sé que sigo siendo muy pudoroso en algunos aspectos de la vida... Sacudo la cabeza para apartar las inseguridades de mi mente. Confío en que todo lo que voy a presenciar va a ser una mera ilusión; algo irreal que utilizarán para engañarme por muy real que parezca.

Entro en una sala y el aire está cargado de electricidad, una mezcla de tensión y anticipación. Tardo unos instantes en acostumbrarme a la oscuridad del lugar. Descubro que solo está iluminado por velas de todos los tamaños. Están agrupadas por todas partes: en el suelo, en mesas bajas, apoyadas junto a las esquinas de la pared… Comienzo a ver unas sombras que se mueven lentamente y con movimientos sinuosos. Entonces, tomo consciencia de que esas sombras en realidad son cuerpos desnudos que se mueven con gracia y sensualidad. Algunas empiezan a acercarse hasta mí, pero aparto la vista porque sé que los cuerpos que se aproximan están completamente desnudos.

La prueba de Pudor es uno de los desafíos más temidos en el Diaberum. En ella hay que demostrar tu coraje para superar la prueba. Hay que enfrentarse a tus más profundos deseos y temores, y resistir la tentación en un entorno lleno de provocación.

Agudizo la mirada y la veo. Kassandra está entre los presentes, al final de la habitación, tumbada en una especie de cama con dosel. No puedo creer que nos hayan mezclado a varios candidatos para esta prueba. Es ella. Estoy seguro de que es ella y está desnuda. Su piel está bañada por la luz de las velas, sin embargo, no puedo ver desde donde me encuentro todos sus atributos... entonces, posa su mirada en mí. Me acerco hasta que llego a sentir el calor de su presencia. Noto esa atracción magnética que nos unió en su habitación la noche anterior… Me aproximo lentamente casi seguro de que es ella en realidad. Debo mantenerme firme. El objetivo es superar la prueba y no sucumbir a las tentaciones. Tampoco se puede salir corriendo… La verdad no es que tenga muy claro de qué

va esta prueba… No tengo muy claro si hay que dejarse llevar por el instinto carnal y primitivo o mantenerme recto y no sucumbir a mis deseos por más que lo quiera.

Las figuras desnudas danzan a mi alrededor acercándose con movimientos sensuales que me provocan cierta excitación. Cierro los ojos por un momento, tratando de controlar mi acelerada respiración. Sé que cada gesto, cada roce, es una prueba de voluntad. Kassandra se acerca a mí, apartando a las demás figuras. Entonces puedo contemplar su cuerpo desnudo dibujado por la luz de las velas. Siento que algo se mueve en mi entrepierna cuando su mirada llena de deseo se topa con la mía. Mi cuerpo se estremece desde los pies hasta la nuca. Me obligo a mantener cierta distancia con ella a pesar de que deseo estrecharla entre mis brazos con todas mis fuerzas. Sé que no debo tocarla o perderé el control...

–Daniel –susurra Kassandra captando mi total atención. Noto como empiezan a sudarme las manos. Su voz es suave como una caricia–, no tienes porqué resistirte. Déjate llevar por lo que sientes. Confía en mí. Esto va de eso: de ser libres y amar a quienes queramos.

Estoy seguro de que es su voz, sin embargo, siento una punzada de desconfianza al oír sus melosas palabras. Me parecen demasiado dulces y están perfectamente elegidas, como si supiese exactamente lo que necesito oír en estos momentos. Así que desconfío de ella y me aparto. Con un poco de distancia entre nosotros la observo detenidamente para averiguar si es ella o es una ilusión. Su cuerpo es simplemente perfecto. Jamás he visto nada más hermoso. Vuelvo a sentir unas reconocibles cosquillas por debajo de su estómago por la excitación. Sé que Kassandra está tratando de tentarme, de poner a prueba mi determinación, pero también sé que dentro de mí algo más fuerte que cualquier deseo fugaz está creciendo. Creo que me he enamorado de ella.

«No puedo», murmuro para mí mismo, luchando contra la atracción que me envuelve.

«Tengo que superar esta prueba». Recuerdo que en el Diaberum no hay amigos, que todos tratan de superar todas las pruebas y conseguir sus alas...

Kassandra sonríe con cierta tristeza, pero también con cierta admiración. Sabe que Daniel es un hombre de honor, alguien que no se dejaría llevar por impulsos momentáneos. Se aparta cubriendo su cuerpo con una fina sábana y con un suspiro me deja continuar mi camino. Comienzo a andar y a alejarme de las tentaciones que suponen las curvas de Kassandra. Cada paso cerca de ella es un desafío, cada instante que la miro es una prueba de mi determinación. Así que no miro atrás cuando Kassandra susurra mi nombre implorando que me dé la vuelta. Sé que de hacerlo, ninguno de los dos podríamos escapar a la fuerza de atracción que nos rodea cada vez que estamos juntos.

Llego al final de la sala. Hay una puerta y sé que detrás está la victoria. Rozo el pomo de la puerta con las llamas de mis dedos, pero siento el cálido aliento de Kassandra en mi nuca al abrazarme por detrás. Las demás figuras desnudas se apartan y la sala queda vacía, en silencio, solo nosotros dos. Me giro y mantenemos las miradas, sin decirnos nada. Siento la necesidad de llegar hasta ella como si un imán invisible nos uniese. Entonces, miro hacia abajo y me percato por primera vez de que estoy completamente desnudo. Kassandra se acerca y recorre mi cuerpo con la mirada. Lo hace deteniéndose cada vez que le gusta algo y deja escapar una leve sonrisa de satisfacción ante lo que ve. Entonces, sin saber por qué, siento tal vergüenza al verme expuesto como un pedazo de carne delante de Kassandra, que, a pesar de desearla con todas mis fuerzas, echo a correr para llegar hasta la puerta. Sin embargo, en el último instante, cuando ya estoy a punto de girar el pomo. Pienso en lo infantil de mi comportamiento. Me giro y ella se acerca hasta mí como una pantera. Me empuja contra la puerta y puedo sentir sus cálidos senos contra mi pecho. El frenesí estalla dentro de mí y la agarro de la nuca atrayéndola hacia mí. La beso con tal intensidad que nuestras lenguas se pierden dentro de su boca y casi me olvido

de respirar. Su olor, el suave tacto de su piel suave bajo mis manos, el calor de nuestros cuerpos al frotarse… ese paraíso desaparece de golpe cuando todo es borrado por una intensa luz blanca. Aparezco en medio de los demás participantes y me cubro la entrepierna rápidamente. Estoy sudando y mi entrecortada respiración me impide escuchar si he superado o no la prueba. Cuando mis ojos se acostumbran a la claridad veo a un Alas rotas junto a mí que indica con su pulgar hacia abajo que no he superado la prueba de Pudor. He caído en la trampa y precisamente no era sentir pudor, lo que me habría hecho superar la prueba, sino por no resistir a la tentación. He estado a punto de superarla, pero en el último momento no he podido separarme de ella.

Aunque es la primera prueba que fallo, me siento bastante decepcionado. Busco a Kassandra entre todas las cabezas que esperan a que los demás candidatos acaben la prueba. Sus ojos se encuentran con los míos y le sonrió a pesar de haber perdido y de que el deseo sigue ardiendo en mi interior al verla.

–¿Qué ha pasado? ¿Cómo no la has superado…? Te tenía por alguien pudoroso, Daniel.

–Para que veas… Han sabido dar con mi punto débil y no he podido resistirme…

–¿Y qué es eso a lo que no has podido resistirte?

Masco la respuesta unos instantes y después me lanzo…

–A ti.

Sonríe y me señala hacia abajo con la mano.

–Pues debes habértelo pasado muy bien… –Señala divertida alejándose– ¡Tápate con algo, por favor! Y procura no perder más pruebas o no podrás hacer tus fantasías realidad…

Sonrío avergonzado y me tapo como puedo. La veo alejarse y entiendo que lo que siento por ella es más fuerte que yo mismo, es

más poderoso que una simple tentación.

19. MALDAD

«La maldad es algo innato en todos nosotros, solo que, en los espíritus, muchos Alas rotas y la gran mayoría de los Alas negras esa maldad los acaba dominando por mucho que se resistan. Lo normal es no poder vencer a nuestro propio instinto».

"Cuaderno del mal", Biblioteca Oscura. DESCENTIO.

Daniel

Sé que la siguiente prueba no es mi fuerte. Así que empiezo a agobiarme. No puedo descansar y hablar con nadie tranquilamente hasta el descanso tras la quinta prueba. Eso será durante la noche que tendremos para descansar y curar nuestras heridas externas y sanar nuestras mentes después de todo lo vivido. Al día siguiente, el segundo y último de las pruebas, continuaremos con las que nos falten. Solo quedarían cuatro si no contamos la última, el Inquisitio, que será un mero trámite tras el baile de los graduados, aquellos que no hayamos muerto durante las nueve pruebas del Diaberum… Mi mente repasa rápidamente mientras me preparo para la próxima prueba.

Suspiro y el vaho de mi respiración emborrona el rostro de los demás participantes que están cerca cuando los miro. Ya han transcurrido tres pruebas y tanto yo como Kassandra hemos fallado en una. Al contrario que nosotros, hay varios participantes que aún no han fallado ninguna, eso me preocupa porque vamos en desventaja. Respiro profundamente y el aire frío se cuela en mis pulmones devolviéndome a la realidad. Aún queda mucho camino y necesito estar tranquilo y concentrado. Trato de respirar

profundamente para conectar conmigo mismo. necesito alcanzar esa atención plena que hemos trabajado en el taller de mindfulness.

Una chica ya ha sido eliminada o vuelto al estado en que los Alas rotas la habían encontrado muerta. Yo no la conocía, pero se me cierra un nudo en la garganta al no verla en la posición de salida para la cuarta prueba. Siento algo de miedo y preocupación por primera vez. Es cierto que antes de conocer a Kassandra no tenía nada. Mi familia había desaparecido y toda mi vida se había esfumado… eso no me dejaba demasiadas ganas de vivir o seguir adelante. Recorrer el camino tú solo jamás ha sido muy aconsejable. Ahora que tengo una ilusión para seguir adelante por loco o desquiciante que fuese todo esto no voy a dejarlo escapar. Al principio he sido muy escéptico con todo esto, sin embargo, ahora estoy seguro de que todo esto es real, que este mundo de seres enigmáticos y poderosos existe.

Me percato de que alguien me observa. Es Kassandra. Sabe que estoy algo nervioso porque soy de corazón puro… la maldad nunca ha ido conmigo. Esta es la peor prueba para una persona noble y buena. He entrenado poco para superarla. Solo tengo que mentalizarme y no caer en las trampas que pongan.

Kassandra me guiña y baja sus brazos señalándome que esté tranquilo.

–¡Tranquilo! –susurra a cierta distancia. Miro sus labios y olvido que estoy aquí, a punto de jugarme la vida de nuevo. Son carnosos y siguen sonrosados a pesar del frío que nos rodea.

Levanto el pulgar en señal de que todo está bien, quiero tranquilizarla y hacerle ver que está chupado, que la prueba está controlada. Entonces, nos interrumpe la señal acústica para colocarnos en nuestras posiciones. Puedo ver en la distancia, en una especie de montículo a Saduj y a Radgüll. El vampiro me observa con su rostro serio e imponente. Han venido a verme porque saben que esta es la prueba más comprometida para mí. De todas las

pruebas del Diaberum, Maldad es la peor para alguien que se supone será un Alas blancas. Las personas buenas no logran comprender lo enrevesado ni el objetivo de ser maligno y dañino. No cabe en nuestra mente. Sin embargo, el mal por el mal en sí existe. Sin que haya un motivo, sin que haya sido provocado… el mal crece y se multiplica, aunque intentes evitarlo con todas tus fuerzas. Más rápido en unos y más lento en otros… pero al final nos alcanza a todos.

La prueba de Maldad comienza y me introduzco en un cubículo oscuro que me envuelve de nuevo.

«Allá vamos. Me espero lo peor, pero puedo con ello», pienso.

Al cabo de unos instantes, todo se ilumina tenuemente. Continúo caminando hacia lo que parece un acantilado envuelto en niebla y sombras tenebrosas. Huele a azufre y suciedad. No siento miedo, tan solo intriga y respeto. Cuando me acerco más, puedo distinguir tres figuras borrosas. Una risa terrorífica y demencial lo envuelve todo. Me detengo en seco porque ese sonido es paralizante y aterrador. La bruma se disipa un poco y puedo distinguir una escena que me pone los vellos de punta: hay un acantilado y al borde del mismo hay un demonio rojo que sonríe. Me quedo petrificado por sus insanos ojos rojos que miran a uno y otro lado de sus brazos ya que sostiene a dos figuras sobre el precipicio. Me limpio los ojos con los puños del traje porque no puedo creer lo que estoy viendo: el demonio tiene agarrados a mis padres y amenaza con lanzarlos al vacío. Las zarpas de la bestia parecen aferrarse a la carne de mis padres, provocándoles dolorosas heridas al penetrar en la carne. Puedo contemplar unas gotas de sangre resbalando por sus cuellos. Desesperado, me apresuro a correr para salvar a las personas que más he querido en mi vida. Sin embargo, el demonio da un paso atrás y amenaza con soltarlos zarandeándolos sobre el vacío. Sonríe maliciosamente indicándome que si vuelvo a acercarme los dejará precipitarse por el acantilado.

–Daniel, este es tu dilema: elige a cuál de tus progenitores salvarás y a cuál sacrificarás. Tienes poco tiempo, así que decídete rápido. Solo puedes salvar a uno de ellos. Todo el mundo muere, así que no te preocupes porque, al menos, podrás salvar a uno de los dos y podréis marcharos juntos.

Miro con desasosiego a mi padre y a mi madre. Estoy seguro de que son ellos. Son tan reales que el corazón me duele. Siento un pellizco en el estómago y las lágrimas empiezan a brotar de mis ojos al recordar lo felices que éramos cuando vivíamos juntos en familia. Incluso puedo oler el perfume de mi madre. Estoy seguro de que es su olor. El olor de una madre no se olvida y lo recuerdas con solo cerrar los ojos.

Mi corazón se rompe por tener que tomar una decisión tan cruel. Pienso en mi decisión durante los pocos instantes que el demonio me deja. Tengo que sacrificar a uno de los dos, pero eso es como pedirle a un padre que elija entre cuál de sus dos hijos puede sobrevivir y cuál debería morir. Es una decisión imposible para mí. A pesar de que están los dos muertos, siento que por alguna loca razón están aquí, a escasos pasos de mí. Añoro abrazarlos y tocarlos, necesito besarlos y que me digan que todo saldrá bien y volverá a ser como antes… Recorro sus rostros con la mirada y me detengo en los pequeños detalles para descifrar si son ellos o se trata de algún tipo de magia o ilusión. Tras contemplarlos unos instantes en los que el demonio no deja de zarandearlos sobre el acantilado como si fuesen un péndulo, estoy seguro de que son ellos, no hay ninguna duda.

«No puedo volver a perderlos de nuevo...» –me digo a mí mismo. «No puedo hacerlo. No puedo elegir entre los dos» –susurro mientras pienso que tal vez podría atacar al demonio y salvar a los dos.

–Daniel, cariño, no importa lo que decidas –dice mi madre con voz temblorosa. Siento que la cabeza va a estallarme por la presión. Reconozco el timbre de voz de mi madre, ¡es ella! Es el verdadero

timbre de voz de mi madre... –Siempre te amaremos hagas lo que hagas. Salva a uno de los dos. Haz lo que tu corazón te dicte, no te preocupes por el otro, lo comprendemos.

–Así es, hijo. Sea cual sea tu elección, sabemos que será lo mejor. Hay decisiones en la vida que deben tomarse y aunque no queramos, tienen consecuencias, pero es inevitable. Siempre estaremos contigo en tu corazón –asegura mi padre en el tono de voz paciente y conciliador que le caracteriza.

–Si no te decides, entonces, ambos morirán. –Grita el demonio rojo empezando a enfurecerse.

La neblina se hace más densa alrededor del monstruo que acerca un poco más a mis padres hacia el vacío, sin que pueda hacer nada para detenerlo. Con impotencia, le ruego agónicamente que espere, que voy a tomar una decisión.

Sé que solo tengo pocos segundos y que debo decidirlo ya o ambos desaparecerán en la oscuridad del acantilado. Ya los perdí una vez y no estoy dispuesto a pasar por ese dolor de nuevo. Me aproximo lentamente y aprovecho el instante en que el demonio observa cómo mi madre se rebela y empieza a golpearle en el brazo para que la suelte. Parece que quiere evitarme el mal trago de tener que decidir entre ella o mi padre

Avanzo lentamente para no ser descubierto. Siento la brisa del aire en mi cara y por suerte viene de frente, no quiero que el demonio me huela y descubra que me estoy aproximando. Mientras camino despacio, cada paso parece un kilómetro de distancia, pienso en el sentimiento de sacrificio que tiene mi madre. La admiro más aún si cabe porque es capaz de sacrificarse por nosotros. Eso me asegura que puede ser ella en realidad. Entonces, me abalanzo contra el demonio. Le golpeo con mis puños y siento que empiezan a arder, pero no me detengo. De repente, una luz blanca y cegadora sale de mis puños y siento cómo una gran energía abandona mi cuerpo... el demonio se tambalea y suelta alaridos de

dolor al verse sorprendido y no poder defenderse. Entonces, veo cómo las garras se abren y mis padres comienzan a caer hacia el abismo.

–¡Noooooooo! ¡Padre! ¡Madre!

El demonio se burla de mí en su último aliento mientras cae precipicio abajo envuelto en unas llamas blancas que lo consumen entre la niebla. Me quedo solo, en silencio. Caigo de rodillas sobre el suelo, justo al borde del acantilado lleno de dolor y remordimiento. Siento que estoy vacío por dentro, que la energía que he desprendido me ha dejado casi sin fuerzas. Apoyo las manos en el suelo y las primeras lágrimas caen a la arena de impotencia y pena.

«No he podido salvarlos, por segunda vez…debería haberle hecho caso al demonio y haber salvado a uno de los dos, al menos…».

Entonces, me doy cuenta de que no he podido cumplir la demanda cruel del demonio. Con toda seguridad he fallado la prueba de Maldad. Todo era un truco para hacerme decidir de manera egoísta entre uno u otro, pero mi corazón no me lo ha permitido. No he sido capaz de perjudicar a uno de mis progenitores. Eso habrá demostrado la bondad de mi corazón. Todo lo contrario a lo que necesitaba hacer en esta prueba. Impotente y abatido por la tensión emocional de la prueba y del resultado de la misma, comprendo que muchas veces la maldad prevalece sobre la bondad, pero no lo hace por la acción de los malvados, sino por la indecisión y la debilidad de los buenos.

Cuando vuelvo a levantar la cabeza, todo ha desaparecido. Me encuentro de rodillas delante de una pared con un enorme agujero. Unas cabezas curiosas se asoman a través de él. Son algunos Alas rotas que aún no saben muy bien qué ha ocurrido.

Al parecer, he destruido el habitáculo donde se realiza la prueba con mi poder, algo que no pasa con frecuencia... Lo normal es que ningún candidato del Diaberum haya podido desarrollar su poder antes de conseguir sus alas y usarlo en las pruebas. Me levanto y

salgo al exterior. Los Alas rotas se apartan mientras avanzo. Veo respeto o tal vez algo de temor en sus ojos. No sé si esto tendrá consecuencias para mí, pero estoy tan roto que no me preocupa. En el exterior, seco mis lágrimas, no quiero que me vean llorar. Todos permanecen callados. Un silencio insoportable lo inunda todo.

Kassandra abandona el lugar donde se encuentra y corre a mi encuentro, saltándose todas las líneas que nos separan.

–Daniel, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien? ¡Has destrozado el jodido decorado que nos han montado...!

–Los muy cerdos me han hecho elegir entre mi padre y mi madre...

Kassandra suspira y apoya su mano en mi hombro. Siento el calor de la piel atravesando mi traje, tenerla cerca es lo único que me reconforta.

–Y no has podido elegir entre los dos, ¿verdad? Creo que te voy conociendo…

Niego con la cabeza.

–Es la segunda prueba que pierdo... ¡joder! Estoy más fuera que dentro… lo siento, –susurro sin mirarla a la cara.

–No lo pienses más. Estoy contigo. Sé que puedes conseguirlo. Ahora no puedes fallar en ninguna de las pruebas restantes... ¡No es momento de venirse abajo! De todos modos... No, nada.

–Dime...

–No creo que desaprovechen un poder como el tuyo, ¿has visto el agujero que has hecho en el habitáculo? ¡Lo has destrozado! Así que debes tranquilizarte. ¡No tienes que creerte todo lo que pasa dentro de las pruebas...! Ya lo hablamos antes, –dice abrazándome. Por primera vez dejo de lamentarme y pensar en que la he cagado.

Kassandra tiene razón, debo continuar, reponerme y pensar en otra cosa.

–Y tú, ¿has pasado? –Le pregunto mirándola fijamente. Deseo con todas mis ganas que, al menos ella, lo haya conseguido.

–Sí, he pasado. Ya sabes… apareció mi madre en la prueba. Bueno, un holograma, una imagen o lo que quiera que sea que hagan estos tipos, pero parecía ella cien por cien. Sin embargo, mi vínculo con ella no es muy fuerte, ya lo sabes… –sonríe de medio lado.

–¡No podéis hablar ni acercaros! –Grita una ronca y profunda voz que nos sobresalta–, aún falta la prueba de Lucha antes del descanso de hoy. –Protesta un Alas rotas que nos enseña sus dientes de hombre lobo y aparta a Kassandra de mi lado de un zarpazo. Me incorporo rápidamente para hacerle frente porque creo que ha podido hacerle daño, pero Kassandra levanta la mano para que lo deje estar ya que no le ha hecho daño.

Busco a Radgüll o a Saduj en la lejanía, pero ya han desaparecido. En cambio, veo una figura oscura que sonríe en el otro extremo de la colina. Es Alister, que despliega un poco sus alas negras mientras me sonríe y señala con la mano por debajo del cuello indicando que soy hombre muerto.

Vuelvo a sentir ese calor interior dentro de mí y quiero ir a cerrarle esa bocaza y partirle su mandíbula perfecta. No aguanto la manera que tiene de mirar a Kassandra. Empiezo a sentir que no seré un Alas negras por la animadversión que me generan los tipos como él, pero si tengo que convertirme en algo parecido a ese imbécil, prefiero morir en la siguiente prueba.

20. LUCHA

« Cuando luchas, demuestras que estás vivo. La adrenalina recorre tu cuerpo y sabes que si no reivindicas lo que es tuyo te convertirás en un muerto más de los cementerios. Aunque pierdas parte de tu humanidad al luchar, si ganas, estarás tan satisfecho contigo mismo que serás imparable».

Escuadrón de la Lucha, Alas Blancas.

Kassandra

Comienzo la quinta prueba algo tocada por la noticia del segundo fracaso de Daniel. A pesar de haberle dicho que no tiene de qué preocuparse... sé tan bien como él que ir tan justo en todas las pruebas restantes es muy arriesgado y, a la larga, lo más seguro es que falle en otra más y esto suponga… su muerte. No me gustaría perderle. Es normal que se sienta asustado. En un principio, igual que me ocurría a mí, pensamos que todo esto era un lugar de locos, que nada de lo que ocurría era real, hasta se supone que ¡Hemos muerto! Sin embargo, ahora somos conscientes de otra realidad paralela a la que habíamos estado viviendo. Sé que Daniel es bueno luchando, así que confío en que supere esta prueba sin problemas. No quiero ni pensar en no volver a verlo. Me siento bien cada vez que está cerca y no puedo imaginarme pasar por todo esto sin tenerlo cerca después de cada prueba. No obstante, debo concentrarme en mi propio Diaberum… tal vez soy egoísta. La vida me ha enseñado a que solo yo misma puedo sacarme las castañas del fuego. Sé que lucho muy bien. Eso me deja algo más tranquila, sin embargo, no soy de las mejores luchadoras, hay gente mucho

más despiadada y entrenada que yo, pero pienso dejarme la piel en el ring de pelea.

Cuando logro concentrarme y me acerco hacia la zona de lucha, contemplo un Ring igual al que hemos estado entrenando. El habitáculo parece ahora algo más pequeño, como una asfixiante burbuja negra y brillante cuyo techo podría venirse abajo en cualquier momento y aprisionarte contra las cuerdas del cuadrilátero. Resulta curioso cómo las cosas toman otro cariz cuando sabes que van en serio y que hay demasiado en juego.

Soy la primera en llegar. Estoy sola y no me siento cómoda por ello. Me empiezan a sudar las manos y se me seca la boca; los nervios y el calor que se respira en este lugar son asfixiantes. Encuentro unos cuchillos afilados con mango de hueso tirados en una esquina del ring y me apresuro a recogerlos antes de que mi contrincante llegue y se le ocurra utilizarlos en mi contra. Me coloco de pie en una esquina del cuadrilátero observando el habitáculo circular negro. Mi corazón late con fuerza y observo una figura que se aproxima, me resulta familiar... aunque respiro aliviada porque no es Daniel... Esta gente puede tener mucha mala leche y enfrentarnos en un combate habría supuesto la eliminación automática de Daniel de las pruebas. Sé que es muy bueno y podría haberme hecho daño, pero en caso de vencerle yo, él habría muerto.

Sacudo mi cabeza para alejar esos pensamientos tan macabros e intento que, si estos tipos pueden leer mi mente, no accedan a este pensamiento... No podría imaginar una prueba en la que Daniel y yo tuviésemos que enfrentarnos a vida o muerte en la que solo uno de los dos pudiese avanzar para conseguir sus alas y el otro, simplemente deje de existir. No sé qué es realmente lo que me atrae de Daniel... tal vez sea su buen corazón, la sinceridad o la verdad que desprenden sus ojos cuando te habla. Daniel es de esas pocas personas que te escucha cuando les hablas y que te mira a los ojos atento a cualquier mínima reacción de tu rostro cuando hablamos. Es muy fácil confiar en él. Además, está su físico, por supuesto. No he podido dejar de imaginarlo sobre mí desde la primera vez que lo

vi sin camiseta entrenando. A pesar de no estar tan fuerte como otros participantes del Diaberum; su cuerpo es una invitación a perder la cordura... Por lo que he visto, todo está colocado donde debe estar y en las proporciones adecuadas…

Una decidida figura se aproxima diligente saliendo de las sombras. No sé por dónde ha entrado. Debo centrarme y quitarme a Daniel de la cabeza... La solemne figura se aproxima al ring. Atraviesa las cuerdas del cuadrilátero y las luces inciden sobre ella. La reconozco: es Amy, una chica a quien conocí nada más llegar a este sitio. Me mira fijamente y se aproxima con determinación dentro del ring. El ambiente está cargado de tensión. Es tan palpable como la electricidad estática en el aire en mitad de una tormenta eléctrica. Me preparo mentalmente para lo que está por venir. Sé que no es una rival fácil. La he visto luchar. Sabe defenderse y golpea muy bien. Sus cabellos rizados y rubios están recogidos en una coleta alta, sus ojos azules como el cielo se clavan en mí, desafiantes. No la recordaba tan seria. Creo que es de las que aún no ha perdido ninguna prueba y sé que su técnica es exquisita, pero no recuerdo si perdió algún combate mientras entrenábamos... Lo que sí que recuerdo es cómo me mira cada vez que Daniel y yo estamos juntos. Desde el momento en que Daniel y yo empezamos a hablar más, ella se distanció de mí. En cambio, a él solo le pone sonrisitas y está atenta a cualquier cosa que pueda necesitar. Está claro de que está colada por él.

El hecho de que Daniel ni siquiera se fije en ella más allá de ser una chica más que pulula a su alrededor, hace que me tenga enfilada sin yo ser consciente de ello; hasta ahora mismo que la tengo delante y puedo sentir su satisfacción por poder vengarse de mí y, quién sabe, tal vez eliminarme de su camino de una vez por todas, y no solo del juego… Aún no sé si matar a alguien en una de estas pruebas podría ser definitivo sin que tuvieses que perder tres pruebas.

Cuando se acerca, sus ojos irradian un odio desmesurado que ahora logro entender. No sé qué película se habrá montado en su

cabeza. Aquí cada cuál se inventa la manera de poder seguir adelante y de sobrevivir, aunque tengas que eliminar a otros candidatos. Jamás le he dicho nada malo o hemos tenido algún encontronazo en los entrenamientos; al revés, al principio parecía que nos llevábamos muy bien... Algunas chicas no entienden que no es algo personal si nos fijamos en un chico y esa atención o afecto no es correspondido. No tiene sentido obcecarse con una persona que pasa de nosotras. No recuerdo haberme quedado jamás colgada por nadie... la verdad, ahora que lo pienso, no recuerdo haber... amado jamás a nadie…

Con pasos decididos, Amy entra en el habitáculo. Echa su coleta hacia atrás cuando se agacha para estirar su espalda. De cerca y a la luz, compruebo que su rostro es perfecto. Su nívea piel es tan lisa como la porcelana y sus labios carnosos son una indecente manera de recordarme que mi boca no es ni de lejos comparable con la suya. Es preciosa... y lo sabe. El sonido metálico de la puerta cerrándose resuena en mis oídos y marca el inicio de la confrontación. Amy me mira con una mezcla de desdén, determinación y tristeza; consciente de lo que está por ocurrir. Veo algo que brilla detrás de su pantorrilla derecha, una daga; estoy segura. No viene desarmada. Lo que no sé es dónde la ha conseguido.

–¡Lo siento, Amy! –susurro, sabiendo que mis palabras apenas se escucharán sobre el zumbido de las luces que llenan el aire.

Amy asiente con solemnidad, sin decir una palabra, aunque por el leve temblor de su pierna, sé que está ansiosa porque esto empiece ya. Sabe que este enfrentamiento es necesario porque es parte de las pruebas que ambas debemos superar.

Con un gesto rápido desliza una mano detrás de su espalda, ocultando algo a mi vista. Sé que tiene algo más escondido detrás…

«¿Una espada quizás?» –Pienso en lo injusto del combate. Yo tengo dos cuchillos mientras ella tiene una espada o una daga

enorme con la que poder herirme sin tener que acercarse demasiado a mí. El combate está amañado desde el principio. Tendré que acercarme demasiado a ella si quiero conseguir herirla; ella, en cambio, puede cortarme un brazo a metro y medio de distancia.

El silencio se prolonga por unos instantes, tenso y pesado, antes de que Amy rompa la quietud dando un paso adelante y revele sus dos silbantes armas blandiéndolas en círculos en el aire. Las luces sobre el ring aumentan su intensidad, iluminando la escena con una claridad casi deslumbrante.

–Yo también lo siento, Kassy –dice Amy con voz firme, cuando creía que no me había escuchado. Su voz cargada de emoción, se sincera conmigo: –tengo que hacerlo...

Asiento, a mí me pasa igual. Sé que esto no es fácil, pero estoy decidida a demostrar mi valía. Esto es pura supervivencia.

«Lo siento, bonita». Sabe cuánto odio oír el nombre de "Kassy" en los labios inapropiados.

Sin más preámbulos, el combate comienza. Nuestras frentes están perladas de sudor por la emoción del combate nada más comenzar. Mis movimientos son ágiles y precisos, reflejo de los últimos entrenamientos con Alister. Debo agradecerle al Alas negras el interés que se ha tomado al entrenarme. Si supero esta prueba será gracias a él y a sus duros golpes sin piedad durante los entrenamientos. Amy responde mis envites con ferocidad, cada golpe demuestra su habilidad y determinación. El sonido de nuestros cuerpos chocando resuena en el habitáculo, marcando el ritmo frenético de la batalla. Entre golpes, ataques y bloqueos, intercambiamos miradas cargadas de heroicidad. Amy parece recordar que esta prueba es necesaria para llegar hasta el Inquisitio de manera victoriosa.

La lucha continua muy igualada, hasta que noto otro destello metálico detrás de la espalda de Amy. Con horror, me doy cuenta de

que ha sacado una enorme espada de sierra y doble filo, oculta hábilmente hasta este momento.

«¿Una tercera arma, pero este qué tipo de combate es?»

Esto parece una encerrona más que una prueba limpia como nos indicaron al principio. Amy tira la otra espada más pequeña y entiendo que no podré esquivar los envites de este espadón con unos simples cuchillos de lucha, por muy grandes que sean. Alguien ha amañado la prueba, favoreciendo claramente a mi contrincante. La sorpresa se refleja en mis ojos, pero no me permito que la distracción me detenga. No me dejo achantar y redoblo mi concentración y mis esfuerzos. Necesito hacerme con la espada corta que Amy ha lanzado al suelo del cuadrilátero. Con ella puedo tener alguna oportunidad en la lucha. Me agacho hábilmente y ruedo por el suelo hasta que la consigo. Cuando Amy trata de embestirme con la gran espada, la esquivo y le lanzo uno de mis dos cuchillos afilados. Cuando me giro, creyendo que he errado, me doy cuenta de que está clavado en su muslo derecho. A pesar del dolor reflejado en su rostro y el hilo de sangre que corre abajo por su pierna, no pide clemencia ni se retira del cuadrilátero. En vez de esto, mira su pierna, pensando en si debe sacar el cuchillo de donde está alojado o dejarlo allí. Finalmente, de un tirón, lo saca fuertemente. Entonces, la sangre empieza a desparramarse libre pierna abajo. El cuchillo debe haber alcanzado alguna vena o arteria, tal vez, la femoral... pierde mucha sangre y trastabilla el siguiente paso. Me mira con odio, pero sin resignarse a perder. Se abalanza contra mí con la enorme espada y la freno con la pequeña que he recogido del suelo, justo en el último momento. A su vez, me roza con la daga corta que porta en la otra mano; a duras penas consigo casi esquivarla y siento un escozor ardiente del acero en mi costado. Noto que el traje cede y la piel de debajo se abre como si fuese mantequilla. Escuece, duele. Llevo mi mano al costado mientras Amy recupera el aliento y compruebo que es un corte poco profundo, viviré.

Me fijo en que hay un reguero de sangre que lleva hasta un pequeño charco de sangre en el suelo junto a ella.

–Amy, debes taponar esa herida –vocifero, acercándome un poco más a ella por si no me ha escuchado.

–¡Atrás o te ensarto como a un pollo! Sé lo que tengo que hacer... ¡Acabar contigo!

Su mirada se nubla y los ojos se le ponen en blanco, pero vuelve en sí. Utiliza la espada para apoyarse a modo de bastón. Su respiración entrecortada le impide concentrarse en el combate. Sería un buen momento para acabar con ella... pero no puedo. No soy tan mezquina. Estoy segura de que, si Alister pudiese verme, me regañaría por perder esta oportunidad. Sin embargo, sé que, si vuelvo a atacar, la mataría.

«¿Y si acabase con su vida sin que pudiesen recomponerla los Alas rotas?»

–Trata de hacerte un torniquete. Amy, ¡ríndete! Si lo haces no tendremos que seguir con esto... verás, no estoy segura de que esto sea solo un juego… Tal vez si mueres en una de estas pruebas... no podrás participar en ninguna prueba más porque simplemente estarás muerta. Toda esa sangre me parece muy real… y el dolor que siento en el costado también.

Sus ojos se dirigen hacia donde estoy, pero parece que no me ve. Entonces, tira las armas al suelo y cuando creo que va a darse por vencida, se quita el cinturón del traje y lo pasa por debajo de su muslo, rodeando la pierna. Hace presión y lo deja abrochado hasta que la sangre deja de salir por la herida. Entonces se agacha y me sonríe cuando me apunta con la espada.

–Ahora… ahora, vas a morir, ¡perra!

El silencio se apodera del habitáculo, solo se rompe por su respiración agitada. Con un último esfuerzo heroico, Amy me ataca

de nuevo, aún herida y medio moribunda. Es veloz y capaz de hacer un quiebro cuando va a atacarme para engañarme. Sin embargo, los entrenamientos de Alister han dado su fruto y adivino su movimiento. Me agacho esquivando el estoque de la espada y aprovecho para derribarla con mi cuerpo desde abajo. Amy se queda tirada boca arriba y desarmada en mitad del ring. La apunto con mi espada al cuello y le digo: ¡*Touché*!

–¡No voy a matarte! ¡Ríndete! –repito, esta vez con un tono más seco

–No necesito tu compasión, –maldice, resignada–. De acuerdo, me rindo. Has ganado, pero esto no ha terminado aquí. Volveremos a encontrarnos cuando todo esto acabe, y entonces, tal vez no tendrás tanta suerte.

Tras escuchar esas palabras atravieso las puertas de salida. Es de noche. No encuentro a nadie esperando a los participantes. El silencio lo inunda todo, convirtiendo a la oscuridad en algo pastoso.

Una voz grave me sorprende junto a unos arbustos, es un Alas rotas de la organización.

–Puedes ir hasta el comedor, comer algo y después ir a tu dormitorio a ducharte y descansar. Vas a necesitarlo... Mañana es el segundo día y es muy intenso.

Miro hacia el edificio donde están los dormitorios y me alejo del habitáculo cojeando un poco. Trago saliva al no ver a Daniel cerca. Espero que haya superado la prueba y esté esperando con los demás candidatos. Apresuro el paso a pesar del dolor del costado porque necesito saber si Daniel ha pasado su prueba de Lucha o ya no lo voy a ver nunca más… Trago saliva, bastante angustiada, pero observo la enfermería y recuerdo que es urgente curarme cuanto antes.

21. DESCANSO

«Cuando alguien que amamos muere, no hay forma de evitar la tristeza y el vacío en el corazón. Sin embargo, tenemos la paz y el consuelo de saber que siempre permanecerá en nuestro recuerdo y en nuestros corazones».

Dicho popular del mundo de los humanos.

Daniel

Aparezco en un estadio iluminado por luces deslumbrantes que crean un ambiente casi irreal. El eco de los gritos de la multitud resuena en mis oídos mientras me preparo para el enfrentamiento. El rugido de los espectadores me envuelve, aumentando la adrenalina. Sé que no puedo perder este combate, es una cuestión de supervivencia, no es cuestión de llegar al Inquisitio siquiera. Tengo que superar todas las pruebas que quedan si quiero volver a ver amanecer. Es curioso que hasta hace poco solo quería vengar la muerte de mis padres, usar mi poder para buscar al asesino de mis padres, ese que haya orquestado todo para que mi vida haya sido tan desgraciada. Sin embargo, ahora, lo único que quiero es continuar por Kassandra. Ella me da fuerzas para seguir batallando en esta sinrazón de lugar.

La plataforma de combate se yergue en el centro. Es un cuadrado de metal, frío y cortante por los bordes. Hay rastro de sudor y sangre de otros luchadores por todas partes. Me concentro y me repito a mí mismo que esto no es real, que debo ir a por todas. Debo esconder mis escrúpulos en lo más profundo de mi ser y ahogarlos al menor resquicio de que quieran salir fuera.

Me observo las manos y compruebo que tengo unos guantes de boxeo puestos, los ajusto y miro al otro lado del cuadrilátero. Mi oponente, un hombre de mirada fría y cuerpo musculoso, me

observa con una sonrisa cruel. Recuerdo haberlo visto en algún entrenamiento. No he tenido casi tiempo de aprenderme los nombres. Es cierto que he escuchado rumores sobre él, historias de brutalidad y victorias sangrientas... entonces, pienso en que no me debo dejar engañar otra vez; todo esto no es más que un juego, una prueba intensa pero controlada. Aún recuerdo a mis padres cayendo por el precipicio y al final resultó que todo era una fantasía, una burda mentira, hologramas creados para hacerme perder la prueba. No, esta vez no me engañarán... Sé luchar y pelearé duro para superar esta prueba y, aunque sé que no será fácil, estoy listo para darlo todo. ¡A muerte!

El árbitro, un hombre de rostro severo, levanta la mano y nos da la señal para comenzar.

Mi rival no se mueve, así que soy yo quien avanzo con cautela, midiendo las posibilidades de ataque del otro luchador. Es mucho más fuerte que yo, eso salta a la vista, pero yo cuento con la velocidad. Estoy seguro de que soy mucho más rápido que esa mole.

Los primeros golpes son rápidos y precisos, una danza de fuerza y agilidad. Pero pronto, la intensidad del combate escala y los puñetazos resuenan como truenos. Cada impacto sacude el ring y nuestras cabezas. Recurro a mis movimientos expertos en artes marciales para esquivar sus furiosos envites; a cada nuevo golpe fallido parece perder el control y la ira asciende hasta las venas de su cuello que lo hacen ponerse rojo como la lava de un volcán enfurecido. Tomo la iniciativa. El saber que nada del dolor que pueda infringirle a este energúmeno será real, hace que pelee con soltura y efectividad. En pocos minutos me he convertido en esta máquina irracional de repartir patadas y puñetazos... tal vez en estas pruebas desarrollamos habilidades que desconocemos y las vamos desbloqueando a medida que avanzamos... como en una especie de videojuego macabro.

Sin embargo, la ferocidad de mi oponente no disminuye, al contrario, aumentaba con cada golpe. Las miradas de la audiencia,

que antes parecían emocionadas, ahora muestran una mezcla de morbo y expectación. La lucha no va bien, entonces, encajo el primer golpe brutal en el estómago y parece como si varias costillas se hubieran partido por el impacto. Trato de esquivar el siguiente derechazo, pero he resbalado por el impacto anterior y no puedo protegerme correctamente. Su puño golpea contra mi boca y siento que se llena de sangre a la vez que todos mis dientes tintinean como finas copas de cristal colgadas en una endeble repisa. Siento que no he podido evitar morderme la lengua y grito de dolor. Retrocedo y me separo de él. La mole sonríe al verme dolorido. Me tiene acorralado y sabe que esta es la mejor oportunidad que ha tenido para desequilibrarme y tomar el control. Trato de reponerme y recordar las palabras de mi padre y las tácticas que aprendí durante tantos años con otros tantos entrenadores, pero no logro concentrarme. Mi oponente se acerca como una alimaña desbocada... Entonces, justo antes de cerrar los ojos para encajar el golpe, algo se remueve dentro de mí y el instinto de supervivencia toma el control.

Le esquivo y le propino un golpe particularmente brutal en la pierna derecha que le hace tambalearse. Aprovecho para lanzarle un derechazo contra su ojo. Le doy de pleno y la sangre brota de una herida abierta en su ceja, nublando su visión. Vuelvo a protegerme y recuerdo una llave muy efectiva: sé que voy a jugármela porque debo desprotegerme para atacarle utilizándola. Me concentro y cuando veo que duda y deja una abertura en su protección, le lanzo una patada rápida y mortal de un salto. Escucho el decisivo golpe que impacta directamente en la sien de mi oponente mientras caigo y me giro rápido para protegerme de nuevo. Entonces, escucho su cuerpo caer al suelo. El hombre está inmóvil. El árbitro comienza la cuenta atrás. Los segundos se me hacen eternos mientras el árbitro sigue contando: " ¡Nueve! ¡Ocho!"

Miro fijamente el cuerpo inerte mientras la cuenta atrás retumba por todas partes ralentizada. Cuando acaba. Espero que se mueva, que se levante y que me declaren vencedor. Pero no lo hace. El

silencio desciende por el estadio. Un charco de sangre comienza a formarse alrededor de su cabeza que está vuelta hacia el gentío en una postura imposible. Debo haberle partido el cuello...

Escucho los gritos de la multitud cuando el árbitro levanta mi mano.

–¡K.O.! ¡Daniel es el vencedor! –grita y la grada enloquece.

La ovación es ensordecedora, pero apenas la escucho. Me acerco lentamente a mi oponente, esperando verlo moverse. Nada. Me arrodillo junto a él y busco su pulso en el cuello. El horror se apodera de mí al darme cuenta de la verdad: no tiene pulso. ¡He matado a este hombre!

«Era supervivencia. No has hecho nada malo». Retumba en mi cabeza.

Retrocedo horrorizado. Jamás he matado a nadie; bueno, los demonios rojos no cuentan porque eran criaturas infernales y fue en defensa propia, pero jamás había quitado la vida de otro ser humano.

Mi mente se niega a aceptar lo que contemplan mis ojos.

«¿Cómo puede ser esto real? Ha sido solo un juego, un combate controlado», –me repito para convencerme.

–No te preocupes por él. Está muerto –asegura el árbitro.

Todo a nuestro alrededor desaparece: el estadio, el gentío... Una puerta se abre al final y veo que la noche ya ha caído y las luces del camino hacia fuera de la prueba se iluminan.

Mientras camino, la realidad me golpea como una losa contra mi pecho: He matado a alguien con mis propias manos. Como un salvaje, como un asesino cruel sin corazón ni sentimientos.

«¿En qué me estoy convirtiendo? ¿En qué nos están convirtiendo estas criaturas sin escrúpulos?» –Me pregunto, a la vez que mi ansiedad escala por mi espalda. También pienso en que no me gusta hacia donde se está dirigiendo mi vida; bueno, esta especie de segunda oportunidad que me han dado... Tal vez lo mejor sería dejar que todo siga su curso y desaparecer. Olvidarme de todo esto…

Me dejo caer de rodillas. Mis ojos se cuajan de lágrimas, pero trato de no derrumbarme. Mi corazón no puede soportar el peso de la culpa que lo aplasta. Me siento tan culpable que quiero tirar la toalla. Si este es el precio que hay que pagar para conseguir mis alas… no las quiero.

–¡Lo siento! ¡Lo siento! –murmuro entre sollozos con una voz ahogada por el dolor. No importa cuántas veces repita esas palabras; nada podrá devolver la vida que he arrebatado.

Logro recomponerme a duras penas y Radgüll viene a mi encuentro.

–Has hecho lo que debías... no pasa nada, no es tu culpa, olvídalo.

–No sabía que las personas morían de verdad en estas pruebas...

–Y no es así. No te sientas culpable porque en realidad, nadie muere... Quiero decir que… todos estáis muertos en cierta manera, al menos, no podemos decir que estáis vivos hasta que consigáis vuestras alas. No pienses que has arrebatado una vida, tan solo le has quitado una segunda oportunidad. De eso se trata el Diaberum: Cada contrincante juega sus cartas y solo los mejores consiguen avanzar.

–Pero duele acabar con la vida… de alguien, en definitiva. No sé qué pensar... en aquellas pruebas en las que he pensado que la gente puede sufrir, al final resultó que eran hologramas y todo era

mentira. Sin embargo, la primera vez que pensaba que lo que tenía ante mí era irreal y no pasaría nada... ya has visto el resultado.

–Daniel, eres un buen tipo. Tienes buen corazón. Estoy casi seguro que serás un buen Alas blancas o rotas… tal vez, pero de los buenos, como yo. Ahora bien, si quieres conseguirlo y descubrir todo lo maravilloso que hay más allá del Transitium y formar parte de algo más importante que tú y que yo, debes superar todas las pruebas que faltan. Mañana es la prueba de Conocimiento, así que debes ducharte e ir a la biblioteca para repasar los libros que Saduj tiene allí preparados para ti. Te espera una larga noche de estudio, te lo aseguro. Así que no hay más tiempo para lamentaciones. ¡Reacciona, hombre! Debes alegrarte de poder continuar. Ya sabes que no has superado dos pruebas, cualquier paso en falso y… se acabó.

–¿No debería descansar?

–Podrás hacerlo apenas unas horas. Mañana tienes el resto de pruebas, como te he dicho: Conocimiento; también tendrás Resistencia, Miedo y poder... El Diaberum comienza al mediodía. Así que tenemos una noche muy larga de trabajo por delante...

Nos dirigimos hacia las habitaciones. Quiero descansar, sin embargo, una pregunta se agolpaba en mi cabeza a cada paso que damos hacia el imponente edificio. Necesito saber si Kassandra ha superado la prueba…

La fachada de piedra del edificio, adornada con columnas corintias y ventanas de arco parece querer contar historias de un pasado glorioso. Mientras la hiedra se enreda por ventanas y paredes dándole un toque de serenidad y misterio. Al atravesar la puerta principal, nos recibe un vestíbulo de techos altos y candelabros de cristal que iluminan suavemente el espacio, creando un ambiente acogedor y hogareño. Todo el mundo va a lo suyo, aunque nos saludan amablemente al toparse con nosotros. Al fin y al cabo, hemos llegado hasta aquí y, en cierto modo, se nos respeta por ello.

Radgüll se marcha y me dirijo hacia la zona de las habitaciones de los participantes. Todas parecen iguales. Las habitaciones se distribuyen a lo largo de corredores infinitos. Los dormitorios están decorados con muebles de madera antigua y tejidos bastante sofisticados. Todo parece tan delicado que da la impresión de que pudiera romperse en cualquier momento. Sin embargo, mi habitación es un refugio tranquilo para el descanso; aunque ya me ha quedado claro que serán unas escasas horas. Suspiro al ver de reojo la enorme y mullida cama que domina el cuarto. También siento un escalofrío al recordar las máquinas a las que, hasta no hace mucho, he estado enchufado. La estancia tiene vistas al jardín, permitiendo que la luz natural inunde el espacio y ofreciendo un paisaje inspirador. Ya es tarde y casi no entra luz del exterior, sin embargo, la belleza que puedo contemplar por la ventana es impresionante.

«¿Dónde diablos estará este sitio?».

Todo lo que rodea a este lugar es un misterio. Me he dejado llevar por la inercia de aquellos quienes dicen me conocen y a mi familia, pero lo sensato sería salir corriendo de aquí, buscar la salida y tratar de volver a mi vida normal.

Cuando termino de ducharme me dirijo al comedor que es una sala amplia y funcional. La zona donde comen los que ya tienen sus alas tiene mesas largas de roble y sillas tapizadas en terciopelo. La nuestra es más práctica y funcional con bancos de madera largos a ambos lados de infinitas mesas en las que caben dos decenas de comensales. Los ventanales de vitrales que de día permiten la entrada de luz colorida, creando un ambiente cálido y acogedor durante la comida, ahora parecen apagados. Observo a los demás candidatos y algunos se reúnen no solo para comer, sino también para compartir las experiencias y forjar amistades para las siguientes pruebas. Otros, en cambio, permanecen serios y aislados en las esquinas de las mesas más apartadas, sumidos en sus propios pensamientos o miedos internos. Yo podría ser uno de esos pobres y atormentados chicos de no ser por Radgüll que no me deja ni un

segundo a solas. Ya está esperándome cuando llego. Es como la sombra de una vieja gárgola que lo vigila todo y está atento para intervenir en cualquier instante. Busco a Kassandra por todo el comedor, pero no la encuentro. Cuando estoy cogiendo mi comida, mi bandeja choca con la de alguien. Miro, y es Amy.

–¡Disculpa! No te he visto.

–Estabas demasiado ocupado buscándola –sentencia. Coge una pieza de fruta y la coloca al lado de lo que parece un bol de gachas– No tienes porqué preocuparte, trata de decir con indiferencia. Tu amiguita Kassandra ha pasado la prueba de lucha...

Amy se acerca para que pueda ver su rostro magullado, su labio hinchado y sonríe mostrando algún diente que se le mueve.

–¡Lo siento! No sabía que había luchado contra ti.

–No tienes por qué sentirlo. Es la primera prueba que palmo, así que no es para tanto. ¡Tú sí debes tener cuidado, Daniel! No me gustaría que te pasase nada. –Sonríe mientras pone su mano en mi brazo, cariñosa.

Mis sentimientos están encontrados porque siento pena por Amy, pero reconozco que respiro aliviado porque Kassy ha pasado la prueba; aunque esto suponga que le haya dado una paliza a una de las personas que ha sido más amable conmigo desde el comienzo de esta locura.

Termino de comer, a desganas y, cuando me dispongo a salir del comedor con Radgüll hacia la biblioteca, Kassandra aparece sonriendo con Alister. Ella se ríe de alguna broma que su mentor le ha dicho. Quiero saludarla, así que me adelanto, apartándome de Radgüll, quien mira fijamente a los ojos del Alas negras directamente y puedo percibir cierto resquemor en su mirada. Alister mira a Radgüll y sonríe enseñándole sus dientes. El vampiro aprieta los puños y le muestra los suyos que son más pronunciados y

afilados. Me espera en la salida, a pocos metros, como si no quisiese dejarme a solas en su presencia.

–¡Kassandra! Me he enterado de que has pasado la prueba, ¡enhorabuena!

–Ey, Daniel... gracias. Tú también, por lo que veo... Tengo que contarte que ha sido de lo más raro...

–Voy a la biblioteca... por si quieres...

–No creo que Kassandra tenga mucho tiempo de diversión, tiene que estudiar. Así que, será mejor que lo dejéis para cuando acaben las pruebas... o tal vez nunca... ya que si fallas en alguna de las que quedan… –nos interrumpe Alister, poniéndose en medio y dispuesto a apartar a Kassandra de mi camino.

–Alister, ¿podrías ir pidiéndome algo de cena? ¡Gracias! –Le susurra Kassandra, poniéndole ojos de corderito. El Alas negras la mira y sonríe alejándose poco a poco.

–Parece que no puedes quitarte a tu sombra...

–Tú tampoco a la tuya... –Indica señalando hacia Radgüll que trato de disimular como si no estuviese pendiente de nosotros.

Estoy deseando quedarme con ella a solas y continuar haciendo lo que nos interrumpieron... Sin embargo, no sé cómo decírselo y tampoco sé si será mejor dedicar las escasas horas que tenemos de sueño a ... Sentirla de nuevo tan cerca hace que me encienda por dentro. De repente, siento mucho calor... Trato de pensar en algo rápido para poder volver a verla.

–Iré a la biblioteca, como la mayoría de los candidatos… Tenemos la prueba de Conocimiento… En fin, espero verte allí más tarde.

–Sí, claro. No te preocupes. Nos veremos allí. –Sonríe despreocupada.

–Vale. Te veo allí entonces.

Cuando me doy la vuelta y noto que se está alejando... Kassy me llama.

–Oye, Daniel, si quieres, después del estudio podríamos ... vernos en otro lugar más... ¿íntimo? –Susurra, aunque sé que no lo suficiente para los oídos de Radgüll.

Sonrío y asiento con la cabeza como un bobo. Es precisamente lo que estaba esperando: poder estar a solas con ella. Me doy la vuelta antes de que me vea la cara de bobalicón que he puesto... Sin embargo, Radgüll me espera con cara de pocos amigos.

Caminamos hacia la biblioteca en silencio. Cuando estamos cerca, Radgüll me habla.

–¿No estarás pillándote por esa muchacha?

–¿Cómo? –La pregunta me coge por sorpresa. No sé en qué momento hemos llegado a tener la confianza suficiente para empezar a hablar de chicas.

–Sí. No te hagas el tonto. He visto cómo la mirabas y sé que habéis quedado para veros esta noche. No sé si sabes que mañana es un día muy importante para ambos. Determinará si conseguís vuestras alas, viviréis o moriréis. Y no creo que quieras experimentar la segunda opción. ¿Sabes que hay mucho en juego, verdad? Tus padres dieron su vida por protegerte, porque pudieras estar precisamente donde estás ahora... para que te conviertas en un ser...

–Kassandra es simplemente una amiga –miento–, es de las pocas personas con las que he empatizado en este lugar tan extraño.

–¿Y qué pasaría si tuvieses que enfrentarte a ella en una de las pruebas? Por ejemplo: Miedo o Poder... la dejarías vencer solo por los sentimientos que tienes hacia ella... No puedes cometer un solo error. Así que créeme si te digo que perdonarle la vida a esa chica en

una de las pruebas no es algo que te puedas permitir. Además, ella está destinada a ser algo muy distinto a ti, opuesto a ti; créeme, ella será, casi con total seguridad, un Alas negras. Por eso el imbécil de Alister la está entrenando... se rumorea que... –murmura mirando hacia los lados como si sus hiperdesarrollados sentidos no le permitiesen saber de antemano que no hay nadie cerca– …es hija de un poderoso Alas negras... así que créeme cuando te digo que esa chica está jugando contigo. Eres solo una marioneta en sus manos para conseguir un fin, para llegar a alcanzar la Inquisitio. Estoy seguro de que, si ella tuviese que debatirse entre su vida o la tuya, elegiría la suya...

Recuerdo lo cómplice y sonriente que parece cuando está junto a Alister por mucho que diga que el tipo es un coñazo. Además, está el hecho de que somos muy diferentes. Aunque, cuando estamos juntos, parece sincera y no alguien que esté tramando algo tan mezquino como seducirme para después matarme en una de las pruebas. Reflexiono y le doy una patada a una piedra del camino.

–Tal vez tengas razón. No sé, esto es todo muy raro y confuso. No sé qué es real y qué es ilusión y tampoco sé en quién confiar...

–Puedes confiar en mí... y en Saduj, créeme. Él fue un gran amigo de tus padres.

–Está claro que tampoco os conozco a vosotros; y eso que dices es tu visión de lo que está pasando, pero tampoco sé si es la verdad... Aunque tampoco tengo motivos para pensar lo contrario. No sé, estoy hecho un lío. No me había parado a pensar en lo que me has dicho... Esto va demasiado rápido.

Llegamos a la biblioteca. El regio edificio es un lugar impresionante con estanterías que se elevan hasta el techo y repletas de volúmenes antiguos. El aroma a libros viejos y madera impregna el aire. La luz de las lámparas de escritorio de bronce repujado ofrece un entorno perfecto para la concentración y el estudio. En el centro de la biblioteca hay un gran atril que sostiene

un manuscrito antiguo que parece protegido por una especie de luz refulgente.

–¿Qué es ese libro?

–Algo por lo que la mayoría de los Alas negras estarían dispuestos a matar... pero te enterarás cuando consigas tus alas, todo a su tiempo, no te precipites. Daniel, ahora céntrate en la prueba de mañana.

–Parece un libro importante... –insisto.

–Lo es. Es una pequeña parte de *Las Crónicas del Fin del Mundo*. Ahora, continúa caminando hasta el fondo de la sala, estaremos más tranquilos.

Nos sentamos en un escritorio en una de las galerías más apartadas. Una sombra sale detrás de las estanterías de grandes libros en cubierta de piel. Lo reconozco. Es Saduj. Se sienta a mi lado ataviado con su característica túnica marrón.

–¿Cómo estás? Pregunta Saduj analizándome con sus sabios ojos.

–Bien, supongo... bueno, no. No estoy bien. Paso de admitir que todo va bien y que no siento ansiedad o miedo por lo que viene y que no esté sufriendo por lo que ha pasado hoy...

Me mira de arriba abajo.

–Te voy a hacer tres preguntas sencillas... primera: ¿Qué es aquello que no flota, pero se siente? Segunda: ¿Qué nos salva y nos condena cuando somos humanos? y tercera: ¿Cuál es el lugar más lejano y cercano a la vez? Piénsalas con detenimiento... son algunas de las preguntas que han realizado durante la prueba de Conocimiento en otras ocasiones. Debes acertarlas todas para pasar la prueba.

No necesito que me las repita porque siempre he tenido memoria auditiva. Tan solo tardo unos segundos en responderlas. Supongo

que están mal, pero necesito salir de este lugar, la ansiedad me atenaza como una apisonadora sobre el cerebro.

–La primera obviamente es el AMOR. Porque aunque el amor no tiene la propiedad de flotar, puede ser percibido de esa manera. El amor no es un objeto físico que pueda flotar en agua u otro líquido, pero es una emoción poderosa y palpable en nuestras vidas. Se siente en el corazón y en las acciones de las personas, pero no tiene una presencia física que le permita flotar –Saduj arquea una ceja, pero yo continúo sin que pueda hablar–. La segunda es la CONCIENCIA porque la conciencia nos salva guiándonos hacia acciones correctas y permitiéndonos sentir arrepentimiento y cambiar. Al mismo tiempo, nos condena haciéndonos sentir culpa y remordimiento por nuestras malas acciones. Y, por último, la tercera pregunta que me formulaste: *¿Cuál es el lugar más lejano y cercano a la vez?* Para mí está claro que es el CORAZÓN. El corazón es el centro de nuestras emociones, sueños y deseos. Es el lugar más cercano porque reside dentro de nosotros, palpita con cada latido y alberga nuestras emociones más profundas. Sin embargo, también puede ser el lugar más lejano, ya que a veces nuestros sentimientos pueden parecer distantes o difíciles de alcanzar, especialmente cuando se trata de expresar amor, perdón o compasión.

Saduj me observa pensativo y se levanta de golpe.

–¡Nos vamos! Estamos perdiendo el tiempo aquí...

–Pero, ¿He hecho algo mal?

Al contrario, querido, has acertado todas. Necesitas relajarte... No debes estudiar más. Tu razonamiento es rápido y brillante.

Llegamos a unos jardines colindantes a la antigua biblioteca. Parecen un oasis de tranquilidad y belleza en medio del caos y el frenesí. Tienen senderos serpenteantes, bancos de hierro forjado y una variedad de flores y árboles, es un lugar perfecto para paseos reflexivos, conversaciones al aire libre o amores y besos fugaces que no quieren ser descubiertos. Una fuente en el centro con agua

cristalina y adornada con estatuas clásicas añade un toque de elegancia y serenidad al lugar. Saduj camina a mi lado y Radgüll lo hace a unos pasos por detrás, como si fuese una especie de guardián que vela por nuestra seguridad.

–Daniel, debes tratar de controlar tu ansiedad. Tómatelo cómo un juego... Un juego que tiene sus riesgos y peligros, pero en definitiva un juego que eres capaz de superar con creces. Cuentas con todo lo necesario para salir victorioso, créeme. No hay más que ver cómo has superado las preguntas más difíciles de la siguiente prueba.

–No sé cómo gestionar todo esto. Créame cuando le digo que trato de sobreponerme a lo que pasa a mi alrededor... pero no he tenido siquiera tiempo de asimilar que de alguna manera he escapado a la muerte... que toda mi familia ha desaparecido y que si fallo una sola prueba más jamás podré averiguar quién o por qué acabó con nuestras vidas...

–Tú aún no estás muerto del todo... estás en una especie de limbo... Hay esperanza Daniel. Si no te animas y crees en ti, ninguno podremos ayudarte.

–¿Y si soy yo el que ya se ha cansado de este juego y no quiere ayuda de nadie? –Pregunto mientras le doy un puntapié a una piedra y ahogo un suspiro.

22. CONOCIMIENTO

«La destreza para aplicar los conocimientos convertirá al más simple de los mortales en un hombre sabio. Aquellos que consigan aunar toda la sabiduría conseguirán dominar el mundo».

Crónicas del Fin del Mundo. En algún lugar escondido de los humanos.

kassandra

Debo admitir que esta es de las pruebas que más respeto me dan. Soy lista y astuta, pero nunca se me ha dado demasiado bien eso de estudiar... mi universidad siempre ha sido la calle y no tengo ni idea de lo que estos tipos tan estirados habrán preparado para nosotros.

Finjo estudiar unas hojas que Kraus me ha pasado al llegar al edificio en la biblioteca la primera media hora. No veo a Daniel por ninguna parte. Se suponía que estaría aquí estudiando con sus sombras vigilantes, al igual que yo con las mías; sin embargo, no hay rastro de él. La mayoría de los candidatos dormitan sobre libros antiguos y tienen la mirada perdida en algún punto del suelo. Claramente están agotados y quieren irse a dormir. Mañana es el segundo día del Diaberum y algunos no lo acabaremos... así que… esta puede ser nuestra última noche, y, en vez de estar de fiesta, emborrachándonos o disfrutando de las últimas horas de vida en los brazos de alguien… estamos aquí como capullos empollones estudiando cosas ilógicas que no entiende nadie y en las que no nos concentramos.

Poco a poco las bancadas detrás de las grandes mesas de estudio y consulta se van quedando vacías. Finjo que tengo sueño y hasta

doy una enorme cabezada contra los papeles de Kraus. Alister carraspea la garganta y me recrimina.

–Pronto irás a dormir. Solo un rato más –sentencia.

Como si fuese tan fácil concentrarse después de un día como el de hoy.

Estoy deseando que Alister se marche y me deje sola para poder encontrarme con Daniel y continuar lo que pasó en mi habitación. Siento el calor subiendo por debajo de mi vientre al recordarlo. No me sentía tan… desde hacía muchísimo tiempo. Mi atracción por él es casi animal. Miro de reojo a Alister y reconozco que no está nada mal. Su imponente físico podría partirme en dos de un solo golpe. Además de su cuerpo está su cara… tiene unos labios carnosos que invitan a ser mordidos, una mandíbula recta y perfecta que acaba en una barbilla prominente y partida en medio por un hoyuelo; ¡Joder! El cabrón es muy guapo, también. Me descubre mirándolo embobada y desvió la mirada hacia un libro que tengo cerca.

–Quiero ir al servicio... –susurro.

–Ya queda poco. ¡Aguántate!

–No puedo. Necesito ir a mi habitación, es urgente... no es solo pis...

Me mira con cara de pocos amigos y se acerca.

–Yo recogeré esto... Se supone que no debes marcharte tan pronto... Anda, vete.

Me apresuro a levantarme rápido cuando siento que me agarran del brazo.

–En unos minutos pasaré por tu habitación y, a menos que quieras que me quede a hacerte compañía toda la noche, nadie más entrará.

Salgo y el aire fresco me da en la cara refrescando mi mente y mis brazos desnudos; un leve escalofrío recorre todo mi cuerpo. Miro cerca de la entrada del edificio de los dormitorios, pero Daniel no está. Parece que se lo ha tragado la tierra. Entonces pienso en que podría estar esperándome dentro de mi habitación...

Aprieto el paso hasta el edificio. La emoción y la brisa me empujan rápido hasta la entrada. Llego hasta mi cuarto, enciendo la luz y no hay nadie. La desilusión cabalga por mis hombros hasta albergarse en mi pecho.

«Te han dado plantón, bonita» –pienso, aunque en realidad no habíamos quedado en nada. Solo pensaba que él tendría tantas ganas de verme como yo a él.

Decido darme una ducha para despojarme del sudor, el olor y los restos de sangre seca... cuando salgo, me llevo un susto mayúsculo y veo de reojo la sombra de Alister apoyada en el balcón.

–¡Joder, tío! Me has dado un susto de muerte... ¿Podrías hacerme el favor de no colarte más en mi cuarto? Podría haber salido desnuda...

–¡Qué pena habérmelo perdido!

–En serio, ¿esto es legal? Ya roza el acoso... no sé si los Alas rotas o negras tenéis un código de honor o algo, pero lo tuyo ya se pasa de madre.

–Disculpa si te he asustado... –comenta mientras se acerca a una velocidad casi imperceptible para mis sentidos–. Solo quería comprobar que estabas sola y bien. Y por lo que veo... ¡Estás más que bien! –Sonríe socarrón.

Normalmente no me suelo acobardar con tipos como Alister, pero estoy mojada, con una toalla de ducha minúscula rodeándome el cuerpo y... Daniel podría aparecer en cualquier momento. No quisiera que él pensase que Alister y yo estamos juntos. Sin

embargo, el Alas negras se acerca, su camisa está desabotonada hasta el cuarto botón, dejando al descubierto sus pectorales y el comienzo de su rígido abdomen.

–¿Te puedes marchar ya? Oye, ¿no eras tú el que decía que debía descansar...? O te vas ahora mismo o mañana hablo con Kraus. Parece que es el único a quien temes...

–No te confundas. No le temo, le respeto. No es lo mismo. Los Alas negras tenemos una jerarquía muy definida, ya lo aprenderás... si sobrevives. Por eso no quiero encapricharme contigo, por si al final no pasas las pruebas... Aunque podrías estar contenta de que alguien como yo se haya fijado en ti.

Paso por alto la última pedantería que ha dicho sobre él. Y pienso en sus últimas palabras: "Alguien como yo se haya fijado en ti".

–No estás seguro de que pueda llegar al Inquisitio, pero sí crees saber cuál será mi destino en él… ¿Aclárate?

–De eso estoy seguro. No hay lugar a dudas. Estamos convencidos de que si superas las pruebas, vendrás con nosotros a Descentio. Te dejo para que descanses, Kassandra. Solo tienes unas pocas horas, dentro de poco vendré a buscarte.

–¿Es allí donde está mi padre? ¿En el Descentio?

–Hay preguntas que no deberías formular siquiera. Mañana es un día importante... No nos defraudes. Sabes que no has sido buena estudiante, nunca has destacado en nada en la tierra, pero aquí puedes empezar de cero, no lo desaproveches.

Se dirige hacia la puerta y desde allí me guiña un ojo y me lanza un beso al cerrarla.

«¿De qué va este tipo?» –Sacudo la cabeza para no pensar en él. Corro hacia el balcón y alargo el cuello todo lo que puedo por si veo a Daniel oculto en las sombras del edificio de enfrente. No hay suerte. Entro de nuevo y me tumbo en la cama. Empiezo a pensar

en la mala fortuna que he tenido en la vida siendo una niña pobre y casi invisible para los demás en la escuela y el instituto. Mis calificaciones nunca fueron buenas porque yo no podía pasar las tardes enteras estudiando como mis amigas. Yo tenía que cuidar de mi madre, encargarme de la casa y buscar algo de dinero para poder ir tirando. Desde muy joven me he buscado la vida realizando trabajos duros y mal remunerados. Me gustaría sobrevivir al Diaberum solo por verle la cara y, tal vez, partírsela, al hijo de puta ese que va diciendo por ahí que es mi padre. Los niños en la escuela pueden ser muy crueles cuando eres diferente y los adultos pueden tratar de abusar de ti cuando te ven indefensa... Por suerte, siempre he sido pobre, pero valiente. A los pocos instantes, pierdo la consciencia y me duermo profundamente.

Aún no ha amanecido y ya estamos preparados para la siguiente prueba. Al final Daniel no apareció. Supongo que tampoco pudo librarse de su escolta o simplemente ha estado toda la noche estudiando en su habitación. Le veo llegar junto a su sombra: el vampiro que parece su novio más que un mentor. Me sonríe correcto y le devuelvo el saludo, aunque por dentro estoy rabiando porque necesito saber qué ha sido eso tan importante que estuvo haciendo anoche para dejarme plantada... Ni los estudios son motivo suficiente para dejar a alguien tirada de esa manera.

Recojo mi pelo en una cola alta con una gomilla y miro al frente. Junto a las puertas nos esperan una especie de monjes con túnicas grises anudadas a la cintura y una gran capucha recia que les cubre el rostro. El que está delante de mi puerta se dirige a mí con voz neutra y ronca, y me pide que pase dentro.

Entro a una habitación que simula un aula de clase de instituto. Los grandes ventanales traslúcidos dejan pasar la luz del sol, aunque estoy segura de que hay unos grandes focos para crear un ambiente cálido y cómodo. Aunque para mí las aulas de los institutos nunca han sido un lugar apacible y agradable. Creo que he pasado más tiempo en el despacho del director Mckenzie que en el aula. Si desechamos la idea de que la mayoría de los alumnos de mi insti me

hacían bullying, mejor dicho, lo intentaban, y yo tenía que partirme la cara con todos ellos en el patio... Siempre me ha aburrido sobremanera esa manera tan lineal, clásica y pedante de enseñar las materias académicas siguiendo el rigor y la memorización como eje de la educación, pues no he sido nunca una alumna modelo; excepto en aquellas asignaturas que me gustaban.

–Toma asiento, por favor. Voy a preguntarte tres acertijos. Procura no precipitarte al responderlos. No hay un tiempo límite para contestarlos. No obstante, debes saber que si te excedes demasiado, podrías superar el tiempo total establecido para resolverlos. Entonces, esa puerta al fondo del aula se abrirá y significará que has perdido la prueba. No puedes fallar ningún acertijo, de lo contrario, serás eliminada. ¿Alguna pregunta?

–No –respondo de manera firme y cortante. Tomo asiento en la primera banca de la clase, justo delante de la mesa del profesor, bueno, en esta ocasión la mesa del Alas rotas...

–Tu primer acertijo es el siguiente:

"Atraviesa ciudades, campos y bosques, pero nunca se mueve. ¿Qué es?"

La vida me ha dado inteligencia, aunque no capacidad para estudiar o retener datos. Pienso en mi vida en la calle y empiezo a analizar y buscar la respuesta en las estanterías de la biblioteca de mis experiencias vitales y que mi cerebro ha ido almacenado día tras día sin que sea consciente de ello.

Pienso en las cosas que cumplan las dos premisas del acertijo: atraviesa muchos lugares y, sin embargo, es inamovible. Podría ser algo que no se mueve porque es fijo o porque no cambia... recapacito un par de minutos evitando mirar el rostro de ese tipo debajo de la capucha. Me recordaría a mi profe de matemáticas y podría hacerme perder la prueba. Encierro mi rostro entre mis manos y apoyo los codos sobre el pupitre... Finalmente, pienso en

que la respuesta podría ser un sendero o un camino porque atraviesa ciudades, pero no se mueve.

–Mi respuesta es: un camino...

Lo miro y su rostro, oculto en las sombras no varía. Aguanto la respiración y agudizo el oído por si la puerta del fondo se abre... me temo lo peor. Ese ser no se mueve. Siento sus ojos clavándose en mí ante mi respuesta. Mantiene unos segundos la tensión y cuando creo que va a abrir la boca para decirme que estoy eliminada. Continúa hablando como si nada.

–Siguiente acertijo: **Soy tan frágil que, al decir mi nombre, me rompo. ¿Qué soy?**

Formula la pregunta sin siquiera mirarme. Imagino unos ojos enjutos y rojizos debajo de esa capucha. De no verlo sentado frente a mí, habría pensado que es una grabación. Trato de volver a concentrarme y olvidar al Alas rotas. Estrujo mi cerebro. El segundo acertijo parece mucho más difícil. Pienso en todas las cosas físicas que pueden ser frágiles: el cristal, una flor, una escultura, la porcelana... pero cuando se dice su nombre no se rompen, a no ser que sea el cristal con un grito muy agudo... debe ser algo intangible o inanimado... algo que se destruya cuando se pronuncie, su nombre o una palabra... Paso un buen rato devanándome los sesos cuando el monje carraspea su voz para que me apresure o seré eliminada. Estoy casi segura de que la puerta está a punto de abrirse. Debo arriesgarme y decir algo o de todas formas perderé la prueba.

De repente, se me enciende la bombilla en mi interior y respondo:

–¡El silencio! –grito.

Parece que mi respuesta le pilla por sorpresa porque da un leve respingo sobre su silla. Empiezo a escuchar los goznes de la puerta "prohibida" y me preparo para levantarme. No obstante, no pasa nada. El silencio vuelve a envolvernos y siento que pueden pasar dos

cosas: ese tipo formulará la última pregunta; el acertijo final con el que me derroten o sacará una pistola y me pegará un tiro en toda la frente. Cualquier cosa puede pasar... no me fío de estos tarados.

—La he subestimado. Veamos qué tal se le da la tercera adivinanza –noto una cierta risilla en el tono de su voz y no sé si es de sorpresa, alegría o pura malicia porque no seré capaz de resolverlo. Recojo un mechón de pelo que cae sobre mi frente y lo coloco en la cola–.

—"No tiene principio ni fin, pero puede rodearlo todo". ¿Qué es?

–¡Dios! –Exclamo por la prontitud de su pregunta. Estaba absorta en mis pensamientos y no lo he escuchado bien–, ¿podría repetir la pregunta?

–No hay problema –suspira y pone los ojos en blanco–. No tiene principio ni fin, pero puede rodearlo todo...

Agacho la vista hacia el suelo. Repito el acertijo varias veces en mi mente y noto cómo las manos empiezan a sudarme. Me doy cuenta de que mi propio cuerpo me está saboteando y mi mente empieza a bombardearme con mensajes del tipo:

«No lo vas a conseguir», «este es imposible de acertar», «no está mal has acertado dos»... «Estoy tardando demasiado».

Sé que dispongo de unos pocos segundos para dar mi respuesta. Entonces, varios mechones caen sobre mi cara y, molesta, me dispongo a deshacer mi cola. Tiro de la goma y cuando me recojo los pelos, observo por el rabillo del ojo la gomilla sobre mi mano derecha. Entonces, lo veo claro. Antes de que ese ser articule palabra y me diga que estoy eliminada, respondo:

–¡El círculo! Es el círculo, porque no tiene principio ni fin y lo rodea todo, a diferencia de la circunferencia que es solo la línea que rodea al círculo.

El Alas rotas se levanta de golpe y yo retiro la silla también poniéndome a la defensiva. Pienso que ahora es cuando me ataca o cuando me eliminan.

La puerta del fondo se abre y dejo caer mis hombros desilusionada por haber perdido.

Ese hombrecillo embutido en su túnica me señala con el brazo la puerta que ya se ha abierto.

–Dígame, entonces… ¿Cuál era la respuesta correcta?

–¡Enhorabuena! Ha adivinado los tres acertijos. Sigue tu camino como en la respuesta del primer acertijo. –Dice, dándose la vuelta para caminar en dirección contraria a donde está la puerta abierta.

23. RESISTENCIA

«La adversidad puede ser la llave que abrirá la puerta a tu mayor resistencia, esta será el puente que te lleva de donde estás a donde quieres estar».

Tratados de los Escribas Blancos. La Impenetrable.

Daniel

Creo que me estoy volviendo loco porque cuando salgo de la sala donde esa especie de druida antipático me ha formulado los tres acertijos, pienso que he podido oler el olor de Kassandra. Tal vez sean las ganas que tengo de verla y de que ambos hayamos pasado las pruebas.

No tengo forma de poder saber los resultados de los demás candidatos, salvo que me los encuentre esperando para la siguiente prueba. Sin embargo, como las pruebas se suceden unas tras otras, tal vez hasta el final del día no pueda verla… o tal vez, no la veré nunca más. Suspiro algo abatido y continúo.

Es curioso cómo puedes desarrollar sentimientos por una persona en tan poco tiempo. La noche anterior deseaba verla con todas mis ganas, sin embargo, no me reuní con ella tras hablar con el vampiro. La charla de Radgüll me hizo darme cuenta de que tal vez no debía ser tan confiado y dejarme llevar por los sentimientos. Especialmente ahora que solo me faltan tres pruebas para lograr el objetivo y, sobre todo, sobrevivir. Necesito conseguir esa segunda oportunidad que me ayude a esclarecer las muertes de mis padres, averiguar de lo que soy capaz y conocer aquello que fue mi madre y nunca me contó.

Cada vez que veo a Kassy con su mentor... siento una punzada aguda en la boca del estómago como si me estrujasen las tripas y les echasen un jugo ácido de un limón. ¿Celos? Seguro. Solo que simulo indiferencia... Como anoche cuando los vi... Es verdad que estaba agotado y necesitaba centrarme en las pruebas de hoy… Sé que si la hubiese visto habríamos acabado hasta las tantas hablando o lo que hubiese surgido… Sin embargo, gracias al descanso y la concentración he sido capaz de superar la prueba de CONOCIMIENTO que ha sido un paseo para mí.

Eso no quiere decir que anoche, antes de quedarme dormido, no me imaginase cómo mis manos recorrían su piel despacio, deteniéndome en mis partes favoritas hasta hacerla estremecerse con el cosquilleo de las yemas de mis dedos sobre su cuerpo. Fantaseé con besarla lentamente y juguetear con mi lengua hasta que, sedienta de mí, no pudiese evitar morderme el labio pidiéndome más, suplicándome con su mirada que continuase bajando mi mano hasta llegar a lo más profundo de su intimidad. Allí, me deleité con la piel suave y húmeda que rodeaba mis dedos. El calor de nuestros cuerpos trepó por mi espalda como un caballo desbocado sobre nosotros provocando que las primeras gotas de sudor que perlasen mi frente goteasen lentamente sobre sus senos y recorriesen su vientre hasta detenerse sobre su ombligo, donde se acumulaban hasta que el movimiento de sus caderas provocase que esa traviesa gota llegase hasta su sexo, haciéndola gemir de puro placer al sentirla.

Ya era bien entrada la noche cuando no pude evitar que mi mano se posara sobre mi miembro y, sin dejar de imaginar la escena, no pude evitar darme placer a mí mismo. Una manera eficaz de liberar la tensión y quedarme dormido pronto. Seguí imaginándome cómo sería tener a Kassandra entre mis brazos. Sus ojos verdes me invitaban a hacer con ella todo aquello que nuestros excitados cuerpos deseaban. Mi imaginación corrió desbocada mientras me frotaba al imaginar cómo Kassandra tomaba el relevo y saltaba a horcajadas sobre mí, tomando el control. Sus manos acariciaban mi pecho mientras sus labios me susurraban al oído que me iba a hacer

disfrutar como nunca antes nadie lo había hecho. Entonces, bajó su mano hasta mi pantalón y lo desabrochó con pasmosa habilidad y agarró mi firme miembro. Sus ojos se abrieron un poco más de lo normal al descubrir mi intimidad. Sonrió y empezó a recorrer mi abdomen con su lengua a la vez que apretó mis pezones con sus manos. Sentí las puntas de sus uñas enredarse en los vellos de mis pectorales y grité de puro placer. Su lengua continuó hasta donde comienza a crecer mi vello púbico más salvaje; no he podido rasurarme porque no pensaba tener sexo... Sin embargo, a ella parece gustarle lo que ve.

–¡Continúe caminando, por favor! –Me sorprende una voz grave detrás de mí –. Sacudo la cabeza y olvido el excitante sueño de anoche.

La siguiente prueba es la de RESISTENCIA... Camino deprisa, más que por sentir ganas de adentrarme en otra prueba a vida o muerte, por deshacerme de los pensamientos con Kassandra y concentrarme en lo que viene.

Llego hasta una especie de charca de barro que apesta a huevos podridos. Está infestada de moscas y mosquitos. Me hacen subir una especie de escalinata y me detengo.

Una voz metálica por megafonía me sorprende:

–En la prueba de RESISTENCIA deberás aguantar hasta que contemos trescientos segundos agarrado al tronco que hay sobre esta charca. Si resistes, serás conducido hasta el otro lado y habrás superado la prueba. Si no lo consigues y caes al agua... –en ese momento algo se mueve entre el lodo menos profundo y enseña sus fauces –, serás devorado por los hambrientos caimanes que hay en esta charca.

–¿Cuánto ha dicho, trescientos?

–Exacto. Esta prueba se llama resistencia. Para que no sea tan fácil poder superarla hemos engrasado el tronco de madera con un

poco de grasa. Mi consejo es que te deslices por él, de esta manera aguantará más. Si permaneces inmóvil, caerás en pocos segundos.

«Fenomenal. Hasta aquí he llegado. ¡Malditos sádicos!» –Pienso, enfadado.

Mi lógica me dice que no le haga caso a ese tipo. Si me muevo estoy seguro que me caeré. Qué puto tarado haría algo así. No logro entender la finalidad de engrasar un tronco, que, viéndolo ahora más de cerca, es bastante grueso y a duras penas podré rodearlo con mis brazos.

–Colóquese en la posición de salida y agárrese al tronco desde abajo. En cuanto consiga agarrarse al tronco, comenzará la cuenta atrás.

Me acerco con sigilo y escucho como las aguas marrones comienzan a agitarse cuando me coloco cerca del borde de la plataforma que se eleva por encima de la charca. Trago saliva y tengo la sensación de que esto es un suicidio. Muchos candidatos perderemos esta prueba y la vida en esta prueba. Siento unas ganas terribles de darme la vuelta y salir corriendo. Si esto es RESISTENCIA no quiero pensar lo que será la prueba de MIEDO. Desde mi posición calculo cuánto tardaría en dar un salto desde la plataforma hasta la zona de suelo firme donde se encuentra el Alas rotas que parece un humano normal, sin embargo, por sus afilados colmillos, sus puntiagudas orejas y sus uñas largas y oscuras, intuyo que es un licántropo. Podría sorprenderlo y empujarlo a las aguas infestadas de caimanes y después huir. No sé hasta dónde llegaría, si me ejecutarían o si ellos mismos me lanzarían al agua después.

Escuchamos unos alaridos detrás de la pared alta y blanca que franquea el habitáculo de la prueba.

–Parece que ese no ha tenido mucha suerte... uno menos –comenta con sorna.

Salto de golpe al tronco y consigo abrazarlo con fuerza. Siento que la grasa que lo recubre se adhiere a mi traje, al contrario de lo

que pensaba.

–¡Ya! ¡Estoy listo!

–Comienza la cuenta atrás.

Observo un enorme número 299 proyectado en la pared blanca frente a mí. Mis músculos se tensan y prefiero cerrar los ojos. Controlo la respiración y escucho cada pequeño roce de mi cuerpo contra el tronco. Al cabo de unos segundos, el sudor comienza a aparecer por el esfuerzo. No quiero abrir los ojos todavía. No hasta que queden pocos segundos. Escucho un chapoteo frenético debajo de mí y sé que son las hambrientas bestias desesperadas por devorarme. Sería una muerte cruel y lenta. Pienso en todo lo que he luchado para llegar hasta esta prueba y siento una rabia y un coraje que me ayudan a agarrarme con más fuerza del tronco.

–Doscientos segundos... –dice la voz del hombre lobo. Claramente aburrido porque no me he movido un ápice. Estoy seguro de que va a ir recordándome el tiempo para que me desmoralice y piense que me falta mucho más tiempo del que ya he superado.

A los pocos segundos siento que algo roza mi pie derecho, lo recojo instintivamente y esto me hace soltarme algunos centímetros de la parte superior del tronco.

–¡Ha estado cerca! Yo que tú recogería las piernas... esos bichos tienen hambre.

Siento ganas de hacerle una peineta o tirarle algo a la cara para que se calle. Sin embargo, me controlo y trato de recuperar la distancia perdida, sin embargo, vuelvo a descender un par de centímetros. Así que no me muevo más.

–Cien segundos... parece que los tienes bien puestos, chaval. Ya falta poco... solo que ahora, se complica...

«¿Cómo?» –pregunto mentalmente.

–El tronco comenzará a girar sobre sí mismo lentamente unos pocos grados cada diez segundos. Así que te recomiendo empezar a

moverte cuando lo haga.

–¡Hijos de perra! –Maldigo a los sádicos creadores de las pruebas del Diaberum.

Empiezo a sentir una leve vibración alrededor de mis manos. El tronco comienza a girar lentamente. Reacciono abriendo los ojos y lo primero que veo, durante unas décimas de segundo es el reloj que marca ochenta y dos segundos. Me voy deslizando hacia el otro extremo del tronco para llegar hasta la otra parte de la charca enfangada. No sé si voy a ser capaz de aguantar, pero al menos voy a tratar de llegar lo más cerca del otro extremo para lanzarme contra el suelo si veo que las fuerzas me fallan. Prefiero morir en el suelo por haber perdido la prueba que hacerlo en las mandíbulas hambrientas de las bestias que saltan y repiquetean los dientes debajo de mí.

Con mucho esfuerzo y no sin sentir los primeros calambres; literalmente siento como si las fibras musculares se estuvieran desgarrando de mi cuerpo, comienzo a avanzar hacia el otro extremo. Siento que de seguir estirando mis músculos, conseguiré que se rompan. Necesito pararme unos segundos, pero el tronco se mueve y hace que pierda sujeción y que mis manos rodeen el tronco pocos centímetros por encima de la mitad; si bajan más, caeré al fango y moriré.

Desde donde estoy no puedo ver cuánto tiempo me queda. Ni siquiera escucho si el Alas rotas me está hablando. Solo sé que los oídos empiezan a pitarme y la vista se me nubla por el sudor que rebasa mis cejas metiéndose dentro de mis ojos.

De repente, un pensamiento se cuela en mi mente: Kassandra. Sí, en estos momentos pienso en ella. También pienso en mi madre y en mi padre… Tengo la sensación de estar a punto de defraudarlos a todos. Mis manos resbalan sin control. Araño mis antebrazos y mis manos contra el tronco. Siento como si decenas de cuchillas me fuesen lacerando la piel de los antebrazos y he perdido algo de carne en las yemas de los dedos.

«¡Diez segundos! ¡Vamos! ¡Aguanta por lo que más quieras! ¡No falta nada para que superes la prueba!» –Me animo.

Trato de agarrarme arañando el tronco, incluso levantándome alguna uña de la mano, sin embargo, mi peso y la gravedad hacen el resto y resbalo hasta que mis manos no aguantan y empiezo a separarme del tronco de madera. Abro los ojos de par en par cuando estoy a punto de empezar a precipitarme. Soy consciente de que falta nada para empezar a caer al vacío. Entonces, cuando creo que lo siguiente va a ser dolor, sangre y oscuridad... Mi cerebro se rebela y mi cuerpo toma vida propia haciendo que mis piernas se agarren al tronco como unas tenazas justo cuando iba a empezar a caer. Siento un calor sobrenatural en las piernas cuando agarro el tronco desesperadamente. Sé perfectamente de dónde viene ese calor: mi poder. Por suerte, no se ha manifestado fuera de mi cuerpo, todavía, y nadie lo ha podido ver. Las piernas me abrasan por el esfuerzo y el calor acumulado al sujetarme al tronco. Cuando pienso que el dolor es insoportable y que voy a tener que soltarme, una enorme lona de plástico se despliega justo debajo de mí y me dejo caer sobre ella aliviado.

Sonrío, lloro y me relajo. Empiezo a gatear poco a poco con los brazos y las piernas ensangrentados hasta el otro extremo de la lona; las gotas de sangre que chorrean abajo parecen excitar más a las alimañas. Cuando alcanzo el otro extremo, grito de júbilo al salir y me emociono por la intensidad de la prueba y la alegría por haberla superado.

–Me parece que has hecho trampas, ¿no? –Me pregunta el Alas rotas con cara de pocos amigos.

«Oh, oh» –Pienso.

–No creo... dejo escapar a duras penas mientras recupero el aliento. No quiero levantar la vista mientras recupero el aire porque sé que ahora es cuando me acusan de tramposo por usar mi poder y todo esto se acaba.

–Eso de usar tus piernas no parecía muy ortodoxo... –Dice revisando las normas de la prueba en su libreta.

Sigo callado, no sé qué decir.

–Según lo que pone aquí... –Carraspea–, solo puedes usar los miembros superiores y el tronco. No pone nada de usar otra parte de tu cuerpo…

Estoy a punto de protestar cuando me interrumpe. Me mira de arriba a abajo y sonríe.

–¡Es broma! –grita de emoción, dándome tal sobresalto que me hace ponerme en posición de defensa con mis puños en alto.

Sonrío tímidamente, sin saber cómo reaccionar ante un tipo que cambia de carácter tan fácilmente.

–No te preocupes. Estaba bromeando. Se permite usar cualquier parte del cuerpo. Solo que no conozco a nadie que haya usado sus piernas en vez de sus brazos; y aún menos cambiar de postura durante la prueba sin caerse. Te doy mi enhorabuena, –me dice haciendo una pequeña reverencia–, esta prueba es de las que más candidatos pierden. Deberías ir a curarte esos brazos, las manos y… las piernas.

Me miro y veo gotas de sangre chorreando por mis manos desde mis antebrazos hacia abajo pintando el suelo de rojo. Empiezo a ser consciente del dolor que empieza como un leve escozor y enseguida trepa hasta mi cerebro convirtiéndolo en algo insoportable.

24. MIEDO

«Mira el caldero de tus miedos y haz lo que temes hacer. Te asustará al principio, pero sigue haciéndolo, aunque lo temas pues esa es la fórmula más rápida y segura para superarlos».

Escritos tallados en los Guerreros gigantes de mármol. Cripta Secreta de Itsar-Dhun, la Tierra.

Kassandra

Aún siento escalofríos por la prueba que acabo de superar. No sé cómo he podido hacerlo. He entrenado duro con Alister, pero no pensaba que pudiese aguantar encima de ese montículo durante todo ese tiempo alternando los pies a cada poco rato. La superficie de apoyo era poco más que el puño de un niño. Era una especie de estalagmita que sobresalía por encima de millares de puntiagudas agujas de piedra apuntando hacia mí. He estado a punto de perder el equilibrio en varias ocasiones y me he visto ensartada por esas dagas de mineral frío y lacerante.

Camino cojeando hasta la entrada de la siguiente prueba. Casi no puedo caminar sin sentir un dolor explosivo e insoportable cada vez que apoyo el pie.

–¡Kassandra! –Escucho que alguien me llama por mi nombre desde atrás. Miro y veo a un chico pelirrojo que se acerca a mí, pero sin desviarse de su camino hacia la siguiente prueba.

– ¡Hola! ¿Cómo sabes mi nombre?

–Hemos estado juntos en los entrenamientos... es casi un insulto que no te acuerdes de mí –sonríe tímido e incluso se sonroja un poco...

Entonces lo recuerdo. Es ese chico delgado que peleaba como un bellaco. Al parecer, había practicado boxeo antes y por eso golpeaba de esa manera tan brutal.

–Ahora te recuerdo. Tú eras el chico que pegaba tortas como panes, ¿verdad?

–En efecto. Ese soy yo, mi nombre es Wilit –Se sonroja aún más y se acerca un poco como para estrechar mi mano, pero sin sobrepasar las líneas rojas que están pintadas en el suelo. Las señala con el dedo –, no podemos pasarlas, nos descalificarían; bueno, dependiendo de las vidas que te queden... a mí solo me queda un fallo y…

Ignoro su confesión porque solo lo conozco de vista y no sé si lo que pretende es matarme y acabar con una de mis "vidas", como dice él, para superar las últimas pruebas.

–Está bien, no te preocupes, ya quedan pocas pruebas.

–Deberías curarte esos pies... –Dice señalándome con su mirada. El pelo lacio del flequillo le cae sobre la frente y se lo echa para atrás revelando una gran cicatriz en el brazo derecho. Me quedo embobada mirándola–, me la he hecho en esta prueba, pero ya me he pasado por la enfermería...

–¿Hay una enfermería?

–Sí, claro. Solo puedes ir entre prueba y prueba, una vez que la hayas superado. Tienes que pedírselo al Alas rotas que vigile tu prueba. Aunque la mayoría de las veces son ellos mismos los que te envían allí cuando te ven que has acabado muy mal.

–Pues me vendría fenomenal visitarla y que me dieran algo para el dolor de los pies y las heridas.

Acto seguido se abre una puerta de la pared lateral blanca derecha que me separa de los otros habitáculos de las pruebas y aparece un hombre con bata blanca.

–Kassandra Bedingfield acompáñeme por aquí.

Le sigo como si fuese Alicia en el país de las maravillas agachándome al atravesar la puerta que ha aparecido de la pared blanca. Cuando la cruzo, una nube de vapor blanco refrescante y con olor a menta cae sobre mí y después no recuerdo nada más, solo que floto o me caigo sobre algo acolchado.

Cuando despierto, descubro que estoy sentada sobre un mullido sillón negro. Todo a mi alrededor es oscuro y una voz metálica me sorprende cuando me dispongo a levantarme.

–No te levantes hasta que hayas escuchado las indicaciones. Ya estás en la prueba de Miedo… hemos tenido que traerte directamente porque el repararte nos ha llevado algo de tiempo y no queríamos retrasar tus pruebas. La próxima vez que necesites repararte después de una prueba, pídelo inmediatamente.

Noto que el dolor se ha desvanecido cuando los apoyo los pies en el suelo. Intento levantarlos para tocarlos, pero algo me frena.

«¿Correas?».

–¿Me habéis amarrado? –Pregunto incrédula.

–Esta prueba trata de poder superar tus miedos más ocultos. Si eres capaz de vencerlos, habrás pasado la prueba. Esta prueba no tiene tiempo de superación, así que relájate y disfrútala, bueno, todo lo que puedas sin... pasar mucho miedo...

Su carcajada metálica me recuerda a las grabaciones de las atracciones de terror en el parque de atracciones... Solo que ahora sí infunde algo de respeto en mí. Esta vez sé que la cosa no va en broma así que siento cómo empiezo a ponerme tensa.

Una luz roja se enciende al fondo de la habitación. Escucho algo arrastrándose, que se acerca hacia mí. El siseo característico del animal me hace reconocerlo: ¡Mierda, una serpiente! Entonces, empiezan a salir más serpientes de las paredes contiguas, del suelo, incluso del techo y comienzan a seguir a la que parece ser su reina. Su tamaño es gigantesco. Tiene unos ojos amarillos brillantes y su piel es del mismo color parduzco. Parece una anaconda albina

gigante capaz de tragarme entera de un bocado y engullirme viva mientras me asfixio o muero abrasada en su interior por los jugos gástricos de su estómago.

No creo que sea una muerte muy agradable, la verdad. Tampoco es que las serpientes sean bichos que me den especialmente miedo, pero jamás he visto un animal tan impresionante delante de mí en toda mi vida. Estar maniatada a un sillón del que no puedo moverme para poder defenderme y rodeada por cientos de reptiles siseando y arrastrándose no es agradable que digamos. Intento localizar algo con lo que romper mis ataduras. No hay nada cerca. Trato de forcejear, pero mis muñecas y tobillos se resienten. Es imposible escapar. Entonces, se me ocurre hacer lo único que puedo hacer en mis circunstancias: permanecer inmóvil, quieta como si fuese una estatua de sal. Al instante, siento decenas de serpientes rozar mis pies descalzos, encojo los dedos de los pies de manera inconsciente; este leve movimiento las excita y comienzan a trepar por los pies del sillón hasta llegar a la parte superior cerca de mi cabeza. Cierro los ojos e ignoro todos los roces viscosos y fríos alrededor de mi piel, algunos incluso rozando mi rostro y pasando demasiado cerca de mi cuello, boca u ojos. Cuando creo que no puedo aguantar más, todas se retiran y las escucho alejarse. Entonces, sé que la gran anaconda está frente a mí. Puedo oler su aliento fétido y casi mascar la humedad de su respiración.

«No voy a aguantar, no voy a resistir» –pienso realmente asustada.

Entreabro los ojos levemente y la veo inmóvil frente a mí. Es impresionante. Su imponente cuerpo está alerta y a la defensiva ante cualquier mínimo movimiento de mi cuerpo para atacar y engullirme. Veo como la baba de su boca entreabierta, de la que salen unos colmillos como sables, cae sobre mis pies, mojándolos. Siento un asco y una repulsión indescriptible. Quiero encoger los dedos de los pies, pero me digo a mí misma que si lo hago estaré muerta. Gritaré horrorizada y perderé la prueba. Vuelvo a cerrar los ojos, deseando que esto acabe cuanto antes. Sin embargo, recuerdo

las palabras del Alas rotas y sé que esto es entre ella y yo. Una de las dos deberá rendirse; la otra, morirá.

Comienzo a sentir cómo su cuerpo empieza aferrarse al mío y cómo mis articulaciones empiezan a oprimirse poco a poco. Al contrario que las otras serpientes, el cuerpo de esta está caliente. Lo cual hace que sienta más repugnancia aún. Creo que su idea es estrujarme y reventarme internamente o hacer que me desgañite pidiendo socorro y así perder la prueba. Sigue apretando y apretando hasta que consigue colocar su cabeza junto a la mía, al enroscarse sobre mí. Veo cómo su ojo frío e inmóvil me observa.

«¡Dios, voy a gritar! Siento que me muero de miedo y que no aguanto más».

De repente, no sé cómo ni por qué, observo que su mandíbula queda a la altura de mi cabeza y que no podría girarse tan rápido para engullirme. Sigue apretando y apretando y siento que mis huesos comienzan a separarse y el dolor aumenta hasta hacerse insoportable. Entonces hago una locura, algo que solo podría ocurrírseme a mí. Abro la boca todo lo que puedo y le doy un mordisco a la bestia con todas mis fuerzas. La criatura no se lo espera y reacciona soltándose de alrededor de mi cuerpo y, lejos de volverse y engullirme, sale despavorida hacia el fondo de la habitación. Todo se queda en silencio y yo respiro entrecortadamente con un trozo de la carne de la cabeza del animal temblando entre mis dientes. Lo escupo para poder respirar y siento una arcada cuando, de manera inconsciente, saboreo la carne viscosa y aún caliente del animal que se queda entre mis dientes.

Mis ataduras se aflojan y caigo hacia adelante dando una arcada. Vomito lo poco que tengo en el estómago y la puerta del fondo se abre. Me limpio la boca y comienzo a avanzar entre arcadas hacia la salida. Siento tal repugnancia que camino lentamente por miedo a pisar alguna serpiente rezagada o que esté acechando en la oscuridad del suelo negro para morderme.

–Enhorabuena has superado la prueba de MIEDO. Puedes continuar hasta la última prueba: PODER.

Casi a rastras, comienzo a avanzar hacia la claridad... Jamás he pasado tanto miedo en mi vida... Estoy temblando cuando salgo al exterior. A mi alrededor solo hay rostros pálidos y despavoridos. No soy la única que ha pasado miedo... Recobro el aliento y le suplico por algo de agua a alguno de los ayudantes que esperan pacientes a que todos los candidatos hayan terminado la prueba. Estoy enjuagando mi boca y escupiendo el agua al suelo junto a una esquina más apartada, pero sin sobrepasar las líneas rojas. Entonces, lo veo y siento un cosquilleo en el estómago. Parece desorientado y satisfecho por haber sobrevivido hasta la última prueba aun sin quedarle ninguna oportunidad más para fallar.

De repente, mira hacia donde estoy yo y se le ilumina el rostro al verme, como quien ha visto a la persona más importante del mundo. Camina a prisa hacia donde me encuentro. Entonces, un Alas rotas con la apariencia de un hada, lo intercepta y le dice algo al oído. Daniel se gira y mira su brazo y asiente con la cabeza. Desde donde me encuentro compruebo que la herida es grande y profunda. Debe ir a la enfermería para poder estar en perfectas condiciones y enfrentarse a la última prueba. Daniel camina detrás de la joven y me mira por última vez antes de desaparecer. Parece que estamos destinados a no hablarnos hasta que todo esto acabe… Sonríe y creo que el mundo es un poco mejor y que la perfección existe. Siento una punzada de excitación en mi interior y me ruborizo a la vez que levanto la mano para saludarlo.

«¡Joder! ¿Qué tiene este chico para gustarme tanto...?»

Es guapísimo, está fuerte, aunque no demasiado, sin embargo, no sería de los chicos en los que me fijase al entrar a un local una noche de fiesta. No puedo evitar imaginarlo encima de mí besándome el cuello y agarrándome del pelo mientras lo hacemos contra la pared.

Alucino con mi capacidad de olvidar la adversidad, el cansancio o el asco cuando le veo y sustituirlo todo por sensaciones agradables y reconfortantes. Si no fuese por el lugar en el que nos encontramos, el estrés y la presión tan grande por sobrevivir, diría que me estoy pillando por Daniel.

«Ni lo pienses... ¿No te estarás enamorando del niño bueno del "campamento"?».

Sacudo la cabeza y me anudo los cordones de las botas. Después, me siento a descansar apoyada en la pared. Sé que esta debe ser la prueba más dura y desconcertante de todas. Se supone que debemos usar nuestro poder… Pero lo que acabo de vivir me ha dejado tocada. Jamás he sentido tanto pánico y asco a la vez en mi vida.

Para la siguiente prueba debería haber demostrado algo de mi poder, pero ni siquiera he manifestado un poco... ni puedo mover objetos ni atravesar paredes o lo que quiera que se suponga que podré hacer una vez consiga mis alas… Me preocupa bastante porque no sé a lo que voy a enfrentarme ni si seré capaz de manifestar un poder lo suficientemente poderoso como para estar a la altura y poder sobrevivir…

25. PODER

«El verdadero poder lo posee aquel que es su propio héroe ya que comparte su vida con pasión y paz. El poder crece cuando progresas en tu propia libertad y la de los demás. Los poderosos no se hieren a sí mismos ni a otros, pues usan su poder y su energía para ayudar y enriquecer a los demás con amor».

Cartas Apócrifas del Arcángel. La Impenetrable.

Daniel

La he visto. Sonrío mientras sigo al Alas rotas hacia la enfermería. Kassandra está viva y solo nos queda una prueba para acabar con esta pesadilla y, quien sabe, si continuar con lo que dejamos a medias…. Desde aquella noche no he podido quitármela de la cabeza. Ni siquiera cuando he estado jugándome la vida en las pruebas.

La prueba de MIEDO ha sido demasiado para mí... La lucha final contra esa arma gigante ha sido lo más heroico que he hecho en toda mi vida, lo reconozco. Me he librado por poco, y prueba de ello es el corte que el gigantesco insecto me ha hecho durante la lucha y del que yo no me había percatado hasta que he salido al exterior. Aprieto mi mano contra el brazo y, aún así, la sangre va goteando por el suelo, dejando un reguero de gotas rojas brillantes en el camino.

Tardan poco en recomponerme y curarme. Cuando acaban, me acompañan hacia otro lugar diferente. Estoy listo para la última prueba. A priori debe dárseme bien puesto que mi poder ya se ha manifestado. Esa luz blanca de poder que incineró a los dos

demonios rojos... Solo que esta vez espero que no acabe conmigo otra vez.

Cuando regreso de curarme, esperaba encontrarme con los demás candidatos, pero estoy solo, esperando detrás de un pabellón esférico enorme.

La puerta se abre y cuando entro, nueve figuras iluminadas por un haz de luz cegador me esperan dentro. Tomo mi posición, un círculo rojo dibujado sobre el suelo y cuando me posiciono, otro haz de luz ilumina mi figura.

–Los diez candidatos para esta prueba ya están listos para comenzar. –Anuncia una voz metálica diferente a la que he ido escuchando en las otras pruebas–. Las reglas son sencillas: La primera: solo se elegirá a un candidato ganador al final, por lo tanto, los demás deberán... perder, y si es su última vida, morirán sin poder llegar al Inquisitio.

«¡La temida criba final! Está claro que no le dan las alas a cualquiera». –Pienso, mientras trato de ver quiénes son los otros nueve candidatos a los que debo vencer.

–La segunda es que solo podrán eliminar a los demás participantes usando su poder. Nada de usar golpes, armas o cualquier técnica de lucha que no sea MAGIA. De lo contrario, seréis eliminados automáticamente. ¿Queda claro?

–¡Sí! –se escuchan varias voces al unísono.

–Comienza la última prueba, LUCHA. ¡Recordad, solo puede quedar uno!

Los haces de luz desaparecen y una luz blanca lo inunda todo. Observo las figuras en posición de defensa de los demás participantes. Estamos dentro de una especie de carpa blanca, aséptica y sin ningún tipo de decoración en su interior. Por no haber no hay ni sombra. Alargo mi brazo y compruebo que es cierto. ¡No tengo sombra! No sé qué tipo de luz nos ilumina o el entorno en el que nos encontramos, pero debe estar creado con magia.

–¿Daniel?

Escucho su voz y la reconozco antes de girarme a la derecha. La piel se me eriza y solo puedo dejar escapar un «NOOO» que retumba dentro de mi mente.

–¿Kassandra?

–¡Mierda! ¡No puede ser! ¿Nos han puesto juntos? No puedo creerlo…

Miro hacia abajo y trato de estrujarme el cerebro para intentar encontrar una solución y salvarnos los dos. Mi cerebro va tan deprisa que me mareo un poco y casi trastabillo y me caigo de bruces cuando adelanto un pie fuera del círculo rojo. Por suerte, los demás participantes están tan en shock y desconcertados, tratando de concentrarse y sacar el poder que tienen dentro, que nadie se mueve de su sitio. Sin embargo, tras pensarlo desde diferentes perspectivas, no encuentro una posible solución. Uno de los dos debe morir.

–No te agobies. Trataré de encontrar una solución para que nos salvemos los dos. Sabes lo tramposos que son estos organizadores... Debe haber alguna manera de salvarnos –Miento.

–¡Cuidado! –Me grita de repente.

Un hombre calvo, muy fuerte y con cara de pocos amigos trata de atacarme agarrándome por el cuello. Consigue alcanzarme y empiezo a notar el calor recorriendo por todo mi cuerpo, conectando las uniones neuronales y provocando que la electricidad me recorra por completo de una sacudida. Sin embargo, antes de liberar mi poder, el hombre cae fulminado al suelo.

–El candidato tres ha sido eliminado. Os recordamos que solo está permitido hacer uso de vuestro poder, no se puede atacar cuerpo a cuerpo a otro participante. –Informa la voz metálica.

–¡Daniel! Yo no tengo poder... ¿Qué puedo hacer? –pregunta Kassy, algo nerviosa.

–No te preocupes. Quédate junto a mí. Yo sí puedo invocarlo. Te protegeré hasta el final. Mientras tanto, trata de encontrarlo resguardada detrás de mí.

Por el rabillo del ojo observo que una chica con el pelo de color azul es capaz de elevar por los aires a un chico moreno y delgado, después deja de empujarlo con su poder que se manifiesta en forma de viento y este cae al suelo. El golpe seco retumba en toda la estructura semiesférica. El chico yace reventado en el suelo. La chica sonríe y dirige su mirada hacia nosotros...

Reúno todo el odio y fuerza que puedo para poder invocar mi poder. Así fue como lo conseguí la última vez. Poco a poco empiezo a notar como mis manos hormiguean y los primeros rayos de luz blanca salen por las puntas de mis dedos hasta que consigo crear un muro de protección y luz cegadora del que salen pequeños rayos preparados para estrellarse contra cualquiera que intente acercarse a Kassandra o a mí. La chica cambia su expresión y da unos pasos atrás. Decide elegir a otra víctima más… fácil.

De los otros cinco candidatos, ninguno manifiesta ningún poder. Tan solo un joven con barba poblada marrón, ojos grises y aspecto de bonachón esconde algo detrás de sus muñecas. El humo alrededor lo delata: su poder es el fuego.

Los dos chicos que están junto a la lanzadora de vientos huyen corriendo porque no han sido capaces de invocar su poder interior. La chica que está junto al pirómano, empieza a llorar porque no puede concentrarse y lograr que el poder se manifieste. La joven de la ventisca centra su atención en alguien que está paralizado por el terror y también lo lanza por los aires estrellándolo contra el suelo desde lo más alto de la carpa. El joven invocador de fuego la mira aterrorizado y decide lanzarle dos llamaradas potentes y descontroladas. La joven las frena con el viento y las lanza contra los dos chicos que huían. Envolviéndolos en un torbellino de llamaradas que los quema vivos entre alaridos. La chica que estaba invocando su poder lanza un grito de júbilo cuando consigue lanzar un chorro de agua contra la joven lanzadora de aire. La pilla desprevenida

mientras se regocija viendo a los dos cuerpos inertes engullidos por el remolino de llamas. La envuelve en una especie de cortina de agua que se transforma en una burbuja acuática que la rodea asfixiándola poco a poco. Ella intenta invocar su poder del viento, pero no puede hacerlo dentro del agua. Finalmente, se ahoga y muere.

Solo quedamos los cuatro. Miro hacia atrás y veo que Kassandra tiene los ojos cerrados y está concentrada en encontrar su poder.

El joven del fuego se acerca a gran velocidad hacia nosotros con dos bolas envueltas en llamaradas de color naranja en sendas manos. Está a punto de lanzarlas y elevo nuestra protección aún más alto. El muro consume gran parte de mi energía. Empiezo a sudar e incluso a marearme. La primera bola de fuego choca como una especie de bomba contra mi cuerpo, pero resisto el envite. La joven lanzadora de agua aprovecha para lanzar una burbuja de agua sobre el lanzador de llamas, sin embargo, antes de alcanzarle, este se percata y le lanza la otra bola de fuego, impactando de lleno sin que le dé tiempo a crear más agua para apagarla y protegerse. Cuando esta cae, la gigantesca masa de agua cae sobre el lanzador de llamas, pero es capaz de evitarla sin mojarse.

Desde un rincón nos mira sonriente y empiezo a deshacer el muro de luz blanca para poder contraatacar.

–¡Ya estoy! Lo conseguí. ¡Aparta, Daniel!

Antes de que pueda hacerme a un lado, Kassandra me sobrepasa y se pone delante envuelta en una especie de sombras negras. Antes de que el chico de fuego empiece a atacarnos, las libera y todo se sume en una oscuridad impenetrable. Al cabo de unos segundos, demasiados para pasarlos a oscuras y sin saber qué está pasando, escucho los alaridos del hombre del fuego que intenta lanzar llamaradas a su alrededor sin ser capaz de acertar en ninguna de las sombras. Cuando una de ellas es capaz de tocarle, veo como su cara empieza a apagarse y su carne se vuelve gris, secándose y convirtiéndose en una figura sin vida. Las sombras que Kassandra

proyecta son capaces de robarle la vida a cualquier criatura que puedan llegar a tocar.

Su cuerpo inerte, en blanco y negro, cae al suelo deshaciéndose en una montañita de cenizas. Las sombras se disipan cuando lanzo un haz de luz en esa dirección.

–Solo quedamos tú y yo. Tus luces y mis sombras… –Sonríe con tristeza.

Kassandra me mira inquisitivamente. Sé que hay que hacer algo, pero ¿qué? No podemos enfrentarnos entre nosotros... Eso no es una posibilidad. No puedo matarla, a ella no. Jamás podría…

–Algo habrá que hacer, cerebrito...

–Debéis acabar con el otro antes de que pase más tiempo, de lo contrario, los dos seréis eliminados. –Anuncia una voz metálica que retumba por todas partes hasta en nuestros corazones.

No quiero acabar con su vida, pero si no hacemos algo, protegerla habrá sido en vano. Contemplo los cuerpos mutilados e inertes de los demás participantes desperdigados por el suelo blanco inmaculado y la ansiedad comienza a trepar desde mi pecho hasta mi cabeza.

–Propongo que lancemos nuestros poderes con todas nuestras fuerzas y aquel que sobreviva será el ganador, así ninguno será culpable de la muerte del otro –sugiere Kassandra preparándose frente a mí con una mirada cargada de determinación y tristeza. Sabemos que solo uno puede salir victorioso, pero lo que sentimos el uno por el otro complica la inevitable confrontación. La vida es una putada a veces, y otras, puede ser la mayor de las putadas… ¡Piénsalo, Daniel! No podemos hacer nada por evitarlo… ¡Es uno de los dos o los dos muertos!

Levanto mis manos hacia el techo blanco invocando los poderosos rayos de luz. Un resplandor cegador se forma alrededor de mis dedos, chisporroteando con una energía pura y devastadora. Los contengo hasta que Kassy esté preparada. Veo en sus ojos

llameantes una oscura determinación que jamás he visto cuando alza sus brazos. Las sombras a su alrededor comienzan a agitarse como serpientes ansiosas por devorar a su presa. Su poder parece infinito y muy poderoso. No sé qué poderes tendrán los demás participantes o las criaturas de por aquí, pero el suyo parece un poder ancestral capaz de drenar la energía vital de cualquiera que se atreva a enfrentarse a ella.

Con un grito, Kassandra lanza sus sombras hacia mí. Rápidamente, lanzo un torrente de rayos hacia ella. Sin embargo, mis rayos salen algo más tarde. Nuestros poderes chocan y permanecen inmóviles al principio. Puedo notar cómo su poder empuja al mío y viceversa. Parece que estamos en tablas. Siento que podríamos estar así mucho tiempo: sin yo querer hacerle daño a ella y sin ella querer infringírmelo a mí. Entonces, algo cambia y mi poder consigue absorber sus sombras y llegar hasta ella, sin embargo, ella esquiva los haces de luz ágilmente, sus movimientos van envueltos en una danza de sombras por lo que ninguno de mis haces de luz consigue alcanzarla. De repente, Kassy se gira y las sombras se arremolinan y se lanzan hacia mí, tratando de envolverme y sofocar mi luz. Pero yo, con una explosión de energía, libero un haz de luz que atraviesa las sombras, disipándolas momentáneamente. La batalla continúa como una danza de luz y oscuridad, cada uno utilizando su poder al máximo para defenderse.

A medida que el combate se intensifica, me doy cuenta de que, aunque puedo seguir luchando, mi corazón no está en la batalla. Mi amor por Kassandra es más fuerte que cualquier poder que posea. En un momento de claridad, decido que no puedo hacerle daño a la persona que amo. Debo dejarme vencer, aunque eso suponga... la muerte.

Entonces, de repente, Kassandra detiene sus ataques, bajando lentamente sus manos como si hubiese sido capaz de leerme el pensamiento. Parece que quiere invocarlo de nuevo, pero las sombras a su alrededor se disipan. Me quedo perplejo. Deseo con

todas mis fuerzas detener los rayos, pero ya es demasiado tarde; ya han salido de mis manos disparados hacia ella.

–Kassandra, ¡defiéndete! –Le grito con voz temblorosa.

Ella me mira y sonríe levemente tras invocar a sus sombras; sin embargo, ambos sabemos que ya es tarde. En la distancia puedo leer sus labios: «No puedo seguir luchando contra ti. Prefiero perder hoy aquí que perderte para siempre».

Siento una punzada en el corazón. Dejo caer mis brazos a los lados y observo cómo los haces de luz la atraviesan y los rayos se revuelven sobre ella sin dejar intacta ni un ápice de su piel. Kassandra cae al suelo inmóvil. Su cuerpo humeante parece dar unas últimas sacudidas mientras la vida se le escapa en segundos.

–¡NOOOO! –Grito desesperado. Siento la necesidad de correr hasta ella para comprobar lo inevitable por mí mismo; sin embargo, al principio, mis pies no me responden porque estoy paralizado por el acto tan atroz que acabo de cometer: he matado a la chica que amo; de quien me he enamorado.

Me dirijo hacia ella con una desesperación apremiante. Cuando llego hasta ella percibo el calor que desprende su cuerpo, señal inequívoca de que la he incinerado. La envuelvo con mis brazos a pesar de que mi primer impulso es retirarlos porque al tocarla, me quemo. La rodeo con delicadeza, como si tuviese miedo de que pudiese romperse. Miro su rostro y sigue siendo tan preciosa como hasta hace un momento. Un hilillo de sangre recorre desde la nariz por su mejilla quemada dibujando la silueta de un rostro demasiado bello y perfecto como para que pueda perderse en este preciso momento y en este lugar tan horrible. A pesar de estar muriendo y notar que la vida se le escapa a raudales... por mi culpa; me sonríe. Las heridas provocadas por los rayos deben ser tan dolorosas que habrá dejado de sentir dolor y pronto la sumirán en un sueño eterno.

No sé qué hacer. De mi boca solo sale la palabra “NO” una y otra vez. Y mi mente la repite una y otra vez como si repitiendo este

mantra hasta quedarme afónico pudiera deshacer lo que he hecho. Mis lágrimas comienzan a caer sobre su pecho y entierro su rostro en el mío, junto a mi corazón, como si así, fuese capaz de revivirla. Empiezo a sentir un calor alarmante dentro de mí. No tiene nada que ver con Kassandra. Soy yo. Empiezo a hiperventilar y a recalentarme como si fuese una supernova a punto de estallar. La última vez que me pasó esto mismo fue cuando asesinaron a mi padre y acabé muerto... Ahora es mucho más intenso, aunque igual de doloroso. Debo relajarme si no quiero que todo este lugar salte por los aires con todos dentro. Tal vez debería hacerlo y darles una lección a estos malditos lunáticos que juegan con nosotros como si fuésemos ratones de laboratorio... pero veo su rostro a punto de apagarse para descansar en paz y enjugo mis lágrimas antes de que caigan sobre su rostro. No puedo hacerle sufrir más, así que respiro y comienzo a cantar esa canción que mi madre me cantaba para dormirme:

"*Sky full of stars*" de *Coldplay* mientras sus ojos se cierran para siempre.

Entonces, anuncian que la prueba de PODER ha terminado. Ni siquiera me muevo cuando se encienden las luces y todo se ilumina a nuestro alrededor. Si esperan que deje su cuerpo ahí tirado con una marioneta vieja, no me conocen. Ganar de esta manera no es ganar... Superar el Diaberum por la rendición voluntaria de un corazón que me amaba demasiado como para seguir luchando contra mí, tiene un sabor indescriptiblemente amargo, ni siquiera agridulce.

Sé que se ha dejado ganar, pero por qué... ese no era el trato... debíamos aguantar hasta que no pudiésemos más o hasta que hubiésemos averiguado cómo esquivar las reglas y sobrevivir los dos. Inclino mi rostro y cuando voy a tocar su rostro con mi mano por última vez, antes de levantarla para llevármela en brazos, la puerta se abre y entra la corriente de aire que nos atraviesa provocando que su cuerpo se desvanezca como si fuese una estatua de cenizas que desaparece con viento.

Permanezco allí parado como una estatua de sal durante varios minutos sollozando, queriendo ser yo el que ocupe su lugar hasta que alguien se acerca y me ayuda a levantarme del suelo. Veo el rostro de circunstancias de Radgüll, todo lo empático que un vampiro centenario puede demostrar. Me separo de él y salgo corriendo por si la veo fuera esperándome. De repente, pienso que tal vez tuviese alguna vida extra. Que tal vez no hubiese perdido ninguna otra prueba y estará fuera esperándome y riéndose de mis lágrimas.

Cuando llego fuera abro mis ojos de par en par para que se acostumbren rápido a la claridad. La busco por todos lados. La gente a mi alrededor está contenta, saltando de júbilo por haber superado todas las pruebas que les van a dar sus ansiadas alas y una segunda oportunidad... en cambio, yo me encuentro desangelado en mitad de tanta gente; como si estuviese flotando en la nada al no encontrarla.

–¡No está! ¡Déjalo ya! Hay que descansar –me avisa Radgüll acompañándome lejos de la multitud–. Debes alegrarte por ti. Ahora conseguirás tus alas. Daniel vas a hacer cosas muy grandes, créeme. No se ha visto un poder como el tuyo en siglos... Saduj nos está esperando para prepararte para el Inquisitio. Tienes que ser fuerte. Esta noche... es para celebrarlo...

–¡Y una mierda! ¡No pienso celebrar nada! ¿Me oyes? Estoy harto de esto, de todos vosotros, de tantos secretos... –Le grito sin mirarlo. Mi mirada lo atraviesa porque sigue buscándola en la distancia...

–Lo siento, Daniel. Créeme que lo siento. Yo también perdí una vez a alguien que era todo mi mundo; Se llamaba Sasha y simplemente ella eligió a otro. Así de sencillo y así de cruel, pero, aunque ahora estés jodido... tu misión es más importante que los sentimientos. Algo más importante que todo lo que podamos sentir como individuos. Sé que duele y ahora no ves más allá, pero el dolor pasará, cicatrizará, aunque siga latente debajo de la piel cada día de tu existencia. Debes prepararte para algo más grande que todos

nosotros, que el mundo que conocías hasta ahora. Daniel eres un elegido... haber superado el Diaberum lo demuestra. Descansa, date un baño, llora dentro de la bañera hasta que se te sequen los ojos y no te queden lágrimas. Pero esta noche debemos asistir al banquete. Es un protocolo que no debemos saltarnos y mañana, cuando consigas tus alas, sean del color que sean o estén o no estén rotas... Comenzará el primer día de tu vida para hacer cosas grandiosas, para obtener todas esas respuestas que anhelas desde hace mucho tiempo y, con suerte, hacer el bien a muchísima gente.

Trago saliva tratando de recomponerme. Quiero patearle el culo por haber hablado de Kassandra como si no fuese nada. Miro sus músculos y sé que podría arrancarme la cabeza de un solo zarpazo con sus manos. Comienzo a caminar a su lado alejándome de ese lugar. Siento un nudo en el estómago tan grande que casi no me deja respirar. Aprieto el puño hasta dolerme porque no pienso llorar más en público; al menos aguantaré hasta que llegue a la habitación. Mientras me alejo solo puedo repetir unas palabras en mi mente a modo de salmo:

«Kassandra no está muerta, no está muerta, no está muerta, no está muerta».

Pero lo está.

26. EL BANQUETE

«La esperanza es lo último que se pierde por difícil que sea la situación. Las grandes tormentas nos hacen más fuertes y aunque en algún momento parecen no acabar nunca, jamás duran para siempre».

Dicho Popular. Tierra de los humanos.

La habitación de Daniel se encuentra sumida en una penumbra que solo es rota por la luz de las velas. Daniel está de pie frente a un espejo antiguo con el rostro marcado por la tristeza y las lágrimas. Se mira y se queda petrificado sin ser capaz de moverse. Sin duda, el reflejo que ve es el de un hombre que no merece llamarse de esa manera. Decepcionado y abatido observa su cuerpo que muestra las cicatrices de las pruebas que ha superado en la imagen que le devuelve el espejo. Se despoja lentamente de su ropa hasta quedarse desnudo frente al espejo. Cada prenda que cae al suelo parece arrastrar con ella un pedazo de su alma herida, dejando al descubierto no solo su cuerpo, sino también su dolor. Controla los sollozos que le sobrevienen haciéndole temblar su abdomen al recordar los últimos momentos con Kassandra, pero también le vienen a la memoria la muerte de su padre y la desaparición de su madre.

Enjuga una lágrima y sonríe levemente al contemplar la imagen tan patética que refleja en el espejo y al pensar en lo irónico de una vida que se empeña en arrebatarle a todas aquellas personas que se

convierten en importantes para él. No tiene ni idea de lo que quiere decir Radgüll con ese destino trascendental que le aguarda, pero mirándose al espejo se hace una promesa: Jamás volveré a amar a nadie.

Kassandra se ha ido. En la última prueba, tuvo que vivir la peor de sus pesadillas: presenciar su muerte y no solo eso, provocarla... La tristeza lo inunda mientras sus lágrimas caen silenciosamente sobre su pecho desnudo, mezclándose con el sudor y la suciedad de la última prueba.

Se dirige hacia el baño con pasos lentos y pesados. Al fondo, una bañera de porcelana llena de agua tibia y perfumada le espera. El descanso de guerrero le llaman... Se introduce lentamente y siente como el agua le abraza como si fuese una persona capaz de acariciar su cuerpo por completo y transmitirle un calor humano y reconfortante que tal vez no va a volver a sentir en mucho tiempo. El agua le acaricia la piel conforme se va sumergiendo en ella. Recorriendo el contorno de sus músculos doloridos y limpiando las marcas y heridas visibles de las pruebas. Recuesta la cabeza en el borde de porcelana blanca de la bañera y empieza a frotarse la piel con suavidad. Los surcos del agua tibia comienzan a oscurecerse cuando la mugre va desapareciendo de su piel, aunque es incapaz de borrar las heridas invisibles de su corazón.

Cierra los ojos, permitiendo que el agua y el silencio lo envuelvan, tratando de encontrar un momento de paz en medio de su tormento. Abraza el agua con sus fuertes brazos y la vierte sobre su pecho y abdomen para calentarlos ya que estos sobresalen del agua. Intenta recostarse más para que su sexo permanezca debajo del agua también, pero no hay suficiente agua para esconderlo, así que también vierte un poco de agua sobre él. Los párpados le pesan, el agua tibia le adormece y pierde la noción del tiempo. Nota cómo todo su cuerpo se relaja; entrando en un estado somnoliento provocado por la tensión de los últimos acontecimientos. La puerta de la habitación se abre silenciosamente.

Alguien se cuela en la habitación como solo una sombra podría hacerlo. Se detiene en medio de la habitación y observa a Daniel con una mezcla de admiración y compasión. Saduj, su maestro, se acerca claramente complacido por la imagen del joven desnudo en la bañera. Saduj se queda en silencio, apreciando la belleza y la tristeza que emanan de Daniel. Parece una escultura griega esculpida en el más puro mármol por el más virtuoso artista capaz de marcar los músculos, los tendones e incluso las venas en su obra maestra. Saduj contempla cómo las gotas de agua tibia del pelo de Daniel caen sobre su frente y llegan hasta el agua recorriendo su cuerpo, provocando una alteración casi imperceptible de la superficie turbia del agua.

Los minutos pasan y, de repente, Daniel se percata de la presencia de Saduj. Sus ojos se encuentran. En esa mirada se transmite todo el peso de lo vivido y lo perdido. Daniel, aún dentro del agua, no oculta su vulnerabilidad ni su cuerpo, permitiendo que su maestro vea su dolor y su humanidad. Saduj, en silencio, se acerca un poco más, comprendiendo que las cicatrices más profundas de Daniel no están en su cuerpo, sino en su alma.

–Disculpa, quería comprobar que todo iba bien... –Se disculpa Saduj, apartando la mirada fugazmente hacia donde se encuentra la toalla.

–Es normal. Todo estaba en silencio. Yo también habría pensado que... me ocurría algo. Si no cometo una locura es porque soy un cobarde y no me quedan fuerzas para otra cosa que no sea respirar.

Daniel se levanta sin pudor y sale de la bañera completamente desnudo para buscar su toalla. Saduj traga saliva, pues no es de piedra; a pesar de su condición angelical. Las proporciones de Daniel son sencillamente perfectas. Es demasiado bello como para apartar la vista. Sabe que está mal contemplarlo de esta manera, pero no puede evitarlo, aún a riesgo de que le llame la atención y le saque los colores. Es de esas escasas personas agraciadas por la varita mágica de la proporcionalidad que ganan incluso más desnudas que vestidas.

Saduj le alarga la toalla a pesar de que podría estar contemplándolo durante el resto de la eternidad. Sabe que debe reprimirse. Cualquiera de sus acólitos alados en la Impenetrable estaría encantado con satisfacer sus deseos, sean del tipo que sean... Saduj recuerda que tiene una misión y está aquí para ayudar a Daniel. Sabe que lo está pasando realmente mal y por eso debe recordarle lo importante que es.

–Si me permites decirlo, lamento tu pérdida. Esa preciosa joven parecía ser importante para ti... Estoy seguro de que no querrás que su sacrificio sea en vano. –Deja caer Saduj apoyándose en el quicio de la puerta. Daniel se enrolla la toalla alrededor de la cintura y sale del baño pasando a escasos dos centímetros por delante de Saduj. Este es capaz de sentir el calor húmedo del cuerpo del joven al pasar y al absorber su aroma le recorre un escalofrío y tiene que apartarse y pensar en otra cosa para no excitarse; los Alas blancas también sienten.

Saduj ha sabido meter el dedo en la llaga. Hacerlo responsable de la muerte de Kassandra no habría valido de nada, sin embargo, recordarle que tiene que honrar el gesto que la joven ha tenido hacia él... le hará superar el dolor y tener una especie de propósito para continuar. Al menos, hasta que la haya olvidado en la Impenetrable. A menudo, muchos de los participantes del Diaberum olvidan todo lo acontecido en el Transitium, al fin y al cabo, cuando uno sube a lo más alto o es sumido en las profundidades más abisales, tiende a olvidar muchas de las cosas que ha vivido aquí; al fin y al cabo, esto no deja de ser un limbo en el que ni están muertos ni vivos.

–Te refieres a que lo haga por ella, ¿verdad?

Saduj asiente con la cabeza.

–No voy a cometer una locura, no te preocupes... Se lo debo a Kassandra, a mis padres y a mí mismo; dondequiera que esto me lleve, ya es demasiado tarde como para dar marcha atrás. Además, como te he dicho no podría hacerlo.

–Daniel, eres demasiado especial y valioso como para dejar que tu potencial desaparezca. Hacía siglos que no veíamos un poder como el tuyo. Puedes estar orgulloso, vas a poder hacer cosas increíbles y podrás ayudar a mucha gente... No creo que nadie quiera desaprovechar tus cualidades, independientemente del bando en el que acabes; Alas blancas, negras o rotas. En la prueba de poder todos contemplamos todo tu potencial. Aunque eso no quiere decir que serás capaz de desarrollarlo enseguida, pero estoy seguro de que lo lograrás y espero estar ahí para verlo...

–¡Menuda ironía! ¿Te imaginas que al final sea un Alas negras o un Alas rotas? –Comenta mientras se seca el pelo con la toalla–, toda vuestra ayuda no habrá servido de nada… la verdad, me da un poco igual todo esto…

–Pues lo lamentaré profundamente, pero estoy casi seguro de que eres uno de los nuestros; por eso me han mandado a mí para ayudarte a superar las pruebas. Daniel, si los de arriba no pensaran que serás uno de los nuestros, no habríamos venido a ayudarte. El poder que has mostrado es una prueba inequívoca de lo que estás destinado a ser. Hasta ahora, sólo los arcángeles han sido capaces de desarrollar un poder tan infalible como el tuyo...

–Quieres decir que podría ser un arcángel, tal vez...

–No, solo digo que tienes un poder tan extraordinario como ellos.

–¿Eso es para mí? –Pregunta señalando a un traje azul oscuro formado por pantalón y levita a juego.

–En efecto, espero que te guste. Está hecho con algunos adornos y tejidos celestiales... Espero que no te vuelvas un Alas negras puesto que sería un desperdicio –Sonríe.

–De veras que no tengo ganas en absoluto de ir a ese banquete... ¿No puedo…?

–¡NO!

–Por lo menos prométeme que no tendré que quedarme hasta el baile. Ahora mismo no puedo ver a la gente pasarlo bien.

–De acuerdo, Daniel. Vístete. Te esperamos fuera... –dice Saduj mientras ve de reojo cómo Daniel deja caer la toalla al suelo dejando entrever su cuerpo de espaldas. Cuando cierra la puerta, contempla la figura del joven en calzoncillos y siente fuerte una punzada de deseo en su estómago. Está seguro de que vaya a la sección que vaya, Daniel va a ser deseado y admirado.

«Lástima que no juega en mi liga» –Piensa para sí cuando se encuentra fuera con los ojos inquisidores de Radgüll.

Al cabo de un rato, demasiado para la impaciencia de Radgüll, abandonan las habitaciones para llegar hasta el gran salón del banquete.

Cuando llegan a las escalinatas de acceso al lugar del banquete, Daniel traga saliva al presentarse en la gran sala. Viste un imponente traje azul oscuro que irradia elegancia y autoridad. La levita, de corte impecable, se ajusta perfectamente a su figura esbelta, destacando su porte. El cuello alto de la levita le confiere un aire de alta estirpe en medio de seres de naturaleza distinta, mientras que los sutiles bordados en forma de rayos, realizados con hilo blanco, agregan un toque de sofisticación y misterio. Los rayos, apenas visibles a primera vista, se entrelazan discretamente a lo largo de la tela, simbolizando su dominio sobre la energía y la luz. El pantalón, confeccionado del mismo tejido azul oscuro, cae con una elegancia hasta los zapatos negros lustrados, que brillan con cada paso que da. El cinturón a juego, con una hebilla plateada que refleja la luz del lugar, completa el conjunto, manteniendo la armonía perfecta que confiere la camisa blanca a todo su atuendo.

Cada detalle del traje de Daniel refleja su fuerza y refinamiento. Una combinación que lo hace destacar entre la multitud. Su presencia, envuelta en ese elegante traje, emana una mezcla de poder y gracia, mostrando que, a pesar de todo, está preparado para enfrentar cualquier desafío que el ritual del Inquisitio pueda presentar.

–Hay demasiadas mesas, ¿no? –pregunta mientras baja las escalinatas y algunas jóvenes le sonríen claramente complacidas al verle.

–Pues… habéis sobrevivido noventa y tres... y no es un número muy elevado, sin embargo –responde Radgüll que, al igual que Daniel, no está muy cómodo siendo el centro de todas las miradas.

–¡Hombre, Daniel! ¡Qué alegría! –Anuncia Amy a los pies de la escalinata junto a otros participantes. Lleva un vestido celeste con una especie de estola en el pecho que cae hacia atrás y su cabello rubio recogido en un elegante moño alto. Lo mira de arriba abajo sin disimulo, claramente complacida por lo que ven sus ojos.

–Buenas Amy, estás… preciosa –saluda cortésmente a los demás y coge una copa de cava de la bandeja del camarero que se ha acercado a él nada más bajar del último escalón y se la bebe de un sorbo.

–Estos son Brünn, un fantástico luchador que ha mostrado su poder de invisibilidad, Marie–Annë, proveniente de la nobleza nórdica, es hija de un legendario príncipe escandinavo y este es Davoss, gran admirador de tu poder y un cerebro rápido como la velocidad de la luz. –Me presenta y todos inclinan la cabeza para saludar. Sonríen, aunque ninguno se acerca para estrechar mi mano.

–Seguramente todos seáis Alas blancas, así que estos van a ser algunos de tus compañeros de entrenamiento como cadete hasta llegar a oficial de los Alas blancas en la Impenetrable –susurra Radgüll–, más te vale llevarte bien con ellos y establecer alianzas o lo pasarás muy mal durante el año que dura el entrenamiento. El aislamiento y enfrentarte a todo tú solo no son muy recomendables; pues hay bastantes cadetes que acaban un poco… –susurra.

–Querido Radgüll, puedes dejar de atosigarle –interviene Saduj, que sonríe exageradamente y levanta las cejas–. Voy a saludar a unos conocidos, portaos bien con Daniel, chicos.

–A quien no veo es a tu amiguita... –interrumpe Amy–, esa chica tan… vulgar que consiguió vencerme en una prueba haciendo trampas...

Daniel la mira fijamente a los ojos como si quisiese arrancarle la cabeza. Su silencio y su mirada fría se vuelven incómodos hasta que Davoss decide romperlo.

–Todos hemos perdido a amigos y gente importante en el Diaberum... lo lamento, de veras –dice afligido, colocando su mano sobre el hombro de Daniel.

–Creo que ya podemos ir sentándonos –anuncia Marie–Annë. La joven es demasiado guapa para estar en un lugar como este... parece una top model noruega de los años noventa– ¿querrías sentarte con nosotros, Daniel?

–De acuerdo, estaría bien –trata de responder lo más amable posible al recordar las palabras del vampiro acerca de establecer alianzas para el futuro. Si quiere llegar al fondo de todo esto, tiene que seguir las reglas del juego.

Brünn, Amy, Davoss, Marie-Annë y Daniel se sientan en una mesa redonda para unos ocho comensales. Daniel observa a su alrededor maravillado por el lugar. El gran salón donde se celebra el banquete de los ganadores del Diaberum es una obra maestra de la arquitectura antigua, una combinación perfecta de historia y magia. Al entrar, los invitados son recibidos por una atmósfera cargada de elegancia y un aura mística. Las paredes del salón están adornadas con tapices antiguos que narran las hazañas de los vencedores pasados y cada rincón rezuma una historia rica en tradición y valentía.

En el centro del salón, las mesas de madera maciza y finamente labrada están dispuestas en filas, cada una con capacidad para ocho comensales. La madera, de un tono oscuro y robusto, muestra detalles tallados a mano que representan escenas épicas de batallas entre Alas negras, blancas y rotas. Sobre cada mesa, manteles de

terciopelo granate caen en pliegues elegantes, aportando un toque de lujo.

El techo del salón es una maravilla en sí mismo, con arcos altos que parecen alcanzar el cielo. De estos arcos cuelgan candelabros flotantes, una manifestación de la magia que impregna el lugar. Las velas, suspendidas en el aire por encantamientos invisibles, emiten una luz cálida y parpadeante, creando un juego de sombras que baila suavemente sobre las caras de los asistentes y las superficies de las mesas. Esta iluminación mágica dota al salón de un ambiente etéreo y encantador.

El suelo de piedra pulida, desgastado por los siglos, refleja la luz de las velas y candelabros, creando un brillo suave que aumenta el misterio del lugar. En cada rincón, estatuas antiguas y columnas de mármol tallado se erigen como testigos silenciosos de la celebración. La combinación de elementos históricos y la magia palpable en el aire hacen que el salón sea un lugar verdaderamente único y memorable. Los hombres, ataviados con trajes de etiqueta, chaquetas de frac y corbatas de lazo, simulan estar cómodos embutidos en sus vestimentas. Las mujeres, por su parte, lucen impresionantes vestidos de crinolina con corsés ajustados, encajes y sedas, complementados con elaborados peinados y joyas.

Los candidatos afines se sientan juntos en las mesas donde las alianzas quedan manifiestas. Aquellos ermitaños, los que no han conseguido conectar con nadie se quedan en un rincón del salón esperando a que sean sentados en alguno de los huecos de las mesas. Daniel mira hacia un lado y otro tratando de encontrar a la única persona que le interesaría ver, pero que, por desgracia, no aparecerá. Siente una sensación de soledad y vacío a pesar de estar rodeado por muchas personas.

La frialdad de todos los comensales, en especial los participantes, le sorprende. No ve demasiados rostros tristes y taciturnos a su alrededor, al contrario, todo el mundo parece aliviado y feliz de haber sobrevivido y no echan de menos a esa cara amiga que les ayudó en algún entrenamiento, con quien compartieron un libro en

la biblioteca o les tendió una mano cuando estaban perdidos y sumidos en el pozo más oscuro y desesperado; lejos de su familia, sus amigos y la vida como la conocían antes de llegar aquí.

Daniel descubre una mesa en la que podría haberse sentado Kassandra de haber sobrevivido porque todos los que parecen estar destinados a convertirse en Alas negras están ubicados allí, con sus entrenadores y mentores. El indeseable, Alister, no está sentado en esas mesas; en realidad, no ha aparecido. Tal vez ha sido enviado lejos del Transitium, al lugar donde pertenece, por haber fracasado en su misión: entrenar a Kassandra para que superase el Diaberum. Daniel sonríe sin ganas ante la idea de que haya sido desterrado, castigado o torturado por haber fracasado en su misión. Lo prefiere así, de encontrárselo, tal vez le hubiese partido la cara.

Saduj y Radgüll charlan con otros protectores celestiales en una mesa contigua. Daniel observa a sus compañeros de mesa y, en seguida, su mirada y la de Amy se cruzan. Él sonríe levemente por educación y la joven lo interpreta como una señal.

–Brünn, cámbiale el sitio a Daniel, por favor, necesito hablar con él –ordena la rubia. El joven se levanta y deja la servilleta sobre el asiento sin rechistar. Daniel lo mira y ve cómo su labio tiembla levemente de rabia. Está claro que Amy le gusta; sin embargo, ella parece no saber que existe y solo tiene ojos para Daniel. Cuando se cruzan para cambiarse, chocan levemente sus hombros, solo que Brünn empuja un poco más de lo normal. Daniel siente ganas de decirle que para nada está interesado en Amy, pero no es el momento para hacerlo y además no tiene fuerzas para esas tonterías pueriles.

–Aquí estamos un poco más estrechos, pero son las mejores vistas porque vemos gran parte del salón, te lo aseguro; lo he estado comprobando. –Sonríe coqueta.

Por suerte, los camareros aparecen para servir copas con algo que parece vino blanco o una bebida espumosa de color amarillo. Daniel, que no es de beber, agarra su copa nada más ser servido y

se la bebe del tirón. Alza la copa ante el perplejo camarero que vuelve a llenarla hasta arriba. Se bebe el alcohol como si fuese agua, está claro que quiere emborracharse.

–Esta noche hay que celebrar, ¿no? –Sonríe a duras penas, aunque lo que quiere en realidad es beber hasta perder el conocimiento– ¡Un brindis por todos los "supervivientes" y nuestros magníficos anfitriones que...! –Saduj le dirige una mirada reprobatoria y Daniel alza su copa cortando su atrevido brindis–, ¡Enhorabuena a todos!

La comida no tarda en llegar. Hay de todo. Desde marisco, carnes y asado hasta los más ricos y suculentos platos que se pasean en bandejas plateadas por delante de sus narices hasta que no pueden comer nada más. Daniel no ha parado de beber todo el tiempo hasta que, a la sexta o séptima copa de champán, Saduj se levanta y le prohíbe al camarero de la mesa de Daniel que le sirva más.

–No te hacía yo tan animado –dice Marie-Annë asombrada por la verborrea de Daniel y las ocurrencias que ha tenido durante toda la comida. Incluso ahora en los postres no han podido dejar de reír con él –, pensaba que eras mucho más soso, la verdad. Has sido todo un descubrimiento… te tendré en cuenta para salir de fiesta, si es que hay de eso allá donde vayamos.

Amy la mira con cara de pocos amigos. Y hace que Daniel le prometa el primer baile.

Cuando terminan de cenar, todos son invitados a abandonar el salón del banquete y dirigirse al salón contiguo. Empieza el baile y Amy insiste en bailar con Daniel que está apoyado en una esquina ahogando sus penas en alcohol. Radgüll se acerca y Daniel, que lo ve, sale disparado a la pista de baile con Amy. Sabe que le va a quitar la copa y no tiene ganas de aguantar otra reprimenda más y que lo encierre en su habitación hasta mañana cuando tenga lugar el INQUISITIO. Solo quiere beber para olvidar.

–Por fin te has atrevido... –Sonríe Amy encaramándose a su nuca, dejándole claro a todas las demás que ese chico tiene que ser suyo.

Daniel da otro sorbo a su copa cuando está seguro de que Radgüll no puede alcanzarlo en mitad de la zona de baile. Suena una melodía tranquila y serena que no llega a reconocer porque su estado de embriaguez no se lo permite, aunque le suena demasiado.

Entonces, en uno de los giros lentos y melódicos del baile, mira hacia la escalera y, entonces, cree verla. Parpadea varias veces porque no da crédito... se le cae la copa al suelo, estrellándose. Piensa que está demasiado borracho para distinguir lo que es real de lo que no. La música y el tumulto en la zona de baile hacen que el estruendo provocado por el cristal al golpear el suelo sea amortiguado y nadie mira hacia donde se encuentra. Daniel deja los brazos laxos y se separa un poco de Amy. Esta trata de abrazarlo de nuevo, pero él la aparta y comienza a caminar despacio hacia las escaleras. Todo a su alrededor parece suceder a cámara lenta. Los vestidos elegantes de las bailarinas y los jóvenes apuestos danzando parecen dejar una especie de pasillo invisible por el que poder acceder hasta donde se encuentra ella.

Lleva un vestido negro con reflejos violeta espectacular. Daniel no puede reprimir sus lágrimas al contemplar lo bella que es y un pellizco en el estómago le hace pararse de repente cuando está cerca de alcanzarla.

«¿Y si no es ella? ¿Y si está tan borracho que está viendo alucinaciones y va a meter la pata al acercarse a otra joven como si fuese ella?»

De repente, se imagina pidiéndole perdón por haberla confundido con otra persona. Entonces, ve al acompañante que la sujeta de la mano mientras bajan la opulenta escalera: Alister.

Entonces comprende que tiene que ser ella o un truco de ese indeseable ser oscuro. Pero, ¿cómo? El miedo y la alegría le hace detenerse como si se tratasen de dos anclas adheridas a sus pies. Quiere gritar su nombre, pero la garganta se le ha secado y las cuerdas vocales parecen ser meros adornos imposibles de hacerlos vibrar. Alister lo ve, sonríe y le echa el brazo por encima a

Kassandra, que admira absorta el majestuoso salón de baile decorado con espléndidos candelabros de cristal que cuelgan del techo alto y ornamentado. Se queda prendada por cómo los invitados se desplazan elegantemente por la pista de baile. La música en vivo, interpretada por una orquesta que mezcla instrumentos clásicos con algunos modernos, llena el aire con melodías que invitan a los asistentes a bailar valses, así como algunas interpretaciones contemporáneas que, aunque sutiles, aportan un toque de modernidad.

–¡Kassandra! ¡Kassy! –Es capaz de gritar, aunque lo único que sale de su boca es un malogrado susurro que queda a poca distancia de sus labios en medio del ajetreo del baile.

Alister y Kassandra terminan de bajar las escaleras y parecen enfilar hacia la zona donde están los demás participantes afines a los Alas negras. Entonces, como si por medio de alguna especie de hilo rojo invisible o poder, Kassandra mira hacia donde Daniel se encuentra y lo ve. Se detiene y sonríe, haciendo que todo el universo se detenga.

Una lágrima temeraria e inoportuna escapa de los ojos de Daniel y corre rápida por su mejilla hasta estrellarse contra el suelo. Él sonríe, ahora está seguro de que no es un truco, es ella...

¡Kassandra está viva!

27. ROZANDO EL CIELO

«La pasión es el fuego que dos cuerpos no pueden reprimir por mucho que sus mentes intenten alejarse… irremediablemente necesitan el contacto de la piel del otro, aunque esté escrito en su destino que eso los hará desdichados o en el peor de los casos, acabará con sus vidas».

Cuaderno rojo sobre las Artes ocultas de la sensualidad. Lilith, Descentio.

Kassandra

Daniel corre hacia mí y me abraza con tal fuerza que estamos a punto de caernos sobre la gente de alrededor cuando me acerco hacia él. Por su cara, parece que ha visto un fantasma.

«Un momento, ¿eso que brilla en su cara son lágrimas? ... no me jodas.»

–¿Eres tú? ¿DE VERDAD? ¿Estás bien? –balbucea muy exaltado.

–¡Claro que soy yo! ¿No me ves? Ni se te ocurra pellizcarme... –aparto el rostro al ver que Daniel, incrédulo, acerca sus dedos para pellizcarme la mejilla–. ¡No me hagas nada en la cara! –Le interrumpo de manera cortante, al ver la decepción en sus ojos, trato de ser más amable–, te lo pido por favor, he tardado un buen rato en maquillarme, te juro que no sé cómo lo he hecho, no estoy acostumbrada a estas cursilerías. Había una Alas rotas que me ha ayudado con todos estos bucles y cosas en mi pelo... te prometo que he estado a punto de ahogarla si llega a tardar un poco más, me he perdido el banquete por su culpa. Bueno, en realidad, no ha

sido solo culpa suya... han tardado en repararme más de la cuenta... ¡Mamón, tu poder... hace daño de verdad, y duele muchísimo!

–Pero, ¿Cómo? –Susurra Daniel, perplejo… incapaz de articular palabras con coherencia. El corazón le late muy rápido y siente que las mariposas del estómago se han reavivado de golpe y están ansiosas por salir por la boca de su estómago.

–Aquí no podemos hablar –susurro–, ¿quieres bailar?

–De acuerdo, te debo un baile, como te prometí…

–¡Kassandra, debes comer algo... todos te están esperando! –Nos interrumpe el aguafiestas de Alister.

Ignoro a Alister y me introduzco como puedo en la pista de baile con este vestido que parece sacado de una serie de época como la de los Bridgerton, esa que tanto le gustaba a mi madre. Agarro de la mano a Daniel y él la aprieta como si le fuese la vida en ello, como si no quisiera separarse de mí nunca más.

–¿Dónde diablos has estado? Creía que estabas muerta... –Explota. Sus ojos brillan de emoción.

–Baja la voz. No sabemos quién puede estar escuchando. Olvidas que aquí todos tienen algún poder... En cierto modo sí, morí, me mataste capullo. Pero... me quedaban dos vidas, así que sacrifique una porque sabía que ya estaba clasificada pasase lo que pasase en la prueba de Poder –susurro a su oído, mirando alrededor para cerciorarme de que no hay ningún Alas Rotas de la organización del Diaberum cerca; si alguno de ellos escuchase mi confesión los dos seríamos descalificados. El olor de su piel y de su perfume me hacen estremecer. Acerco más los labios hasta que parece que mis palabras son caricias dentro de su oído y puedo acariciarle el alma con ellas–. Nadie puede saberlo jamás porque nos eliminarían a los dos: a ti porque no te quedaban vidas y hubieses muerto y a mí por hacer... trampas –sonrío.

–Eres... eres... maravillosa. Me has engañado del todo. Has mantenido tu plan oculto todo el tiempo…

–¡Claro! Cuando te vi en la prueba de Poder respiré aliviada porque habías llegado hasta la última. Pensé que no tendríamos que enfrentarnos, que con tantos participantes dejarían a varios ganadores... sin embargo, cuando supe que solo podíamos ser o tú o yo... lo tuve claro, pero había que disimular...

–Entonces, te debo la vida... –deja escapar de sus labios.

–Bueno, en cierta manera, sí –sonrío– ya me lo cobraré, no te preocupes… Además, creo que tenemos algo pendiente…

-¿Puedo... besarte? –interrumpe, mirándome a los labios como si fuese el manjar más rico del mundo.

–¿Tú qué crees con esa ropa que llevas puesta y la manera en que me has recibido… Nunca nadie en toda mi jodida vida se había emocionado tanto al verme, puedes hacer lo que te dé la gana conmigo ahora mismo.

Entonces, me agarra con fuerza por la cintura y nuestras bocas chocan, tímidas al principio, pero dos segundos más tarde siento su lengua caliente abrirse paso entre mis labios y abro la boca para sentirla dentro. Está muy húmeda, suave y sabe a alcohol, pero tengo la necesidad de que mi lengua toque la suya. Nuestras lenguas se entrelazan con el hambre y el ansia del deseo contenido. Nuestros labios no dejan ningún espacio descubierto para poder respirar, todo parece detenerse alrededor, a pesar de sentir las miradas de los demás sobre nosotros. Agarro su cabeza con mi mano y mis dedos se enredan con sus cabellos haciendo que una punzada de deseo arda abajo. Cuando acaricio la parte de su nuca, que está rapada, creo que dejo escapar un pequeño gemido de placer que es engullido por la fuerza de sus labios sobre mi boca. La química, el deseo y la necesidad de tenerlo cada vez más cerca que experimento es ilógica y está fuera de control. Si no nos detenemos vamos a dar la nota en medio de toda la multitud. Siento mi cara

arder, pero no es por la vergüenza, es por la pasión desmedida que recorre cada centímetro de mi cuerpo al sentir su poderoso cuerpo contra el mío. Le deseo tanto y de una manera tan irracional que debo detenerme antes de que nuestra pasión arrase con todo y nos arranquemos las ropas en mitad de la pista de baile.

Entonces, nos separamos para coger aliento y veo a varias personas alrededor embelesadas, mirándonos. Al final del salón también contemplo a mi enemiga de por vida, Amy, que está verde de envidia y roja de furia mirándonos. Me perdona la vida con la mirada y se marcha. Sé que a la menor oportunidad tratará de acabar conmigo, pero ahora no es momento de preocuparse por eso... Solo estamos él y yo. Daniel me mira con la mirada más sincera y enamorada que he visto en mi vida.

–¿Nos vamos? –Pregunta...

Asiento mientras noto que los labios me van a explotar. Deben estar rojos por el intercambio frenético de besos tras el reencuentro.

–¿Dónde?

–Podemos dar un paseo por los jardines. Estaremos más tranquilos... o podemos ir a mi habitación... –Sonríe pícaro con la comisura de los labios al rojo vivo por el roce de nuestras bocas.

–Los jardines estarían bien... en principio...

Nos marchamos cogidos de la mano por el otro extremo del salón, en dirección hacia los jardines. Abrimos un portón lateral ante los sorprendidos camareros y desaparecemos de la vista de todos.

Corremos riendo por los guijarros del camino conducente al laberinto del jardín y siento que podría comerme el mundo a su lado. Cada cierto tramo del laberinto arbóreo hay un banco donde podremos estar lejos de las miradas de los demás. Nuestros pasos hacen crujir las piedrecitas iridiscentes e iluminadas con una magia que se reaviva conforme vamos pasando por encima. Nunca he sido

muy romántica, pero debo admitir que el lugar es romántico que te cagas. De haber planeado una primera cita con un chico, este habría sido el lugar ideal para tenerla. Llegamos a un banco del laberinto algo más apartado y nos sentamos entre risitas cómplices y la respiración un poco entrecortada por la carrera.

–¡En serio, no puedo creer que estés viva! –Repite acariciando mi mejilla–, no sé cómo puedo agradecerte lo que has hecho por mí; jamás nadie se había sacrificado por mí; bueno, nadie que no fuese de mi familia. Te honra lo que has hecho. Estaré en deuda contigo de por vida...

–Anda, no seas cursi. Ya está. No tienes que darme las gracias. Es algo que tú habrías hecho por mí... Además, te lo mereces. En realidad, todos los que estamos aquí nos lo merecemos. Somos demasiado jóvenes para... bueno, ya sabes... nos merecemos esta segunda oportunidad. ¿Olvidas que tú también me ayudaste a mí? Acordamos que nos ayudaríamos durante las pruebas.

El reflejo de la luna sobre su silueta no hace más que enaltecer su porte y su figura. Me fijé en Daniel desde el primer momento en que lo vi, pero aquí, junto a mí, sentado bajo la luz cálida de las antorchas, viendo cómo sus ojos brillan de entusiasmo al contemplarme, sé que me vuelve completamente loca. La manera en que sus labios se entreabren un poco mientras me escucha hace que quiera lanzarme a besarlos... cómo he podido estar tan ciega... Es demasiado guapo como para no perder la cabeza por él. Por suerte, ahora está aquí conmigo y con nadie más. No puedo borrarme la cara de desprecio y odio de Amy. Haberla vencido en una prueba y salir corriendo de la fiesta con Daniel es algo que me pesará en el futuro, pero pronto olvido esas bobadas. Prefiero perderme en el azul cielo de sus ojos. Si te fijas bien en ellos, te quedas hipnotizada con las pequeñas motas de color azul intenso alrededor del iris que forman una especie de copos de nieve flotando en un cielo azul claro e inmaculado. Yo no soy muy de tirarme en los brazos de ningún tío, sin embargo, Daniel es diferente, no puedo resistirlo. No sé cómo explicarlo, es como si fuese una parte de mí, algo que siempre me

ha faltado, pero que ahora se acopla a mí a la perfección. Presiento que no me cansaré de él como he hecho con otros... Siempre he tenido una intuición especial con la gente. Sé bien quién es un hijo de puta como sé quién es buena gente. Su nobleza, su educación, su sonrisa amable y la manera tan agradable de tratar a las personas hace que me atraiga más si cabe. Tal vez porque yo soy todo lo contrario. Jamás he ido a un colegio de pago, de esos elitistas en los que llevas uniforme y un móvil de cuatro cifras por si papi te llama cuando no puede ir a recogerte, pero te dice que va a mandar al chófer. Además, está la manera tan brutal en que me ha besado. ¡Dios, si besa así…! Se me erizan todos los vellos de mi cuerpo, todos, de solo pensarlo. Por la manera en que lo ha hecho, estoy segura de que Daniel va a ganar aún más en las distancias cortas.

–Admito que estaba muy triste... –Sonríe y consigue que los guijarros del camino se iluminen más–, bueno, si te soy sincero, estaba destrozado, –baja la mirada hasta mis manos y las sujeta con ternura. Siento el calor de sus dedos deslizándose lentamente a través de mi piel que ahora está un poco más fría. No sé el porqué, pero casi soy capaz de sentir los surcos de sus huellas dactilares acariciando el reverso de mi mano y siento una sensación tan placentera que me recuerda a como cuando salía de niña al patio de atrás de mi casa a saltar encima de los charcos mientras el olor a tierra mojada me inundaba los pulmones–. Pensaba que te había perdido y que ya no te volvería a ver más… ha sido horrible.

–Bueno, tampoco se perdería gran cosa... Además, si mañana no caemos en el mismo bando, tal vez no volvamos a vernos… en mucho tiempo, al menos–. Observo cómo traga saliva antes de hablar.

–Por eso esta noche tiene que ser especial, como si fuese la última, ¿no crees?

–Estoy totalmente de acuerdo contigo...

Nuestras miradas se cruzan y por unos instantes siento la adrenalina y una tensión casi eléctrica se apodera de mí. Le acaricio la nuca y lo sorprendo con un beso húmedo. Daniel, lejos de retirarse, se acerca más hacia mí y me responde al beso con la misma voracidad que yo. Nuestras bocas se vuelven una y siento por primera vez en mi vida esa química especial cuando encuentras a la persona que estabas buscando desde siempre, incluso cuando fantaseamos cómo sería él sobre la cama de tu habitación... Lo atraigo hacia mí y me agarro a su fuerte espalda. Él desliza sus manos por mi nuca y acaricia mi mejilla con la otra mano. Siento que me derrito y necesito sentirlo más cerca. Me levanto, me recojo el vestido y me siento a horcajadas sobre él. Al abrirme de piernas escucho un crujido en el tejido de mi vestido. Algunas costuras deben haber saltado, pero no me importa porque ahora puedo estar mucho más cerca de él.

Sus manos, tímidas al principio, empiezan a recorrer mi cuerpo por encima del tejido del vestido que ya estoy deseando que salga volando por los aires. Tiene los ojos cerrados, sin embargo, cuando soy yo la que acaricio sus piernas por encima del pantalón, los abre del todo. No quiero que se pierda nada de lo que va a pasar. Como él dice: si esta puede ser nuestra primera y última noche juntos... la vamos a recordar. El tacto de mis manos escalan por sus muslos firmes y musculosos. Deseo tanto llegar hasta la parte en que las piernas comienzan, pero me contengo un poco acariciando de arriba abajo cerca de su entrepierna. Esto lo envalentona y sonríe pícaro cuando me acaricia un pecho por encima del vestido, que ahora se me antoja más una armadura que un vestido de alta costura.

Nuestros cuerpos se van acalorando hasta el punto que Daniel tiene que quitarse la chaqueta como puede y yo le desabrocho los primeros botones de su camisa blanca. Un poderoso pecho musculado, salpicado de unos vellos sutiles pero sensuales aparece bajo la luz tenue de las antorchas. Imagino enterrar mi rostro en su pecho mientras sus brazos acarician mi espalda, sentir el aroma de Daniel rodeando mi rostro sudado y sonrojado por la excitación del

sexo. Abandono las piernas y mi mano se introduce por debajo de la camisa y le acaricio un pezón con las puntas de los dedos, Daniel emite un sonido de placer que me fascina y agarro con fuerza el otro pectoral con mi mano izquierda, rodeándolo y cubriéndolo con mi mano sin lograr abarcarlo al completo ni siquiera con las uñas.

Detrás de nosotros se escucha un crujido. Nos detenemos y miramos hacia el lugar de donde proviene el ruido. Parecemos dos estatuas inmóviles que muy lentamente empiezan a separarse recuperando la compostura.

–¿Tú también lo has oído?

–Sí –respondo mientras me incorporo–. Tal vez sea algún mirón cotilla...

–Puedo ir a ver...

–No. No merece la pena. Podríamos irnos...

–De acuerdo. ¿Nos vamos a mi habitación? –Pregunta incorporándose y abrochándose los botones de la camisa. Al estirarse para coger su chaqueta del banco no puedo evitar que los ojos se me vayan directos al enorme bulto que tiene en la entrepierna. Sonrío y asiento con la cabeza. No pienso parar ahora. Estoy demasiado excitada como para conformarme con un besito de buenas noches.

Cuando se han marchado hacia la habitación de Daniel. Una sombra sale de su escondite: Alister. El Alas negras comienza a caminar deprisa siguiéndolos. Ni Daniel ni Kassandra son capaces de detectar que los siguen; al fin y al cabo, es un ser superior con una velocidad y unos sentidos tan agudizados que podría partirles el cuello en un abrir y cerrar de ojos y ninguno lo habría visto venir.

Entran en el edificio donde se encuentra la habitación de Daniel y cuando la puerta de entrada se está cerrando, Alister introduce su

pie, evitando que la puerta se cierre.

–¡Yo que tú no lo haría! –le advierte una voz grave desde atrás.

Alister se gira petrificado pues no ha escuchado a su perseguidor. Nadie podría ser tan sigiloso como para que un Alas negras no lo hubiese percibido.

–Debí suponerlo... ¡Vampiro! Eres tan silencioso o más que yo... alguna cualidad necesitáis tener los Alas rotas... sino esto sería demasiado aburrido –escupe Alister sin soltar la puerta de entrada.

–Tengo más cualidades aparte de la velocidad y el sigilo. –Dice mostrando sus colmillos y los músculos de sus brazos que al tensarse miden como el muslo de la pierna de cualquier humano–, ¡déjalos en paz!

Alister sonríe ante su advertencia.

–¿Por qué "diablos", me encanta esta palabra por razones obvias, debería dejar que cometan la atrocidad que están a punto de cometer, criatura inmunda?

–Mi nombre es Radgüll y tal vez sea lo último que escuches si no quitas el pie de esa puerta y dejas a los chicos en paz.

Alister no mueve la pierna un ápice. Parece divertirle la situación.

–Yo soy...

–Sé quién eres... Un pobre lameculos de sus jefes a los que no quiere defraudar y que está babeando por la chica que cree que será suya si se convierte en Alas negras.

Alister suelta la puerta de golpe y se cierra dando un pequeño portazo. Se desliza como el viento hacia su oponente, pero cuando llega hasta él solo hay aire. Radgüll sonríe a varios metros de distancia apoyado en un muro. Está intentando alejarlo del edificio.

El Alas negras vuelve a desplazarse como un rayo hasta el muro donde Radgüll se encontraba hasta hace un segundo, pero ahora está apoyado en un árbol aún más lejano.

–Sé lo que pretendes, pero no vas a conseguirlo. Esos dos jamás estarán juntos. Es una abominación; los Alas...

–Aún no tienen sus alas... ninguno de los dos. ¡Me da igual que los tuyos crean que ella será de los vuestros o que los Alas blancas crean que Daniel es una especie de elegido para ellos! Yo he visto a ese muchacho llorar por esa chica cuando la creía muerta de una manera tan desesperada que jamás habrás conocido en tu miserable existencia. Si no tienen alas pueden estar con quien quieran. Sabes que eso no está escrito en las Crónicas del Fin del Mundo. Ni en vuestros pasajes ni en los nuestros. Así que si no quieres que te arranque las alas de cuajo y te deje aquí moribundo hasta que te desangres, apártate de su camino y márchate de aquí –advierte Radgüll con su profunda voz y sus ojos tan brillantes como el sol, su color refulge entre el dorado y el ámbar cuando se enfada.

Alister se queda pensativo, mascando las palabras y calculando si un enfrentamiento directo con el vampiro sería algo de lo que más tarde se pudiese arrepentir. No lo conoce, pero sabe que Radgüll es conocido por ser un pendenciero luchador que se la tiene jurada a los Alas Negras, no sabe el por qué, sin embargo, no pocos Alas negras han caído bajos sus brazos y colmillos. Alister sabe que a veces una retirada a tiempo, aunque parezca una batalla perdida, a la larga es una victoria.

–Sabes tan bien como yo que a partir de mañana esos dos podrían ser enemigos irremediables…

–Puede… Sin embargo, esta noche que aún son humanos, van a ser lo que a ellos les dé la gana y ni tú ni nadie va a impedirlo. Ya deben haber llegado hasta la habitación y mi amigo ha lanzado un hechizo sobre el cuarto del muchacho. Nadie, salvo las personas

adecuadas podrán entrar en esa habitación. Créeme, es magia antigua; ni siquiera los Alas negras podríais destruirla.

Alister aprieta los puños y se recrimina por lo idiota que ha sido. El vampiro solo quería entretenerlo hasta que Kassandra y Daniel atravesasen la puerta de su dormitorio. Ahora ya no hay nada que hacer. A pesar de la rabia que se agolpa dentro de su cuerpo y le quema como ácido. Alister sopesa luchar con Radgüll por nada. Eso le parece una pérdida de tiempo y energía; Alister odia desperdiciar ambas cosas.

–Tú ganas –espeta tratando de parecer calmado– de momento... ya nos veremos en otro lugar que no sea el Transitium. Donde mi poder no esté debilitado por los tratados y la magia antigua de este lugar...

–Pienso quedarme aquí toda la noche por si se te ocurre acercarte más tarde... así que no te molestes en intentarlo. La próxima vez no habrá advertencia. Yo digo las cosas una sola vez.

El Alas negras comienza a caminar lentamente por el camino que conduce a los jardines que llevan al banquete. Ni siquiera le mira cuando pasa cerca de él, pero Radgüll nota la rabia contenida. Acaba de granjearse un nuevo enemigo por toda la eternidad y este es de los traicioneros. De esos que no olvidan y atacan a traición; sabe que esto no se quedará aquí, pero no será el primer ni el último Alas negras que acaba muerto por tratar de atacarle.

–¿No has escuchado algo? –Me pregunta Daniel al cerrar la puerta de su dormitorio. Enciende la luz y contemplo un lugar elegante y clásico. Algo austero y sencillo; aunque al fin y al cabo impersonal. Estoy segura que la habitación verdadera de Daniel estaría decorada de otra manera.

–No, no he escuchado nada... –respondo dirigiéndome hacia la cama que tiene una especie de dosel. Sonrío porque siempre he

fantaseado con la idea de hacerlo en una cama así. Me tumbo sobre el colchón y lanzo un gritito de placer. Me siento completamente engullida por el cómodo colchón–. ¡Oye esta cama es diez mil veces más cómoda que la mía! Me parece que aquí hay favoritos...

–No sé, la última vez no me dejaste probar la tuya... –sonríe pícaro mientras se quita los zapatos y los lanza a una esquina de la habitación. La chaqueta del traje también sale volando. Sonrío porque parece que va a desnudarse para mí… y me encanta.

–¿Vas a hacerme un striptease? –Sonrío divertida.

–No lo tenía pensado, pero si quieres... Nunca me he desnudado para nadie, bueno, así de esta manera al menos. Será mi primera vez –murmura sonriendo de una manera muy sensual.

Comienza a desabrochar uno a uno los botones que le quedan abrochados de la camisa mientras se acerca sin dejar el contacto visual conmigo en ningún momento. Empiezo a bajar mi vestido por los hombros y me hace una señal de reprobación con la cabeza. Parece que quiere quitármelo él. Cuando llega a los pies de la cama se ha quitado la camisa y puedo deleitarme con los músculos de sus abdominales que parecen moldeados por un artesano virtuoso. Intuyo su pelvis por los músculos laterales que se le marcan. No puedo mirar sin sentir algo de rubor cuando se desata el cinturón y poco a poco lo desliza alrededor de su cintura para sacarlo del pantalón. Siento que mi sexo palpita intensamente cuando desabotona el pantalón y cae lentamente hasta los tobillos. Subo la mirada hacia sus pectorales que se contraen al agacharse para sacarse el pantalón. Siento un calambre interno de placer que me recorre desde el estómago hasta la vagina cuando veo el abultado paquete que esconde su ropa interior.

«¡Dios, es perfecto!»

Salta sobre mí como un felino y yo retrocedo hasta que apoyo la cabeza en la almohada. Me rodea la cintura con sus grandes manos y siento ganas de morderle el cuello y echarle mano allá donde

comienza su entrepierna, pero me contengo porque es él quién está desnudándose para mí. Entonces, se aproxima hasta quedarnos a dos centímetros de nuestras bocas, cambia la trayectoria y me besa en el cuello. Parece haberme leído la mente. Siento un cosquilleo que me recorre todo el cuerpo cuando sus labios presionan sobre mi yugular. Su lengua húmeda comienza a recorrer cada centímetro de mi piel siguiendo un recorrido que se desliza desde el cuello hasta mi escote. Se detiene allí y me besa la parte de los pechos que sobresalen del vestido. Siento ganas de que me muerda las tetas y se las meta enteras en la boca. Parece haberme escuchado porque con cierta violencia aparta la tela del vestido dejando mis pechos al descubierto y empieza a besarlos hasta que llega al pezón y juguetea con ambos dentro de su boca. Los succiona hasta que su lengua caliente y áspera hace que estallen dentro de mí sensaciones de placer que no había experimentado nunca. Agarra uno de mis pechos y se lo mete casi entero dentro de la boca y después lo mordisquea hasta que emito un gemido de puro placer.

«Lo quiero dentro y necesito que lo haga ya; ¡a la mierda los preliminares!».

Sin embargo, Daniel se levanta y se pone de pie sobre el firme colchón. Comienza a bajar su calzoncillo lentamente hasta que cae sobre la cama, después lo empuja con su pie hasta que cae al suelo. Por primera vez lo veo desnudo en todo su esplendor... está muy erecto. Parece que su miembro, que apunta hacia mí, fuese a estallar. Le hago una señal para que se tumbe a mi lado. No puedo reprimir las ganas de tenerla entre mis dedos para comprobar si es real o no. ¡Madre mía! Noto la piel suave y caliente de su miembro entre mis dedos y él se estremece levemente abriendo los ojos mucho al dejar escapar un gemido de placer.

–Me toca a mí. –Musito apartándome de él y bajándome de la cama para desnudarme.

–De eso nada, ¿puedo? –Pregunta sentándose en el borde de la cama completamente desnudo y acercándome hacia él.

Me abraza y siento su miembro en mi vientre. Alarga los brazos por detrás de mi espalda para bajarme la cremallera del vestido y noto el fresco de la habitación conforme va bajándola y me besa en la nuca hasta que llega a mi boca de nuevo. Mete su lengua con maestría entre mis labios y cuando se aparta, me muerde el labio inferior. Después, sin dejar de mirarme, desliza los dedos por mi ropa interior hasta deshacerse de ella. Me tumba sobre la cama y me atrae hacia el borde. Se pone de rodillas y me agarra por el culo con sus grandes manos y dirije mi sexo desnudo hasta su boca. Emito un gemido de placer tan alto que yo misma busco la almohada con la mano para poder morderla. Parece que estamos solos en el edificio, pero no quiero que nadie me escuche gemir como una descosida. Se entretiene un buen rato en mi clítoris y acaricia mi vagina con sus dedos. La sensación de placer que siento es tan indescriptible que no la puedo comparar con cualquier otra relación sexual que haya tenido antes. La química, la conexión y el hecho de que parece estar dentro de mi mente y sea yo quien le dicte cómo acariciarme con su lengua hacen que estalle de placer y tenga un orgasmo enseguida. Le agarro del pelo para que no separe su boca de mi sexo por nada del mundo mientras me corro.

Nos separamos. Lo miro pícara y le indico que me toca a mí.

Me deslizo por su imponente cuerpo y le sonrío mientras me pongo a horcajadas sobre sus piernas. Me agacho hasta que, su duro miembro recibe las primeras caricias de mis manos. Se estremece, sonríe y después cierra los ojos sumiéndose en un placer total. Acaricia mi pelo y mi cabeza con sus manos, sin forzarme a llegar con mi boca más allá de donde yo quiera. Eso me excita más y sigo hasta el final de un miembro que parece no acabar. Su respiración comienza a entrecortarse a medida que mi mano aumenta la velocidad.

–¡Para! ¡Para! –Me interrumpe, alzándome hacia él para besarme.

Nuestros cuerpos desnudos aumentan la temperatura de la habitación, las primeras perlas de sudor sobre su frente comienzan a

aparecer y los cristales de la habitación se empañan. Parece que comienza a llover de repente. Siento más ganas de estar cerca de él al escuchar los truenos fuera. Los rayos iluminan la habitación mientras nuestros cuerpos se funden en uno. De repente, la fortísima y repentina tormenta azota las ventanas como si quisiera echarlas abajo. Nos quedamos en silencio hasta que olvidamos el sonido de la lluvia repiquetear con fuerza contra los cristales como si cientos de dedos quisieran empujarlos para poder entrar dentro e interrumpir este íntimo momento. Nos miramos extrañados, pero enseguida sus ojos se cruzan con los míos y adivino qué es lo que quiere: desea estar dentro de mí tanto como yo necesito que lo haga.

–¿Tienes un condón? –Le pregunto para dejarle claro cuales son mis intenciones... quiero follar.

–¡Eh...! No, me temo que no. La verdad es que no sé si hay de eso en este lugar, la verdad.

–De todas formas, se supone que aún no estamos vivos del todo o como sea eso que estamos... no creo que pase nada…

Sonríe y me besa.

Entonces, se apoya sobre el cabecero de la cama y acomoda la almohada en su espalda. Me siento a horcajadas sobre él y estallo de placer al sentirlo dentro de mí. Me llena por dentro al completo y me ruborizo al mirarlo a los ojos, sin embargo, algo en su rostro ha cambiado. Su mirada es felina y audaz, su boca parece ser capaz de devorarme entera. Me abraza y comienza a besarme con tal voracidad que olvido las suaves embestidas que siento debajo de mí y al cabo de unos instantes estoy saltando sobre él agarrándome de su cuello porque no estoy segura de si será capaz de hacerme saltar por encima de la cama con cada nuevo empuje de sus caderas sobre mi cuerpo.

Su cuerpo empieza mojarse por el sudor tras el esfuerzo y me susurra al oído algo a lo que yo accedo encantada. Me pongo en

cuatro y él me cubre despacio al principio. Me agarro del cabecero de la cama y el ritmo aumenta hasta que tengo que morderme el labio de tanto de placer y saboreo el regusto salado de la sangre en mi labio inferior. Daniel se echa sobre mí cubriendo toda mi espalda, pero sin dejar caer todo su peso sobre mí. Entonces, con una maestría desconcertante empieza a acariciar mi clítoris con una mano mientras me penetra y me agarra un pecho firmemente con la otra. Seguimos así un rato hasta que nuestros cuerpos extasiados tras habernos entregado al placer supremo caen a ambos lados de la cama sudorosos y con la respiración entrecortada.

–¡Madre mía! –Exclama... ha sido...

No le respondo porque todavía no siento las piernas.

«Jamás pensé que Daniel escondiese esta habilidad para...» –Sonrío y me echo sobre su pecho. Él me atrae hacia su cuerpo y me acaricia la mejilla mientras miramos hacia el techo de la habitación y nos relajamos hasta dormirnos.

–¿Crees que hemos hecho bien? –pregunta Saduj.

–Pues claro que sí... tú no viste cómo lloraba ese muchacho cuando creyó que la joven estaba muerta.

–Esperemos no arrepentirnos en el futuro... no quiero pensar qué será de ellos si caen en bandos contrarios...

–Pues lo que nos pasa a todos. Tendrán que joderse. Creo que ya podemos irnos, el imbécil del Alas negras ese no creo que regrese ya. ¡Vámonos antes de que las paredes vuelvan a venirse abajo..! No podría soportar escucharlos una vez más.

28. INQUISITIO

«La verdadera naturaleza se revelará con la daga mágica Bladimort hecha de Titanium, un corte en la mano izquierda bañado con agua celestial. Los más puros serán Alas negras o blancas, representantes de un mismo todo, pero tan diferentes que se odiarán a muerte. En medio estarán los Alas rotas. Estos últimos tratarán de poner orden en medio del caos. Aunque muchos abandonarán el camino recto seducidos por una u otra facción. Los impuros perecerán en el Inquisitio…»

Tratado sobre el Inquisitio. Sala roja de la Biblioteca del Transitium.

Daniel

Despertar en los brazos de la persona que amas es la sensación más placentera del mundo. Miro a Kassandra y duerme tranquila. Debajo de sus párpados cerrados se esconden los ojos verdes más bonitos que he visto en mi vida. Un mechón de pelo azul oscuro cae sobre mi hombro. Hasta ahora no me había parado a contemplar su cabello de cerca. Es oscuro, negro azabache, pero tiene algunos mechones salpicados de color azul oscuro eléctrico.

«¿Cómo no he podido darme cuenta antes? Seguramente porque jamás la he tenido tan cerca como ahora mismo». Muevo un poco el brazo y se recuesta en mi pecho.

«Si estoy muerto, no me despertéis, ¡os lo ruego!».

Dormir al lado de alguien que os gusta, y creedme cuando os digo que me gusta porque siento unas cosquillas en el estómago cada vez que la contemplo, es algo único, casi místico podría decirse; pero aún lo es más saber que esta persona me ha salvado la vida y

hoy por fin podemos ir al Inquisitio y... ver qué nos depara el futuro. Podremos abandonar este limbo eterno y empezar de nuevo.

«¡Dios, el INQUISITIO!»

Lo recuerdo de manera súbita. Hoy es el día del Inquisitio. Miro al exterior y la luz es bastante clara. Maldigo el habernos quedado dormidos hasta tan tarde y me rompe el corazón tener que despertarla...

–¡Kassy! ¡Kassandra! –Repito más fuerte. No me hace caso y le acaricio la mejilla para despertarla. Por fin se despereza y entreabre los ojos con una sonrisa.

–¡Hola! ¿No tuviste suficiente con lo de anoche? –Pregunta medio dormida. Pienso en dejarla durmiendo y en lo guapa que estaba dormida.

Me pongo colorado y sonrío antes de sacarla de su estado de relajación y tranquilidad escondida entre las sábanas.

–Tenemos que ponernos en marcha o nos expulsarán de la manera más tonta: por no haber asistido a la última prueba. Ya es de día... hoy es el INQUISITIO, creo que...

–¡OSTRAS! ¡Madre mía, debe ser tardísimo! ¡Corre! Tienes que ir a arreglarte y...

–Kassandra, estás en mi habitación –le señalo, mirando alrededor.

Se levanta de la cama de un salto observándolo todo, aún un poco dormida, pero percatándose por fin de que no estamos en su dormitorio.

–¡Mierda! Tienes razón. Tengo que llegar hasta mi habitación y seguramente ya haya mucha gente despierta por mi pabellón. No importa, sé cómo pasar desapercibida. ¡No te preocupes!

Se viste deprisa y me sonríe antes de salir por la puerta. Deshace sus pasos y corre hasta mí para despedirse con un beso.

–Nos vemos ahora, guapo. ¡Mucha suerte!

–¿Eres consciente de que tal vez cuando volvamos a vernos seremos diferentes y no podamos vernos nunca más?

–No seas gafe. Ya encontraremos la forma. Además, confío en que nuestras alas serán del mismo color.

Cierra la puerta guiñando un ojo y siento que el alma se me cae a los pies. Kassandra es demasiado optimista y yo, en cambio, no. Me da pánico no poder volver a tenerla entre mis brazos.

Aún estoy ensimismado en mis pensamientos más oscuros cuando llaman a la puerta.

–Daniel, soy Radgüll, ¡tienes diez minutos para ponerte la túnica marrón que tienes en el armario! ¡Date prisa o Saduj nos matará a los dos si no llegamos a tiempo!

–¡De acuerdo! –Le grito detrás de la puerta.

–¡Ah! Debajo debes ir completamente desnudo.

Llegamos a la sala quince minutos más tarde. Todo el mundo viste sus túnicas marrones y la capucha echada hacia atrás. La vestimenta marrón es áspera y austera como la de un monje de una sencilla abadía perdida en mitad de algún camino recóndito. No entiendo porqué tenemos que ir desnudos, pero Radgüll me explica que dependiendo de la suerte de alas que obtengamos sufriremos cambios en nuestros cuerpos y dejaremos la ropa hecha jirones en el suelo; así que es absurdo ir vestidos. Por suerte, estaremos de espaldas al graderío y solo se nos verán las nalgas. Los únicos que podrán ver nuestra desnudez y nuestra transformación serán Ladslo, el jefe del Alto Comisionado del Transitium y la Sacerdotisa.

La sala donde desarrollará el Inquisitio es una obra maestra de la arquitectura, diseñada para impresionar al visitante y acoger a cientos de personas. Las paredes de mármol blanco brillan bajo la luz de los enormes candelabros de cristal que cuelgan del techo abovedado, reflejando destellos de luz como estrellas atrapadas en un firmamento de elegancia y pureza. En el centro se encuentra un impresionante suelo de mármol negro y blanco que forma un intrincado patrón geométrico que guía la vista de los asistentes hacia el extremo de la sala donde se encuentra el escenario.

Filas de asientos acolchados, tapizados en terciopelo carmesí, se alinean perfectamente; cada uno con una vista clara del majestuoso escenario al frente. El escenario en sí está adornado con cortinas de terciopelo azul oscuro, con bordados dorados que narran antiguas leyendas del Transitium. En el centro se alza un podio de cristal iluminado desde abajo por luces suaves que crean una atmósfera etérea. Sobre este podio de cristal hay un recipiente dorado con un líquido transparente, elixir angelical, que refleja la luz. Deberemos introducir las manos en él tras habernos hecho un corte con la daga de oro. La pieza está situada al lado del orbe semicircular donde reposa el líquido mágico que revelará el color de nuestras alas. La daga está magistralmente forjada. Su hoja reluce con un brillo intenso, reflejando la luz en destellos casi hipnóticos. Se ve a distancia que es muy afilada y está pulida a conciencia. Está diseñada específicamente para hacer un corte limpio y preciso en la mano. A lo largo del filo, hay grabados intrincados de runas antiguas, que resplandecen con una suave luz azulada, revelando su gran poder mágico. El mango de la daga está decorado con filigranas de plata que forman complejos patrones geométricos y símbolos arcanos. En el centro del guardamano hay una gema de zafiro engarzada que emite un leve brillo, imbuyendo a la daga con una energía mística.

Buscamos nuestros asientos en el lado derecho de las gradas. Saludo a Amy, pero ella me vuelve la cara; parece enfadada después de lo del baile... Saduj está sentado y sonríe amable al ver que

hemos llegado a tiempo. Junto a ellos están Tod, Isabella y más allá puedo distinguir a Kassandra con Rick, Ben y el perenne Alister. Junto a este hay un hombre de mirada siniestra cuyos ojos con iris de media luna me miran fijamente.

–Ese es Kraus. –Anuncia Saduj como si pudiese leer mis pensamientos –, sabe de lo que eres capaz y por eso estaría encantado de que fueses uno de los suyos.

–¿Es poderoso? –Le pregunto tomando asiento. Percibo que Kassandra me mira y le sonrío.

–Es un Alas negras bastante poderoso. Su poder es el canto de la sirena… –Me mira como si yo pudiese entender qué es eso a lo que se refiere–, es capaz de convencer a cualquier humano y a muchos Alas de que hagan lo que su voluntad les dicte. Ciertamente es un poder muy singular y con el que hay que tener cuidado. Su Teblos es una serpiente anaconda capaz de asfixiarte mientas su canto te hipnotiza.

–¿Su qué?

–Su Teblos. El Teblos de una Alas negras es un objeto físico, un animal o cualquier otra cosa a través de la cuál eres capaz de manifestar tu poder. Dependiendo de tu Teblos se determinará tu rango dentro de los Alas negras, blancas o rotas. No te preocupes ahora por eso. Ya lo estudiarás todo en las clases que recibirás cuando lleguemos a la Impenetrable, después de conseguir tus alas.

Ladslo, el imponente jefe del Alto Comisionado del Transitium, se dirige al podio. Su sola presencia irradia autoridad y solemnidad, guarda silencio y consigue que poco a poco todos los murmullos acaben extinguiéndose como si fuesen un débil fuego ahogado por falta de oxígeno. Con un gesto ceremonioso, alza sus manos cuajadas de anillos y reliquias que cuelgan de sus muñecas para pedir silencio absoluto y la sala, llena de expectación, queda en un profundo y respetuoso mutismo.

–¡Damas y caballeros, seres de todas las estirpes y linajes del Transitium!, –comienza a nombrar Ladslo con una voz profunda y resonante, que parece llenar cada rincón de la magnífica sala–. Hoy nos reunimos para presenciar el ritual ancestral del Inquisitio, una prueba que ha definido nuestro destino y nos ha guiado durante indecibles generaciones.

Ladslo introduce una mano izquierda en el recipiente que hay junto a la daga y toma la daga con su mano derecha. La levanta para que todos puedan verla. La hoja brilla con un fulgor místico, reflejando la importancia del momento.

–Esta daga es Bladimort, hecha de Tinium, forjada en los fuegos ancestrales, y será la que determine el destino de aquellos valientes que se sometan a la prueba. Ladslo señala la vasija de cristal llena de agua celestial, colocada con reverencia en el centro del podio–, cuando seáis llamados, deberéis haceros una incisión en la palma de la mano izquierda y acto seguido introduciréis la mano en este líquido. Dejaréis la daga en su sitio y sacaréis la mano para dejar que la magia actúe sobre vosotros. Si tenéis suerte, en ese instante divino, vuestro destino se os revelará y os convertiréis en uno de nosotros. Si no sois dignos, moriréis delante de todos los demás candidatos.

–¿Qué es el Tinium? –le susurro a Saduj.

–Es un mineral mágico y escasísimo en la tierra. Es el único capaz de imbuir la magia de los alas, por lo tanto puede ser usado como arma o como objeto para canalizar la magia. Y ahora, ¡cállate que Ladslo podría fulminarte con un chasquido de dedos!

Reprimo unas cuantas preguntas más que se agolpan en mi cabeza ante la solemnidad del momento.

Al lado de Ladslo aparece una nueva figura, menuda, pero imponente. Es la sacerdotisa suprema del Transitium.

–Mi nombre es Yreen, soy la sacerdotisa suprema del Alto Comisionado del Transitium. Debo daros unas indicaciones y advertencias antes de comenzar con el Inquisitio. En primer lugar, si alguien no está seguro de querer continuar este camino, puede marcharse libremente –su voz serena y aterciopelada invita a seguir sus indicaciones a la vez que sus palabras suenan como una advertencia a no hacerle caso o nuestros días acabarán si decidimos marcharnos–. En segundo lugar, una vez se manifiesten vuestras alas, perteneceréis y deberéis lealtad a vuestra facción sin importar cuantos amigos, familia o relaciones dejéis atrás. Una vez que hayáis seguido los pasos que Ladslo os ha indicado, si el líquido se vuelve de color negro os convertiréis en Alas negras. En cambio, si el liquido del recipiente se torna de color blanco seréis Alas blancas y si se vuelve de color rojo, os convertiréis en Alas rotas. Cuando saquéis las manos del recipiente la transformación tendrá lugar. Sin embargo, tendréis que ganaros vuestras alas en el periodo de formación durante un año en el lugar que os corresponda. Los Alas blancas irán a la Impenetrable, los Alas negras al Descentio y los Alas rotas os quedaréis aquí en el Transitium.

Se escuchan murmullos en todas las gradas. La mayoría no sabía que habría un periodo de formación una vez hubiésemos acabado con todas las pruebas.

–No esperarían convertirse en alas sin un periodo de formación para aprender nuestras reglas, costumbres, sabiduría y a manejar sus nuevos poderes... dejarles a su libre albedrío con sus poderes no solo es temerario, es algo prohibido pues podrían ponernos a todos en peligro. Además, no todos serán capaces de soportar la transformación. Dependerá de la fortaleza de su cuerpo y la pureza de su alma. –Susurra Saduj.

Los candidatos comienzan a cuchichear más fuerte y Ladslo irrumpe con una voz que parte la sala como un rayo para que guarden silencio.

–Continúo –indica la sacerdotisa aclarando su voz y subiendo el tono, aunque ya no hace falta pues todos se han quedado congelados ante el vozarrón emitido por el jefe del Alto Comisionado–. Cuando la daga realiza un corte en la mano del candidato del Inquisitio, la hoja absorberá una pequeña cantidad de sangre. Las runas en la hoja se activarán, brillando intensamente y la daga emitirá un sonido bajo y vibrante. Este proceso revela la verdadera naturaleza mágica del individuo, mostrando a través del agua celestial del orbe semicircular qué tipo de ser mágico es el candidato. No hay una sola forma de Alas. Dentro de los diferentes tipos de Alas, un candidato puede ser un Alas rotas hechicero, un Alas blancas elemental, un Alas negras cambiaformas, etc. Todo eso les será revelado más adelante, a su debido tiempo.

Ladslo alza la mirada hacia los presentes. Su impenetrable rostro parece serio, pero lleno de una fuerza serena.

–Este ritual no es solo una prueba de coraje, sino un símbolo de nuestra unidad y nuestra fe en el destino que nos aguarda. Que todos los aquí presentes se preparen para presenciar la revelación de los nuevos portadores del legado del Transitium. ¡Que el INQUISITIO comience!

La multitud permanece en silencio, absorbida por la solemnidad del momento, mientras Ladslo da un paso atrás, permitiendo que el primer participante de la primera fila a la izquierda se acerque al podio, listo para enfrentar su destino.

El muchacho parece nervioso e incluso algo tembloroso cuando Ladslo asiente para que coja la daga mágica. Es evidente que le tiembla el pulso. El joven pelirrojo aproxima la daga a su piel y nada más rozar su mano izquierda con la cuchilla, su carne se abre como si fuese mantequilla. Parece que es Wilit, un amigo de Kassandra, que fue boxeador y al parecer, también habría superado todas las pruebas. Al ver la sangre que comienza a derramarse con abundancia por su antebrazo hasta el codo, introduce la mano en el agua celestial en busca de algún tipo de alivio por el dolor proferido

por el corte. Al instante, el agua se torna de color rojo oscuro, aunque pudiese parecer que era de color negro, al final se difumina un poco más y el color burdeos intenso llena la pila dorada.

Entonces, Wilit se aparta y comienza a temblar, parece convulsionar levemente hasta que unos haces de luz verde como fuegos fatuos reverberan desde las palmas de sus manos. Samira, la sanadora, corre a cubrirlo con otra túnica. Wilit ha resultado ser un Alas rotas, un hechicero. Su poder se ha manifestado en forma de fuego verde, aunque aún tardará meses, durante su período de entrenamiento en el Transitium, en dominarlo.

Todo el mundo aplaude ante la revelación y la siguiente candidata avanza más envalentonada al comprobar que Wilit está recuperándose. Parece un poco aturdido, pero descansa en la zona habilitada para los Alas rotas donde le darán sus nuevos ropajes y le proporcionarán un brebaje para recuperar las fuerzas.

La segunda candidata coge la daga con determinación, pero aún sin acercarse demasiado a su piel consigue que una profunda herida se abra paso sobre su blanca piel. El rojo tiñe todo su brazo en segundos y antes de comenzar a desangrarse, busca alivio en el elixir angelical que aguarda paciente a revelar el destino de la joven. El líquido no cambia de color. Sigue transparente. La joven mira a Ladslo con extrañeza y sacude la mano dentro del agua varias veces. Entonces, todo se sucede muy rápido: la chica retira la mano del agua rápidamente y emite un alarido tan atroz que todos nos revolvemos en nuestros asientos. Empieza a convulsionar y a echar sangre por la boca hasta que, de repente, deja de moverse. Ha muerto.

–¡Lo sentimos! No era digna. Que se aproxime el siguiente candidato, por favor –requiere Yreen.

El tercer candidato duda al levantarse porque no se atreve a cruzar por delante de los Alas rotas que aún están recogiendo el

cuerpo de la muchacha del suelo. Así se van sucediendo coloraciones blancas, negras, rojas o transparentes hasta que llega mi turno.

Es Radgüll quien me tiene que dar con el codo para hacerme reaccionar y que me levante de mi asiento. Me dirijo hacia el centro de la imponente sala y percibo cómo todos los ojos se posan en mi cuando cojo la daga. Al parecer, debe haber mucha expectación por saber qué tipo de Alas seré. Agarro la empuñadura despacio, pero con seguridad. Noto una especie de electricidad que recorre mi cuerpo cuando hundo la afilada hoja de la daga en mi carne. Al introducir la mano en el agua del orbe dorado esta no tarda ni un segundo en volverse de un color blanco inmaculado. Escucho los vítores de los demás candidatos que ya han regresado con su túnica blanca junto a la zona donde también se encuentran los maestros y los mentores de los Alas blancas. Miro a Saduj y percibo una amplia sonrisa en su rostro. Entonces, empiezo a temblar en convulsiones y caigo al suelo esperando lo peor. El silencio me rodea y, sin embargo, toco mi cuerpo y siento que aún estoy vivo. Respiro aliviado y comienzo a levantarme, aunque un peso desconocido en mi espalda hace que me cueste levantarme más de lo normal. Cuando me alzo, giro mi cabeza y veo cómo de mi espalda se despliegan dos enormes alas blancas; las más grandes que he visto en mi vida... Según me ha contado Saduj, el tamaño de las alas también puede estar relacionado con el poder que albergará el Alas blancas.

Observo a todos a mi alrededor mientras mis piernas empiezan flaquear, obviamente no están acostumbradas al peso de esas imponentes alas. Entonces, de repente, empiezo a sentir ese calor interno ya familiar, ese poder incontrolable que me llevó a la muerte. Temeroso de volver a acabar incinerado trato de contenerlo, sin embargo, eso no hace más que aumentar su voracidad y un fuego azul sale de mi pecho hacia el techo de la estancia y como si pareciese no tener fin. El halo de poder dibuja una espada de fuego azul por encima de nuestras cabezas. Todos se quedan contemplándolo boquiabiertos y yo, que no puedo aguantar el calor

y el peso de la energía necesaria para sostenerla, comienzo a debilitarme. Finalmente, se extingue y me apoyo en el orbe dorado para mantener el equilibrio y no caer de bruces al suelo. Cuando me miro en el reflejo del agua celestial observo que el color de mis ojos ha cambiado ahora son de un color azul más intenso, casi refulgente y en el iris distingo la forma de lo que parecen tres copos de nieve blancos e inmaculados, perfectamente dibujados.

Me conducen a una sala contigua para recuperarme y me dan de beber un brebaje que está malísimo. Trato de olvidar las caras de los presentes al contemplar mis alas y... mi desnudez; menuda vergüenza.

«¿Por qué he tenido que girarme hacia la grada? A veces, con alas o sin alas, con poder o sin él, parezco imbécil».

Cuando regreso, la mayoría de los candidatos ya han pasado por el Inquisitio. Sin embargo, Kassandra aún continúa con su túnica marrón. No dejo de mirarla y cruzo los dedos para que ella también sea uno de los nuestros, bueno, un Alas blancas.

«¡Joder! Ya hablo como si fuese uno de ellos».

Al cabo de unos eternos minutos llega el turno de Kassandra. Se levanta de manera grácil y desenvuelta. Cuando se aproxima hasta el altar, me mira justo antes de volver su rostro hacia la sacerdotisa y agarrar la daga con determinación. No tengo fuerzas para mirar. Quiero detener el tiempo y quedarnos como estamos. Observo de reojo cómo Kassy introduce su mano izquierda en el agua celestial y entonces, no solo el agua, sino todo a mi alrededor se vuelve negro. Un pozo oscuro y sin fin en el que siento que me pierdo y peor aún, una negrura en la que la pierdo a ella también. Casi puedo notar la sonrisa de satisfacción de Alister desde donde me encuentro.

SEPARADOS.

Es lo único que viene a mi mente. Estamos separados, la he perdido…

Kassandra despliega unas hermosas alas negras que casi doblan su altura. El color brillante del plumaje se funde con los reflejos azules de los mechones de su pelo y yo siento que un abismo infranqueable entre nosotros acaba de crearse. Kassandra enseña su poder a los presentes, sin embargo, yo no lo veo porque tengo la mirada borrosa por las lágrimas de pura rabia. Cuando acaba, un Alas rotas la cubre y se la lleva. Al pasar por mi lado, puedo leer sus labios mientras me guiña:

«No te preocupes, lo solucionaremos, voy a estar contigo; estaremos juntos».

Siento un júbilo repentino, una fuerza que me hincha el pecho y el corazón de esperanza. A pesar de tener sus alas, aún sigue sintiendo lo mismo por mí. No sé por qué imaginaba que tal vez al transformarse en un Alas negras todo en ella sería diferente, que pasaría a odiarme de manera automática. Tengo el impulso de levantarme e ir a buscarla para ver si todo está bien... si ella y lo nuestro está como lo dejamos esta misma mañana. Noto una mano fuerte que sujeta mi pierna cuando estoy a punto de levantarme. Las uñas de la mano de Radgüll se clavan en mi túnica blanca.

–Ni se te ocurra. Olvídate de ella. Desde ahora mismo.

–No puedo... tengo que ir a hablar con ella –susurro mientras los últimos candidatos se aproximan a Ladslo para realizar el ritual.

–Conseguirás que os maten a los dos... no es la primera ni será la última historia de amor que acaba en el Inquisitio. ¡No seas idiota, olvídala! Ahora pertenecéis a mundos diferentes...

–Me tiene sin cuidado. Necesito ver a Kassandra; saber que siente lo mismo que yo y que estaremos bien juntos.

–¡No seas idiota, Daniel! –gruñe acercándose a mi oído–, no te das cuenta de que ahora... sois... enemigos.

–¡NO!

–Ella es un Alas negras y tú un Alas blancas, estáis destinados a luchar por toda la eternidad. ¿Has olvidado que las criaturas que mataron a tu padre eran demonios rojos, una división de los Alas negras...? No debería decírtelo, pero el padre de tu amiga es un Alas negras muy poderoso. Durante el periodo de formación le van a lavar el cerebro, la van a cambiar y, créeme, cuando la vuelvas a ver ya no será la misma. Al igual que tú no podrás verla con los mismos ojos cuando estudies y comprendas la magnitud de los actos malvados y atroces que los Alas negras han realizado a lo largo de los siglos.

–Ella no es así... tú mismo no eres así, eres... bueno.

Al vampiro se le escapa una sonrisa que contiene rápidamente cuando Saduj lo mira elevando una ceja de manera inquisitoria.

–No me conoces, Daniel. No sabes lo que he hecho durante mi existencia. Si te lo contase me repudiarías como han hecho muchos otros. Nosotros, los Alas rotas, podemos decidir a qué bando servimos, a qué bando ayudamos o si queremos mantenernos neutrales como los Alas rotas que ves aquí en el Transitium. Yo elegí mal la facción a la que ayudé en un principio, pero por suerte, alguien me ayudó y abrí los ojos antes de que fuese demasiado tarde... No obstante, esa chica no puede elegir. Está vinculada a un bando para siempre y no es el mismo que el tuyo. Debe obediencia y lealtad a los suyos. Su destino es luchar contra ti y con todos los que, desde hoy, serán tu facción y tu familia... Daniel, te va a doler esto que te voy a decir... imagina que esa chica, Kassandra ¿no?, ha muerto durante las pruebas del Diaberum. ¿Recuerdas que una vez lo pensaste? Pues aférrate a ese dolor y al recuerdo de la noche que habéis vivido juntos como un sueño de una noche de verano. Algo que recordarás vagamente con el tiempo y que se irá difuminando hasta no saber discernir entre si fue real o solo un sueño. Hazme caso, esa chica está muerta para ti.

Las palabras del vampiro caen en mí como un ácido que recorre mis venas hasta llegar a mi corazón y finalmente lo arrasa. No estoy

dispuesto a volver a renunciar a ella. Otra vez no. Kassandra es más que un amor de verano, una chica más en la lista de los corazones que nos acompañan durante una vida; Kassandra es mi otra mitad, es parte de mí, como si la conociese de siempre y ya hubiese estado conmigo, como si fuese eso que he estado buscando toda la vida.

–Necesito verla una vez más. Tengo que despedirme de ella... por favor.

El vampiro me mira fijamente como si atravesase mis ojos y pudiese indagar en el fondo de mi alma y mi corazón para buscar cualquier resquicio de duda. Sabe que lo haré de todos modos así que resopla y decide ayudarme.

–Esta noche, cuando todos estén agotados de recoger y empacar todas sus cosas para marcharse mañana por la mañana, te ayudaré a deslizarte como una sombra hasta su habitación. Todavía estamos en el Transitium por lo tanto tenemos cierta inmunidad a movernos por donde queramos. Además, si somos descubiertos, los Alas negras no podrán hacerte nada porque el Transitium es tierra de paz y nadie puede violar esto sin que las consecuencias sean terribles. Jugaremos con eso para adentrarnos en su zona. Sin embargo, no creas que nos lo van a poner fácil. Habrá Alas negras montando guardia para proteger a los suyos... son muy desconfiados y traicioneros.

–¡Gracias! ¡Gracias! Te debo una.

–¡Tranquilo! No te exaltes. Todavía no la has visto. He dicho que intentaré ayudarte para que puedas verla. Eso no significa que podamos conseguirlo

Radgüll habla y habla sin parar, sin embargo, yo ya no le escucho. Estoy ordenando en mi mente las palabras que voy a decirle. Cómo voy a tratar de convencerla para escaparnos de aquí juntos.

29. FINALE

«El final, a veces, es solo el principio. Sentimos miedo por algo que desconocemos y es infinitamente mejor que la burda realidad que atesoramos. Todo acaba para empezar de nuevo y así poder transformarse en algo diferente y emocionante».

Palabras del Sabio ermitaño. El Monte Sinne, la Tierra.

Daniel

La oscuridad de la noche lo envuelve todo como la boca negra de un lobo negro escondido en una cueva en mitad de la montaña mas sombría y oscura del bosque en mitad de la noche. Es muy tarde y apenas quedan dos horas para que amanezca. A pesar de estar desesperado por ir a buscar a Kassandra, Radgüll me ha "aconsejado" y medio obligado a aguardar pacientemente en mi habitación hasta que solo se escuche el vacío y sordo sonido de la quietud nocturna.

El vampiro se mueve como una sombra oscura más sin que nadie pueda adivinar dónde se encuentra en cada momento. Yo le sigo con más torpeza, pero con todo el sigilo del que soy capaz. Por suerte, las enormes alas que aparecieron en el INQUISITIO han desaparecido. Según me ha dicho Saduj, volverán a aparecer durante el periodo de entrenamiento. Así que volverán a manifestarse cuando estemos en la IMPENETRABLE. El lugar en el que recibiré mi entrenamiento durante un año para convertirme en Alas blancas.

–A partir de aquí no podemos hablar. Esos condenados tienen los sentidos agudizados y podrán escuchar cualquier sonido fuera de lo normal. Hay dos guardias en la entrada del edificio y supongo que

habrá algún otro en el interior. No creo que estén muy alerta puesto que no hay ninguna amenaza ahora mismo. Sin embargo, si nos descubren estaremos en serios problemas. Sobre todo, yo…

–No veo a nadie. Parece que todo está tranquilo.

–No los ves tú, pero yo sí puedo verlos. Sígueme y no digas nada. Vamos a entrar por debajo.

–¿Por debajo? Pero, ¿cómo?

A los pocos minutos estamos caminando por unas escaleras subterráneas que descienden de una trampilla oculta en unos arbustos. Por lo visto, es la salida de emergencia de los edificios. Por el aspecto que tienen los escalones, este pasadizo debe tener siglos. Las telarañas se enredan en mi pelo y el interior está muy oscuro. Solo puedo ver lo que tengo justamente delante gracias a una pequeña antorcha que hemos encontrado en la entrada. El vampiro parece no tener problema para avanzar e incluso tiene que esperarme a cada rato cuando el pasadizo se vuelve más ancho y recto.

–¿Ves esa puerta de ahí? Sube las escaleras y llegarás directamente al pasillo del dormitorio de la chica.

–¿Cómo sabes eso? –pregunto extrañado. Ahora mismo estoy completamente desubicado.

–¿Tú crees que no te hemos vigilado? Desde la primera vez que subiste a su habitación, yo ya te estaba siguiendo...

–Ahora mismo no sé si odiarte por espiarme o darte las gracias...

–Mejor cállate –hace una señal con su dedo para que guarde silencio mientras abre la puerta hacia unas escaleras iluminadas con luces mágicas.

Subimos despacio para no hacer ningún ruido. Por suerte, al doblar la primera curva de las escaleras de caracol, aparece el pasillo

de la habitación de Kassandra.

–Recuerda que a la menor señal debes salir de esa habitación rápidamente. Aquí no hemos protegido el cuarto con magia para que no entre nadie.

–¿Que no habéis hecho qué?

–Olvídalo. Debes darte prisa. Despídete de ella. Tal vez sea la última vez que podáis estar juntos en una habitación sin que… os matéis.

Me empuja hacia fuera para que avance por el pasillo. Su puerta es la tercera. Cuando estoy llegando a la puerta y casi toco el pomo de la puerta. Escucho que alguien se aproxima a ella desde el interior para salir. Necesito esconderme en algún lugar, pero el desnudo pasillo no ofrece ningún recoveco en el que poder ocultarme y las escaleras por las que hemos subido están demasiado lejos para llegar hasta ellas sin que la persona que se dispone a salir del dormitorio de Kassandra no me vea.

–No tienes porqué preocuparte. Ahora eres uno de los nuestros, Kassandra. Tienes una nueva familia que cuidará de ti. Yo personalmente me ocuparé de tu entrenamiento... Además, en Descentio hay personas ansiosas por conocerte a ti y tu increíble poder. ¿Estás segura de que no quieres que me quede contigo esta noche?

–Alister, necesito descansar, ha sido un día muy duro. Sé que mañana nos queda un largo camino hasta Descentio, así que no, no necesito que te quedes en mi cuarto por si tengo pesadillas ni tampoco que te quedes apostado en la puerta por si alguien viene a secuestrarme o por si intento escapar. ¿Tienes idea de lo que me ha costado llegar hasta aquí? No vais a libraros de mí tan fácilmente.

–¡Eso espero! –Sonríe con una media sonrisa sensual e hinchando sus músculos de su pecho para que ella le mire.

–¡No tienes nada que hacer conmigo! –Kassandra sonríe dejando los ojos en blanco y cierra la puerta de golpe.

El Alas negras camina despacio, alejándose de la habitación. Sin embargo, cuando va a doblar la esquina hacia las escaleras principales, se da la vuelta y olisquea el ambiente. Frunce el ceño y vuelve a deshacer sus pasos hasta la habitación de Kassandra. Sin llamar, abre la puerta y...

–¿Qué coño haces, Alister? Me estoy desvistiendo... ¡FUERA!

El Alas negras cierra la puerta de golpe. Sacude la cabeza y se aleja. Falsa alarma. Su instinto le dice que parecía haber alguien más en ese pasillo, sin embargo, sacude la cabeza y se aleja algo avergonzado por haber parecido un pervertido delante de Kassandra.

Escucho desde detrás de la puerta y no me atrevo a salir de mi escondite hasta que estoy seguro de que no hay nadie fuera. Salgo al pasillo y cierro muy despacio. Por suerte, la puerta de esa habitación está abierta y no hay nadie dentro... ¡por los pelos!

Abro la puerta de la habitación de Kassandra y compruebo que la estancia está vacía. Entonces, me parece que la oigo dentro del baño. Me acerco con sigilo hasta que estoy en la puerta del cuarto de baño y ella se dispone a salir y nos chocamos de bruces. Kassandra lanza un grito, pero le tapo la boca rápidamente y nos precipitamos dentro del baño. Resbalo y tropiezo con sus piernas hasta caer dentro de la bañera que, por suerte, tiene agua hasta la mitad. Caemos juntos en el agua y esto provoca que el agua caliente y aromatizada se desborde por los lados, mojando todo el suelo, las paredes de alrededor, incluso llega hasta el techo.

Nos miramos y rompemos a reír mientras las gotas de agua nos caen desde el pelo.

–¿Qué haces aquí? ¿Estás loco? Creía que eras Alister... acaba de marcharse. He estado a punto de clavarte el cepillo en tus partes...

es un pesado y no he conseguido que se marche de la habitación hasta hace un momento. Si te pilla aquí...

–Lo sé. Os he escuchado. No te preocupes, he tomado mis precauciones para poder llegar hasta aquí. No obstante, no me puedo quedar demasiado.

De repente, reparo en lo preciosa que está con el pelo mojado y las gotas de agua resbalando por sus hombros y cayéndole en las mejillas desde el flequillo. Está desnuda de cintura para arriba porque la toalla que llevaba anudada se le ha movido al caernos al agua. No puedo resistirlo y la beso. Un beso profundo y desesperado que me hace recordar por qué estoy aquí y por qué no puedo marcharme sin dejar las cosas claras... Necesito saber si nos esperaremos o aquí acaba todo entre nosotros.

–¿Vas a esperarme? –Pregunto a bocajarro en cuanto nuestras bocas se separan.

–¿Qué mosca te ha picado, Daniel? –Kassandra mira el brillo de mi mirada y comprende que la pregunta es importante para mí–, pues claro que sí. Cuando acabemos el entrenamiento y seamos libres, iré a buscarte y decidiremos qué hacer. Por mí todos estos pirados pueden irse a la mierda.

–El entrenamiento dura todo un año... es mucho tiempo, no sé si podré...

–Lo sé –dice acercándose más a mí–, pero si hemos estado toda la vida el uno sin el otro... ¿Qué es un miserable año comparado con el resto de la eternidad? Además, no creo que podamos despistar a estos tipos. Ya has visto que este edificio está vigilado… Quería escaparme de aquí esta noche tanto como tú. Pero es una locura. No sabemos ni siquiera dónde estamos ni como salir o entrar del Transitium.

–Sí, tienes razón –le acaricio el pelo y beso su frente sin darme cuenta–, existen tantos interrogantes por resolver...

–Por eso debemos permanecer en nuestras respectivas facciones... hay que aprenderlo todo sobre estas criaturas. Tú con los Alas blancas y yo con los Alas negras. Aprenderemos a luchar como ellos, sus debilidades, sus puntos fuertes, su historia, todo lo que nos pueda servir para escapar y vivir nuestra vida juntos. Además, también quiero ver de nuevo a mi madre... no es la mejor madre del mundo, pero es la única que tengo y me gustaría saber que está bien sin mí. Estoy segura de que se las apañará sin mí durante un tiempo porque es una superviviente; es solo que es una floja, pero cuando vea que se tiene que poner la pilas... reaccionará. Además, me gustaría decirle de algún modo que sigo viva... ¿Crees que podremos hablar con ellos cuando volvamos a la tierra?

–¿Con quién? ¿Con las personas? –asiento con la cabeza y recojo su pelo detrás de las orejas, es un gesto tan común como sexy. La abrazo aún más fuerte. –Supongo que sí, aunque la verdad, no lo sé. Tienes razón, hay demasiadas preguntas sin resolver... aunque, por otro lado, me gustaría escaparme ahora mismo... no tengo un buen presentimiento con todo esto. Todo el mundo dice que seremos enemigos y que la próxima vez que nos veamos...

–No les hagas caso. –Kassandra busca otra toalla para secarse y deja su cuerpo desnudo ante mí y siento una punzada en mi entrepierna. Es perfecta... querría hacerle tantas cosas, sin embargo, no hay tiempo, debemos decidir qué haremos antes de que tenga que salir corriendo de su habitación–. Haz como yo, solo les sigo la corriente. Nadie me va a lavar el cerebro para que pase de ti o algo por el estilo... puedes estar tranquilo. Por otra parte, tengo la necesidad de ir al Descentio, es la única forma de encontrar a mi padre... sabes, me han dicho que está allí. Tal vez sea un despropósito querer ver a alguien que ha pasado de ti durante toda tu vida, pero precisamente, por eso, pienso pedirle explicaciones de por qué nos abandonó a mi madre y a mí. Mi... padre no sabe quién es Kassandra Bedingfield.

–¿Estás segura? Podríamos marcharnos ahora mismo. Conozco un pasadizo por donde no nos encontrarían. No quiero que lo nuestro

cambie... –le pido a la desesperada.

–Daniel, ni tú ni yo tenemos idea alguna de lo que estas criaturas son capaces de hacer. Tampoco sabemos dónde podríamos escondernos. Lo más sensato es continuar con ellos durante el periodo de entrenamiento y controlar nuestros poderes ... ¿Crees que podremos volar? ¡Qué pasada! Te juro que cuando noté cómo salían de mi espalda creí que iba a dar un grito de verdadero alucine.

-Entonces, tu plan es que les sigamos el juego durante un año... y después...

–Después, prometo encontrarte sea donde sea: Londres, el Transitio, la Impenetrable... donde sea... confía en mí. Tienes que ser capaz de aguantar, ¿podrás hacerlo?

–Supongo que sí. Yo también tengo algunas preguntas que resolver, sin embargo, no sé si es buena idea separarnos...

Kassandra se acerca a mí y entrelaza sus brazos en mi cuello. El mero roce de su piel con mi nuca hace que sienta escalofríos. Me mira fijamente y sonríe con ternura antes de besarme. Las sensaciones se agolpan en mí. La aprieto contra mí con fuerza y siento que el corazón se me desboca. Tenerla tan cerca me confirma que no podré estar tanto tiempo sin ella, pero tal vez tenga razón y lo mejor es dejarse llevar...

Mis manos acarician su espalda hasta que llego a la cintura y la toalla cae al suelo. Siento calor por dentro y por fuera. Quiero quitarme la ropa y dejarme llevar por la pasión. Entonces recuerdo dónde estamos y que si continúo aquí mucho tiempo no solo me pondré en peligro a mí, sino también comprometeré a Kassandra y a Radgüll.

–No me importaría pasar así el resto de la noche... ¿podrías quedarte? Me mira y agacho la mirada mientras me besa la barbilla.

–Nada me gustaría más, pero estoy aquí infiltrado. Por lo visto, ahora que tenemos nuestras alas no podemos pasar tiempo juntos... ¿puedes creerlo? ¡Valiente estupidez!

–Lo sé. Algo me han contado los Alas negras, pero no pienso creer todo lo que me digan; así como tampoco pienso hacerles caso en todo ni seguir las reglas a pies juntitas. Piensa que cuando acabemos el periodo de formación podremos salir al mundo y... –traga saliva– ¿quién podrá detenernos? Nadie podrá romper lo que tenemos, te lo aseguro.

El brillo de la pasión en sus ojos hace que me acerque para besarla de nuevo. Nuestras bocas se reconocen y se aceptan con la rapidez que la sal disuelve en el agua. Entonces, escuchamos un leve sonido detrás de la puerta.

–¡Shhh hay alguien detrás de la puerta! –Advierto.

–¡Corre, escóndete en el balcón... ya sabes que por ahí puedes escapar, bajando la celosía!

–No podré salir por ahí, han puesto dos vigilantes en la puerta del edificio.

TOC TOC TOC

–¡Escóndete en el baño!

–¡Daniel, soy yo, Radgüll! Tenemos que irnos –susurra detrás de la puerta.

–No te preocupes. Está conmigo. Me ha ayudado a lograr llegar hasta aquí. ¡Prometo que te esperaré! –Le susurro mientras la abrazo.

–No estés triste, Daniel. Hemos sobrevivido y ahora tenemos otra oportunidad. Nos hemos encontrado y eso era lo difícil. Nuestra formación será algo temporal. No podrán separarnos.

La miro y por primera vez veo algo de emoción reflejada en el brillo de sus ojos. Kassandra aparenta ser muy dura, sin embargo, ahora muestra que tiene tanto miedo a lo desconocido como yo mismo. Sabemos que la única certeza de este mundo de locos en el que nos hemos visto envueltos es lo que sentimos el uno por el otro.

–¡Nos vemos! No me olvides.

–No lo haré, tonto, te lo he prometido.

Me dirijo hacia la puerta, pero cuando estoy a punto de abrirla, Kassy me llama.

–¡Espera! ¡Toma! –Se aproxima y trata de quitarse algo que lleva colgado en el cuello. Es una especie de colgante en una cadena de plata–, es mi Triskel de la mitología celta, sirve como protección. Quiero que lo lleves tú. Así podrás acordarte de mí cada vez que lo veas.

–¡Gracias! Pero yo no tengo nada para darte... –pienso en qué puedo darle, pero no tengo nada. Ni siquiera llevo puesto mi reloj.

–No te preocupes. Dame un beso con el que pueda recordarte durante un año entero.

Nos besamos y nos fundimos en un beso que sabe a despedida, de esos que no quieres que se acaben nunca y que pueden ser el preámbulo de un buen polvo o la última vez que vas a ver a esa persona; aunque aún no lo sepas. A pesar de ser una declaración de amor, en el fondo son bastante tristes y tienen un poso de amargura cuando saboreas tus labios mientras te alejas.

A la mañana siguiente todo el comedor está bastante vacío. La mayoría de los comensales son futuros Alas rotas que tendrán que realizar su formación aquí en el Transitium. Busco inútilmente a Kassy con la vista por si hubiese alguna posibilidad de que aún no se hubiese marchado. La búsqueda es infructuosa y solo veo a algunos

de los futuros Alas blancas compartiendo mesa. Entre ellos Amy que sonríe al verme. Me acerco con una bandeja, cabizbajo. Sé que la facción de los Alas negras se ha marchado bastante temprano así que no podré ver a Kassandra durante un año.

–¿Estás preparado para la nueva aventura? –pregunta Amy haciéndome un sitio a su lado.

–Bueno, si no hay más remedio... La verdad es que me pone bastante nervioso lo desconocido, no poder controlar lo que va a pasar con mi vida, pero supongo que habrá que dejarse llevar... –respondo con una media sonrisa triste, evocando las palabras que Kassy me dijo anoche–.

Ella acerca su mano y aprieta la mía. Me sonríe y guiña un ojo.

–Todo va a salir bien. Yo estaré a tu lado.

30. LA IMPENETRABLE

«La Impenetrable es la fortaleza cuyos cimientos albergan los secretos del poder más puro e inquebrantable del universo. Jamás fue conquistada, de ahí su nombre, es defendida con la vida de los Alas blancas.»

Palabras grabadas en la Puerta del Sur, La Impenetrable.

Daniel

Recojo mis pocas pertenencias: algo de ropa, artículos de higiene personal y cojo el colgante que Kassandra me dio anoche. Es un medallón antiguo con forma Triskel y engarzado sobre una especie de cristal opaco; parece un cuarzo blanco pulido; lo miro con cariño porque me la ha regalado ella. He investigado en la biblioteca y es un antiguo símbolo celta con tres brazos vinculados al sol. La palabra *tri* significa tres, *askel* significa alas y proviene del bretón. Cada una de las cruces gamadas o brazos son de un color. Hay una blanca, otra es color bronce y la tercera es de color negro. Las miro con detenimiento y es curioso porque parecen brillar con más intensidad al ponerlas a la luz solar, como si los brazos curvos imitasen la rotación del sol. Al Triskel dentro de la mitología celta se le atribuye la unión de los tres elementos: agua, aire y fuego. Los guerreros los utilizaban como amuleto en las batallas. Lo coloco alrededor de mi cuello y lo dejo descansar en mi pecho. Siento una especie de calor que me inunda mi interior al tocar mi piel, sin embargo, al separarlo para tocarlo con mis dedos, está completamente frío. Continúo recogiendo y echo un último vistazo al lugar.

No sé por qué pensé que abandonaríamos el Transitium volando con nuestras alas nuevas. Al final resulta que lo hacemos volando, pero no por nuestros propios medios. Nos marchamos en unos helicópteros blancos y aerodinámicos. Su velocidad es prodigiosa ya que, tras despegar, en pocos segundos, el Transitium no es más que una mancha gris oscura en mitad del mar de nubes que comienza a rodearnos.

Desconozco si me quedo dormido por el traqueteo constante y adormecedor de la nave o porque nos han echado algo a través de las rejillas de ventilación para adormecernos y evitar así que conozcamos la ruta hasta nuestro nuevo destino. Lo siguiente que recuerdo es estar despertando cuando el helicóptero se está aproximando a una pared de piedra más alta que el monte Everest. No podemos ver la cumbre hacia dónde nos dirigimos pues es aún más alta que las nubes que, según calculo, estarán a unos siete mil metros de altura. Atravesamos la densa marea de nubes grises y continuamos subiendo hasta que en mitad de lo que parece un valle, rodeado de formaciones rocosas, como si hubiese excavado en el cráter de un antiguo y enorme volcán, aparece imponente una construcción en forma de cruz. Al parecer, según nos han contado antes de aterrizar, la Impenetrable se llama así porque jamás ha sido invadida o conquistada por los enemigos de los Alas blancas, de ahí su nombre. La fortaleza está protegida con poderosos hechizos ancestrales, rodeada por cascadas de agua celestial y la extrema altitud, algo insoportable para la mayoría de los Alas negras. A lo largo de la historia, casi nunca se han acercado. Cuando lo han hecho, se han activado las defensas del lugar, que tiene voluntad propia y es capaz de temblar como si se sintiese un terremoto y se cierra a cal y canto para evitar que la amenaza penetre.

Los helicópteros aterrizan sobre unos círculos grises en mitad de los frondosos jardines sacudiendo la hierba y toda la vegetación de alrededor. No puedo apartar la vista de la ventana de la nave y admirar la belleza del lugar. Cuando las hélices se detienen, varios Alas blancas se acercan volando hacia el lugar. Despliegan sus

inmaculadas alas blancas y se posan en el suelo con una grácil armonía que también deberemos dominar nosotros tras nuestro periodo de formación.

Al aproximarnos a la Impenetrable, puedo admirar sus altas torres de mármol blanco y oro, adornadas con runas antiguas que brillan con un resplandor etéreo. Las imponentes murallas están reforzadas por magia ancestral que las hace impenetrables a cualquier ataque. Cuando nos bajamos, Saduj es recibido con una reverencia por los demás Alas blancas.

–Bienvenido, Saduj, os estábamos esperando. Confío en que el trayecto desde el Transitium haya sido apacible.

–Gracias, Gedeón, todo ha ido según lo previsto.

–Nunca se sabe de lo que son capaces los Alas negras. Recuerda lo que pasó la última vez cuando trataron de atacarnos en el camino de regreso. Esos animales no respetan nada... Llevaremos a los nuevos Alas blancas hasta el gran salón para que Yahvé y Lisbeth puedan recibirlos. ¿Necesitáis descansar?

–No, gracias. Vayamos a su encuentro, no les hagamos esperar –se apresura a responder Saduj, recogiendo su túnica y apretando el paso en medio de saludos de los demás Alas blancas. Parece que Saduj es muy querido entre los suyos. Reconozco que me ha ayudado mucho en el Transitium y que me ha aportado paz y calma en los momentos decisivos. Estoy seguro de que, ahora que soy un Alas blancas, responderá a muchos más de los interrogantes que han rodeado mi vida durante todos estos años.

En la inmensa puerta de la Impenetrable puedo ver a varios soldados apostados junto a la impresionante puerta de mármol blanco y oro. Reconozco a Arish, el corpulento Alas blancas que me salvó tras el ataque de los demonios rojos en mi casa. Radgüll, que camina detrás de nosotros, lo saluda con una media sonrisa. Arish agacha la cabeza en señal de respeto al pasar por su lado.

En la entrada de la fortaleza vemos un gran patio con un magnífico jardín en su interior. Las flores y plantas emanan una fragancia embriagadora y celestial. Según nos cuentan al caminar por este impresionante lugar, los jardines que rodean la Impenetrable no solo son bellos, sino que también contienen plantas mágicas únicas que pueden curar heridas, otorgar visiones, aumentar los poderes por un corto periodo de tiempo y fortalecer al más débil. Algunos Alas blancas o hermanos, como suelen llamarse dentro de la Impenetrable, se dedican al cultivo, cuidado y a realizar experimentos con las plantas celestiales para elaborar las fórmulas y hechizos mágicos que usarán el resto de Alas blancas en el día a día o en la batalla. Tras pasar el claustro que da acceso a las zonas reservadas de los que están al mando, y tras continuar por unos laberínticos pasillos medio a oscuras, llegamos al gran salón de formación que se encuentra en el mismo corazón de la Impenetrable. Al parecer, es el lugar de formación, reuniones y donde se presentan las estrategias de batalla de la Impenetrable. Se puede acceder a él desde los cuatro extremos de la fortaleza, aunque cuando no se está usando, permanece cerrado con poderosa magia pues debajo de este se encuentra La Cripta de los Secretos, vigilada por los espíritus de antiguos guerreros blancos y que alberga los secretos, objetos y reliquias mágicas de la fortaleza.

Tomamos asiento en las bancadas semicirculares de madera con asientos acolchados de terciopelo verde delante de la tarima donde hay dos personas que saludan a Saduj. Este se dirige hacia ellos y los saluda con una reverencia. Cuando nos hemos sentado todos y guardamos silencio, dos soldados de los Alas blancas cierran las grandes puertas y se quedan apostados a los lados.

–¡Sed todos bienvenidos a LA IMPENETRABLE! Mi nombre es Lisbeth, suma sacerdotisa de los Alas blancas, una más entre vosotros; pero que se encarga de que todo funcione a la perfección dentro de la fortaleza. Si necesitáis algo, lo que sea, podéis contad conmigo o con algunos de mis ayudantes. A mi derecha está el profesor Saduj, a quien ya conocéis del Diaberum. Es el jefe de la

formación de los Alas blancas. Su sabiduría y sus consejos os serán de gran valor durante vuestro periodo de formación y más adelante, cuando tengáis que completar vuestras misiones...

–Estoy deseando que llegue ese momento... pienso patearles el culo a esos indeseables Alas negras... –comenta el joven que está a mi lado sentado–, yo soy Jacob.

–Soy Daniel –susurro estrechando su mano. Jacob es un poco más bajo que yo. Rubio hasta casi parecer albino, solo que sus cejas y pestañas son de color castaño oscuro y sus ojos son de color verde brillante. Parece un guerrero vikingo. Su cuerpo es fuerte y robusto.

–Encantado. Esta es Chloe. Es una experta en todo lo que tenga que ver con plantas. Ha estudiado botánica.

–Tampoco hace falta que le cuentes mi currículum a todo el mundo –murmura la joven pelirroja–. Encantada, Daniel, pero es mejor que nos callemos... no sabemos lo que nos pasará si la sacerdotisa nos llama la atención. No es recomendable destacar el primer día...

Sonrío y guardo silencio. Cuando levanto la cabeza para seguir escuchando la explicación, alguien desde la primera bancada gira la cabeza y me indica que guarde silencio con el dedo índice y una amplia sonrisa. Es Amy, que se gira de nuevo para escuchar con total atención a Lisbeth.

–Además de Saduj, tendréis como encargado de vuestra formación en combate a Gédeon, jefe del ejército de los Alas blancas. Tiene fama de estricto, pero más adelante lo agradeceréis.

El hombre no cambia su rictus ante los comentarios de la sacerdotisa. Parece una estatua de sal apostada a un lado de la tarima. Ni siquiera había reparado en él antes de que Lisbeth lo mencionase.

–Aquí, a mi lado, tenéis a la persona más importante de La Impenetrable: Yahvé, el elegido. Nuestro líder espiritual. El más antiguo entre nosotros. Aquel que es capaz de dormir mientras está despierto, leer la mente más oscura que jamás os hayáis encontrado, un Alas blancas cuya sabiduría y poder es solo comparable al más intrépido de los Guardianes de Luz. –Lisbeth contempla la cara de perdidos que tenemos todos ante tantos términos nuevos–. Los Guardianes de Luz son seres antiguos de energía, espíritus de poderosos Alas blancas que protegen de manera incansable la Impenetrable. Podréis encontraros con ellos de noche patrullando por los alrededores de la fortaleza y dentro de la cripta de los secretos; pero no os asustéis, a pesar de su... fantasmagórica apariencia, solo están aquí para protegeros y rara vez se adentran en las zonas de los dormitorios. Su presencia asegura que ninguna entidad maligna pueda penetrar en la fortaleza sin ser detectada o neutralizada.

–Tras las palabras de Yahvé, continuaremos con la información más necesaria para poder desenvolveros en estas primeras horas hasta que mañana los escribas os entreguen en los dormitorios vuestras tareas, clases y rutinas diarias durante el período de formación. El primer lugar del que quiero hablaros, antes de continuar con la visita de la fortaleza, es el pabellón de entrenamiento. El pabellón está en el corazón de la fortaleza. Este vasto recinto está rodeado de cristales encantados que reflejan y amplifican la energía mágica, permitiéndonos practicar con nuestros poderes en un ambiente seguro y controlado. El suelo del salón está hecho de una piedra celestial pulida que puede transformarse para simular diferentes terrenos de batalla. Además, está rodeado de canchas o habitáculos exteriores de entrenamiento. La más importante de estas salas anexas al pabellón es la Sala de los Elementos. En esta sala, los Alas blancas aprenderéis a manipular los elementos fundamentales del universo. Desde conjurar fuego celestial hasta controlar las corrientes del viento, practicaréis bajo la guía de los maestros elementales. Los elementos en esta sala son tan reales como los de cualquier mundo, pero están contenidos por

barreras mágicas que evitan cualquier desastre. De todas formas, no os asustéis si resultáis heridos en algún entrenamiento, ya que el Centro de Sanación está cerca... en caso de que lo necesitéis… –sonríe y recoge rápidamente un mechón blanco que le cae sobre la frente. La sacerdotisa debe tener muchísimos años a pesar de aparentar ser una mujer de unos cuarenta años, de no ser por su cabellera completamente blanca, habría dicho que podría ser la hermana mayor de muchos de nosotros.

–Apuesto a que te daré más de una paliza en ese sitio, ojitos claros...

–Bueno, lo intentarás.

–Lo he visto luchar, Jacob, y es bastante bueno boxeando. –Nos interrumpe un chico negro con el pelo corto muy rizado que extiende su mano para presentarse, –soy Tod.

Extiendo mi mano y sigo atendiendo a la explicación de la sacerdotisa. Al parecer, muchos participantes del Diaberum estaban pendientes de mí. Yo, sin embargo, solo tenía ojos para Kassandra. Mi mente vuela hasta ella y se pregunta qué estará haciendo en estos momentos. La voz aterciopelada, pero potente, de la sacerdotisa me devuelve a la realidad. Suspiro y sigo escuchando.

–A la derecha de este gran salón encontraréis los comedores, algo que a priori os puede parecer muy banal, pero que es muy necesario para reponer fuerzas y estrechar lazos con vuestros compañeros... –sonríe–, y junto a la zona del comedor encontraréis La Biblioteca del Conocimiento Infinito. Situada a dos niveles dentro de una torre en el extremo oriental de la fortaleza, los nuevos Alas blancas podréis acceder a tomos y pergaminos que contienen el saber de milenios. No os resulte extraño que algunos libros floten en el aire libremente y se desplacen mágicamente hacia aquellos que los buscan, sus páginas repletas de hechizos, tácticas de combate y sabiduría antigua os ayudarán en vuestra formación.

–¿Qué horario tiene el comedor? –pregunta un muchacho regordete que se sonroja al escuchar las risas de los demás–, bueno, y la biblioteca.

–No os preocupéis. Los horarios y toda la información relevante para vuestro día a día os la harán llegar los escribas. No quisiera cansaros con más información, pero antes de dejaros libres para dirigíos a vuestros aposentos en Los Dormitorios del Viento, donde cada habitación está personalizada mágicamente para adaptarse a las necesidades y preferencias de su ocupante, proporcionando un refugio perfecto para descansar después de un día de arduo trabajo; debo hablaros de mi lugar favorito: El Templo de la Armonía. –Lisbeth suspira y levanta los ojos al techo del salón–, el templo es un lugar de meditación y recuperación, se encuentra justo antes de llegar a este gran salón, lo habéis pasado de camino. Solo que está cerrado pues tanto Yahvé como yo estamos aquí. Sin embargo, siempre podréis encontrarnos a alguno de los dos en esta dependencia por si necesitáis consejo espiritual o sentís desasosiego. Los hermanos capuchas blancas se encargan de que el Templo de la Armonía esté siempre disponible para los Alas blancas. Ellos os podrán ayudar también con vuestras dudas existenciales y cuestiones morales. Sus paredes están adornadas con mosaicos que narran la historia de los Alas blancas y sus hazañas. Lo más importante es que en este lugar no solo encontraréis la serenidad y seguridad de vuestro cuerpo sino también de vuestra mente. En la Impenetrable, los nuevos Alas blancas os enfrentaréis a desafíos que forjarán vuestras habilidades y carácter y os prepararán para la eterna lucha entre el bien y el mal. Esta fortaleza celestial no solo es un lugar de entrenamiento, sino también un símbolo de esperanza, poder y esplendor. Id en paz.

–¡Antes de que os marchéis todos! Escuchadme un segundo con atención –grita Gedeón–, cuando lleguéis a vuestros aposentos encontraréis un orbe dorado flotando en una pequeña nube blanca, debéis cogerlo entre vuestras manos y vuestro Teblos os será revelado. El Teblos será el arma celestial que os corresponde como

Alas blancas por linaje, suerte o vuestras propias capacidades. Es muy importante que lo hagáis cuanto antes para que el Teblos se vincule con vosotros y no con otro Alas blancas. Debéis saber que el vincularse con el Teblos de otro compañero está castigado, pero ya no podrá hacerse nada por conseguirlo. No os apresuréis porque vuestras habitaciones tienen un sello, un conjuro mágico, que solo os permite entrar a vosotros. Id con tranquilidad, pero no os demoréis mucho.

Empezamos a dispersarnos para salir del Gran salón. Algunos se apresuran a salir aún sin saber dónde se encuentran los dormitorios.

–Daniel, tú vienes con nosotros a los dormitorios de los chicos –anuncia Jacob señalando a todos–, las chicas van a la otra ala de los Dormitorios del Viento.

–De acuerdo. –Respondo, intentando salir de la bancada que no avanza porque el pasillo central está repleto de nuevos Alas blancas inquietos por llegar a sus dormitorios.

Cuando estamos saliendo por la puerta, veo que Amy se aproxima y saluda a Chloe y su amiga Isabella. Me mira fijamente antes de hablarme.

–Hombre, el mismísimo señor Daniel Crescent Chiaroscuro...

Quiero preguntarle cómo sabe mis apellidos. No recuerdo habérselos dicho a nadie y en el Diaberum solo nos llamaban por nuestros nombres, pero no digo nada porque algunos Alas blancas giran la cabeza al escuchar el apellido de... mi madre... ahora todos saben que soy un descendiente de los Chiaroscuro...

–Buenas, Amy a secas –respondo con una media sonrisa. Esta chica solo quiere ser agradable conmigo, pero a veces es un poco patosa intentándolo.

–¿Estás contento? –pregunta poniéndose a mi lado cuando salimos al amplio pasillo y podemos caminar más cómodamente.

–Bueno, esto no está mal. A ver de qué va este lugar... estoy un poco expectante, la verdad.

–¡No, no me refiero a este sitio! Me refiero a cómo llevas que tu amiguita Kassandra se tirase en los brazos del buenorro ese, el Alas negras que siempre iba pegado a ella...

–¿Cómo? –pregunto descolocado por completo.

–¿No los viste? Creía que sí... Bueno, déjalo. Yo no he dicho nada.

–¡Escúchame, cuéntame qué ha pasado entre Kassandra y Alister! –La sujeto por los hombros y ella se zafa de mí. Me coge la mano y me lleva a un rincón detrás de unas plantas.

Toma aire y me mira fijamente antes de hablar.

–Verás, Daniel. Tú eres un chico que vales mucho, podrías tener a cualquiera, créeme –hace una pausa dramática para que me dé cuenta de que ella sería la primera en la lista–, pero cuando nos marchábamos para coger los helicópteros, la vi caminando hacia su transporte y entonces, ese Alas negras que siempre estaba pegado a ella como una lapa, salió corriendo a su encuentro, como si fuesen a despedirse… la abrazó y... después se besaron... Te juro que sentí mucha rabia por ti porque todos conocemos tus sentimientos hacia ella y... que se enrolle con ese tipo nada más enterarse que no vais a poder veros, dice mucho de esa chica como persona, ¿no? Me dolió mucho por ti...

–¡Mientes! –Le grito.

–No miento, Daniel. Créeme, por favor. Soy tu amiga... estamos en el mismo bando. Ahora somos los dos Alas blancas...

–Lo dices porque no te cae bien desde que te venció... ¡estás celosa! –Escupo con rabia.

–Puede que tengas razón. No voy a negarte que me cabreó bastante esa derrota y también que pudiese sentir algo de celos al

veros juntos. Daniel, ¿tú te has visto? Cualquier chica se volvería loca si le hicieses caso... pero yo no miento jamás.

–Tengo que marcharme. Debo descubrir mi Teblos. La mayoría ya conocerán el suyo...

–¡Espera! ¡Déjame mostrarte algo!

Me agarra del antebrazo y siento un escalofrío antes de empezar a ver borroso. El pasillo que tengo delante se va difuminando hasta que aparece el Transitium y entonces veo a Kassandra con el pelo recogido en una cola. Va vestida con un mono ajustado de color negro y portando su bolsa de viaje. Entonces, veo como alguien la llama y se da la vuelta. Está de espaldas, pero reconozco perfectamente a Alister. Podría reconocer la figura de ese gilipollas de noche y con la luz apagada. Ella sonríe al verlo y lo recibe con los brazos abiertos. Se abrazan en un abrazo que se me hace eterno y el estómago se me revuelve, casi siento una arcada. Entonces, él levanta su barbilla y la besa. Kassandra sube las manos hasta asirse a su nuca y se dan un beso largo e intenso que hace que el cerebro me estalle. Entonces, la visión desaparece y vuelvo a contemplar el pasillo en mitad de la Impenetrable.

Amy respira con dificultad a mi lado y se agacha para recuperar el aire.

–Este es mi poder... Eres la primera persona que lo ve. Soy capaz de compartir mis recuerdos con otra persona para que los pueda vivir como si hubiese estado allí. Tengo que dominarlo mejor porque me deja exhausta... Aún soy novata en esto de los poderes... solo quiero que me creas porque me importas, Daniel. La gente no es lo que parece. A veces nos utilizan según las circunstancias. Después, cuando ya no les somos de utilidad nos desechan como a un pañuelo de papel. Créeme, esa chica no te merece, se veía a la legua que solo estaba contigo porque le convenía… Todos lo veíamos.

Me giro justo a tiempo para que no vea cómo una lágrima de puro dolor escapa a mi control y baja por la mejilla hasta caer al suelo. Apresuro el paso hacia la bifurcación de los dormitorios.

–Gracias –murmuro cuando estoy a punto de desaparecer. Es todo lo que puedo decir cuando tengo ganas de destrozar la pared a puñetazos. Amy no se merece soportar mi furia. Subo las escaleras hacia los dormitorios y escucho gritos de júbilo de los nuevos Alas blancas ante la revelación de sus Teblos. Busco mi dormitorio y casi al final del primer pasillo leo mi nombre en una puerta.

–Daniel, ¿dónde te has metido? –Pregunta Jacob desde la habitación contigua.

–¿Estás en el cuarto de al lado? ¡Estupendo! Estaba aclarando unas cosillas con Amy…

–¡Ya! ¿No crees que todavía es pronto para empezar a ligar? –Sonríe mientras se mete dentro del cuarto para buscar algo. Sin embargo, cuando lo escucho volver, yo ya he cerrado la puerta de mi dormitorio de un portazo. Por suerte, nadie que yo no quiera podrá entrar.

El dormitorio está en penumbra pues las cortinas están echadas. El movimiento del aire detrás hace que se tambaleen suavemente. Entonces, descubro la espera refulgente encima de una pequeña nube de algodón. El inapreciable crepitar de los rayos de luz dentro de la esfera me hipnotizan y me acerco despacio antes de tocarla. Justo antes de llegar hasta la esfera, el medallón del Triskel comienza a arder en mi pecho, parece que ese objeto vaya a salir ardiendo como si estuviese previniendo de algo. Sé que no estoy en peligro puesto que nadie puede entrar dentro. Mi mano se acerca a la esfera, a la vez que mis ojos recorren la adusta habitación.

«No hay nadie, tranquilo» –me digo.

Pero entonces reparo en la cortina que se mueve por el viento...

«¿Y si alguien entró por la ventana?

De repente noto que algo me golpea en la cabeza y caigo a un lado sobre la cama. Veo por el rabillo del ojo que una sombra oscura trata de llegar hasta la esfera brillante que ha caído al suelo y ha rodado por debajo de la cama al golpearla en mi caída. Como puedo, le lanzo una patada y se estrella contra la pared. Se revuelve en el suelo y veo que saca algo brillante, una especie de puñal o daga cuyo brillo corta la oscuridad. En un solo segundo debo pensar si usar mi poder o vincular mi Teblos; está claro que el intruso lo quiere. Así que repto por la cama hasta el otro extremo. Siento cómo el intruso salta sobre mí con la daga entre sus manos y falla el ataque. El puñal se queda clavado en el colchón y aprovecho para reptar debajo de la cama. Veo la esfera brillando, pero está algo lejos de mi alcance. Debe haber caído rodando hasta el extremo más alejado debajo del cabecero.

Noto que me agarran el pie con fuerza y empiezan a tirar de mí, pero consigo darle una patada en toda la cara con la otra pierna y zafarme de él. Escucho un grito de dolor y eso me da los segundos necesarios para llegar hasta la esfera. La toco y comienza a abrirse... entonces noto un dolor intenso en la pierna, me ha atravesado la pierna con la daga. Grito de puro dolor y trato de zafarme, clavándomela aún más. Acerco la pierna a mi mano y consigo sacar la daga. El asesino se asoma y descubre que mi Teblos se ha abierto. Tiene la cara tapada con un pañuelo y capucha de color negro. Miro la esfera y entonces mi Teblos se vincula. Una espada enorme aparece en mi mano izquierda. Sin pensármelo bajo el brazo hacia donde se encuentra y consigo darle en el hombro. Noto como la espada entra y toca hueso. El intruso grita de dolor y desaparece. Salgo de la cama como puedo. El intenso dolor de la pierna es insoportable. Estoy perdiendo bastante sangre. Me subo hacia la cama con ayuda de la espada y veo las ventanas de mi habitación abiertas de par en par. El intruso ha huido.

Aporrean la puerta. A duras penas llego hasta ella y veo a Jacob con cara de asombro.

–¿Qué ha pasado? –pregunta con los ojos desorbitados

–Alguien ha tratado de robar mi Teblos... me ha apuñalado la pierna... creo que… estoy perdiendo mucha sangre… tendríamos que hacer un torniquete pronto o… –murmuro antes de caer al suelo.

–¡Ayuda! ¡Ayuda! –Grita Jacob. Escucho pasos que se aproximan y veo muchas cabezas alrededor de la puerta antes de desmayarme.

Sumido en un sueño no muy profundo escucho que alguien llega y pone orden.

–¿Qué ha pasado aquí? –pregunta Gedeón, el jefe del ejército de los Alas blancas.

–Le han atacado, alguien quería robarle su Teblos, me ha dicho.

Escucho cómo Gedeón se agacha hasta mí, toca mi pierna para valorar la herida y después mira la espada que aún tengo cogida con la mano. No he querido soltarla, a pesar de la herida y las pocas fuerzas que me quedan.

–¡No puede ser! –murmura cerca de mi cabeza– Es… ¡la espada del Arcángel...! Está hecha de Tinium macizo, es capaz de cortar a un Alas negras por la mitad al primer contacto... hacía siglos que no se vinculaba a un nuevo Alas blancas.

–¿Qué ha pasado? –Pregunta otra voz entrecortada que se acerca a la carrera.

–¡Rápido! Hay que darse prisa. Hay que llevarlo al Centro de Sanación. Los sanadores deben tratarlo cuanto antes... ha perdido mucha sangre... y ya sabéis lo que significa...

–¡De acuerdo, Gedeón! Lo llevamos enseguida. ¡Ayudadme a cargar el cuerpo de este muchacho! –grita el soldado blanco a sus compañeros. ¿Esa es... la Espada del Arcángel?

–Sí –asiente Gedeón con la cabeza–, pero eso no es lo peor. Hay un traidor entre nosotros que campa libre por la Impenetrable. Debe ser un Alas blancas porque ni los Guardianes de luz, nuestras defensas o nosotros mismos lo hemos detectado. Debemos estar alerta. Alguien conocía el valor del poderoso Teblos de este joven. Un traidor que quiere inclinar la balanza hacia el lado de los Alas Negras. ¡Hay que reunir al consejo enseguida! Y hay que salvarle la vida a este muchacho, podría ser el próximo…

–¿Qué ha pasado aquí? –Pregunta Radgüll cuando contempla cómo se llevan mi cuerpo.

–Alguien ha tratado de vincularse con su teblos… lo han malherido.

–¿Esa es la Espada de Arcángel? No os preocupéis, yo la guardaré mientras espero a que los sanadores hagan su trabajo.

–¡No te preocupes, Alas rotas! Este teblos es demasiado poderoso para que caiga en las manos de cualquiera…

–Por eso mismo la portaré yo y la mantendré a su lado hasta que sea sanado…

–¿Y si no logran sanarlo a tiempo? –Pregunta Gedeón.

–Entonces, volverá a la esfera mágica de la que vino hasta que encuentre a otro Alas blancas digno de portarla.

Radgüll arranca la espada de manos de Gedeón y corre siguiendo un reguero de sangre tras los otros Alas blancas que llevan a Daniel a prisa para salvarle la vida.

31. DESCENTIO

«Todos los caminos llevan al Descentio; pero a veces, el Descentio eres tú porque ya habita dentro de ti y no necesitas salir a su encuentro. Por profundo que sea su abismo, puede existir otro aún más terrible dentro de ti».

Libro de Aforismos del monje loco. Ubicación desconocida.

Kassandra

Por fin nos marchamos de este disparatado lugar. No ha estado tan mal como pintaba al principio, sin embargo, le he cogido bastante manía a pesar de que me han curado, me han salvado y he conseguido superar el Diaberum y tengo mis alas... negras. No sé realmente qué significa ser un Alas negras, blancas o rotas. Solo tengo la certeza de que ahora soy diferente. Un ser excepcional de esos en los que solo crees cuando eres pequeño o si lo haces demasiado mayor, y te toman por loca.

Echo un último vistazo hacia el edificio de los dormitorios. Sé que los Alas blancas se marchan más tarde. Me hubiese gustado verlo una última vez antes de separarnos... Aunque ambos sabemos que eso no es posible a la luz del día. Ya no lo es. Ahora pertenecemos a facciones diferentes... ¿Enemigos? Espero que no. Jamás podría hacerle daño a Daniel. Me cuelgo el petate con mis cosas y recuerdo la promesa que nos hemos hecho: vamos a esperar este año de entrenamiento y formación. Una vez me convierta en una verdadera Alas negras, podré escapar e iré a buscarlo y podremos estar juntos para siempre. Podremos pasar página y olvidar nuestra anterior vida

de sufrimiento. Pocos tienen una segunda oportunidad y nosotros no vamos a desaprovecharla. Miro al cielo y a los helicópteros negros que se posan con pericia sobre la zona de aterrizaje. Apenas hacen ruido, pero las hélices levantan mucho polvo. Me tapo la cara para no tragar tierra. Cuando aterrizan y paran sus hélices, la nube gris se va disipando mientras se aleja. Alguien se acerca a mi encuentro deprisa. Parpadeo dos veces para estar segura de que es él. Parece algo cambiado, pero con la polvareda que se ha levantado es difícil verlo bien.

–¡Daniel! –Exclamo sorprendida–, ¿qué haces aquí? ¿Estás loco?

Daniel abre los brazos sin contestarme. Sonríe y yo me derrito. ¿Alguna vez habéis creído que la sonrisa de alguien es capaz de levantaros cuando estáis tocando fondo? Pues así es su sonrisa... curativa.

Nos abrazamos durante unos instantes hasta que me mira y me levanta la barbilla para besarme. Siento sus labios ardientes y apremiantes junto a los míos. Su lengua se abre paso dentro de una manera abrupta y algo torpe... abro los ojos para comprobar que es Daniel… De repente, es como si estuviese besando a otra persona. Me separo de él porque estamos en medio del patio y puede vernos cualquiera. No quiero que tenga un problema como Alas blancas en su primer día por mi culpa.

–Yo también tenía ganas de volver a verte... precisamente estaba pensando en besarte... ¿lees la mente?

–Puede... –Susurra.

–¿Te pasa algo en la voz? Parece...

–Estoy ronco. Anoche cogí frío... Además, se me ha escapado alguna lagrimilla.

Sonrío y siento que nos observan. Entonces, veo a Amy mirando desde una esquina del edificio. Parece que ha salido a correr... Esa

chica no tiene vida propia. Me acerco a Daniel y lo vuelvo a besar delante de ella para dejarle claro con quién está. Aunque pasemos un año sin vernos, quiero que sepa que no tiene nada que hacer. Cuando nos separamos, le beso en la mejilla y sonrío en dirección a la chica. Amy nos mira sorprendida. Después sigue corriendo.

–Tu amiguita Amy nos ha visto... espero que te mantengas alejado de ella durante tu formación –le advierto bajando el dedo por su pecho.

–Puedes estar tranquila. No es mi tipo –asegura cogiendo mi mano–, debo marcharme.

–Lo sé… Seguimos el plan acordado.

–¿El qué? –Pregunta extrañado

–Acordamos esperar y buscarnos tras el periodo de formación, ¿estás bien?

–Sí, sí, claro… demasiadas emociones. Te esperaré, aunque si te diviertes con alguien durante este tiempo lo entenderé; es mucho tiempo –asegura mientras se aleja y nuestros dedos se separan.

–¿Cómo dices? ¡No me vuelvas loca, Daniel!

–¡Eres LIBRE! Pero dentro de un año yo iré a buscarte. –Grita y desaparece detrás del edificio de los Alas blancas.

Me quedo en shock por lo que acabo de vivir. No sé de qué va lo que acaba de decirme. Pensaba que sentía lo mismo que yo... que iba a esperarme todo un año, pero... ¿Ahora me ha insinuado que podemos estar con otras personas durante el tiempo que dure nuestro entrenamiento?

–Eres un mezquino. Pero me gusta –dice sonriendo Kraus–, yo pensaba que mi poder era poderoso... estimado Alister, pero tu poder cambia formas hace que seas una pieza esencial en esta batalla...

–¡Me has asustado, Kraus! –Dice Alister sorprendido; entonces, recupera su forma y su rostro–, ha sido solo un pequeño truco... No quiero que Kassandra pase el año de su entrenamiento recordando al imbécil ese. Es un Alas blancas y debe olvidarlo cuanto antes.

–Además, sabes que obtendrás el favor de su padre si consigues tenerla comiendo de tu mano... No das puntada sin hilo. Me maravilla tu maliciosa mente controladora. ¿Sabes que eres mi mejor discípulo y te auguro un gran porvenir en nuestra facción? Ahora repasa que no quede nadie en el edificio y vámonos antes de que despierten esos odiosos blancos. No puedo aguantar un segundo más rodeado de esos santurrones. Se supone que esto es terreno neutral... pero no puedo evitar sentir unos deseos incontrolables de partirles el cuello.

Un largo y caluroso viaje a través de rutas subterráneas y galerías interminables alumbradas por el fuego interno de la tierra convierten el trayecto en algo casi insoportable de no ser porque gran parte del trayecto lo pasamos durmiendo. Los Alas negras nos informan de que tendremos que acostumbrarnos a la presión cuando lleguemos a DESCENTIO. Una vez allí, nos aclimataremos rápido ya que en el refugio de los Alas negras las condiciones no son tan extremas como podamos pensar por el trayecto. Intento no pensar en la claustrofóbica sensación de estar debajo de toneladas y toneladas de rocas camino del inframundo.

Al fin pasamos un estrecho e interminable túnel y ante nosotros se abre un vasto valle subterráneo, en el centro se alza la imponente ciudad amurallada: DESCENTIO. El lugar combina cierta oscuridad con la claridad proporcionada con las lenguas de lava que discurren cerca de los infranqueables muros de la ciudad. En la cima del todo aparece el majestuoso castillo de piedra negra pulida. Atravesamos los muros de la ciudad por unas enormes puertas de la misma piedra oscura que está custodiada por criaturas espeluznantes que fijan sus ojos de color rojo brillante sobre nosotros. Siento un escalofrío y

empiezo a arrepentirme de haber venido a este lugar. Tal vez debería haber huido con Daniel cuando tuvimos la oportunidad…

La parte baja de la ciudad parece estar repleta de mazmorras, jaulas y construcciones con rejas. Dentro de las cuales atisbo a andrajosos y malolientes humanos implorando piedad por su vida. Ascendemos hacia el Castillo Negro. Tras pasar varias plazas rodeadas de construcciones hechas con ladrillos de lava marrón y negra. Las calles parecen desiertas a excepción de algunos Alas negras hablando en la esquina de lo que parece una cantina. Mi cara de asombro va en aumento y no puedo disimular mi disgusto. Alister va en el mismo vehículo que yo. Me guiña amablemente cuando percibe que estoy a punto de sufrir un ataque de ansiedad.

–Al principio impresiona, pero ya verás que te vas acostumbrando al DESCENTIO. Nosotros estaremos en el Castillo Negro, así que no te preocupes que no tendrás que bajar a la ciudadela a menos que quieras… buscar emoción. Aunque al principio, durante la formación está prohibido… podrías salir al exterior bajo mi tutela. Hay una especie de cantina, "El cuerno del diablo", que es bastante interesante.

Asiento con la cabeza, sin embargo, no soy capaz de esbozar ni media sonrisa.

«¡Qué coño es este sitio!» –Me pregunto conforme avanzamos y algunas de las criaturas más espeluznantes e inverosímiles, apostadas junto al camino, pasan ante mis ojos.

Las puertas del Castillo Negro están franqueadas por descomunales demonios rojos, curtidos soldados en la batalla a las órdenes de los Alas negras. Esos deben ser a los que se refería Daniel cuando me contó su historia. No acierto a comprender cómo fue capaz de vencerles siendo un simple muchacho mortal. Las torres negras afiladas, imponentes cuchillos brillantes como el ónix parecen no tener fin y parecen desafiar la cúpula del valle de piedra en el que nos encontramos. Siento cierta opresión ya que, a pesar

de su gran altura, me da la sensación de que la cúpula podría caernos encima. Los gruesos muros de la fortaleza parecen tener talladas escenas de batallas pasadas que cuentan las hazañas de antiguos Alas negras, sin embargo, son tan oscuros que no logro apreciarlos con claridad a esta distancia.

Desde que hemos llegado y, pese a la repulsión inicial, el olor a azufre y otros metales pesados... siento un cosquilleo dentro de mí; como si siempre hubiese pertenecido a este lugar. Como si de alguna manera este también hubiese sido mi hogar o cualquier lugar familiar recordado de mi niñez. Algo inexplicable bulle dentro de mí. Deseo conocer a mi padre. Siento un hormigueo bajo la piel, como si la sangre me hirviera debajo por la emoción. Ese ha sido siempre mi objetivo. Enfrentarme a él y pedirle todas las explicaciones acumuladas a lo largo de mi vida, y son muchas…

Caminamos por los oscuros pasillos que cambian de orientación cada cierto tiempo para evitar incursiones de enemigos, bestias o cualquiera que no sea un Alas negras. Veo pasar varios salones iluminados de manera tenue y cuyas paredes están forradas con tapices y candelabros. Nos cruzamos con otros Alas negras y la mayoría caminan con poca ropa encima. No hace tantísimo calor como fuera, no obstante, lamento no haberme quitado algo de ropa antes de entrar al castillo. Todos con los que nos cruzamos agachan la cabeza con solemnidad y reverencia y ocultan sus garras, colmillos o cualquier parte del cuerpo que pueda parecer una amenaza. Al fin y al cabo, somos de los suyos, pero aún no estamos habituados a ver según qué cosas.

Atravesamos el patio central de entrenamiento que está al aire libre y es inmenso. Aquí realizaremos nuestras prácticas de combate. Algunos Alas negras están practicando y, por la crudeza de sus golpes y sus heridas, parece que se lo toman bastante en serio...

–A la izquierda tenéis vuestros dormitorios. Podéis descansar antes de que nos reunamos con los líderes del Consejo de Ónix en la Academia Oscura. Cada habitación tiene vuestro nombre y... no tiene

puerta. Aquí debéis estar alerta en todo momento, hasta cuando durmáis –Kraus sonríe y nos mira con brillo en los ojos. Parece que ni de noche van a dejarnos tranquilos.

Rompemos fila y todos nos dirigimos hacia los dormitorios. Entonces, una mano me sujeta por el hombro.

–Ven conmigo. Hay alguien que quiere conocerte –Susurra Alister para que nadie más lo escuche.

–Pero, creía...

–Sígueme y guarda silencio.

Abandonamos la claridad del exterior para adentrarnos en la Sala del Consejo de Ónix. A través de sus ventanas, talladas en la piedra, puedo ver el valle, donde la lava derramada de un volcán lejano brilla como un océano de fuego, iluminando la ciudad con un resplandor cálido y anaranjado. Hay dos figuras esperando junto a los asientos del consejo. Alister se inclina haciendo una marcada genuflexión. Le imito, pero la mujer me alza enseguida, casi tirándome del brazo.

–Bienvenida, Kassandra. Soy Lilith, he oído hablar mucho de ti. Estábamos deseando conocerte y que por fin estuvieses entre nosotros. ¿Verdad, Samhain?

–Cierto, madre –dice con sarcasmo la otra figura que sale de las sombras descubriendo el rostro de un atractivo joven de pelo rizado y castaño. Sus ojos color ámbar son tan penetrantes como desconcertantes y su porte regio le da un aire principesco a su complexión atlética. Se agacha y, tras coger mi mano con delicadeza, besa mi mano haciendo que un escalofrío recorra mi cuerpo–, encantado de conocerte... hermanita…

«¿Cómo? ¿Ha dicho "hermanita"? No puede ser...».

Trago saliva sin saber qué decir. Si se trata de una broma, ahora mismo estoy completamente descolocada. Sonrío, y al ver que no

puedo disimular mi asombro, Lilith se apresura a coger mi mano y despacha a Alister rápido.

–Gracias, puedes marcharte. Ya nos encargamos nosotros de ella.

Alister la mira con cara de circunstancias y me mira como pidiéndome permiso para retirarse. Comienza a marcharse y hace otra genuflexión.

–Querida no debes preocuparte. Ahora estás en buenas manos. Nadie que no sea de la realeza debería enterarse de nuestros secretos familiares. Él ÚNICO vendrá enseguida y te lo explicará todo; no nos corresponde a nosotros hacerlo, al fin y al cabo, es tu padre quien debe aclararte las cosas. ¿Verdad? Samhain. –Le mira de manera recriminatoria–. Espero que seas respetuoso y dejes de revelarle secretos que no te corresponden a la pobre Kassandra o conseguirás asustarla.

–De acuerdo, madre, como quieras... Siento haberte revelado que somos hermanos, bueno, hermanastros, en realidad; hermanos son los que comparten la sangre de la misma madre... y Lilith no es tu madre, por suerte... –Dice con un gran desdén y deja los ojos en blanco recostándose sobre la mesa del consejo.

–¡Samhain! No tienes remedio –resopla con furia su madre. Muda su rostro a un semblante más amable cuando se dirige a mí–. Kassandra tú te instalarás aquí, en las dependencias reales.

–No hay problema. Está bien. Debo reconocer que me ha sorprendido, pero siempre quise tener un... "medio hermano". Hay muchas cosas que desconozco… sin embargo, creía que dormiría con el resto de los nuevos Alas negras –pregunto algo incómoda. Delante tengo a las criaturas más siniestras que he visto en toda mi vida, a pesar de tratarme con amabilidad y buenas palabras. No me extrañaría nada que tanto la madre como el hijo intenten acabar conmigo cualquier día mientras duerma.

–No querida, eso sería un sacrilegio. Además, dudo que a tu padre le haga ninguna gracia que su hijita perdida permanezca en los barracones con esos bárbaros...

Guardamos silencio cuando una presencia imponente aparece por la puerta derecha. El aire frío se cuela en la estancia a pesar de hacer un calor bochornoso.

–Aquí está, Lucifer... ¡Tu hija, por fin está entre nosotros! –Anuncia, Lilith con cierta pompa y sarcasmo...

–Lo sé, Lilith. ¡Dejadnos! –Ordena con la voz más profunda y terrorífica que he escuchado en mi vida–. Ya hablaremos Sam. Creo que dejé bastante claro que no debías contarle nada, –gruñe y el terror que transmite su semblante me paraliza por completo.

–Lo siento, magnánimo padre. –Pide perdón llegando a hincar la rodilla derecha en el suelo.

Se marchan aprisa antes de que pueda volver a recriminarles nada. Me tiemblan las piernas y creo que voy a orinarme encima.

«¿Mi padre es el mismísimo… diablo?».

Por primera vez siento que no controlo en el lío en que me he metido. Todo esto es más grande que yo misma, que cualquier cosa que haya imaginado jamás. Con disimulo me pellizco por detrás de la pierna derecha, duele. No estoy dormida… Había que intentarlo.

Lucifer, como lo han llamado, impone. Es enorme, cerca de los dos metros, corpulento, tiene la mandíbula cuadrada y los ojos más profundos y enigmáticos que he visto en mi vida. Podría decirse que es terroríficamente atractivo, siniestro e inquietante. No puedo creerlo, voy a conocer a mi padre: una de esas cosas que llevas deseando con todas tus ganas durante toda tu vida y que cuando llegan resultan ser una verdadera mierda. Siempre quise conocer a mi padre, sin embargo, ni por asomo imaginé que sería el mismísimo

diablo. Tal vez la única solución sea escapar de aquí… En cuanto pueda me piraré de aquí, aunque me deje la vida en ello.

–No harás eso. No lo dices en serio. Has conseguido salvarte de la muerte con astucia y fuerza, como digna hija mía que eres... No lo vas a echar todo a perder por miedo a lo que se va diciendo de mí por ahí. No temas, aquí jamás se atreverían a hacerte daño. Ni siquiera los dos inútiles que acaban de marcharse. No lo harán sabiendo quién eres. He estado esperando este momento durante décadas... Siempre he sabido de ti, lo que hacías, dónde estabas...

–¿No se te ocurrió ayudarme o preocuparte por mí? –Pregunto desafiándolo, sin pensarlo. Sus ojos refulgen por lo inesperado de mi comentario. El ÚNICO no debe estar muy acostumbrado a que le cuestionen.

–No, mientras vivieras como humana... Ahora es diferente, mi sangre corre por tu sangre.

–¿Y mi madre?

–Fue un error, una pobre desgraciada que se cruzó en mi camino en un momento de debilidad.

–No es que la aprecie mucho... pero es mi madre... tú no eres mejor que ella, ¿sabes? Ella al menos ha estado allí conmigo, aunque nunca se ha ocupado demasiado bien de mí…

Recapacita. Traga saliva y se aproxima más. Es más imponente de lo que creía cuando puedo observarlo tan de cerca. Y su voz, esa voz tan ronca que parece retumbar en las mismísimas entrañas de la tierra, impone aún más que su presencia.

–Lo siento. Tienes razón. No debería hablar así de tu madre. Disculpa. No suelo mostrar demasiado respeto por los humanos, son meros peones para llevar a cabo mi juego...

De repente me acuerdo de la canción de Billie Eilish: *All the good girls go to hell*, una de mis favoritas y decido tirarme al barro.

–Entonces, ¿esto es el infierno?

Sonríe y sin saber cómo saca dos copas de la nada y me ofrece una.

–No temas. No voy a envenenarte ni nada por el estilo, –sonríe–, esto es EL DESCENTIO... Odio esos nombres que los humanos le han puesto a mi reino: inframundo, infierno... Sin embargo, antes de que empieces a hacer preguntas que podremos responderte durante tu periodo de entrenamiento, deberías lavarte y quitarte ese olor apestoso que traes del Transitium. Mi doncella está esperándote en tu habitación. Saliendo por esta puerta encontrarás el pasillo hacia los aposentos reales. Tu habitación es la del fondo. La verás entreabierta. Espero que pronto te sientas como en casa, Kassandra, bienvenida… hija.

Se agacha para besar mi mano que coge sin que apenas me de cuenta de que la ha tocado, pero ya la está besando. Sus labios son fríos como el hielo, pero su beso hace que retire la mano de puro ardor como si me estuviese ardiendo. Entonces, simplemente desaparece delante de mis narices. Atónita, me quedo unos segundos por si escucho el lugar por el que ha desaparecido, pero estoy completamente sola. Cojo mi macuto y camino hacia la puerta que me ha indicado. El pasillo está iluminado por candelabros con luces mágicas que titilan cuando camino a su lado: Las paredes están forradas con tela de terciopelo color rojo y dorado. Al final, encuentro una puerta entreabierta con una rendija que deja entrever un haz de luz cálido que parpadea levemente. Cuando abro la puerta, el fuego en la chimenea está encendido, como si hiciera falta dar más calor al castillo... Entonces, una mujer que está doblando unas toallas sobre la cama me mira y sonríe. Yo me quedo en shock al verla porque me suena mucho su cara. Estoy segura de haberla visto antes, pero no sé donde.

–Cierra la puerta, Kassandra. Soy la Doncella del ÚNICO. Te he preparado un baño de agua tibia, casi fría, que te refrescará.

La mujer viste con un vestido adusto y sencillo de color beige con un delantal blanco delante. Una rebeca gris le cubre la parte superior, pero a pesar de toda la ropa que lleva encima no parece sentir calor alguno. Su rostro es afable y realmente bello, no aparenta más de cuarenta, aunque podría decir que por su tez tan solo fuese unos años mayor que yo.

–¿Sabes mi nombre por lo que veo...? –Pregunto.

–Sí. Aquí todo el mundo esperaba tu llegada. Él estaba realmente nervioso... Créeme, nunca lo he visto así. Él cree que tú puedes hacer grandes cosas por este lugar y los Alas negras...

–¿No dices su nombre?

–No me está permitido… Solo podemos referirnos a él como el ÚNICO. Además, yo tampoco lo pronunciaría a la ligera… Es un poco irascible, por llamarlo de algún modo.

–¿Eres un Alas rotas, quizás…? –Pregunto al ver que no tiene sus alas negras recogidas a la espalda. Me desvisto y la mujer recoge mi ropa mientras me introduzco en el baño –¡Dios, qué buena está el agua! Lo necesitaba...

–Shhhh, no digas aquí ese nombre o lo pagarás. Si sospechan tan solo que puedes tener algo que ver con los Alas blancas, irán a por ti y ni siquiera Él podrá salvarte...

–Lo siento. No lo sabía, es tan solo una expresión…

–¿Tienes idea de dónde estás...?

–En el Descentio para completar mi entrenamiento como Alas negras durante un año, pero cuando esto acabe… –bajo el tono de voz–, pienso ir por libre. He quedado con alguien para volver a encontrarnos cuando esto acabe... Daniel y yo...

Me quedo callada de golpe al reconocer por qué me resultaba tan familiar el rostro de la doncella… Ella da un respingo al escuchar el

nombre de Daniel y levanta la vista del tocador que estaba ordenando.

–Usted es... ¡La madre de Daniel!

La mujer corre hacia mí y me tapa la boca con rapidez

–Muchacha, ¿cómo sabes eso?

–¡No deberías haberlo descubierto! Ahora, ambas, corremos peligro –me susurra al oído–. Si alguien se entera de que estoy aquí retenida, significaría el comienzo de la guerra… ¡Esto no debe saberse jamás!

Entonces, noto una gran fuerza que me empuja bajo el agua mientras trato de zafarme de la trampa mortal que ahora son sus brazos.

AGRADECIMIENTOS

Quiero darte las gracias a ti lectora y a ti lector por haber elegido este libro entre las miles de posibilidades que hay en el mercado literario para dejar volar tu imaginación. Gracias por darle vida a Daniel y Kassandra con tu voz y tu lectura.

También quiero agradecer a todos los lectores y muchos amigos que me han acompañado a lo largo de los años y siguen leyendo mis libros, ¡ya van trece… sin supersticiones!

A todos los seguidores y amigos de las redes sociales por animarme y darme un feedback rápido de lo que os gusta o lo que no os apasiona tanto.

Quiero agradecer a mis lectoras beta: Ana Candía, Rocío Molins, Puri Rodríguez y Rosa Marín Ramos su ayuda y esfuerzo por leer con atención el manuscrito antes de la última edición. Chicas, vuestros consejos me han ayudado muchísimo porque diez ojos ven mucho más que dos.

A mi familia por hacerme creer que el éxito no son números, sino que el éxito es hacer aquello que te hace feliz.

Nos leemos.

RAFAEL ALCOLEA.